

43/10

Enteulo

Revisado



X
UNED

S

1034966

LIT. 2288

Nº de la Educación y Educación Comparada

ARTE

DE DIRIGIR EL ENTENDIMIENTO

EN LA INVESTIGACION DE LA VERDAD,

6

LÓGICA.

ESCRITA EN LATIN

POR CESAR BALDINOTI,

y traducida en castellano

POR DON SANTOS DIEZ GONZALEZ

Y DON MANUEL DE VALBUENA.

Para el uso de los Reales Estudios de Madrid.

ZARAGOZA.

Imprenta de Polo y Monge, hermanos. 1834.



ARTICLE

DE DIGNIFICAR EL ESTABLECIMIENTO

EN LA INVESTIGACION DE LA VERDAD

1884

IMPRESA EN LAIN

FOR CESAR BARRON

g.

FOR DON

Y DON

Para el uso de los

ZARAGOZA

Imprenta de

AL LECTOR.

Cualquiera que se propone lograr un fin, no solo procura los medios de adquirirle sino que en concurso de muchos elige con preferencia aquel que sin duda ninguna es el mas fácil y proporcionado. Y siendo este procedimiento un efecto de la prudencia en todos los negocios y acciones de los hombres, ¿qué razon hay para exceptuar de esta regla general el importantísimo negocio de la instruccion pública?

Todos los conocimientos científicos se comunican y reciben con menor dificultad y con suceso mas feliz en la lengua propia que en la extraña ó muerta, por mas que se suponga estudiada y bien entendida. Esta es una verdad tan evidente, que el demostrarla aquí seria hacer agravio á la comprension y talentos de los lectores. Y si es tan evidente ¿por qué no se abraza? ¿por qué los jóvenes son llevados al fin propuesto de su instruccion por el camino embarazoso de lenguas exóticas pudiendo llegar á él por otro mas fácil, cual es el de la lengua materna á que estan acostumbrados desde su tierna infancia?

Los sabios antiguos cuyos nombres parecen superiores á la jurisdiccion del tiempo, estuvieron muy distantes de semejante abuso. Se vieron viajar de pueblo en pueblo; y á gentes remotas y de distintas lenguas para instruirse y enseñar despues

á otros los conocimientos adquiridos : y en la Grecia nunca se vió uno que enseñase en la lengua de los fenicios ó de los egipcios los conocimientos que habia tomado de ellos. Los atenienses se hubieran reído mucho de Platon si le hubieran visto caer en la manía de explicarse en lengua egipcia ó árabe en la academia. « Plutarco estuvo en Roma » muchos años (dice (1) Ambrosio de Morales) ; y » según su gran juicio y diligencia , y el oficio de » ser maestro de Trajano , yo no tengo duda que... » pudiera escribir en latin tambien como muchos de » los romanos naturales : mas nunca quiso dejar su » griego aun en las cosas romanas , y que para los » romanos principalmente pertenecian. La misma es- » tima hicieron los romanos de su latin : ni hubo » romano que se preciase mas del griego para en- » comendar á él su nombre y su fama que de su » propia lengua , sino fue Aulo Albino , el cual pi- » diendo perdon en el prólogo de una historia que » de cosas de Roma compuso , porque escribia en » lenguaje peregrino , dijo Marco Caton : que mas » valiera no tener culpa , que pedir y esperar el per- » don de ella. Culpa le pareció dejar de escribir en su » lengua y hacerse extraño en la agena. » En Roma se estimaba por una parte muy principal de la edu- cacion de la nobleza el aprender el griego de modo que casi todos los nobles le sabian , pero era con el fin de enriquecer su propia lengua con los conoci-

(1) Ambrosio de Morales en su discurso sobre la lengua castellana.

mientos tomados de los griegos «Ciceron, (prosi-
 » que el mismo Morales) ; con cuánto estudio y tra-
 » bajo se esmeró en su lengua? ; qué ventaja llevó
 » á los de su tiempo en hablarla, adornarla y ex-
 » tenderla? ; qué cosa quedó buena en la filosofía
 » griega que no la pusiese en latin? ; cuánto se
 » gloria y se alaba de haber sido el primero que
 » hizo hablar en latin los filósofos griegos? Todo
 » el cuidado que puso en saber la lengua griega, no
 » parece que fuè para otro fin sino para enriquecer
 » su lengua con lo mejor que en la otra habia.» ; Y
 qué razon hay para que nosotros no hagamos con
 la latina lo mismo que Ciceron con la griega?

No solo Ambrosio de Morales, sino tambien
 otros antiguos españoles, célebres por su literatura,
 ciencia y experiencia y respetables por su juicio-
 sa crítica, se han dolido del abandono de nuestra
 lengua, vièndola pospuesta á la latina, la cual
 ha sido el único instrumento, aunque difícil y em-
 barazoso para la enseñanza en las escuelas pú-
 blicas. Pedro Simon Abril, tan sabio como zeloso
 por los adelantamientos literarios de nuestra nacion,
 lo hizo presente al Rey Don Felipe II. en un papel
 impreso despues en Madrid en la oficina de Pedro
 Madrigal, año de 1589. Primer error (dice) en
 el enseñar comunmente las ciencias, es el enseñar-
 llas en lenguas extrañas y apartadas del uso co-
 mun y trato de las gentes. Porque en los tiempos
 antiguos no hubo nacion tan bárbara que tal hicie-
 se desde que Dios formó el linage humano, sino
 que enseñaron los caldeos en caldeo, y los hebreos

en hebreo: y lo mismo hicieron las demas naciones, gitanos, fenices, griegos, latinos, árabes, y casi desde los primeros tiempos los españoles, cada uno á su nacion en la lengua que le era natural. De donde resultaba que los discípulos entendian á sus maestros CON GRAN FACILIDAD, y los maestros enseñaban á sus discípulos con mayor LLANEZA y CLARIDAD. Porque ahora los mas de los que enseñan, por no enseñar en sus propias lenguas sino en extrañas y poco usadas en el mundo, no declaran sus conceptos á los que aprenden por términos llanos, claros y propios, sino por impropios y muy oscuros, de donde nace GRAN DIFICULTAD EN ENTENDERSE LOS MAESTROS Y LOS DISCIPULOS. Y si acaso se halla algun maestro que entienda bien el propio uso del griego ó del latin, los que le van á oír no son tan ejercitados en el uso de aquellas lenguas estrañas que entiendan facilmente los conatos y palabras del maestro; de do les procede el quedar mal alumbrados en el conocimiento de las cosas, las cuales se perciben por la luz y significacion de las palabras, &c. Sin embargo de esto y de mucho mas que han dicho sobre este punto otros sabios españoles, antiguos y modernos, y muchos hombres insignes de otras naciones por sus respectivas lenguas, la cosa está como se estaba entre nosotros. Puede ser que en este se encierre algun designio reservado. Pero vamos claros: no parece que hay razon ni justicia para cerrar la puerta de las ciencias y conocimientos útiles, á los que por alguna de las muchas

causas que ocurren no han aprendido latin y tienen aquella habilidad y comprension que es comun por naturaleza á los hombres de todas las lenguas, de las cuales prescinde la ciencia que versa sobre las cosas sin estar ligada á ninguna lengua; pues es propia de cualquier idioma en que se cultive. Además de esto, ó lo que se enseña en las escuelas públicas es útil, ó no lo es; si lo primero ¿por qué no se ha de explicar en lengua que entiendan todos? si lo segundo no debe enseñarse en ninguna, ¿á qué fin es hacer difícil y misteriosa la verdad? ¿á qué fin es el oponer nubes y estorbos á los rayos resplandecientes de la enseñanza cuando se les debiera abrir campo para que se difundiesen cuanto fuese posible?

Dirán que no hay otro designio ni otro misterio que el de cultivar la lengua latina, la cual pudiera abandonarse y olvidarse lastimosamente. Mas por esa causa deberíamos reprobar tambien las traducciones latinas de la Biblia, de los Concilios, de los Padres y de los Filósofos griegos, porque seria mejor careeer en latin de aquella doctrina, que traducirla para entenderla con peligro de abandonar y olvidar lastimosamente el griego. Pero ¿quien ha creído jamas con tal que no haya perdido el juicio que la lengua latina se cultiva y conserva en su pureza hablándola bárbaramente como sucede por lo comun en las ciencias y artes llenas de ideas nuevas, y por consiguiente de vocablos y frases que nunca conocieron ni pudieron conocer los latinos?

¿Y qué? ¿se dirá por esto que aspiramos á desterrar el estudio de la lengua latina? No por cierto. No es una consecuencia legítima el inferir de la preferencia de la lengua propia para las escuelas el destierro de la latina: así como no se infiere que se deben cerrar las escuelas al estudio y enseñanza del griego, del ningun uso que se hace en ellas de este sabio idioma para hablarle y escribirle. Convenimos pues en que debe aprenderse el latin por varias razones, y particularmente porque se necesita en la República literaria una lengua comun, mediante la cual los pueblos distantes y de diversos idiomas se comuniquen mutuamente sus nuevos conocimientos. Todos los eruditos han proseguido adoptando el latin por mas general, rico y elegante. Si no se adoptase una lengua comun en el mundo literario, se verian los estudiosos (dice Baldinoti L. I. Cap. VII. §. LXXXVIII.) en la dura necesidad de aprender muchas y distintas lenguas, á proporcion de las obras que respectivamente se publicasen en ellas: lo cual decimos nosotros que seria perder un tiempo digno de emplearse mas bien en aprender otras cosas. Pero ¿qué tiene que ver esto con lo que aqui se propone? Nuestro asunto es el de enseñar y aprender en las escuelas, para cuyo fin presta mayor facilidad la lengua propia que la que no lo es. Resérvese enhorabuena el latin para la comunicacion y comercio mutuo y general de las invenciones y grandes descubrimientos en las artes y ciencias. Escriban en ese

respetable y precioso idioma común aquellos hombres admirables que de siglo en siglo suele enviar la divina providencia para dar nuevas luces á las ciencias y hacer nuevos descubrimientos útiles á todo el género humano. Aprendan el mismo idioma todos los que desean utilizarse en el general comercio literario que se hace por su medio. Pero enseñen los maestros, y aprendan los discípulos las ciencias en las escuelas en su lengua propia, como instrumento mas fácil para lograr el fin. Lo cual no se opone al cultivo de la lengua latina, ántes es muy conforme; pues tanto los maestros como los discípulos harán oportunamente uso de dicha lengua, no solo para traducir las mejores obras latinas de los extrangeros que escribieren en ella, sino para escribir otras que merezcan leerse por todas las naciones cultas, y traducirse en sus respectivas lenguas.

Que escribiesen en latin Luis Vives, Verulamio, Melchor Cano, el Brocense, Descartes, Euler, Galilei, Wolfio, Lineo, Boherave, Newton y otros magnates de la república de las letras, está bien, porque escribian para todas las naciones y no para la suya sola. Pero ¿no sería cosa ridícula que se explicasen en las escuelas en un latin bárbaro la Crítica, la Gramática, la Física, la Astronomía, las Matemáticas, la Botánica, la Medicina y otras materias de que trataron aquellos grandes hombres solo con la mira de cultivar la lengua latina, prefiriendo esta consideracion á las ventajas y facilidad mayor de

entenderlas en la lengua propia? ¿No se reiría Ciceron con todo el Senado y pueblo romano si oyeran el latin de nuestras escuelas en materias de Física, Matemáticas, Química, Medicina, Botánica y otras? ¿Usaron ellos acaso las frases y vocablos que ha inventado la necesidad á causa de tantas ideas nuevas? No era posible que los usasen. ¿Pues en qué términos se quiere que entendamos en este cultivo de la lengua latina? ¿En términos bárbaros? pues no somos de ese parecer, singularmente hablando de la Lógica; porpue siendo su instituto dirigir el entendimiento y prepararle para que camine sin errar en la carrera de todas las ciencias, y aun en los negocios de la vida, trato y comunicacion con los demas hombres, debe ser un instrumento general y comun á todos los que quieran valerse de él para conducirse con acierto, sepan ó no la lengua latina. Igual derecho tiene á perfeccionar con el arte la razon natural el que ignora el latin, que el que no le ignora. Y ¿por qué se le ha de privar de este derecho? ¿No es interes del bien comun de la sociedad humana que todos sin excepcion ninguna rectifiquen la razon con que los distinguió el Autor de la naturaleza? Pero ciñéndonos á las escuelas, concluyamos afirmando con la autoridad de los sabios, que la enseñanza pública es mas facil y fructuosa en la lengua propia que en la extraña, sin que por esto se apruebe el olvido de la latina como idioma comun de todo el mundo literario. En virtud de lo cual y de la aproba-

cion del Rey nuestro Señor (que Dios guarde) se ha traducido del latin en castellano la Lógica de César Baldinoti para uso de los Estudios Reales de Madrid, entretanto que se presenta otro autor nacional que tenga la gloria de haberse aventajado á este escritor, cuyo mérito conocido por el mayor entre los modernos, le ha adquirido la preferencia en la eleccion.

1.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

2.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

3.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

4.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

5.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

6.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

7.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

8.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

9.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

10.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

11.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

12.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

13.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

14.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

15.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

16.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

17.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

18.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

19.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

20.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

21.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

22.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

23.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

24.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

25.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

26.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

27.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

28.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

29.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

30.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

31.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

32.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

33.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

34.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

35.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

36.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

37.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

38.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

39.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

40.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

41.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

42.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

43.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

44.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

45.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

46.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

47.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

48.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

49.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

50.º De la naturaleza y divisiones de la Lógica.

Lib. II. <i>Del conocimiento humano.</i>	VI	197.
Cap. I. <i>Análisis del conocimiento humano.</i>	ibid.	
Cap. II. <i>De las proposiciones.</i>		201.
Cap. III. <i>De los grados del conocimiento humano.</i>	IV	206.
Cap. IV. <i>Del conocimiento probable.</i>	IV	212.
Cap. V. <i>De la realidad de los conocimientos.</i>		216.
Cap. VI. <i>De la extensión de los conocimientos humanos.</i>		221.
Cap. VII. <i>De los impedimentos ó estorbos de los conocimientos humanos.</i>		228.
Lib. III. <i>De los instrumentos de los conocimientos humanos.</i>	IX	241.
Cap. I. <i>Del modo de aumentar la capacidad y perspicacia del entendimiento.</i>	ibid.	
Cap. II. <i>De la análisis y definición.</i>		248.
Cap. III. <i>Del raciocinio y demostración.</i>		255.
Cap. IV. <i>De algunos géneros de argumentos.</i>		260.
Cap. V. <i>De la inducción y analogía.</i>		271.
Cap. VI. <i>Del método en general.</i>		279.
Cap. VII. <i>Del método analítico.</i>		285.
Cap. VIII. <i>Del método sintético.</i>		292.
Cap. IX. <i>De los principios.</i>		299.
Cap. X. <i>De las hipótesis.</i>		305.
Cap. XI. <i>Del modo de conjeturar lo probable.</i>		308.
Lib. IV. <i>De las fuentes de los conocimientos humanos.</i>		315.
Cap. I. <i>De la conciencia.</i>	ibid.	
Cap. II. <i>De la razón.</i>		319.
Cap. III. <i>Del concurso de la razón y de la revelación.</i>		335.

Cap. IV. De los sentidos, y de su recto uso.	344.
Cap. V. De los conocimientos y errores de los sentidos.	351.
Cap. VI. De la observacion y experiencia.	366.
Cap. VII. De la autoridad.	376.
Cap. VIII. De los testigos de vista y de oidas.	382.
Cap. IX. De la tradicion y de los monumentos.	394.
Cap. X. De la historia.	401.
Cap. XI. De la autenticidad, sinceridad, suposicion, corrupcion de los libros: de las interpretaciones.	409.
Cap. XII. Del arte hermenéutica.	416.
§. Unico. Del espíritu filosófico.	419.



PROEMIO.

I. Si se miran y examinan los genios, cuidados y tareas de los hombres de estos tiempos, se nos pondrá á la vista, que una gran parte de los dedicados á las letras emplea mucho estudio y consume todo el tiempo en formar ángulos y círculos, y en los puntos de alguna curva que ningun cuerpo describe nunca con su movimiento. Se hallarán otros siempre metidos entre plantas, entre arbustos y yerbas de toda especie, buscarlas con ansia, y describirlas haciendo de ellas una menuda anatomía. Se verán otros que totalmente se ocupan en conchas, mariposas, arañas y en otros pequeños animalitos, envanecidos hasta no mas con la ciencia recóndita de sus nombres, clases y géneros. Otros, en fin, se hallarán, que se emplean en experimentos por lo comun fútiles y sin sustancia, aunque divertidos y espléndidos, de manera que juegan con la naturaleza, y no la interpretan ni explican sus misterios.

II. No se figuren estos que yo menosprecio la Matemática, ciencia verdaderamente noble y excelentísima, ni otras facultades fecundas de todo género de experimentos y observaciones, ni que los retraigo de su estudio, ni enageno de ellas sus ánimos; antes bien soy muy contento y doy por muy bien hecho que se instruyan en estas

mismas ciencias, y que las sigan y cultiven (1). Asi conocerán con qué vana doctrina se deleitan, y con qué ciencia hueca se hayan inflado, y qué cosa tan absurda sea el aplicarse á ellas si no tuvieran todavia el entendimiento bien preparado para indagar la verdad (2).

III. Aquellos que no por opinion y una ligera conjetura, sino por la verdad y la razon examinan las cosas en que su principal cargo es aumentar la capacidad y afinar la perspicacia del entendimiento (en comparacion del cual ninguna prenda mas aventajada ni mas divina se le ha dado, ni se le dará jamas al hombre) disponerle para la verdad, y purgarle de toda la inmundicia de los errores.

IV. A este cargo nos llama no solo el deleite y la utilidad que nace del conocimiento de lo verdadero, sino tambien la consideracion atenta sobre la naturaleza del hombre y sus facultades, pues por un gran beneficio de Dios fuimos dotados de razon; mas sin embargo no recibimos en el mismo momento el recto uso de ella que debemos adquirir con nuestra propia industria y

(1) V. L. IV. c. VI. v. etiam Præm. n. LVI.

(2) *Magnæ qualibet artes exercitatione Dialecticæ indigent. Plato in Phædro. Qui summas Dialecticæ partes tribuerunt, atque inde fidissima scientiis præsidia comparari putarunt, verissime, et optime viderunt, intellectum humanum sibi permissum merito suspectum esse debere. Baco in Præf. ad Nov. Org.*

trabajo. Cuando nos descuidamos en esto, el entendimiento se extravía lejos de la verdad, no puede tener eleccion de cosas, y quedamos inferiores á las bestias.

V. La herida hecha por el pecado al entendimiento del hombre impide primeramente este recto uso de la razon. Pero con mas especialidad nos desvian de él los defectos de la educacion, los deleites que afeminan el ánimo, las preocupaciones y los errores vulgares, los que parece haber mamado con la leche de nuestras madres. A los cuales impedimentos debemos hacer una valiente y vigorosa resistencia para que los juicios no se extravíen, y para que sean refrenados y detenidos por la razon.

VI. Demas de eso, á la razon de que el hombre se halla dotado, está sujeta como materia de que debe tratar, la investigacion y el hallazgo de la verdad; y si renunciase á estas cosas, no se ejercitaria conforme á la intencion de Dios que nos concedió este don, ni como corresponde á su propia nobleza, y se nos habria concedido inútilmente, ó mas antes para nuestro daño. Es, pues, constante, que el entendimiento debe ser instruido y preparado para la verdad, de modo que pueda en todas las cosas representar, no una imagen en bosquejo, sino un retrato excelente de ella misma.

VII. Se debe, pues, aplicar una diligente preparacion, y trabajar con todo esfuerzo y estudio para que no solo vayamos en alcance de una facultad directora del entendimiento, abun-

*

dante de consejo y de razon, sino tambien para que la poseamos de modo que infundida en nuestros ánimos permanezca íntimamente fija en ellos, porque con su auxilio podemos ver lo que en cada cosa es verdadero, puro y sin mezcla de ficcion: seguimos tambien aquello que por naturaleza es ingenioso y delicado; tenemos una eleccion conveniente de cosas y de doctrinas, y no solamente parecemos, sino que en la realidad somos prudentes y reflexivos, rectos y cultos en todas nuestras palabras y acciones.

VIII. Y este arte influye mucho en el régimen de las costumbres y de la vida, en el gobierno de la casa, en el trato social de los hombres, en el manejo de los negocios y en la administracion de la república. El entendimiento bien instruido en él averigua por un medio no dudoso las cosas oscuras y recónditas; no se rinde á las apariencias; duda en las cosas dudosas; desecha las falsas; no confunde las probables con las verdaderas, y de estas solas decide, de las demas opina: nunca anticipa su juicio; nunca juzga por capricho; no se arroga imprudente lo que se halla fuera de su facultad, y no ignora el modo de investigar y de hallar el éxito de las cosas.

IX. Por lo cual, conteniéndose cada una de las demas ciencias dentro de sus límites, esta que dirige el entendimiento, y es un arte auxiliar de los ingenios, lleva la luz delante de las otras, promete mayor facilidad para ellas, y dilatadamente corre por todas. Los que tienen los auxi-

lios de ella, logran fácil, desembarazada y copiosamente la ciencia y conocimiento de otros objetos; y los que no los tienen, se aplican á las ciencias, como desprevenidos y desarmados, y jamas llegan á sobresalir en ellas.

X. Pero una perfecta instruccion del entendimiento en orden á saber pensar, que es lo mas ventajoso y digno del hombre, al paso que es la cosa mas apetecible y excelente, es la mas rara y dificultosa. Porque debe desterrar los errores envejecidos; estorbar los que se introduzcan de nuevo; escudriñar todos los senos del alma; dar modos de demostrar y hallar la verdad; señalar con claridad y prescribir con exactitud, qué es lo que puede el ingenio humano en cualquier género de conocimientos. Como estas cosas requieren una increíble copia de ciencia con que sea perfectamente considerada la naturaleza del espíritu humano y la produccion de sus facultades y operaciones, sus incrementos, modo, enlace y mutua dependencia, ¿quién se maravillará jamas de que aquella instruccion presente tanto trabajo y tan grande dificultad?

XI. Esta dificultad por cierto aparta á muchos de aplicarse á ella con un esmero tal como deberia ser: á muchos desvia tambien el fastidio y desden con que suelen por lo comun menospreciarse por los ignorantes los rudimentos (1). Sien-

(1) Por lo comun se desprecia la Lógica, porque está ignorada, porque la han aprendido imperfecta,

dó, pues, cosa muy difícil y de grande ingenio el apartar el ánimo de aquello á que se acostumbran los sentidos, y fijarle en la meditacion y contemplacion de las cosas, convierten su atencion á aquellos objetos que se ven con los ojos y se tocan con las manos, se paran enteramente en nomenclaturas y descripciones, y solo hacen uso de la memoria para aprender términos; y como si estuviesen destituidos de potencias mas nobles y excelentes, no piensan en dirigir las y perfeccionarlas, que si lo hiciesen, percibirian cosas mas grandes y graves, para las cuales hemos sido criados.

XII. De lo dicho se infiere cuan útil y necesario sea el ayudar á la naturaleza, madre de los ingenios, y hacer con el aditamento del arte que los mismos ingenios se vuelvan mas agudos, mas prontos y mas bien dispuestos para entender. An-

manca, desordenada y futil. Pero tú que la desprecias ¿la sabes acaso? ¿Qué Lógica? ¿En qué términos? En verdad que no la despreciaron Sócrates (ap. Plat. in *Phil.*) que la llama *Don de los dioses*; no Platon (o. n. II. not. 2.); no los estóicos, que la llamaban *virtud*; no Aristóteles, que (II. *Methap.* c. 3) la llamó *modo de saber*; no Ciceron, que (in *Bruto* 41.) dijo ser la *máxima de todas las artes*, y que (*Tusc. V. c. 25.*) *mana y se difunde por todas las partes de la sabiduria*: y (de *Fin. III. 25.* et in *Bruto*) la llena de divinos elogios; no Bacon, no Cartesio, no Lok, que emplearon en ella mucho estudio y gran trabajo.

damos metidos en grandísimas dificultades y oscuridad; muchas cosas son dudosas y ambiguas; nos vemos violentamente traídos á una y otra parte por el choque de contrarias opiniones y dictámenes; nos hallamos atascados enmedio de casi innumerables errores. Nada es mas fácil que el usar mal de las facultades del entendimiento: nada mas cierto que esto, si absolutamente se ignoran las leyes de ayudarlas y dirigir las. ¿Será posible que haya un arte de cantar, y que de pensar no haya de haber ninguno?

XIII. Pero ha habido, y aun hay algunos, que (1) ó defienden estar el entendimiento instruido por la misma naturaleza para el conocimiento de la verdad, ó nos aturden gritando que no puede instruirse con arte ni enseñanza, de lo cual infieren ser la Lógica enteramente inútil. Traen el ejemplo de muchos que sobre cualquier asunto disputan con sutileza y resuelven con acierto, sin saber las reglas del arte ni haber entrado jamas en las escuelas de los dialécticos. Sostienen, en fin, que cualquiera se imbuje mas copiosamente en la facultad de pensar y discurrir

(1) Pluche (*Espectas. de la Natur. Disc. prælim.*) Y por el contrario Bielfeld (*Instit. Polit.*) dice, que sola la Lógica entre todas las partes de la Filosofía parece necesaria á todos, aun á los que gobiernan la república. Diodoto estóico ejercitaba con muchísimo estudio á Ciceron en la Dialéctica, sin la cual juzgaba no poderse conseguir la elocuencia. V. de *Cl. Or.* 90.

por medio del estudio de ciencias mas serias, que compeliéndole al estudio de un arte forjado de preceptos áridos y sin sustancia.

XIV. A estos les prevengo principalmente con el parecer de Tulio, que el arte es una guia mas segura (1) que la naturaleza, y que esta se lima y perfecciona con el arte. Realmente la naturaleza no preparó al hombre para hallar la verdad, de manera que no necesite de ningun auxilio del arte y enseñanza (IV. v.). Y los que tienen tanta valentía de ingenio, que definen con exactitud, hacen buenas divisiones, disponen con proporcion, discurren con claridad y método, sin que hayan aprendido estas cosas por algun camino ó arte, esos ni entienden porque las hacen bien, ni siempre les harán bien, con especialidad, si se separan un poco de aquel género de asuntos en que se hubieren versado mucho y por mucho tiempo (2).

(1) *De Finib. IV. 4. et ad Heren. L. III. In arte, et doctrina plus esse præsidi, quam in natura.* Y dando Tulio la razon (*in Brut. c. 41.*) porque Servio Sulpicio habia sido en el derecho civil el primero de todos los de su tiempo, dice: *Hic enim attulit hanc artem, omnium artium maximam, quasi lucem ad ea, quæ confuse ab aliis, aut respondebantur, aut agebantur.* Habla de la Dialéctica, de la que antes habia hecho una pintura,

(2) *Quid dicam opus esse doctrina? Sine qua, etiam si quid bene dicitur adjuvante natura, tamen id, quia fortuito fit, semper paratum esse non potest. Cic. in Bruto, cap. 29.*

XV. Ni aquellos que hubieren recibido un ingenio dotado de cierto entusiasmo divino, deben arrojar de las manos el instrumento del arte para coger mas abundantes frutos de su trabajo: si el natural es bueno, los auxilios del arte le son mas eficaces, no inútiles. Demas de esto, á los ingenios sumamente fecundos se les deben cortar ciertas cosas, algunas arrancárselas de raiz, y muchas corregirse y mejorarse: y el hacerse esto, será muy propio de solo el arte.

XVI. Mas no á todos dió la naturaleza grandes ingenios; á los mas se le dió mediano, á otros, como airada y enemiga, embotado, ó ninguno. Estos váyanse del domicilio de las letras, disfruten un ocio, si no honesto, á lo menos preciso, y guárdense únicamente de no apartarse por su inutilidad de una medianía de oficios y porte comun de vida. Los demas de ningun modo rehusen un arte que se conforma y une íntimamente con la naturaleza: á estos pueden faltarles los auxilios, pero no pueden ellos mismos faltar á los auxilios.

XVII. Desacordadamente buscarian estos auxilios en ciencias mas severas, v. g. en las Matemáticas, con cuyo estudio se convierte en naturaleza propia un cierto modo de raciocinar, que maravillosamente conviene al objeto que trata, y que, como dista tanto de la índole de otras ciencias quanto de ellas se diferencian las Matemáticas, de ninguna manera conviene á los asuntos metafísicos, y mucho menos á los históricos; pues en estos no siempre, antes bien rarísima vez llegamos á la

evidencia, en la cual estan siempre los matemáticos. La evidencia de éstos resulta de la claridad, distincion y comparacion exactísima de las ideas; pero la de los otros proviene de la conciencia ó *sentido íntimo*, de la experiencia, y de la autoridad.

XVIII. Pero tan lejos está que las Matemáticas dispongan el entendimiento para otros asuntos, que los que se dedicaren únicamente á ellas, son hallados los menos á propósito para la administracion y manejo de negocios, y para aquellas ciencias, que especialmente estriban en conjetura y probabilidad. Pues habiéndose acostumbrado á una suma evidencia, les sucede lo mismo que á los que andan á la luz de medio dia, que ocurriéndoles de pronto otra luz lánguida y amortecida, no ven casi nada. Por lo cual ningun aprecio hacen de lo aprobable, y lo desapruueban como incierto. En fin, no siendo uno solo el camino por donde podemos llegar al colmo en todo género de conocimientos, y no valiendo unos mismos instrumentos para adquirirlos, teniendo cada cual sus instrumentos propios y acomodados, desde luego el geómetra, aunque estimable y excelente, á quien las Matemáticas no muestran aquellos caminos, ni le suministran aquellos instrumentos, si no estuviere instruido en el arte que prepara el entendimiento para todas las ciencias, nunca logrará en otras materias un conocimiento tan grande como en las geométricas (1).

(1) *V. Clerici Praef. in opera Phil.*

XIX. Se necesita, pues, un arte que descubra las fuentes de todos los conocimientos, declare la diversa índole y carácter de ellos, dirija clara y constantemente el entendimiento en todos, muestre el camino de aumentarlos y perfeccionarlos, y remueva toda la malignidad de los errores. Este arte no consiste en afectacion de palabras falaces y sutiles, no en proposiciones astutas y artificiosas, no en maquinar agudas inversiones y conversiones en contrario, no en desenredar silogismos, ni en otras menudencias despreciables, sino que de las mas recónditas y sublimes doctrinas de los filósofos, del estudio de ellas y su contiuna comparacion y cotejo, del conocimiento del ánimo y contemplacion de sí mismo, saca las materias útiles para aprenderlas, y nobles para conocerlas.

XX. Habiéndose aplicado con grande empeño á cultivar este arte hombres antiguos y modernos dotados de sublime ingenio y doctrina exquisita, parece no poderse traer nada de nuevo, ni enmendar y perfeccionar el mismo arte, ni añadirle finalmente algun suplemento. ¿Pero es posible que las ciencias de todas las demas materias, hasta las mismas Matemáticas, cuyas delicias son su luz clarísima, y que no penden de los fenómenos presentados en fuerza de la industria y trabajo de todos los siglos, esten todavía aspirando á la perfeccion; y esta facultad, que lo es del entendimiento, y la mas extensa y dificultosa de todas, ha llegado ya al colmo de su perfeccion? No se hallarán quizá elementos que sean los mejores y

mas acabados en todas sus partes, en casi todas las otras ciencias, ¿y ya los tenemos en esta que instruye el entendimiento para todo género de facultades? *Créalo el judío Apella, no yo que conozco* cuan dificultoso es este arte en comparacion de otros muchos, y que en cada asunto la perfeccion de lo mejor es una prenda casi divina, apenas, ó ni aun apenas concedida á los mortales.

XXI. Pero los que tratan del arte que instruye y corrige el entendimiento, los mas prometen eso mismo y no cumplen su palabra. Aquellos que menos confianza tienen de sí mismos, confiesan ingénuamente no haber ellos podido tanto. A la verdad, muchos estan defectuosos y faltos en muchas cosas, y muchos redundantes y supérfluos en muchísimas; unos se dilatan en lo que habian de ser breves, y son breves en lo que habian de dilatarse; otros niágun socorro piden á la metafísica; otros al contrario, perpetuamente se ocupan en doctrinas íntimas y recónditas de la misma metafísica. Algunos mientras corrigen é instruyen el entendimiento, se entregan demasiado á sus opiniones y sistemas; otros instruyen, no corrigen el entendimiento, ó en ambos cargos se muestran superficiales, limitados, incul-tos y secos. Táchanse otros por nimios en los si-logismos, nimios en las malas artes de los sofistas; otros, por haber sido negligentes en el modo de hallar la verdad, omisos en la doctrina de la probabilidad y arte de conjeturar, y no haber cultivado el conocimiento ó ciencia de las palabras

y la crítica. Hay quienes casi no demuestran cosa ninguna; quienes por lo contrario se detienen en menudencias; quienes por el prurito de maquinar novedades, todo lo confunden, todo lo revuelven, desechan con desden todas las cosas buenas, graves, útiles, si son antiguas; que siguen lo vicioso, lo impertinente, lo futil, con tal que sea nuevo. En fin, los que se ven menos poseídos de estos vicios, desprecian como cosa baja para ellos el modo claro y fácil de enseñar por preceptos, aspiran á cosas mayores, y suelen tener un método de disertar, que excede mucho á la capacidad de los jóvenes (1).

XXII. Mas nada me atribuyo tan presumido que viva satisfecho de que carezco de estos vicios, que juzgue que no soy muchas veces engañado, y que nunca caigo en algunos deslices. Yo verdaderamente lo he intentado, y si no he podido conseguirlo, á lo menos lo he deseado, y he puesto toda mi diligencia y estudio en acertar á escribir esta obra. Ni tampoco me glorío tan vanamente, como si hubiese arreglado las oficinas de la sabiduría, y sacado de mis propios almacenes toda la provision: he extractado muchas cosas de las doctrinas de los filosofos; muchas he tomado prestadas de la *Metafisica*; algunas me ha enseñado el uso

(1) Véase despues la *Histor. Fil.* n. 28, 32, 51, 55, 59, 60, 77, 85, 94, 105, 126, 136, 151, 154, 156, 157 en que sumariamente se escribe la *Historia de la Lógica*, y se apuntan los que se aventajan en esta facultad, y los que caen en uno ú otro de estos vicios.

y algunas otras las he hallado mediante mi propia meditacion. Me he propuesto hacer uso de todas ellas de modo que entrase yo como á escote en contribuir á la buena instruccion del entendimiento humano, y añadiese alguna partecita pequeña de perfeccion.

XXIII. Cuando tomé esta empresa, ví la dificultad, noté los peligros, se me mudó el color, y el temor se difundió por todo mi pecho. Pero me movió á hacerlo la sabiduría y voluntad del Emperador, que á todos cuantos en esta universidad de Pavía tenemos el cargo de la enseñanza, nos manda, que ó demos á luz libros que traten de la ciencia ó arte, que cada uno profesa, ó reimprimamos los ya publicados, para que tomen los oyentes todo género de instruccion, sin que se vean precisados á traslados y copias con gran pérdida de tiempo y de doctrina. Y ellos y nosotros hemos recibido mayores cosas, beneficios señalados y muchas comodidades de mano del Emperador, con cuya proteccion y autoridad florece nuestra literatura, y bajo cuyos auspicios se pronostican siempre cosas mas grandes.

XXIV. Muchísimas dificultades por cierto se me hubieran presentado á la vista para la explicacion de las obras de otros. Pues como en opinion de hombres doctísimos no hay hasta ahora ninguna que debamos mirar y aprobar como perfecto modelo de Lógica, se ofrecerian á cada paso muchos puntos, que ó fuesen enteramente insípidos, ó que se hubiesen omitido sin razon, ó tratado con

aridez, ó que aunque de poquísimos uso, se hubiesen extendido con prolijidad. De aquí provendría continuamente el refutar, suplir, amplificar y abreviar, de lo cual resultaría tédio, molestia, confusión y un trabajo casi infinito.

XXV. En fin, pusimos manos á la obra; y considerando yo para conmigo mismo, que en el siglo pasado, cuando los jóvenes en las escuelas estudiaban materias no tan exquisitas como en este tiempo, salieron de todas partes hombres consumados y casi divinos, á los cuales quizá apenas tenemos hoy uno que ponerles en paralelo, me arrimaba gustoso al dictamen de que esta grande gloria (si, siendo la primera enseñanza, queremos tener en ella alguna parte) debe seguirse no tanto de las materias que se enseñan, quanto del método con que suelen enseñarse.

XXVI. Dos son los modos con que pueden los jóvenes disponerse para saber. El uno se reduce á infundirles en su mente un cierto enlace y trabazon de conocimientos, sin que se les conviertan en jugo y sangre, sin ejercitarles las fuerzas del ingenio, y sin ilustrarles lo que sin luz ninguna de crítica hubieren aprendido. Atendiendo al número y cualidad de conocimientos, solamente se cuida de que aquellos á quienes se enseña parezcan cultos y eruditos en los banquetes y corrillos. El otro modo intenta cosas mas sólidas y fructuosas, pues añade fuerzas al entendimiento, da viveza al ingenio, y nos prepara al mas perfecto uso de las facultades del alma, y no solamente procura en-

riquecerla de conocimientos, sino aparejarla y disponerla de suerte que pueda por sí misma aprender todas las cosas, y entrarse en el inmenso campo de las ciencias y espaciarse anchamente por él.

XXVII. Este modo consiste en aquel método de enseñar, que no exime á los discípulos del trabajo y esfuerzo del entendimiento; que busca, robustece y sustenta la valentia del ingenio y su prontitud en recorrer muchos objetos y compararlos entre sí; que no quita de las materias toda dificultad, sino solo aquella que no podrian vencer los ingenios tiernos y no fortalecidos de los jóvenes, pues por la dificultad misma deben sus ánimos estimularse al estudio de la sabiduría: dificultad que no los amedrente, no los retraiga, ántes los meta en mas empeño, les inflame la voluntad, les haga ver su propia perfeccion y agudeza de ingenio, y á nosotros nos lisongee con el deleite de haber conseguido victoria de la misma dificultad.

XXVIII. Por cuya razon este modo de enseñar, que yo apruebo y encomiendo, no será fastidioso, no embrollado, no confuso, sino claro, luminoso, coherente, bien seguido y expuesto con palabras escogidas. Y para que asi sea, no debe proponer lo que fuere de leve momento y sin sustancia, no investigar con ansia lo que estuviere patente, no beber de arroyuelos y gustar casi no mas que con los labios las cosas, sino que podrá conducirlos á las fuentes de la filosofía, desatar sus raudales y gustar muchas cosas bebiéndolas á boca llena.

XXIX. De esta manera los jóvenes se acercan á la sabiduría por el camino mas espacioso y derecho, cuyo extravío seria enteramente pernicioso. Y asi como las fuerzas del cuerpo se aumentan y afirman con el ejercicio y trabajo, y suele una vida suave y afeminada aparentar una sanidad fingida y robustez falsa, de la misma suerte aquella facilidad dulce y lánguida de enseñar, debilita los nervios de la sabiduría y cultiva una erudicion liviana, desaliñada é indigesta.

XXX. Ciertamente huian de este método aquellos varones doctísimos, á quienes se les encargaba la instruccion de la juventud, cuando era verdadera la gloria y sumo el esplendor de la literatura italiana. No entretenian estos á sus discipulos en compendios ni cursos de artes y ciencias distribuidos por un determinado espacio de meses ó dias, ú otra manera (si es que la hay) bárbara, corrompida y perjudicialísima, de que Dios nos libre, y jamas permita que se introduzca entre nosotros, sino que proponian uno de los filósofos de primer orden, Platon ó Aristóteles (segun el que mas les agradaba, y permitian aquellos tiempos) como modelo que ver y que imitar, y le interpretaban y explicaban en los dias determinados, ó alternando con corta diferencia de tiempo, para que los oyentes le fuesen digiriendo y cocinando, daban á conocer las cosas que en él habian profundizado, y las corroboraban y sazonzaban con doctrinas selectas de todas partes, y una vasta erudicion, para que saliesen acabadas y perfectas,

y las imprimian en los ánimos de los oyentes con un estilo corriente y sublime.

XXXI. Mas ya que estoy tratando este difícil asunto, diré lisa y llanamente lo que siento. Muy mal, y al revés de lo que conviene, son distraídos los jóvenes de la meditacion de las cosas, y conducidos siempre en daño suyo á las que les previenen ventajas corporales y vida cómoda. Los ánimos tienen sus propias indigencias, recreaciones y apetitos, y su natural pábulo (llamémosle así) es la meditacion. ¿Quién será, pues, tan insensato que se abandone á los regalos del cuerpo, nunca cumpla con lo que debe al espíritu, y jamas le provea de lo que necesita? ¿Por ventura nada cuidaremos de los bienes del ánimo y cosas que son conformes á su naturaleza, ni nos gloriaremos del ballazgo de la verdad, y hemos de elogiar hasta lo sumo una comodidad ballada, ó mas antes hecha para el deleite y produccion de un fruto pasagero que desaparece muy pronto? En realidad esto seria cosa de un ánimo demasiado bajo y abatido que exterminase del hombre el natural carácter de hombre.

XXXII. Y no solo cuando el entendimiento considera las cosas que puede alcanzar con la razon y la experiencia llena su insaciable deseo de ver la verdad y se baña de un gozo maravilloso, sino que tambien se hace en cierta manera superior á sí mismo y logra grandisimas ventajas; pues adquiere facilidad y contrae un hábito, con que proporcionadísimamente se acomoda á todo

estudio, con que agudo y pronto examina las relaciones y diferencias de las cosas, con que reduce los singulares á ciertas primarias razones universales, y en fin, con que ve clara y distintamente los abstractos en los concretos, y los concretos en los abstractos (1), de lo cual resulta una excelente capacidad, extension, prontitud, y una fuerza increíble del entendimiento.

XXXIII. Quizá alguno pensará que yo en virtud de aprobar todo esto, y seguir según mis fuerzas aquel perfecto y fructuoso método de enseñar, entretejo toda la Lógica ó recta instruccion del entendimiento de sublimes y profundas doctrinas de Metafísica, y me mirára con enfado como á hombre que de dos considerables y nobilísimas artes he forjado una sola casi inmensa, demasiado amontonada, rodeada de dificultades por todos lados, y cubierta de oscuridad y tinieblas. Pero quien tal vez hablára de ese modo, y estuviera persuadido de ello, no habria penetrado bien mi modo de pensar y hacer juicio de las cosas. Voy muy lejos de la opinion de aquellos que juzgan ser una misma facultad la Lógica y la Metafísica, y ni convengo con los que entienden ser necesario á la recta direccion del entendimiento el tratar de la Metafísica, los cuales ciertamente

(1) Leibniz era de parecer que esto último es propio de filósofo grande, y señal de agudo ingenio. V. Bonet *Ess. Anal. Ch.* XV. Gerdil, *considerazioni sopra gli studii della Gioventu.*

deciden con demasiada ignorancia y ninguna consideracion: parece que absolutamente ignoran el objeto y fin de aquellas dos facultades; y si lo reflexionasen atentamente, sin duda conocerian cuánto se diferencia la una de la otra.

XXXIV. Debo, pues, entenderme sobre este punto con otros que muestran una opinion en cierto modo probable, y no estan metidos en extravagancia tan grande de opinar. Dicen, que no puede el entendimiento ser preparado para encontrar la verdad, si la conciencia ó sentido interno no conoce con evidencia el ánimo; que sus conocimientos no pueden aumentarse, perfeccionarse y corregirse de los errores, en ignorando el origen, índole y carácter de ellos; y en fin, no pueden dilatarse y recibir aumento las facultades del alma, si el temperamento de ellas, su dependencia, semejanzas y desemejanzas no se hubieren entendido con mucha claridad y distincion.

XXXV. Considerando estas cosas muchas veces para conmigo mismo, y revolviéndolas en mi pensamiento, me sentia casi movido de ellas á componer la Lógica enlazándola con la Metafísica, y no separar la una de la otra. Pero examinando y meditando las mismas cosas con mayor atencion y madurez, y volviendo los ojos á la experiencia, me reduje por último á la opinion de dividir la Lógica de la Metafísica, y juzgo que aquel es el recto método de enseñarlas, que trata una y otra con separacion.

XXXVI. Ahora bien, yo imploro la buena fe de aquellos que estan llevados de la opinion

contraria, y les ruego que vengan, esten presentes, y vean conmigo cuánta es la fuerza que debe atribuirse á las razones en que ellos tanto se fundan. En primer lugar creo no pueden negar, que estas dos cosas se diferencian entre sí como las que mas; es á saber, el formar un arte directora del entendimiento y correctora de los errores, y el enseñarla luego despues de ya formada, é imprimirla en la mente de otros. Para executar lo primero con mas acierto, juzgo que es necesaria una total y perfecta doctrina adquirida de la Metafísica, pues sin el auxilio de esta doctrina casi no veo como eso pueda conseguirse.

XXXVII. Bien que si queremos confesar la verdad, no ha nacido de las fuentes de la Metafísica el arte de discurrir y juzgar, ni todo medio de hallar la verdad, sino de la diligente y atenta observacion sobre las obras de aquellos que enviados por beneficio de Dios para que instruyesen al género humano, discurrieron á propósito muchas cosas, juzgaron de ellas con rectitud, y otras muchísimas inventaron con sutileza sin haber sido ayudados con auxilio alguno del arte.

XXXVIII. Ciertamente á las instituciones oratorias y poéticas precedieron los oradores y poetas, y todas las artes son posteriores á las obras. Los que pusieron en ellas toda su aplicacion y trabajo, entendieron qué fue lo que para hacerlas observaron aquellos grandes hombres; por qué camino dirigieron sus pasos; de qué modo llega-

ron al fin; qué cosas fueron las que siguieron y cuáles las que evitaron, y de aquí se formaron las leyes de las artes y preceptos de las instituciones.

XXXIX. Y para hablar de estas instituciones en que estoy ahora enteramente empeñado, los que dirigen todas las fuerzas del ingenio hácia aquellos sobresalientes y famosos modelos de juicio recto y de (XXXVII) raciocinio agudo, y se consideran á sí mismos, cuando se asoma alguna luz de razon excelente, y reflexionan qué cosas vienen á depravarse por los errores, y en fin, qué causas nos llevan con tanta frecuencia y nos arrebatan á los mismos errores, conocen en un todo las cosas que aqui debemos particularísimamente seguir ó evitar en nuestros juicios y discursos.

XL. Últimamente, aquellos que saben para sí el camino de la invencion, le muestran á otros, y nosotros que le vemos como deliniado por sus fatigas, le podemos andar sin que nos extraviemos, y descubrir las verdades que nos restan hallar.

XLI. Pero si la virtud intelectual de la mente humana ha producido el arte que arregla y dirige los juicios y la propiedad de discurrir, ¿por qué no ha de producir todas aquellas artes que nos deleitan y mueven, y que con la bien templada variedad de sonidos y cantos de los músicos nos recrean? ¿por qué no todas aquellas que se llaman buenas letras y artes liberales? ¿por qué su primera institucion y enseñanza no empieza por la Metafísica? ¿por qué es arrancada del lado de la misma Metafísica? ¿por qué los

autores, los artífices no piden para sus obras auxilios á la Metafísica? ¿por qué no se acogen principalísimamente á ella?

XLII. Mas no por eso yo soy tal que nada atribuya á la Metafísica en estas artes, especialmente en la de dirigir el entendimiento: se muy bien qué partes son las suyas, y me inclinaria mas antes á aumentarlas que á disminuirlas. Conozco que la Metafísica es la cabeza y el apoyo de todas las artes liberales: de la Metafísica (por hablar ahora de mi obra) se deben tomar los primeros principios para hallar la verdad y discurrir; en ella está puesta la última razon de las leyes con que nos gobernamos en los dichos dos cargos de la invencion y del discurso, las cuales leyes podrian por la experiencia descubrirse del hecho mismo, pero no podrian de mostrarse nunca, si no estuviesen formadas de lo íntimo de la Metafísica.

XLIII. Si esta ciencia casi de ningun modo se requiere para la invencion de aquellas leyes, ni para llevar al cabo su perfectísimo enlace, ¿cuánto menos necesaria será para trasfundirla en los ánimos de otros? ¿Cómo es que para adquirir la integridad y distincion de las ideas, y alcanzar su proporcion y conveniencia con los objetos representados en ella nos persuade la necesidad de conocer y prescribir, qué oficios debe ejercer el alma en cada uno de los sentidos? ¿cuál es la verdadera causa eficiente de las ideas? ¿cuál su naturaleza? ¿si se distingue de las percepciones, ó si en percibir las es paciente ó agente el enten-

dimiento, ó si siempre las percibe? ¿Qué diré de los sistemas de los filósofos? ¿No será bueno el haber tenido entre las manos, y examinado conforme á una juiciosa, justa y severa crítica las cosas inventadas con sutileza, unidas maravillosamente y convenientes entre sí, para que podamos imbuir el ánimo de rectas ideas y buena doctrina?

XLIV. Otras muchas cosas investiga y trata la Metafísica acerca de las ideas, muchas sobre los juicios y sobre todas las operaciones y facultades del ánimo, de las cuales justa y prudentemente puede y debe abstenerse el lógico. Los metafísicos ponen en cuestion, si la mente percibe á un mismo tiempo dos ó mas ideas, si en percibir las hay en realidad alguna graduacion sucesiva. ¿Habrá necesidad acaso de haber disputado sobre esto, para comprender la doctrina lógica del juicio, la análisis del conocimiento humano, sus grados y extension, y quitarle enteramente todos sus impedimentos? ¿Quién hay que no perciba sin dificultad, y no apruebe todas las reglas y preceptos acerca de fijar intensamente la atencion, hacer uso de la reflexion, refrenar y contener la imaginacion, acrecentar la memoria, aunque ignore en un todo la generacion, origen, orden, incrementos, afinidades, variedades de dichas facultades, y la dependencia que tienen del cuerpo, y por qué y cómo la tienen? Estos eran los puntos lógicos que especialísimamente tienen relacion con la Metafísica, los cuales si no necesitan de las luces de ésta, ¿por qué razon las han de

necesitar los demas puntos que apenas tienen conexion con ella?

XLV. Debemos, pues, alegrarnos mucho de que no se vean obligados los jóvenes á juntar dentro del entendimiento y de la memoria las fuentes de la Lógica y de la Metafísica, supuesto que no les ofreceria raudales abundantes y puros, sino escasos y turbios. Porque ¿cómo podrian sufrir la extension de aquellas fuentes dentro de un entendimiento desprevenido y desaparejado, sin haberse acercado antes á otras mas pequeñas? Y mientras intentasen á un mismo tiempo muchas cosas, nada concluirian al cabo; pues cuando quisiesen adquirir la Lógica y la Metafísica, ni una ni otra conseguirian.

XLVI. Mas no por eso juzgo que se debe extermiar de la Lógica la Metafísica, ni digo que se destierre de la Lógica todo lo que sabe á Metafísica, ni todo lo que de ella se hubiere entresacado; porque hay algunas cosas propias de esta ciencia, las cuales no solo dan luz y esplendor á la otra, sino tambien auxilio; y con el aditamento de ellas será cabal y perfecta. Estas cosas son sacadas como de los primeros umbrales de la Metafísica, y no piden tratarse como si las tratára quien la profesase y quisiese instruir á los demas en sus profundas y recónditas doctrinas. Seria en mí una culpa el pasar por alto estos puntos; pues aunque mi propósito es no trasladar á la Lógica asuntos forasteros, ni procurarle con materias mas famosas, aunque intempestivas, su esplendor,

sin embargo no es de modo que la reduzca á menos, y la publique árida y esteril (1).

XLVII. La abrazo toda en aquella division que espontáneamente nace de la naturaleza del

(1) Los que no reflexionaron esto, pensaron antes que en excluir de la Lógica los puntos forasteros, difíciles, y no necesarios, y primero que en componer el arte que dirige el entendimiento al camino de la verdad, en enseñar la Lógica despues de la Metafísica y Física, y de esta suerte invirtieron el orden de estas facultades, por no anticipar á los oyentes la Lógica en tiempo que sus fuerzas no pudiesen con ella. Estos, para que sus discípulos aprendan la Lógica, los meten desapercibidos en la Metafísica y Física, y los precisan á detenerse en estas dos sublimes y profundas ciencias: y por huir de un peligro menor, caen en otro mayor. Asi opinaron de los antiguos Posidonio, Panecio y otros (*Laert. lib. 7. secc. 41.*) y de los modernos Winklero. Hay quienes atormentados de esta misma incertidumbre, toman el partido de unir la Lógica y Metafísica, y asi como vimos, añaden á la Lógica la dificultad agena, y no le quitan la nativa y propia, la cual en realidad no es tanta que los maestros con una proporcionada y singular eleccion de asuntos, y los discípulos con su estudio y aplicacion no puedan vencerla. Por eso los estóicos Aristóteles, Epicuro, Bacon y todos los que en estas materias opinaron profundamente, hacen ir la Lógica delante de las demas ciencias, y la tienen como por instrumento y órgano de todas ellas.

objeto que trata (1): trata, pues, del entendimiento, en cuanto es potencia cognoscitiva, y le toma á su cargo para purgarle de errores y dirigirle en el camino de la verdad, á fin de que pueda hallarla, demostrarla y comunicarla con

(1) El nombre *Lógica* viene de un vocablo griego que significa *razon ó habla* sabiamente por cierto, pues es un arte de la razon, y cuando raciocinamos hablamos con nosotros mismos (V. L. I. n. LXXXVI, LXXXIX.); y de este raciocinio y habla interna hace mencion Aristóteles (1. *Poster Anal.* c. 8.) y ni Platon ni Aristóteles usaron como sustantivo el nombre *Lógica*, pues llamaban una proposicion lógica, un problema lógico y un silogismo lógico, y en fin, sutilezas lógicas, *Top. I.* Platon, in *Phædro*, llamaba arte dialéctica, á la que nosotros llamamos *Lógica*; bien que hubiese dado este nombre, *De Rep. L. 7. et in Philæto*, á la ciencia de las cosas divinas. Del nombre *Dialéctica* usaban tambien los estóicos y Aristóteles; aquellos comprendian en él la *Lógica* y la *Retórica*; pero la *Dialéctica* de Aristóteles disputaba únicamente de lo probable, cuando de lo verdadero se llamaba *analítica*: á una y otra llamaban *silogística* Philopono y Simplicio. A la *Lógica* la llamó Epicuro *canónica* por los cánones ó reglas que gobiernan el entendimiento: otros por su oficio la llaman *crítica*, ap. *Athænzæum*, et *Lucian*. Los peripatéticos la llamaron *Filosofía instrumental*, *instrumento*, *órgano* tambien de los *instrumentos*, nombre que renovó Bacon, asi como Buddeo el otro. Tulio dió á la *Lógica* el nombre de *arte de discurrir*, y le siguieron nombrándola del mismo mo-

claridad. Por lo cual he empezado por los principios elementales de los conocimientos ú operaciones intelectuales, de donde dando un paso á los conocimientos y sus instrumentos, he hecho alto en las fuentes de los mismos conocimientos.

do Plutarco, Alejandro *Aphrodiseo*, y últimamente todos; pero á la Dialéctica él mismo la llamó *Arte de disputar*, y tambien *disputatriz*, como igualmente la llamó Quintiliano. Los antiguos á quienes adhirieron los estóicos, unian la Retórica y la Dialéctica: la separacion de estas dos artes no parece anterior á Sócrates, y Tulio, *de Orat. Lib. I. et III.*, y Quintiliano *in Præm. Lib. II. cap. 21*, se duelen de que las hubiesen separado.

Ya se ha tocado brevemente la division de la Lógica hecha por los estóicos y por Aristóteles. Segun Tulio, *Top. c. 2. todo método exacto de discurrir tiene dos partes, una de inventar y otra de juzgar*. La Lógica la dividian en *abstraída ó separada de las cosas*, y en *unida con ellas*: los intérpretes griegos de Aristóteles, de quienes sacaron los árabes y los escolásticos su Lógica *docente y utente*, ó la *theorética y práctica*, los Thomasios, los Rudigerios, los Wolfios, Mako y De Felice. A Ciceron imitó Ramo en la division de la Lógica. Bacon *de Augm. Sc. Lib. 5. c. 1.*, la divide conforme á cuatro fines en *arte de inventar, juzgar, retener en la memoria, y enseñar*.

Mas ninguna division es mas célebre que la que cuenta las partes de la Lógica por el número de operaciones del entendimiento acerca de la verdad. De aqui primeramente los peripatéticos asignaban las partes

XLVIII. Luego establezco, que en primer lugar las ideas y las voces son los principios elementales de los conocimientos; digo de los conocimientos, que consisten en la percibida contradicción ó conveniencia de los objetos ó de las ideas, no de los que se contienen en la simple

á su *utente y docente*, pero solo constituian tres operaciones del entendimiento; á saber, *aprension, juicio, racionio*: otra cuarta añadieron los modernos, que es *método*: así Gasendo, el *Arte de pensar*, Regis, Cleric, Budeo, Gundlingio, Belio Crouzat, Dalham; pero no todos estos añaden aquella última, particularmente Heinecio que juzga ser el fundamento de toda la Lógica el determinar este punto.

Pero mientras dividen la Lógica con relacion al número de operaciones del entendimiento, ¿por qué no amplían y aumentan sus partes? Realmente el entendimiento atiende á la verdad; acerca de ella usa de reflexion, la trae á la memoria y la imagina. Demas de esto, ¿qué lugar oportuno tendrá en esta division el *Arte crítica y conjetural*? ¿Qué lugar tendrán las doctrinas pertenecientes á las fuentes de los conocimientos humanos, sin las cuales fácilmente beberíamos en estas fuentes los errores? Véanse Gerardo Juan Vosio de *natur. et constit. Log.* Gasendo de *orig. et var. Log.* Walchio de *progressu, ac fatis Log. lib. 2. c. 2.* Por eso quizá muchísimos se movieron á omitirlas; algunos á enlazar, segun su capricho, las mismas y otras á una y otra operacion, no permitiéndolo la naturaleza de ellas y de las cosas. Por tanto hemos adoptado otra diferente division.

aprension, porque de estos no son elementos las ideas, las cuales antes bien son aquellos mismos conocimientos. Mas habiendo una estrechísima conexion entre las voces y las ideas, y no estando presente en el entendimiento idea ninguna, sin que tácitamente para con nosotros pronunciemos su nombre, y hablemos con nosotros mismos de las cosas que revolvemos dentro de nuestra mente; y en fin, siendo increíble el influjo de las voces en las ideas y en todos los conocimientos, desde luego las palabras pertenecen de derecho á los principios elementales de los conocimientos, y no sin cometer un absurdo, habria separado la doctrina de los vocablos de la de las ideas.

XLIX. Cuando explico esta doctrina de las ideas, muestro su origen y generacion sin que (pues corresponde al metafísico) decida sobre su causa eficiente. Despues expongo, ilustro y examino (añadidas algunas notas) aquellas afecciones de las ideas que conducen muchísimo á evitar la falsedad de los juicios y alcanzar la verdad. Casi el mismo cuidado pongo en las palabras, esmerándome principalmente sobre la fuerza, interpretacion, uso y abuso de ellas.

L. Asi queda allanado el camino por donde pasar sin tropiezo á los conocimientos. Concluida la análisis de estos, trato de sus diversos grados, realidad, extension ó amplitud, procurando siempre preparar el entendimiento para la verdad y ponerle á cubierto, no solo de los errores, sino tambien de las causas de ellos.

LI. Copiosísimo y mas extenso es aquel lugar en que junto los instrumentos de los conocimientos. Hago enumeracion de todos ellos; expongo la razon porque deajo algunos para otro lugar; examino el uso y ventaja de todos, y los conocimientos suministrados por ellos; enseño como estos mismos instrumentos pueden producir mayor fruto.

LII. Ultimamente me acerco á las fuentes de los conocimientos humanos, y establezco que son cuatro, *la conciencia, la razon, los sentidos y la autoridad*: prescribo de qué modo se deben en cada una de ellas los conocimientos, y qué especie de conocimientos: á cada una apropio su verdad, conocimiento y certidumbre, y mido los diversos grados de ésta. Muestro como aquellas abundantes y limpias fuentes corren muy dilatadas, y declaro qué errores pueden dimanar de cada una de ellas.

LIII. Comprendo estos puntos en cuatro libros en que logran su respectivo lugar todas las cosas que son necesarias á la buena instruccion del entendimiento; aquel lugar por cierto que no pervierte el orden puesto por la naturaleza entre las cosas; que da luz á los objetos y facilidad al entendimiento, y al cual nos llaman la índole de los asuntos y los antecedentes. Y al libro que se intitula *de los Instrumentos de los conocimientos*, naturalmente se le sigue *el Arte de conjeturar*; y despues de aquel que descubre las fuentes, se pone *el Arte crítica*, sin que ni una ni otra materia parezca traída de lejos ó con violencia.

LIV. Demas de eso, el que con cuidado mira

los elementos de los conocimientos, los mismos conocimientos, sus instrumentos y fuentes, y advierte en cada uno de estos auxilios las cosas que se deben precaver y observar para huir el error y alcanzar la verdad, ese llena completamente el cargo de instruir el entendimiento, pues no hay otro ningún camino fuera de los dichos por donde puedan descubrirse los errores ó adquirirse las verdades.

LV. Pero muchas veces sucede, que ó nosotros faltamos á los instrumentos, ó los instrumentos á nosotros; otras veces acontece, que las fuentes de los conocimientos estan estrechas, y no podemos ensancharlas de aquel modo que seria conveniente para sacar de ellas la verdad. Pero no debe por eso decaer entonces nuestro ánimo: y si la verdad no nos es manifiesta, empeñémonos en conjeturarla y adivinarla, esto es, en conocerla probablemente, y conseguir siquiera la verisimilitud. Y ciertamente el acercarse á la verdad, cuando dista muy lejos de nosotros, es cosa que en sí tiene una tranquilidad digna sin duda de grande admiracion (1). No solo, pues, debemos

(1) Cartesio y Malebranche no hacen caso de los conocimientos probables y en nada los estiman: y el primero, *Reg. 2. ad Direct. Ing.* no hace bien en dar por regla que siempre nos veremos en asuntos de que podemos lograr una certidumbre igual á las demostraciones geométricas y aritméticas. Pero Malebranche niega que el entendimiento se perfeccione, y se extiendan los límites de los conocimientos hu-

informarnos de los elementos, instrumentos, fuentes de los conocimientos, y de los conocimientos mismos, en cuanto con ellos llegamos á conocer la verdad, sino tambien en cuanto que á lo menos llegamos á tocar la probabilidad (1).

LVI. Mas yo no soy hombre que ofrezca una entera seguridad, de que bien entendida la doctrina que iba delineando, haya de salir cualquiera un sa-gaz investigador y sutil racionador. Es esta una cosa de mayor industria y de mayor peso y gravedad que lo que podemos prometer nosotros con el mero auxilio de unas instituciones elementales. Re-

manos con el conocimiento probable, porque este puede ser falso. No pudiendo estos sabios gozar el bien mayor, repudian no con mucha sabiduria el menor, el cual nosotros seguimos de buena gana; y para que no se caiga de las manos, somos de parecer que alguna vez se suavicen los estudios severos con los mas benignos, porque si continuamente nos acostumbremos á la evidencia, venimos con facilidad á confundir lo probable con lo incierto.

(1) En todo lo referido desde el número XLVII. se contienen aquellas cosas que pide el fin de la Lógica que pertenecen á su objeto y que constituyen su materia. Estas mismas cosas han sido por unos cercenadas, ampliadas por otros, ya recargadas de las forasteras, y ya en fin privadas de las propias, de suerte que no con menos verdad que gracia dijo Clitomaco, *apud Stobæum serm. 97*, que la Lógica era como la luna que alternativamente crece y mengua.

quiere uso y ejercicio, sin el cual las reglas y preceptos se hallarian enteramente frívolos y estériles. Para eso será muy bueno dedicarse á los estudios geométricos en que pura é inviolablemente se guarda un método muy exacto y una demostracion rigurosa. Por falta de uso resulta que muchísimos, aunque se les hayan quedado bien fijos en la memoria los preceptos de los lógicos, no son rectos y prontos racionadores, pero lo son otros que tienen la particularidad de tratar maravillosamente conforme á él los negocios, y no tienen reglas y doctrina para ello.

LVII. Los jóvenes, pues, deben en todo caso adquirir este uso en los géometras, y en la atenta lectura de escritores opuestos entre sí. Despues que con una larga meditacion sobre estos se les hubiere hecho familiar el método de investigar y disputar, deben hacer muchas y repetidas veces sus pruebas, de suerte que sigan sobre las huellas de ellos, y emprendan andar por sí esas mismas ú otras semejantes. Yo he hecho lo que estaba de mi parte, y para ser útil y enseñar en algun modo la práctica, he añadido no rara vez á las materias ejemplos que ponen como delante de los ojos la manera con que debemos seguir los preceptos y reglas que se han dado.

LVIII. Pero no he multiplicado excesivamente los ejemplos ni los he traído con violencia en las materias que no los exigian; solo he puesto los que eran necesarios, debiendo explicar de palabra ó de viva voz los demas que fueren acomodados y oportunos. Muchos motivos me hicieron abrazar este pro-

pósito, principalmente el tamaño del volúmen, que si es grande no es cómodo; despues de eso la inutilidad de los ejemplos, en caso que esta obra viniera á manos de los que hubiesen ya oído algo sobre los asuntos comprendidos en ella. A los principiantes se les dan los tales ejemplos con mayor utilidad y fruto, no por escrito, sino de palabra; pues los mueven con mas viveza á prestar su atencion, y los ponen en una gustosa y facil necesidad de ejercitar la memoria.

LIX. Viéranse aquellos consumados y famosísimos filósofos antiguos sentados en la Academia y en el Stoa ó Pórtico, ó paseándose en el Liceo producir con mucha elocuencia oráculos de sabiduría, y estar atentos y pendientes de su boca grandes concursos de oyentes, á quienes creían no poder ellos instruir con mas perfeccion ni enseñar mas cómodamente que haciéndolo de palabra: estos, pues, no procuraban otro método de enseñanza, antes le confirmaban en gran manera con aprovechar mucho. ¿Quién será en ningun caso tan imprudente que destierre en un todo la costumbre de explicar solo de palabra y á viva voz algunos puntos aunque necesarios?

LX. En fin, yo he omitido gran multitud de ejemplos, muchos que no serian acomodados á los principiantes que se dedican á esta facultad; pues juzgo que cualquiera facultad que sea, se forma de dos géneros de cosas; unas que pertenecen á los elementos de las facultades, otras que se levantan sobre los mismos elementos y componen la

parte mas sublime y recóndita de las facultades mismas. No deben mezclarse unas materias con otras para que no se rompa su encadenamiento ni se altere el orden del sistema, el cual no solo exige que cada cosa se ponga en su lugar, y prohíbe que las subsiguientes ocupen el lugar de las antecedentes, sino que ademas dispone que las materias que son de otro género no se sustituyan mutuamente unas á otras, ni se mezclen y confundan.

LXI. Mas por quanto conviene muchísimo el dar alguna muestra de crítica filosófica, y el iniciar á los jóvenes en los misterios de la lectura de libros, he añadido algunas (y no tan pocas) anotaciones, en que tal vez compongo las diferencias de los filósofos que discordan en sus opiniones, y apunto sus sistemas; pues los que careciesen de toda noticia acerca de estos, tomarian en las manos ineptamente los libros de la filosofía racional.

LXII. Pero es menester ayudar á los jóvenes de modo que para entregarse á los escritores elijan particularísimamente aquellos que sobresalen en doctrina y sutileza de ingenio. Por lo comun no saben á cual determinarse: con que en las notas les he indicado, qué escritores he visto mas apreciables y célebres en cada materia. Y no les he citado únicamente aquellos que favoreciesen á mis opiniones, sino tambien aun los que son de opinion contraria á la mia, con lo cual se muestra á los jóvenes y se les allana el camino de la meditacion, comparacion y examen de los escritos.

LXIII. Este es todo el sistema que pienso deber-

se seguir en la direccion del entendimiento humano: estos son los puntos, que, segun me dictaba la ocasion, he juntado en estas instituciones lógicas, por las cuales queda patente el paso á la Filosofía. La Lógica nos dirige en el estudio de la Filosofía á la cual nos dedicamos por su medio con fruto y utilidad. Todos la cuentan la primera en las clases de la humana sabiduría y le dan título de Lógica.

LXIV. Por lo cual no será fuera de propósito decir algo acerca de la Filosofía, explicar sus divisiones y caractéres, y describir unos pequeños rasgos de la historia filosófica; pues desdeñaría torpemente de los que empiezan el estudio de la Filosofía por su primera parte, el ignorar enteramente todas las cosas que dan alguna nocion de ella.

LXV. Filosofía, si se quiere interpretar este vocablo, no es otra cosa que *amor ó estudio* de la sabiduría. Pero atendiendo á la cosa significada y comunmente entendida en esa voz, es una ciencia de todas las cosas, que por el dón divino de la razon pueden investigarse y percibirse (1):

(1) Este amplísimo y gravísimo nombre de la Filosofía parece haber sido primeramente usado por Pitágoras. Pues como en los mas remotos tiempos los hombres que se dedicaban á la meditacion de las cosas y sobresalian en alguna, se llamasen *Sophos*, esto es, *Sabios*, queriendo Pitágoras huir la arrogancia de este título y la envidia que podia conciliarle, fue su voluntad que le llamasen *Filósofo*, que es lo mismo que *estudioso y amante* de la sabiduría. *Sapien-*

se llama ciencia, porque hace demostracion de todas las cosas que propone, y porque investiga

tia autem est (Tullius offic. lib. 2. c. 2.) *ut à veteribus philosophis definitum est, rerum diuinarum, et humanarum, causarumque, quibus hæ res continentur, scientia.* Ammonio (*in Porph. Iság.*) atribuye á Platon esta misma definicion; y (*in Euthyd.*) se dice ser la *Filosofia sincera conversion del ánimo á aquella que verdaderamente es tal*: esta explica otra mucho mas célebre dada por el mismo Platon, *in Phæone*; es á saber, que la *Filosofía es un ensayo y figuracion de la muerte*, segun la interpretacion de Tulio. Si por incidencia diesen en esta definicion algunos filósofos libertinos y afectados de nuestro tiempo quando no llegasen á alcanzar el sentido de ella, á lo menos conmovidos del temor de la muerte renunciarían al punto aquel título honorífico tan corrompido por ellos. Mas Platon en aquellas dos definiciones miraba á su modo propio de filosofar, pues verdaderamente hay cosas que se distinguen contemplando las ideas universales, y tan solo de estas como inmutables y necesarias se puede tener ciencia, no de las demas que pasan corriendo siempre, y se desvanecen. Pero no puede el entendimiento volverse hácia aquellas ideas, si el mismo no se arroba ó enajena del cuerpo que retarda y detiene su carrera; y quando nos empeñamos en esto, figuramos en cierto modo, y la muerte.

Hay quienes defienden, *Clement. Alexandr. I. Strom.*, que Pitágoras definió del mismo modo la Filosofía, y que en aquel silencio de cinco años que

no solo las cosas, sino tambien las causas de ellas. Por lo cual el conocimiento filosófico logra muchas ventajas sobre el vulgar y comun (1).

LXVI. Pero se toma generalmente la Filosofía encargaba á sus discípulos, significó el arrobamiento del ánimo y abstraccion de los sentidos. Los estóicos, *ap. S. Emp. et Plutarch.*, definieron la Filosofía *ejercicio del arte conveniente*, esto es, de la sabiduría que especialísimamente conviene al hombre. Casi de la misma suerte la definió Epicuro diciendo, *ap. S. Empir. adv. Eth. que es un ejercicio, que con razones y mutuos coloquios ocasiona una vida feliz.* Estos nos advierten sabiamente que la Filosofía no consiste en una virtud ó potencia estéril, sino en operacion y accion. Aristóteles, *Metaph. 2. c. 1.*, solo define la Filosofía especulativa ó contemplativa cuando sienta *que es ciencia de la verdad*: realmente dice despues que su fin es la verdad, arte de la vida activa la misma obra. En lo mismo coinciden las definiciones y descripciones de la filosofía de otros antiguos sabios. Pero careciendo todos ellos de la revelacion divina, y no profesando doctrina ninguna fundada en ella, comprendian en los términos de la filosofía todo lo que pertenece á Dios y á la religion; y sentando que era *ciencia* de todas las cosas no añadian *cuanto puede adquirir con la luz natural*; de lo cual resulta toda la diferencia que hay entre la filosofía y teología.

(1) *Ut enim res scire dicatur, sploratum esse oportet causam, propter quam ita est. Arist. I. post. Analyt. c. 2.*

fía en mayor latitud, y no se estrecha á los límites á que se ciñeron los conocimientos de los que la cultivaron. Es menester tentar algo de nuevo y remover los embarazos de la *autoridad* (1), para que el entendimiento no rehuse la investigación de aquellas cosas que otros han ignorado enteramente ó tenido en menosprecio.

LXVII. Sin embargo hay muchas materias que al hombre le serán siempre desconocidas, en las cuales gastaría el tiempo inútilmente y perdería el trabajo. Y son las verdaderas causas y fines de las cosas sus enlaces, esencias íntimas y primarias de las sustancias, y su total razón de obrar.

LXVIII. Ciertamente vemos efectos á los cuales se juntan otros efectos, de los que inferimos legítimamente otros: efectos que además de explicarse ellos mismos mutuamente, declaran la mixtura y temperamento de las sustancias. Conocemos las propiedades de las cosas, miramos su recíproca dependencia, pero de ningún modo alcanzamos á ver las verdaderas causas así de las propiedades como de los efectos (2). Conocemos

(1) Estando los escolásticos esclavizados y poseídos de este su maestro; (pues para ellos era Aristóteles lo supremo del ingenio humano, quien pensaban haber penetrado todas las cosas que pueden saberse) no han adelantado en la filosofía el espacio de una uña.

(2) La verdadera causa de algun efecto es aquella cuya acción, produciendo el efecto es excitante

que debe haber una causa poderosísima, productora y procreadora de todas las cosas, la cual ha dado á la sucesion y multitud de todos los efectos otras causas secundarias. Conocemos tambien que todas las propiedades de las cosas dimanen de su íntima estructura y temperamento; y cual sea la razon porque unas propiedades sobrepujan mas que otras en los entes (1). Esta es la

da en la misma cosa, no por ser diversa de ella. La mutua atraccion de los cuerpos y los mismos cuerpos no son verdaderas causas de todos los movimientos de la naturaleza, supuesto que en qualquiera cuerpo por medio de cosa diversa de él está situada la atraccion, y ésta es efecto de aquella cosa. Era para Newton cosa certísima el que ignoramos nosotros la causa de la atraccion V. L. I. n. LX. not. 2.

(1) Las cosas sean las que fueren, tienen su cierto ser, y se diferencian mucho entre sí: debe, pues, haber de esta diferencia una razon por la cual las cosas son aquello que son. Esta razon se llama esencia *primaria* ó *real*, segun le parece á Lok, y está situada en el interno temperamento ó estructura del sugeto ó ente de que constan las cosas, y en el hábito y disposicion característica que es diferente segun la índole de las cosas mismas. No podemos llegar á conocer las esencias *primarias*, ni tenemos camino ninguno para ello: no los sentidos los cuales no penetran en lo mas íntimo de los entes; no la reflexion, la cual necesita el auxilio de los sentidos. Lo cual sin embargo se debe entender,

esencia íntima y primaria de las cosas; esta es la que absolutamente nos es desconocida, y nunca llegamos á comprender las causas verdaderas.

LXIX. Por lo cual si no queremos lisonjearnos vanamente, confesemos con ingenuidad (1) que todo nuestro conocimiento es de meros hechos. Sin embargo hay cierta razon en el filósofo para elevarse con modestia sobre el vulgo que nada sabe; hay cosas que requieren su industria y aplicacion, y hay materias en que con gusto y de los objetos sensibles que existen fuera de nuestra mente: pues de los que se forman por la reflexion, como los entes matemáticos y demas obras del arte y de la mente, está en nosotros el percibir la esencia primaria.

Por quanto esta esencia primaria se halla así escondida en lo profundo, algunos filósofos ni siquiera pensaron en ella, y constituyeron la esencia toda en uno ó mas atributos. Los modernos con Lok solo tienen por esencia *secundaria* ó *nominal* la coleccion de atributos. En lo cual pienso principalmente que no se ha de hacer uso mas que del nombre, para que no parezca confundirse con los nombres aquella coleccion, como si realmente no existiese. A la verdad alguno cree de Lok, y acaso sin hacerle injuria, que él juzgó que aquellas esencias *nominales* fueron una ficcion ingeniosa. Véase Lok, L. 3. c. 3. y 6. Leibniz *Nouv. Ess.* *ibid.* Condillac, *art. de Raisonner*, lib. 1. c. 3.

(1) Véase la *Encycl. Discours Prelim.* D. Alem. *Elem. de Phil.* III. IV.

alegría de ánimo emplea sus muchos estudios y trabajos. Es grande la diferencia entre los conocimientos de otros y los del filósofo, los cuales tanto á él mismo como á todo el género humano suministran maravillosos frutos de utilidad y conveniencia. Primeramente el vulgo sin letras ignora muchísimos hechos: despues de eso no es una misma la razon de los hechos, de cuya ciencia y conocimiento se gloria justamente el filósofo, que la de aquellos hechos que están delante de los ojos de todos. Verdaderamente es grande y de muchas maneras la série de efectos por los cuales persevera en su vigor la conservacion del universo, y por los cuales con perennes generaciones que se suceden unas á otras se reparan las perpetuas y continuas corrupciones y destrucciones de los entes. Esta série está bien ordenada, y los efectos caminan en ella de grado en grado. Los que van delante contienen la razon de los que subsiguen aunque no los produzcan, supuesto que toda virtud eficiente se halla en ciertas primeras causas que presiden á las cabezas de las séries de las cosas. El filósofo (como antes decia) no ve con claridad estas causas, pero ve como desde lejos casi toda la trabazon y cadena de los efectos, observa los subsiguientes en los antecedentes, los conjetura y los adivina. Une los efectos unos con otros, los compara de muchos y diversos modos y así inventa muchas cosas que llenan de comodidades la vida, y enriquecen las artes

con el aumento de su perfeccion (1).

LXX. Casi de la misma suerte se adelanta en el conocimiento de las propiedades. Todos ven las que estan á la parte de afuera, y las que, para hacerse patentes, no necesitan de demostracion ninguna; solo el filósofo escudriña y descubre las mas íntimas y ocultas que tienen el carácter de difíciles; que no siempre se presentan á los sentidos, y que se las debe hacer salir fuera (digámoslo así) á fuerza de experimentos: y aunque no vea la causa de todas ellas, viene á entender que unas dimanan de otras, y que algunas que no dimanan inmediatamente, tienen en otras su origen remoto (Véase el L. III n. CCXLIII.). Siendo esto así ¿habrá acaso razon para no acudir á la filosofía, madre de todas las artes, y no perdonar fatiga ni incomodidad ninguna por alcanzarla? ¿habrá razon para que no la amemos y procuremos con ansia?

LXXI. ¿Qué diré de la conexion y enlace de las cosas? ¿qué de sus fines, de sus fuerzas y de su modo de proceder? Ninguna cosa hay en toda la naturaleza, aunque á nosotros pobres hombres nos parezca pequeñísima, débil y despreciable que no forme consonancia y armonía con las mas nobles y magníficas que ocupan en ella un lugar eminente. En la naturaleza nada hay

(1) Sirva de ejemplo el hecho de la atraccion, del cual han dimanado el sistema del universo y casi todas las verdades de la física.

supérfluo, nada extraño, nada intruso. Todas las cosas contribuyen por su parte á la fábrica y conservacion del universo; todas con la sabiduría mas excelsa y el designio mas prudente estan entre sí coligadas y conexas. Y en esto aventaja tanto á cualquiera máquina, aunque trabajada con admirable artificio, esta inmensa universalidad de cosas, cuanto excede á la flaqueza humana el poder y la mente divina, sin la cual no pudo existir el universo.

LXXII. De la suma sabiduría del Criador colegimos nosotros este vínculo que extensamente enlaza todas las cosas. Tambien inferimos el orden y hermosura que maravillosamente resplandece en la universalidad de los entes, de la duracion del universo, de los incesantes giros y revoluciones celestes trazadas segun orden y medida; del temperamento, alternativa y constante retorno de las estaciones de los tiempos. ¿Y quién sino aquel por quien han sido dispuestas y ordenadas todas las cosas, podrá comprender aun con la imaginacion cuáles son estos entes, y en qué parte existen?

LXXIII. A este modo deducimos casi de los mismos principios, que la construccion y formacion del universo es el fin general y primario asignado á todas las cosas: mas los fines secundarios y peculiares nos son casi todos desconocidos (1). No pudiendo la accion tener su ser de

(1) La filosofía fué separada primero por Veru-

la nada, inferimos de las acciones las fuerzas. Pero ignoramos qué cosa sean en sí mismas las fuerzas, y la naturaleza de ellas. Solo nos es concedido el juzgar por la cantidad y diferencia de las acciones, que las fuerzas se diferencian entre sí en cantidad y naturaleza. Pero aunque la naturaleza nos ocultó estas cosas, con todo eso los filósofos disputan si las fuerzas son algun mecanismo ú otra cosa á este tenor connatural á los entes, ú originada de la naturaleza de

lamio de la investigacion de los fines, al cual han seguido muchos probando que se ignoran los designios de Dios. Cartesio apartó mejor de la observacion de los asuntos físicos el uso de las causas finales. Pero á Newton le pareció un medio excelente para demostrar la existencia y providencia de Dios, el investigar las causas finales; y á Leibniz tambien le pareció ser el principal empleo de la filosofía el señalar las mismas causas. Demás de eso debe ser indubitable, que Dios hizo todas las cosas con suma providencia y sabiduría, y que todas fueron ordenadas á ciertos usos, como v. gr. los ojos para ver. Si estos usos acerca de ciertas cosas no son conocidos, ¿por qué motivo diremos que los fines de estas mismas cosas están ocultos?

Pero es de sentir que nosotros solamente comprendemos los fines de algunos miembros de que constan los individuos de este nuestro mundo, v. g. los animales, y no sabemos que fin tienen estos mismos individuos con relacion á la construccion y conservacion del universo.

ellos: inquieten, ¿si en la acción de las fuerzas se comunica alguna cosa real al sugeto sobre quien se ejerce la misma acción? ¿Si á los entes criados se les han dado fuerzas motrices? ¿Si siempre estan en acción, ó cesan en ella? Finalmente, ¿si hay algun principio *archeon*, ó *alma del mundo*, que mueva y vivifique todas las cosas?

LXXIV. Pero sería un trabajo demasadamente cansado y molesto el contar todas las cosas inaccesibles á las fuerzas del ingenio humano; estas se reparan y aumentan muchísimo con el ejercicio de analizar, y con el auxilio de los experimentos y observaciones. Debemos pues observar parte por parte todo compuesto; no nos detengamos con tenacidad en principios abstractos, sino siguiendo las huellas de la naturaleza, pongamos toda nuestra esperanza en las cosas que experimentamos, ó en las que por medio de nuestra reflexión deducimos de nosotros mismos.

LXXV. A esto se reduce todo el método de filosofar. Mas no hay absolutamente cosa ninguna de la que no podamos filosofar mucho: por lo que sin embargo de que toda ciencia y arte tiene un cierto aspecto filosófico, con todo eso no todas se deben reputar como partes de la filosofía, pues algunas no toman de ella todo lo que las constituye en su ser, sino solo las razones principales y ciertos principios muy generales; y como no disputan ni tratan de estos, parece que los restituyen á la filosofía.

LXXVI. Y ve aqui que ya estamos metidos en la division de la Filosofía. Antiguamente se di-

vidió en *Teórica ó Especulativa*, y en *Activa ó Práctica*; pues hay objetos que conoce el entendimiento, y que abraza ó rehusa la voluntad (1). La teórica contempla los objetos inco-

(1) Todos los antiguos, los estóicos, Epicuro, Platon, Aristóteles (2. *Metaph.* 1. *Plutarch. de plac.* I. 1. *Alcinous de Doctr. Plat.* II *Sèneca ep.* 95.) aprobaban esta division. A la activa reducian solo las acciones que provienen de la eleccion, y constituian partes suyas la Ética, Política y Económica. Algunos peripatéticos ampliaron el género de acciones de tal suerte que tambien comprendiese las acciones del entendimiento, y redujeron la Lógica á la filosofía activa. Pero fue comun entre los antiguos el reputar la Lógica y las Matemáticas como un aparato para la filosofía, de lo que provino ponerse á las puertas de la academia aquella célebre inscripcion que todos saben.

Los estóicos dividian la Filosofía en Lógica, Física, y Ética: ésta la comparaban al alma, la Física á la carne y sangre, y la Lógica á los nervios: en la Física disputaban de la naturaleza de todo ente aun inmaterial, y de las cosas divinas. *Platon* (*Cicer. Acad.* I.) tuvo tres maneras de filosofar, una sobre la vida y costumbres, otra sobre la naturaleza y cosas ocultas, y la tercera sobre el modo de disputar. En el arte de disputar ó en la Dialéctica trataba todos los asuntos teológicos. (*Ex Philæbo: Apuleius de Dogm. Plat.*) Aristóteles (*Metaf. V. c. 1.*) admitia tres partes de la filosofía especulativa ó teórica, la Matemática, la Física y la Teología, á la cual llamaba tam-

póreos y los corpóreos, ó sean los inmateriales y los materiales: de aqui nacen sus partes

bien sabiduría, principal filosofía (*Metaf. I. c. 2.*) y es aquella que despues se llamó Metafísica, porque *Adrónico de Rodas* puso sus libros despues de la Física, ó porque sea superior á la Física. *Ciceron* (*de Fin. V.*) refiriendo la forma de la doctrina peripatética dice: *la primera parte es la naturaleza; la segunda el modo de disputar; y la tercera la forma de vivir*: los cuales sin duda reducian á la naturaleza la Matemática y la Teología; pero tomaban el órgano de la filosofía por parte de ella, y unian juntas las partes de la filosofía teórica y práctica. *Los epicúreos* (*Sóneca ep. 80.*) juzgaron ser dos las partes de la filosofía, la Natural, y la Moral: quitaron de este número la Racional: :: piensan que es un aditamento de la natural. *Laercio* (*Lib. 10*) cuenta tres partes de la filosofía de Epicuro, la Canónica, la Física y la Etica.

No todos cultiváron cada parte de la filosofía, sino que los jonios y eleatas cultivaron la Física; Sócrates, los cirenaicos y los cínicos la Etica, los megarenses la Lógica: de las otras partes tenian algunas cosas. Los mas se ejercitaron en la Lógica, Física y Etica; y á excepcion de pocos (Véase el n. XLVI. en la not.) con este mismo orden; particularmente *Platon*, los estóicos, los peripatéticos, y *Epicuro* encargaban que precediese á la filosofía la Matemática dividida en Aritmética, Geometría, Música y Astronomía. (Véase *Gass. V. l. L. Proæm.*).

la Metafísica y la Física. Mas como en los objetos materiales hay muchas cosas que se pueden contemplar, aumentar ó disminuir, v. gr. el movimiento, las fuerzas, la extension, &c. resulta que la Geometría y Físico-matemáticas pertenecen á la Filosofía.

LXXVII. Los objetos de la filosofía práctica son el entendimiento segun que ha de ser dirigido hácia la verdad; la voluntad segun que ha de ser preparada para el bien; y en fin nuestra vida, conservacion y comodidad. Deben pues contarse entre las partes de la Filosofía la Lógica, la Ética y toda ciencia que tiene por objeto la investigacion de lo que es justo ó injusto; y últimamente la Medicina, la Política y la Económica, porque la Lógica toma á su cargo la direccion del entendimiento; la Ética la direccion de la voluntad; las demas tratan de nuestra comodidad y conservacion (1).

(1) No es una misma la razon de señalar y distinguir las partes de la filosofía. Nosotros las distinguimos por la naturaleza de los objetos; otros igualmente por la felicidad á que miramos en filosofar. *Todo el punto de la filosofía se reduce á vivir felizmente*, dice Talio: mas no podemos gozar vida feliz sino se perfeccionan el entendimiento y la voluntad: lo primero lo hacen la Lógica, Metafísica y Física; lo segundo la Etica y demas ciencias que consisten en accion. Y por decir alguna cosa de las partes en que dividen los modernos la filosofía, Alembert (*Elem. de Fil. IV.*) observó que todos los objetos que pode-

LXXVIII. Demas de eso, lo primero y mas excelente es hacer el mejor y mas facil uso de las potencias del alma: y esto es sumamente importante para cultivar toda ciencia. Por cuya razon todos empiezan por la Lógica ó buena direccion del entendimiento la gran obra de la Filosofía, dignísima de cualquiera hombre honrado y noble: desde ella, atendida la utilidad y ventaja de los asuntos, se pasa á las demas.

LXXIX. Y siendo mi principal propósito formar unas instituciones lógicas, de buena gana y sin detencion alguna le pondria en ejecucion en este instante. Pero todavía me detienen dos cosas:

mos comprender con el entendimiento, son *espacio, tiempo, espíritu y materia*: el espacio es objeto de la Geometría; el tiempo de la Astronomía y de la Historia; el espíritu de la Metafisica, y la materia de la Fisica. De estos cuatro objetos unidos y juntos resultan otras ciencias secundarias, como la Mecánica de la materia, tiempo y espacio; la Etica y todas las ciencias y artes liberales de el espíritu y cuerpo, esto es, de el hombre. Pero ya Bacon de Verulamio (*De Dign. et aug. sc.*) habia delineado un riquísimo árbol genealógico de las ciencias que intentaron ampliar y perfeccionar los Enciclopedistas (*Dis. Prelim.*) Estos cuentan el número de divisiones de todas las ciencias y artes atendida la indole de los objetos y las relaciones de nuestras potencias con el estudio y conocimiento práctico de los mismos objetos. Véanse las obras de *Stellino Tom. V. Nuova sistema delle Cognizioni Umane.*

una, lo que habia prometido (LXII.); otra, lo que exige el asunto mismo: es á saber, lo primero se necesita dar antes una idea breve y compendiosa de la historia de la filosofía; y lo segundo hacer análisis de las operaciones del alma, que distinga las unas de las otras, declare la naturaleza de cada una, y presente una idea clara y distinta de todas. ¿Pues cómo pudiera ser, que ignorados todos estos puntos se entendiesen con facilidad las doctrinas que habrán de darse sobre el modo de dirigir, ayudar y ampliar las operaciones del alma?

LXXX. Estas dos cosas las dispondré de manera que haga ligerísimamente una descripción oportuna y compendiosa de la Historia filosófica y emprenderé la análisis de dichas operaciones, solo en cuanto conduce y es necesario al Lógico (XLIV.). ¿Pues quién será tan duro y enfadoso que no se contente con lo necesario y apetezca mas? Y si fuere descontentadizo ¿por qué no acude á los metafísicos mas antes que á nosotros? De esos, y no de nosotros lo exigirá de derecho.

LXXXI. ¡Mas cuántos escritores hay de la Historia Filosófica excelentes, copiosos, elegantes, doctísimos! Estos andan en manos de todos, y exponen con claridad los principios, progresos y suertes de la filosofía y las sectas, doctrinas y sistemas de los filósofos, cosas que por no desviarme de mi propósito no puedo ni debo referirlas todas ni confirmarlas con continuas citas: á lo último indicaré las fuentes de donde se deben tomar.

BREVE SUMARIO

DE LA

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA.

I. **M**uchas veces me ha venido al pensamiento considerando la naturaleza é ingenio de los hombres, que entre todas las naciones unidas en cierta sociedad, y aventajadas en las artes necesarias á la vida humana ha reinado siempre cierta especie de filosofía. Porque el hombre que no se halla obligado de la muy dura necesidad de andar errante por los montes, por largos caminos y con grandes trabajos para buscar su sustento, que no tiene que pelear con sus semejantes ni con los elementos de la naturaleza, ó con las bestias fieras para adquirir lo que necesita para su conservacion y la de sus bienes, gozando de ocio, se mueve del aspecto de las estrellas, y admirado de la increíble y grande variedad y hermosura de cosas se enardece por la investigacion de ellas, y hácia esta misma le arrebatá todo el ímpetu de su ánimo. Este observa y medita las cosas mas dignas de su contemplacion, y robustecida la fuerza de su entendimiento, obliga en cierto modo al ánimo

á recogerse dentro de sí mismo, y aspira al conocimiento del supremo hacedor.

II. En la realidad ninguna de las naciones mas antiguas ha dejado de cultivar la filosofía. Distinguíéronse de algun modo en ella los escitas, los celtas, los etíopes, los indios, los caldeos, los persas, los árabes, los fenicios, los egipcios y los hebreos que parece haber abierto el camino á los griegos. Estas naciones recibieron de los descendientes de Noé alguna enseñanza de la ciencia natural y tradicional de la religion, de la cual opinan algunos que existen todavía vestigios en el Edda de los septentrionales, y en los monumentos de los orientales (1).

III. A esta doctrina añadieron ellos algo de suyo, mas no llegó á formarse la ciencia de la filosofía. Su método era mas simple, menos trabajoso; no fundaban sistemas, ni se empeñaban en demostrar las cosas con ratiocinios. Examinaban los grandes efectos de la naturaleza y los fenómenos del mundo. Menospreciando el examen de las cosas particulares, investigaban el origen del mundo, sus vicisitudes, conversiones y reversiones. Finalmente, su doctrina mas íntima y misteriosa estaba encubierta y oscurecida con las letras sagradas y simbólicas en lo interior de los templos, á donde á ninguno era permitida la entrada sino á los sacerdotes.

IV. Los escitas son gentes que habitan la tierra hácia el Septentrion, los celtas al Occidente;

(1) Véase el Proemio n. 81.

los etiopes al Mediodía, y los indios al Oriente. Esta era toda la distribucion y derivacion de las naciones entre los antiguos. Nada se sabe de la filosofía de los escitas: se hace mencion de Anacarsis en tiempo de Solon, y tambien de Abaris hiperbóreo que escribió teogonias y orígenes de las cosas; de Orfeo tracio, y finalmente de Zamolxis geta, contemporáneo de Pitágoras, ó en la opinion de algunos mas antiguo.

V. Los filósofos de los celtas son los druidas; en la Galia tuvieron la primera distincion, su modo de vivir era enteramente distinto de todos los demas. Diodoro los deriva de Pitágoras: Lærcio los hace anteriores. Los germanos y britanos tuvieron tambien sus druidas: imperando Tiberio ó Claudio desaparecieron. En España los mas cultos eran los turdetanos. Los mas florecientes en casi toda la Italia en todo género de ciencias y artes fueron los etruscos.

VI. Los etiopes, segun Diodoro y Luciano, anteceden á los Egipcios, á quienes enseñaron su doctrina. Fueron los primeros que se dedicaron á la ciencia de los astros: Atlante á la del cielo, ya conocido de ellos, el cual alcanzó que la luna luce con luz agena. Muchos de los antiguos entre los griegos trataron de las noticias literarias de los etiopes, de lo cual se infiere que el no quedar cosa alguna de ellos al presente, no ha sido por falta de cosas, sino por el largo trascurso é injuria de los tiempos.

VII. Los asiáticos todos son conocidos por el

nombre de indios, y los que viven en sus inmediaciones. Las letras de los chinos apenas fueron conocidas de los antiguos. Jamas aprendieron cosa alguna de los estraños. Cultivaron en especial la ciencia de las costumbres y de las leyes. Confucio es su Sócrates, bien que algo mas antiguo.

VIII. En la parte que propiamente se llama India fueron tenidos siempre en gran veneracion los Gimnosofistas y Bracmanes, antiquísima especie de sábios derivada de Baco, únicamente dedicados á la contemplacion. Los sábios de la Asiria fueron los Caldeos y los Magos sumamente dados á la astrología, y célebres por la continua observacion de las estrellas; de quienes se conservan algunas cosas en Diodoro y Estrabon.

IX. De estos se derivó la sabiduría á los persas y los árabes. Tambien son famosos los persas por sus Magos, que además emplearon sus estudios en el origen de los dioses. El principal entre ellos fue Zoroastro. ¿Pero este fué uno solo, ó hubo muchos? Uno se dice caldeo, otro persa, y tambien otros, pues este nombre fué comun á los primeros sabios, como el Hermes de los egipcios, ó el Mercurio Trimegistro. Suidas hace mencion de muchos libros de Zoroastro, cuyos fragmentos se conservan en Plutarco, Eusebio y Porfirio. Duraron los Magos hasta Alejandro Macedonio.

X. Entre los árabes el primero y mas esclarecido por su sabiduría fué Job, que precedió á Moisés. A oír á estos viajaron Pitágoras y Demócrito, segun el testimonio de Plinio y Porfirio; como si adivina-

ranque habia de consistir en los árabes el que no se extinguiesen enteramente las letras en la media edad.

XI. A los fenicios llama Estrabon ricos en toda especie de filosofía. Inventaron las letras y los números antes de la guerra de Troya. Por la naturaleza de su situacion fueron dados particularmente á la astronomía y á la náutica. Se lamentan los erúditos de que se hayan perdido los escritores fenicios. Solo el nombre y la fama de Cadmo, de Sanchoniaton y de Mosco han sido superiores á la injuria de los tiempos.

XII. El Egipto es el domicilio estable de la sabiduría hasta los tiempos de los sarracenos. La cultura de este pais en las ciencias es anterior á Moisés, y no indigna de él. Los griegos viajaban á Egipto como á la fuente de toda la sabiduría: los romanos le llamaban madre de todas las ciencias dependientes de la filosofía. En especial emplearon su estudio y trabajo los egipcios en la geometría y en la astronomía. Mas habiendo Tales predicho un eclipse ántes que todos, é inventado él y Pitágoras casi los primeros teorémas de la geometría, se infiere que no adelantaron mucho en estas ciencias, ó que únicamente miraron á la práctica. Además enseñaban el origen de los dioses y del mundo, la música, la medicina; dividida de suerte, que cada uno curaba cada enfermedad. Mas la filosofía de los egipcios se ha de beber en sus discípulos los griegos; pues ellos la tenian oculta misteriosamente en geroglíficos.

XIII. ¿Quién visitó jamas á los hebreos para

adquirir la sabiduría? y quién dejó de visitar á los egipcios? Todos los estudios de aquellos se encaminaban á la religion, á los ritos y ceremonias. Fueron célebres entre los hebreos las sectas de los cabalistas, y talmudistas. El origen de la cabala es remotísimo, su sabiduría, por ventura encubierta con el trascurso y calamidades de los tiempos, con la ignorancia de los hombres llena de simplezas, de errores, de sueños, de imaginaciones delirantes y exaltadas, se divulgó con el falso favor de las tradiciones, y un vano y horroroso estruendo de palabras. La sabiduría hebrea desde la destruccion del templo hasta casi nuestro tiempo se acrecentó con el compuesto de las escriptas de la filosofía oriental platónico-alejandrina y sarracénica.

XIV. Sin embargo hubieran podido adquirir los hebreos, ayudados del don divino de la revelacion, grande y excelente copia de doctrina, conocer perfectamente todo lo que pertenece al hombre y á Dios, y evitar todos los errores en explicar el origen de todas las cosas.

XV. Al contrario los gentiles no habiendo recibido por revelacion la noticia de la creacion de la nada, y no pudiendo aun concebirla, todos recurrieron á la materia eterna. Esta (decian) dotada de vida y fuerza productiva es el principio de todas las cosas; ó se derivó desde la eternidad de este principio y suprema deidad, distinto de la materia. Confundida largo tiempo en un ciego caos, ó por su propia fuerza, ó por con-

sejo y providencia del númer eterno , adquiere el órden y la forma de universo. Y es comun opinion que antes de la filosofía griega fue reconocido en todas partes en el oriente algun númer supremo , y que casi todos le distinguieron del universo.

XVI. Este se figuraban que habitaba en lo interior de los cielos , y que desde aquel excelso lugar usaba de cierto principio activo como de ministro suyo. Este dispone en órden la materia y modera y quebranta la fuerza del otro principio que sale del centro de la materia , y que vuelve y revuelve de alto á bajo todas las cosas. Todas ellas sin él se menoscabarian y perecerian en un instante. De aqui la luz y las tinieblas de los caldeos ; el Oromaces y Arimanio de los persas , el Osiris y Tifon de los egipcios , el Amor y la Noche de los griegos , y finalmente , el Júpiter y generacion de los Titanes de los poetas.

XVII. Esta es la filosofía bárbara hablando en el lenguaje de los griegos ; bien que posterior á la doctrina de estos y derivada de ella. Tales no tuvo otro maestro que á los egipcios. Los filósofos mas insignes de los griegos viajaron hácia los paises de bárbaros para adquirir la sabiduría como Pitágoras , Solon y Platon : los nombres de otros se hallarán en Diodoro.

XVIII. De la filosofía griega son dos las edades , la una anterior á las sectas , la otra despues de la introduccion de estas. En la primera ocurren los primeros los poetas , especie de filósofos los mas antiguos entre los griegos , Lino , Anfion , Mu-

seo, Hesíodo, Homero. Estos juntaron en sociedad á los hombres desparramados, y los enseñaron el culto de los dioses: y ve aquí de donde salen los siete Sabios empleados en fundar y arreglar ciudades y en establecer leyes.

XIX. El primero de estos fué Tales milesio, del cual y de Pitágoras nacióron todas las sectas de los filósofos. Este lleno de la sabiduría del Egipto y del Asia, y tambien instruido de la enseñanza de cierto Ferecides siro, fué el primero que se apropió el nombre de filósofo, declarando que él no era sabio sino amante de la sabiduría (1). Reinando Tarquino el Soberbio abrió un gimnasio en Cortona de Italia esclarecido por el número y excelencia de los discípulos, é ilustró la Magna Grecia. Entre ellos sobresalen Empedocles filósofo, poeta y orador, Epicarmo autor de la comedia, Timeo legislador de los locrenses, Arquitas inventor de las categorías, Filolao que fue el primero que dijo que la tierra se movia al rededor del sol, y otros llamados pitagóricos é itálicos. Ocelo de Luca habló antes que Aristóteles de la naturaleza del universo, asegurando que este era eterno.

XX. Pitágoras usaba de dos modos de filosofar uno claro y otro oculto. La doctrina recóndita solo la enseñaba á los iniciados; en la vulgar usó de un estilo enigmático por no ofender á

(1) Véase el Proem. n. 65 en la not. y n. 76 en la not.

las gentes con la novedad de sus pensamientos opuesta á la supersticion y á las preocupaciones. Esto fué comun á casi todos los filósofos de la antigüedad, de lo qual y por haber perecido las mas de sus obras es casi imposible acertar con su entero y genuino sistema de filosofar. De aquí los juicios tan diversos hechos por varones, por otra parte muy doctos y muy versados en el estudio de las antigüedades acerca de sus sentencias. Los pitagóricos se hicieron sospechosos por el arcano de su doctrina: su secta despues de haber florecido cerca de doscientos años, de suerte que ningunos otros parecian hombres doctos, se extinguió bajo Alejandro de Macedonia.

XXI. El mismo Pitágoras y los itálicos se dedicaron principalmente á la astronomía y á las matemáticas, y en ellas hicieron señalados progresos. Con sola la luz de su entendimiento penetraron el sistema del universo aun careciendo, como es muy verisímil de tubos ópticos y de otros auxilios, y sentaron que el universo fué criado por Dios, corruptible, su substancia eterna, y las formas amisibles.

XXII. Los mas esplican que el Dios de Pitágoras es el éter y el fuego difundido por todas partes, el alma del mundo que igualmente se difunde por todas las cosas. Es cierto que aquel grande hombre habla de estas cosas pero no como de un Dios, porque el éter sutilísimo y sumamente lucido es el vehículo de Dios é instrumento de sus acciones; en él viven los héroes y

los genios que Pitágoras tomó de los egipcios; de él dimanar las almas de los hombres, no la mente que es simple y espíritu: pero Dios es la primera unidad verdaderamente simple, eficiente, y dotado de suma inteligencia.

XXIII. Ciertamente distinguía Pitágoras la unidad dividiéndola en eficiente y material; aquella es Dios, es una y simple, ésta múltiple, elemento simple de los compuestos, de la que nace primero el número binario, después el ternario y cuaternario. A la unidad corresponde el punto, al binario la línea, al ternario la superficie, y el sólido al cuaternario. Estas cosas se unen entre sí de infinitos modos, y existen innumerables cuerpos que decía estar compuestos con la mayor proporción de unidades y números. Pero Aristóteles notó á pitágoras el haber considerado los cuerpos como matemático y no como físico.

XXIV. ¿Por qué razón había de omitir enteramente estas y otras cosas que tocaré recorriendo las demás sectas, puesto que las explico con tanta brevedad? Si á Cudworth, á Enrique Moro, á Leibniz, á Robinet, á Bonet y á otros sujetos esclarecidos les fué lícito adornar sus sistemas con estas noticias ¿por qué no se me ha de permitir á mí hacer de ellas una breve relación histórica? Antes bien será muy oportuno para que entendamos con qué origen tan noble se ilustran los discursos de los modernos.

XXV. Y puesto que hemos venido á hacer mención del espíritu (xxii) advierto ahora una cosa que es de mucha extensión en la historia de la filosofía, y es que algunos críticos ligeros de nuestros tiempos

aseguran con gran confianza, que la noción de la espiritualidad, como la tenemos al presente, es una ficción de los escolásticos, y que los antiguos usaron del nombre espíritu, pero no en la misma significación, expresando por él un aircillo sutil ó un cuerpecillo etéreo y sumamente movible.

XXVI. A los cuales aunque favorece algun tanto la etimología del nombre (1), con todo los juzgo envueltos en un torpísimo error. Porque hace mencion Platon de dos sectas de sabios opuestas entre sí desde los primeros tiempos de la Filosofía, de las cuales la una admitia los espíritus y la otra los negaba; de donde se infiere que no fueron tenidos los espíritus por aire ni por un cuerpecillo sutil, siendo imposible que algunos contradigan de veras estas cosas. Ni ciertamente hubieran tenido jamas tanta reputacion Epicuro y Lucrecio que tanto se deleitaban con los cuerpecillos, no solo muy menudos, sino tambien invisibles y de ninguna extension, ni hubieran discurrido tantos argumentos para echar por tierra las naturalezas espirituales; pero volvamos á la historia.

XXVII. Laercio y otros muchos con él tienen á la secta eleática por rama de la itálica. Porque Parmenides, Zenon, Leucipo que son los mas célebres de ella, regaron sus huertos con las fuentes de Pitágoras. Todos estos naturales de Elea, ciudad de Italia, dieron de ella el nombre á su secta. Viendo que el origen del universo no se podia ex-

(1) V. Dupuy L. 1. n. 67.

plicar por ninguno de los modos comunes, esto es, ni por los casuales concursos de la materia, ni por la emanacion de todas las cosas de Dios, ni por medio del alma del mundo, pensaron que todas las cosas eran solo el universo eterno, infinito, inmutable, es á saber, Dios que nada nacia en realidad, nada parecia verdaderamente, que solo se mudaban los individuos. De este modo los eleáticos fueron entre los filósofos los principales sostenedores de la pluralidad de los dioses. El último de ellos fue Anaxarco abderita que fue muerto el año 320 antes de Cristo.

XXVIII. Zenon eleata floreció 460 años antes de Cristo. Es tenido por inventor de la Lógica (1). Ciertamente fue el primero que le dió modo y forma de arte, como Aristóteles y Platon dejaron escrito. Habiéndose empezado á levantar en tiempo de Zenon los sofistas, que ó por interes ó por ostentacion tenian el orgullo de pedir una cuestion sobre qué hablar de repente, estaban en mucha estima ciertos lugares comunes á los cuales se pudiese reducir la disputa de cualquiera cosa. De aqui nacia el agratarse de cavilaciones y sutilezas á las que consta que se dedicaba Zenon con mucho estudio. Y asi á esta ciencia de disputar la llamó dialéctica. En ésta se observó el método del diálogo, sustituyéndole á la poesía, como que llevaba consigo cierta especie de atractivo. Enseñaba á sacar respuestas del con-

(1) Proem. n. 47. en la not.

trario y á volverlas contra el mismo. Era dogma de los eleatas tomado de Pitágoras que se debía abstraer la mente de los sentidos, que estos nos engañan, y que jamas nos traen ciencia alguna.

XXIX. En cuanto á señalar el origen del universo, se apartó de la opinion de estos Leucipo recurriendo á la física corpuscular mas antigua que él ciertamente. Esta no aprueba una mole informe de materia dispuesta en orden por Dios ó por el alma del mundo, sino que introduce una infinidad de cuerpecillos ó átomos, distintos entre sí por su contestura, figura, magnitud y cualidades, se entiende mecánicas, no internas. A estos añadió el movimiento vortiginoso con que concurrían con sus choques y adhesiones á formar el universo.

XXX. Esta doctrina eleática y de Leucipo la perfeccionó y ilustró Demócrito nacido el año 456 antes de Cristo, que antes habia visitado el Egipto, la Etiópia y la India, y habia oido á los pitagóricos. Tomándolo todo siempre á risa, decia que la verdad estaba sumergida en un pozo, y que nada habia real sino los átomos y el vacío. A estos atribuyó con Leucipo el movimiento vortiginoso, y juzgó que se diferenciaban en el peso y en cierta fuerza de sensacion y de vida. Componia á Dios de átomos ígneos. Por lo cual Ciceron tuvo á Demócrito por ateista y fatalista. Fue el primero que cultivó la anatomía.

XXXI. Epicuro nacido en Atica el año 341 antes de Cristo, fué un insigne filósofo por quien se

conmovió no solo la Grecia y la Italia, sino tambien todos los bárbaros cuyo retrato llevaban no solo en cuadros sino tambien en los vasos y en los anillos. Desamparó los dogmas de Nausifanes pirrónico, y de Xenocrates platónico, se aplicó á Leucipo y Demócrito, y añadió puerilmente á los átomos el movimiento de declinacion. De este modo infinitos átomos se unen precipitados con doble movimiento por el espacio infinito por casualidad, sin consejo que los dirija y sin fin que los mueva, y de ellos nacen innumerables mundos entre otros este terráqueo llamado disco en que no hay ningunos antípodas. Los espacios que distan estos mundos entre sí, son los intermundios de Epicuro; en ellos está el aire comprimido que sostiene los mundos y los Dioses, los cuales no son cuerpo sino una especie de cuerpo, no son sangre sino una especie de sangre, muy diáfanos y espirables, monogramos que no hacen cosa alguna, y que él introdujo para burlarse. Esto es de lo que trataba Epicuro en su segunda parte de la Filosofía, es á saber, en la Física.

XXXII. En la primera comprende la ciencia que dirige al entendimiento á la cual por las reglas ó cánones quiso mas llamarla canónica, no dialéctica, pues la menospreció. Hizo muy bien en separar de la Lógica las vanas y contenciosas disputas reduciéndola á descubrir la verdad y huir los errores. Lo que se puede preguntar acerca de una cosa, es si existe, cuál es, y si se ha de apetecer ó se ha de huir de ella. Para el primer gé-

nero de cuestiones estableció por criterio la sensación que nunca engaña, para el segundo las claras anticipaciones del entendimiento, para el tercero el afecto ó pasión. No enseñando cosa alguna acerca de la división y omitiendo muchas cosas de las que conducen á la demostración y verdadero método, se halló que quedaba enteramente desnudo y desarmado en la Lógica.

XXXIII. En la tercera parte en que trata de la felicidad y de las costumbres, define el mal por el dolor, el bien por el deleite, el cual aunque le colocó Epicuro algunas veces en la observancia de las obligaciones y en el ejercicio de la virtud, y las mas en la tranquilidad é indolencia del ánimo, con todo como negó la inmortalidad del alma, la providencia de Dios y el temor de la divinidad, no debe causar admiración que aquel deleite de Epicuro digno del hombre, le trocasen sus discípulos en aquel para el cual han nacido las bestias. Metrodoro, Hermaco, Polistrato y Dionisio fuéron los mas célebres epicúreos, y aun floreció con otros muchos esta secta que se extinguió en el tercer siglo de la Iglesia.

XXXIV. De los pitagóricos pues nació los eleatas, de estos los democríticos y epicúreos, y últimamente los pirrónicos. Pirron que nació cerca del año 372 ántes de Cristo, fue discípulo de Anaxarco, el cual teniendo muy fija en su ánimo aquella sentencia de los eleatas, que la verdad sumergida en un pozo estaba oculta, y vacilante además con la oposición de las sectas, sentó

un solo dogma, es á saber, que no se comprende la verdad, que nosotros nunca podemos percibirla; y á esto como á su fin dirigió toda su filosofía. Tuvo casi innumerables sectarios, los cuales por aquella incierta consideracion y por su universal y perpetua duda fuéron llamados escépticos, acatalépticos, efécticos, zetéticos y aporéticos. El mas docto entre estos y el último fue Sexto Empirico cerca de los tiempos de Trajano y Adriano: de ésta se conservan todavía sus libros y en gran número.

XXXV. Casi al mismo tiempo que Pitágoras floreció Tales milesio autor de la secta jónica, de cuyo seno como de otro caballo troyano salieron casi infinitas. Tales fue el primero que, como observó Aristóteles, tomando un principio material y mostrándose físico investigó el origen del mundo y su orden maravilloso. Separó la teogonia de la física, y adquirió á los jónicos el glorioso nombre de físicos. No por esto negó un principio eficiente distinto de la materia, sino que no trató de él. Dijo que el agua era el principio de las cosas, y que Dios era aquella mente que hacia todas las cosas del agua. Ciceron introduce un epicúreo refutando á Tales, que opina rectamente de la simplicidad é inmortalidad del alma.

XXXVI. ¿Quién ha dejado de llamar á Tales príncipe de los físicos? ¿Quién ignora sus nobles descubrimientos en la geometría y en la astronomía? Mucho mas los adelantaron Anaximandro y Anaxágoras. Aquel fue el primero que delineó en tablas la geografía, aplicó la oblicui-

dad del zodiaco á los usos astronómicos, y hizo un cuadrante solar: éste vió con admirable sagacidad que la luna era habitada, que los cometas eran planetas, y que el iris nacia de la refraccion de la luz. Mas como Anaximandro y Anaximenes pervertian el método de Tales, y excluyendo todo principio fuera de la materia, explicaban impia y absurdamente el origen de las cosas; Anaxágoras que trasladó á Atenas la escuela jónica, volvió á determinar la descripcion y modo de todas las cosas por la virtud y consejo de la mente infinita. Por lo cual fue honrado con el nobilísimo sobrenombre de *mente*, que para su perpetua gloria es mas magnífico que si por haber sujetado naciones hubiera tomado el de asiático ó africano.

XXXVII. Sócrates, natural de Atenas, y nacido 467 años antes de Cristo, oyó á Arquelao discípulo de Anaxágoras. Este juzgando que las cosas del cielo estaban muy lejos de nuestra comprension, y que aun cuando nos fuesen bien conocidas no podian contribuir nada para vivir bien y felizmente, apartó la Filosofía de las cosas ocultas, y la introdujo en la vida comun á tratar de las virtudes y los vicios. De este principio se deriva toda su doctrina acerca de las costumbres: que Dios es supremo concedor de las penas y justo repartidor de los premios. Colocó el sumo bien en la virtud, y sentó qué virtud es conocer lo que se debe conocer y amar lo que debe amarse. Juzgó muy bien acerca de los ánimos. Mas para re-

prender la osadía de los sofistas, ninguna cosa tenía con mas frecuencia en su boca, que lo único que él sabia era que nada sabia. No dejó nada escrito; pero Xenofonte y Platon dejaron á la inmortalidad en sus obras su grande ingenio y algunas de sus conversaciones.

XXXVIII. Fue Sócrates esclarecido por sus innumerables discípulos, primer maestro de la Filosofia moral, en especial por Platon y Antístenes que tuvieron la primacía de las nuevas sectas. Mas no fueron menos insignes los que no adhirieron á ninguna secta en sus estudios ó se dedicaron al gobierno de la república como Xenofonte, Pericles, Alcibiades.

XXXIX. Las sectas adquirieron su denominacion ó del nombre y patria de su autor, como la pitagórica, la eleática, ó del parage en que se juntaban, como la académica de la academia, la estóica del pórtico. Tambien se impuso nombre á las sectas de las materias que trataban, como la secta atomística, la hedónica ó voluptuosa. Y finalmente por el modo ó género de enseñar, como la peripatética ó ambulatoria, la erística ó contenciosa, la escéptica, como dudosa y siempre suspensa.

XL. Ademas no todas las sectas levantaron la cabeza, sino que unas oprimian á las otras, otras cesaron por la oscuridad de los parajes en que florecian: asi se extinguieron mas pronto la cineráica, la anicería, la hegesiaca, la eliacá, la eretriaca y la megarica.

XLI. Estas últimas todas se derivaron de Só-

crates. La megarica tuvo principio de Euclides megareense, que habiendo oído largo tiempo á los eleatas pervirtió la doctrina de Sócrates. Casi todo su estudio se redujo á la Dialéctica, y está llena de sofismas y disputas contenciosas y propia para sus futilidades. De esta secta fue Eubulides inventor del Sorites.

XLII. Fedon, autor de la elíaca, que después se llamó eretriaca, conservó y propagó la sabiduría de Sócrates: Aristipo, de quien se originaron los cineráticos, la corrompió. Estableció de tal modo el sumo bien que no tuviese comercio alguno con la virtud, y sentó que consistía en el deleite, desde cuyo principio sus discípulos se despeñaron al ateísmo.

XLIII. A un nombre muy glorioso y á mayor duración de tiempo se abrieron campo los estóicos y los cínicos. Unos y otros tuvieron su origen en Antístenes que bebió mas copiosamente de las fuentes de Sócrates; pero no hizo mas que aumentar el cúmulo de sus preceptos. ¡Filósofo fanático!

XLIV. Ciertamente los cínicos decían con Sócrates que el sábio de nada necesitaba, de nadie dependía, no estaba sujeto á las leyes ni al decoro, por lo cual se decía vulgarmente de ellos que ladraban ó mordían como los perros. Así mezclaban la virtud con el vicio, y manifestaban que se quita la distancia entre las cosas opuestas entre sí llevándolas hasta el último punto.

XLV. Crates oyó primeramente á Diógenes sucesor de Antístenes, después se aplicó á Xeno-

crates y á Polemon platónicos, y tambien á Diodoro y Estilpon megaricos. Aborreciendo la impudencia cínica se hizo cabeza de los estóicos, varon de singular continencia y de una pureza de costumbres increíble. Tuvo por discípulos á Cleanthes y á Crisipo hombres grandes, graves y agudísimos, y por último á Posidonio á quien oyeron y veneraron Pompeyo magno y Ciceron.

XLVI. Zenon hablaba de este modo acerca del origen de todas las cosas. Al principio hubo el caos, del cual tuvo origen el mundo dotado de accion eterna, inteligente y sumamente poderosa. Por la fuerza de este fue rebelado el otro principio pasivo muy malo, y se dió orden á las cosas. El mundo es siempre el mismo, porque aquella accion es eterna y permanente, aunque modificada por el estado y condicion de las cosas. La série de las cosas es infinita, cada una de por sí es la que debe ser, y no puede ser otra; las subsiguientes se determinan por las antecedentes. He aqui el hado estóico.

XLVII. Nada perece, ninguna cosa es hecha de la nada. La materia es finita y limitada por el espacio. El mundo es esférico, en su centro está la tierra, de cuyas exhalaciones se alimentan las estrellas. El mundo es un animal muy grande. El fuego va consumiendo insensiblemente todas las cosas, volverá el caos y nacerá de nuevo otro orden de siglos.

XLVIII. Segun el juicio de Zenon y de casi todos los estóicos, el principio activo y supremo Dios

es el fuego ó el éter dotado de inteligencia que todo lo rige, todo lo circunda y está mezclado en todo por partes. Además el alma es también fuego, porque lo que hace ó es hecho, no puede ser sino cuerpo. A esto añade Cleantes que el mundo es Dios, y otras veces que es la mente y alma de todas las cosas.

XLIX. El hombre está sujeto al hado, al que obedece espontáneamente, porque obra en virtud de las relaciones de sí mismo con el universo. El sábio no desea más que lo que le proporciona el nexo insuperable de las cosas: todas le son aceptas igualmente, pues de todas consta la perfección del mundo. Nada refiere á sí, antes él se refiere á todo, es inalterable, todas las cosas, como que son necesarias, las lleva con fortaleza. Nada le puede suceder imprevisto ni inopinado. Porque posee la virtud, él es feliz, él es libre, solo él es rico, él solo hermoso, solo rey, sin miedo, sin pesadumbre; los demás siervos y locos. Porque á la virtud nada le falta, y solamente es bueno lo que es honesto.

L. El alma del sábio después de la muerte vuelve al éter último y superior, las de los demás andan volando por el aire y se purifican en la luna. Como los estóicos decían estas cosas con fuerza y vehemencia y con mucha gravedad, adquirieron gran reputación en los griegos de ánimo grande y elevado, y lograron mucha aceptación de los romanos nacidos para la severidad y para cosas grandes.

LI. De todo esto trataban los estóicos en la Fi-

lososía natural y moral. En la racional que era la tercera parte de su division de la Filosofía, comprendian la Dialéctica y la Retórica, aquella semejante al puño cerrado, y ésta á la palma de la mano. La Lógica de los estóicos es la mas sutil y espinosa. No enseñaban arte alguna de inventar; en cabilaciones, sutilezas y menudencias excedieron á los eleatas y megaricos. Por lo que justamente se burla de ellos Luciano, y con razon y vehemencia los reprenden Séneca y Temistio.

LII. Pero de aquella fuente y cabeza, Sócrates, ninguno salió mayor que Platon. Nació el año 428 antes de Cristo este varon doctísimo, gravísimo, el Príncipe de todos, el Homero, y si asi se puede decir el Dios de todos ellos, que no solamente ilustró con sus tres métodos de filosofar la vida, las costumbres, la naturaleza, las cosas ocultas y el modo de disputar, sino que fue tambien intensísimo su estudio en la música, en la geometría, en los números y en los astros. Con el ansia de adquirir la sabiduría visitó á los Sacerdotes de Egipto, recorrió el Asia, pasó á Italia, y en ella entre otros muchos conoció á Arquitas, á Timeo, aprendió toda la doctrina de Pitágoras, y ademas se enteró de la filosofía megarica y Cirenáica de Heráclito y de Parmenides.

LIII. Acerca del fuego y el éter sintió lo mismo que Pitágoras, y con el mismo y con Sócrates en orden á Dios, de quien sienta que carece absolutamente de cuerpo. Ademas de este supremo Dios admite otros menores que presiden á

las generaciones y perfeccionan esta obra sempiterna del mundo. Hace tambien al mundo dotado de alma dimanada de Dios, la cual es intermedia entre él y la materia, con cuya fuerza perturbada y tumultuaria choca continuamente.

LIV. Del alma del mundo como de la misma turquesa nacen las almas de los hombres, les está señalada su morada en las estrellas, y están adornadas de ideas universales. Primeramente se unen á un cuerpecillo, por el cual participando de la naturaleza de lo divisible y de la materia, se manchan con el pecado original; por el cuidado y ministerio de los Dioses menores son introducidas en los cuerpos como en unas cárceles muy estrechas. La parte divina de ellas reside en la cabeza como en un alcazar, sobre cuya inmortalidad son tantas las razones que alega Platon, que parece la quiere persuadir á los demas y estar él ciertamente persuadido de ella. La otra parte irascible del alma reside en el corazon, y debajo de las entrañas la concupiscible. Si resisten á la depravacion de la materia, y no se dejan corromper mas, purificadas de la mancha de que estaban infectas con la pena de esta cárcel, vuelven libres á sus estrellas ó al ánima del mundo; pero si obedecen á la depravacion de la materia y se entregan á ella, pasan de un cuerpo á otro mas imperfecto y mas vil. El medio de resistir es la contemplacion, en la cual cuando están empleadas tienen dentro de sí todo lo que necesitan, y se desatan de las prisiones del cuerpo.

LV. Del comercio del alma con el cuerpo dimanaban al alma los errores ; de estos se libra por la Lógica , con tal que enseñe la duda filosófica y el uso de la division, definicion y induccion que son los instrumentos mas nobles de la verdad. El juicio de la verdad no es todo de los sentidos sino de la mente, la cual debe hacer oposicion á lo que se vé , y sostener con firmeza los asensos. Esta vé lo que es simple y de un solo modo y tal cual es, esto es, las ideas que son cierta cosa divina, ó por mejor decir el mismo Dios, la perfecta razon, lo único que es inteligible , lo que produce las formas, el ejemplar de todas las cosas. De estas cosas trató Platon en el Teeto, Parmenides, Filebo y Timeo: en el Cratilo habla de la filosofia de las palabras: todo lo trataba con ornatos oratorios y como poéticos y con ejemplos, todo lo cual estrechó despues Alcino con estilo mas severo dejando la copia y las flores de la elocuencia.

LVI. A Platon sucedieron en la Academia Espeusipo y Xenocrates. A este censura de panteista Ciceron , aunque en realidad solo admitia los Dioses menores distribuidos por el universo. Despues sostuvieron la Academia Polemon , Crantor y Crates. El sexto fue Arcesilas, el cual viendo que ésta era impugnada por Zenon, por Epicuro y por los peripatéticos, para que no fuese confundida, empezó él á acometer á otros: impugnó todos los conocimientos, y sentó como primer principio, que él ni aun sabia que no sabia

cosa alguna. En éste empezó la Academia media, pues la antigua tomó su principio de Platon, y la nueva de Carneades que fue el cuarto despues de Arcesilas. Este negó la existencia de la verdad, sentó que no se podia llegar á conocerla, sosteniendo que únicamente se podia alcanzar la verisimilitud. En el año de la fundacion de Roma 599 siendo hombre de grande ingenio y elocuencia, fue con una muy honrosa embajada de los atenienses al senado romano en compañía de Diógenes babilonio, grande estoico y grave, y con Critolao peripatético. A Carneades sucedió Clitomaco, y despues Filon y Antioco el último de los académicos á quien llama Ciceron filósofo nobilísimo y prudentísimo de la Academia antigua, porque redujo la nueva establecida por Carneades á la antigua de Platon.

LVII. Mas no solo dejó Platon fundada la escuela de los académicos, sino perfeccionada la de los peripatéticos; pues tuvo por oyente por espacio de veinte años á Aristóteles estagirita como el alma de su escuela. Este llamado para maestro de Alejandro Magno, y habiéndole educado en cinco años de tal manera que confesaba haber recibido de su padre el vivir, pero el vivir bien de Aristóteles, restituido á Atenas ocupó el Liceo destinado por Pericles para ejercitar á la juventud en la milicia, y en él enseñó derramando aquel copioso rio de su elocuencia.

LVIII. Este varon de un genio singular y casi divino no se detuvo en escribir asustado de

la grandeza de Platon. No hubo ciencia que no tocase: la moral, la política, la económica, la poética, la retórica fuéron tratadas por él maravillosamente.

LIX. En las dos partes de la Lógica es el mas sobresaliente á mi parecer, dice Ciceron: indaga diligentemente los caminos de juzgar y de inventar. Los primeros libros Analíticos y de los Tópicos pertenecen á la invencion de lo verosimil, los Analíticos posteriores á la invencion de la verdad; los de los Predicamentos, de la Interpretacion y los de los Elencos tratan del modo de juzgar. En los libros de los predicamentos trata de las ideas y de las voces y dispone el camino para la division y definicion. Los de la interpretacion tratan completamente de las proposiciones; los analíticos primeros, de los silogismos y la invencion del medio, el primero de los analíticos posteriores, de la demostracion; el segundo de la definicion, division y método; los tópicos, de los silogismos dialécticos ó probables y de sus fuentes: los elencos finalmente de los sofismas. A estos libros llamaron aunque con un nombre magnífico, sin embargo justo, órgano de la Filosofía.

LX. Aqui tenemos una forma completa de la Dialéctica que en vano buscaremos en los anteriores á Aristóteles. ¡Ojalá fuera perfecta! Pero es pobre en las cosas pertenecientes á la invencion, escasa en las que conducen á la correccion del entendimiento, y prolija en los silogismos y sofismas. Este defecto se debe atribuir al tiem-

po en que los sofistas y megaricos y los filósofos de los tiempos antiguos Parmenides, Zenon y Protágoras se lisongeaban de tales agudezas.

LXI. La principal filosofía, la sabiduría, la Teología es para Aristóteles la que Alejandro Afrodiseo llamó despues Metafísica. A esta redujo todas las cosas incorpóreas, Dios, y el alma. Del movimiento infirió el primer movil, esto es, Dios; pero unas veces arribuye al entendimiento toda la divinidad, otras dice que el mundo es Dios y el ardor del cielo, otras dá á otro principio la presidencia del mundo.

LXII. El alma es como cierta mocion continua y perenne, una cierta quinta naturaleza ademas de los cuatro elementos. En el hombre no pone una alma sola, sino la racional, la sensitiva y la vegetativa. La racional que sobrevive al cuerpo, preside á la inteligencia, las otras á las sensaciones, á la nutrición, á la vida del cuerpo. Deshecho éste, la racional se vuelve á cierta mente universal difundida por todos, de la cual dimanó, y no del Dios verdadero ni del alma del mundo. El alma racional entiende todas las cosas por el instrumento del cuerpo por el cual recibe las especies, principio que destruye las ideas de Platon.

LXIII. La doctrina de Aristóteles acerca de la física es de menos momento esceptuando la Historia de los animales, en que segun el testimonio de Bufon, de nadie ha sido aventajado. Del mundo dice que no nació jamas, y de todas las

cosas que viven, que son eternas. La materia, la forma, la privacion son los principios de las cosas. La materia carece de cantidad y cualidad, las cuales recibe de la forma. La privacion es la destruccion de las formas, y de otras contrarias proviene su renovacion. Los cuerpos son graves y ligeros como el agua, el fuego; los celestes como no se acercan al centro y no se separan de él, ni son graves ni ligeros: de suerte que los incorruptibles forman un quinto elemento, porque en ellos no hay oposicion alguna de elementos.

LXIV. No tendria yo duda en atribuir á Aristóteles estas materias extractadas de sus obras; pero estas por la injuria de los tiempos y de los lugares han sido corrompidas, viciadas y depravadas con malísimas traducciones. De Teofasto vinieron á parar á manos de un tal Neleo Escepsio; despues porque no fuesen trasladadas á Pergamo, estuvieron sepultadas ciento y treinta años. Desenterradas al fin, pero corroidas y mutiladas, las restituyó Apelicon Teyo cerca de cien años antes de la era cristiana, y segun su talento y á su arbitrio las corrigió y suplió grandes lagunas. Llevadas á Roma por orden de Sila Tiranio gramático y andrónico rodio, emplearon del mismo modo en ellas su trabajo y su ingenio.

LXV. Así el mismo autor y su secta han experimentado la suerte adversa y varia fortuna. De ningun otro filósofo se sabe que haya sido levantado hasta el cielo con tan grandes alabanzas, de ninguno que haya sido tan vergonzosa-

mente vituperado y abitado. La sucesion de los antiguos peripatéticos vino á faltar con Diodoro, discípulo de Critolao cien años antes de Cristo. Su doctrina habiendo estado en gran reputacion en Italia en tiempo de Ciceron que envió á su hijo á Gratipo peripatético para que le enseñase, en breve descaeció. En los siglos siguientes ha experimentado la alternativa de haber sido sumamente apreciada y proscrita.

LXVI. Sujeta la Grecia, introdujo en la vencedora Roma no solo ésta sino todas las sectas y toda especie de letras y artes, pero tarde y desatendidas, ó por mejor decir, desterradas cuando mas floreciente se hallaba la República, por juzgarse que ablandaban y quebrantaban el vigor del ánimo. Solamente llamaban la atencion de los romanos la religion, las costumbres, las leyes y las armas; para cuyo uso empleaban no vanas doctrinas, no fútiles especulaciones, sino la práctica y grandes y nobilísimos ejemplos. Solo leemos que Enio y Caton el Censor conociéron algo de la doctrina de Pitágoras. De suerte que desde aquella célebre embajada de los atenienses á principio del siglo séptimo de la fundacion de Roma, tuvieron los romanos alguna luz de la filosofía que los conmovió y los excitó á su amor.

LXVII. Pero Caton aconsejó al Senado que se despidiese á los filósofos, y se mandase á la juventud romana que escuchase á los viejos mas experimentados y mas aprobados en todo género de virtudes, á los Magistrados y á las leyes. Mas

como los romanos viajaban con frecuencia y en gran número á Grecia, y estaban de asiento en ella con el mando de los ejércitos, oían á los filósofos, los admiraban y se dedicaban á su trato y doctrina, á los estoicos en especial Escipion Africano, Lelio y Furio. Desde entonces muchos se dejaban llevar del ardor del ánimo á todas las escuelas de los filósofos, Nigidio Fígulo pitagoréo, Q. L. Balbo y Caton Uticense estoicos; Varron, Pison, Ciceron, Bruto, académicos; Torcuato, Veleyo, Atico, Casio, Lucrecio, epicuréos, bien que esta secta siempre fue sospechosa y aborrecida de los romanos. Luculo que siendo cuestor y general tuvo en su compañía á Antioco ascalonita, fue el que mas promovió entre los suyos la filosofía, formó una riquísima biblioteca, é introdujo en Roma el amor de esta ciencia. La Lógica y la Metafísica nada deben á los romanos.

LXVIII. Desde aqui me arrebatan los romanos á aquel hombrecillo levantado del polvo y el compas, á aquel Arquímedes que con tanta sabiduría estorbó los designios de Marcelo en el cerco de Siracusa, y á quien el mismo Marcelo, bien que en vano quiso conservar la vida, pues fue muerto el año 214 antes de Cristo. Su sepulcro erigido por él mismo, ignorado de los siracusanos y cubierto de maleza por todas partes, le buscó Ciceron con grandísima diligencia, y le halló con gran gloria. Diligentísimo contemplador del cielo y de las estrellas, no solo fue Arquímedes muy sabio en todo género de máquinas

militares, sino que unió en una esfera los movimientos de la luna, del sol y de los cinco planetas errantes, con cuyos ilustres monumentos se grangeó una fama eterna. Antes de Arquimedes florecieron en el mismo siglo Euclides y Apolonio. Pergeo, cuyo quinto libro de los cónicos produjo la *divinacion* de Viviano. Todos los géometras de todos los tiempos han manejado y estudiado los elementos de Euclides. Síguense á estos Estrabon geógrafo, Diofanto inventor del álgebra, Ptolomeo perfecto en su tiempo en la astronomía y geografía, Teon, Proclo, Papo y otros innumerables. Pues siempre estuvieron en grande estimacion las matemáticas: los sarracenos las colocaron en el primer lugar, y en la media edad las abrazaba tambien el cuadrivio de las ciencias.

LXIX. No se oscureció la filosofía en Roma en tiempo de los Emperadores, antes bien muchos dedicaron á su estudio todos sus desvelos y hicieron profesion de ella con grande aplauso y mucha concurrencia de discípulos, varones principales y muy graves de casi todas las sectas: Q. Sextio pitagórico, Apolonio tianeo, que pasó á Roma en tiempo de Neron tenido por un segundo Pitágoras. Plinio, contado por algunos en el número de los epicureos, varon de una aplicacion y erudicion increíble; los platónicos Favorino en tiempo de Adriano y Trajano, Plutarco dotado de una erudicion universal, y Apuleyo en tiempo de los Antoninos; Séneca, Dion y Epicteto estóicos nobilísimos, y Sexto cuero-

nense preceptor de M. Aurelio que tambien fue gran filósofo; Galeno matemático, médico y dialéctico agudo, aun cuando no hubiese inventado la cuarta figura del silogismo muy favorecido del mismo M. Aurelio; últimamente los ecléticos Plotino en tiempo de Galieno, Amelio y Porfirio.

LXX. Mas no fue permitido á los romanos el ser filósofos por mucho tiempo; pues he aqui que acometen por todas partes los bárbaros, todo lo asuelan, se encruelen contra los hombres, vienen á tierra el imperio y las letras, y únicamente reinan las malas artes, los robos y muertes. Severino Boecio cónsul á fines del siglo quinto y principios del sexto es el último de los filósofos del occidente, ornamento de su siglo, que nos dejó en sus libros *del consuelo de la filosofía* un ejemplar insigne de la doctrina peripatética.

LXXI. Con mas próspero suceso iban las cosas en el Oriente, pues quedaban allí todavía muchas lumbreras de razonable sabiduría, que como vimos ilustraron á Roma. Alcinoo, y ademas Numenio, Máximo Tirio y Calcidio fueron platónicos muy doctos. Diógenes Laercio, Celso y Luciano agregados á la escuela de los epicureos, florecieron desde Tiberio hasta Cómodo. Mas hubo y mas famosos entre los peripatéticos, Amonio, maestro de Plutarco, Alejandro Afrodiseo fiel y doctísimo intérprete de Aristóteles, Temistio, Olimpodoro, Filoponio, Simplicio, que en el siglo sexto y séptimo entregaron á los sarracenos la filosofía peripatética.

LXXII. Mas quedó un domicilio á las letras y á sus cultivadores en la liberalidad de los Tolemeos, y en el auxilio de Alejandría, donde habia una biblioteca maravillosa. Se levanta la secta ecléctica, que aunque pudiera parecer muy antigua, con todo fue nueva. Cenon, Platon, Aristóteles, Epicuro tomaban de donde quiera lo que les parecia apreciable, no juraban sobre las palabras de un solo maestro, añadian tambien cosas de suyo, y de unas y otras componian un cuerpo de doctrina bien formado, en el cual todo tenia la debida conexion. Los eclécticos solamente usaban de lo ageno, hacian violentamente que concordase lo que discordaba, y formaban un solo cuerpo.

LXXIII. Esta secta desde su nacimiento se dividió en dos, de la una fue cabeza Potamon cristiano, de la otra Amonio apóstata. Potamon se propuso por objeto deshacer la oposicion entre los filósofos; Amonio abatir la religion cristiana oponiéndole un nuevo edificio de filosofía que le resistiera con armas iguales. Con este fin atemperaba á los inventos de los filósofos los dogmas cristianos si lo permitian, y si lo repugnaban los combatia vehementemente llamando á su socorro todas las sectas, á excepcion de la epicurea y la escéptica que no conducian al fin. Conocian los filósofos que su autoridad y fama se disminuía por la religion cristiana, y la veían ya triunfar de la filosofía.

LXXIV. Todos los eclécticos eran sincretistas, los cuales deseaban llamarse por Amonio platónicos nuevos, pero mas verdaderamente secta-

rios de Platon; todos por el lugar fueron llamados alexandrinos. Entre los Cristianos fueron eclécticos célebres, además de Potamon, Clemente alexandrino y Atenágoras, y despues Orígenes Adamantio discípulo de Amonio. Este fue esclarecido por otros casi innumerables Longino, Herenio, el otro Orígenes y Plotino. Orígenes y Herenio fueron acusados de haber revelado el secreto contra Amonio. El principal de los filósofos Alejandrinos fue Plotino; sus discípulos trasladaron primeramente su secta á Antioquía, despues á Atenas; Amelio y Porfirio se separaron á Roma, manteniendo su discípulo Jamblico en Alejandría la gloria de su secta.

LXXV. Indignése contra estos Constantino porque eran opuestos á los Cristianos, pero recibieron de Juliano no solo nueva vida, sino autoridad y esplendor. Fue su maestro Máximo efesio, que le imbuyó en todas las supersticiones. Fue este Emperador muy adicto á su maestro; con él y con Edesio, Eustatio, Crispo, Eusebio y Crisancio dividia la administracion y magestad del imperio.

LXXVI. En Grecia pereció con la libertad la filosofía, y ni aun con los cuidados de Adriano y M. Aurelio volvió á florecer. Se restablecieron la estóica, platónica, epicurea, y peripatética, pero débiles y vanas en comparacion de las antiguas. Un cierto Plutarco, no el de Queronea, trasladó á Atenas en el siglo cuarto la escuela ecléctica. Tuvo por sucesores á Siriano y á Próculo célebre por el comentario al Timeo de Pla-

son, á Marino, Isidoro y Damascio hasta los tiempos de Justiniano.

LXXVII. Los ecléticos y casi todos los filósofos de aquel tiempo y de cualquiera secta tuvieron deseos de conciliar entre sí los que estaban discordes. Los peripatéticos unian sus doctrinas con los estóicos y platónicos, éstos las que eran de Pitágoras con las suyas, los Cristianos las de Platon con los dogmas divinos. A todas estas añadian los ecléticos las de Zoroastro, las herméticas, oíficas, Teurgicas, todos los delirios de la filosofía oriental, sus emanaciones, purgaciones, los ascensos y grados al océano infinito de la divinidad, y todo cuanto habian soñado los entendimientos conmovidos ó alterados de un estro fanático. En lo que toca á Dios, al universo y al alma seguian á Pitágoras y á Platon; en la ciencia de las costumbres á los estóicos, á Aristóteles en la dialéctica; pero en general torcian y corrompian muchas cosas.

LXXVIII. Mas no solo perturbaban la filosofía, sino tambien la república arrebatados de un furor fanático, y se enfurecian contra los ritos cristianos. Por lo qual les fue mandado por Justiniano, ó salir de sus dominios, ó dando de mano á su filosofía, abrazar la religion. Todos se acogieron á Cosroes en la Persia. Muerto Justiniano volvieron, pero sus estudios iban en decadencia, despues aumentándose los tumultos de las armas, con los odios entre los latinos y griegos, al fin con el furor de Leon Isaurico se desvanecieron.

LXXIX. Así que á fines del siglo séptimo se extinguió la secta ecléctica. Pues entrando los sarracenos talando el Egipto y el Asia, y trastornándolo todo, fueron puestas á fuego las bibliotecas, y las academias y escuelas destruidas. Amaneció alguna luz en el siglo 9, bajo el imperio de Micael y Barda, la cual se aclaró algo mas en el 10 por el cuidado de Constantino Porfirogénito. Los nombres mas esclarecidos de estos tiempos son los de Juan Damasceno, Pselo y Focio. Siguiéronse mas densas tinieblas; el siglo 11 fue enteramente siglo de hierro; en el 12, 13, 14 y hasta la mitad del 15 apenas se hallan algunos que se dedicasen al estudio de Platon ó Aristóteles, no ya genuinos, sino convertidos por lo comun en alejandrinos, que los interpretaron y comentaron malísimamente. Con todo fueron de grande admiracion para sus contemporáneos que los condecoraron con sobrenombres ilustres, pero vanos; pues ciertamente estos renombres siempre han sido mas magníficos y pomposos cuando han estado las letras mas débiles y corrompidas. Entónces fue tan grande la calamidad y perversidad de los tiempos, que se tuvo á notable influjo de la fortuna que estuviesen solo abatidas y no hubiesen perecido enteramente.

LXXX. Lo cual debe atribuirse á los doctores eclesiásticos. Pues aunque desde el principio de la Iglesia la institucion cristiana solo se ejercitaba en formar las costumbres y explicar la religion; agregándose despues algunos sábios y no-

bles, hablando los Padres á todo el mundo y á los mismos filósofos con quienes disputaban, se habia ya empezado á conocer desde principios del segundo siglo la necesidad de la erudicion y de toda la filosofía de los griegos para traerla al subsidio de la religion, aprobando lo que hallaban de bueno en ella, y refutando lo malo. Así nunca abandonaron los cristianos la filosofía, antes la cultivaron con aplicacion, en especial la platónica que apareció la mas acomodada á sus dógmas. Nunca se interrumpió entre los cristianos la serie de los varones doctos, ni tampoco se elevó la filosofía sobre la religion empleándose en una de dos cosas, ó en alabar el recto uso de ella ó en virtuperar el abuso.

LXXXI. No dejan de tener estos tambien sus faltas, sus defectos, padecen algunos errores, pero no el platonismo y sincretismo fanático Alejandrino, no todos los demas con que les dan en rostro Clero, Barbeirac, Brukero, Belio, y con este ciertos semifilósofos de nuestra edad, imbuidos tambien en el sincretismo, é infectos de herejía, en especial los gnósticos, familia muy dilatada con quienes tienen los Padres perpetua guerra. Y ciertamente torciendo las palabras de su recto uso, no explicando los lugares oscuros por otros muchos mas claros, no empleando nunca una justa interpretacion, prefiriendo entre dos cosas probables aquella de que nacen mas y mas torpes errores, fingiendo ciertas cosas añadidas de suyo á las que refieren lo Padres por testimo-

nio de otros, sería milagro que su filosofía no se encontrase cargada de muchísimos errores.

LXXXII. Mas no quisiera ponderarlos sobre la condicion de los tiempos; casi el mismo gusto tenian estos que los demas, y tambien experimentaron la decadencia de las letras. Las cuales como descaeciesen particularmente con las irrupciones de los Sarracenos, extinguida la raza de las omiadas, alcanzaron tanto favor y esplendor á mediados del siglo octavo por los abasidas cuantos daños y calamidades habian padecido de sus antecesores.

LXXXIII. Almamon, tercer emperador de esta familia, hizo llamar á Babilonia varones doctos, procuró que se tradujesen en lengua arábiga libros buscados con grande diligencia y gastos, fundó bibliotecas, academias, escuelas, siendo él mismo instruido en todo género de letras.

LXXXIV. Dividido el Egipto del imperio asiático de los sarracenos, fundado alli uno nuevo, y propagado por las costas marítimas y por España, dominaron tambien sus letras en estas regiones. Hasta el siglo doce tuvieron una fortuna próspera; pero á principios de éste derrotados los árabes por los españoles, echados de la Persia en el anterior por los turcos, y acosados despues con continuas guerras intestinas y extrangeras, perecieron enteramente.

LXXXV. Dedicáronse principalmente los árabes á Aristóteles y á Galeno, mas no leyéndolos puros, como les sucedió con todos los ejemplares griegos, sino sumamente corrompidos con las versiones arábigas y siriacas, y depravados con

infinitos errores, todavía con sus oscuras, absurdas y bárbaras explicaciones, los corrompieron mucho mas. Poco á poco fueron llevados despues á cosas mayores y mejores: es á saber, á la Astronomía, á las Matemáticas, á la Medicina, á la Anatomía, á la Química y la Botánica. Se levantaron entre ellos muchas sectas, muchos varones de gran nombre Alkendi, Alfarab, Avicenna, Averroes: estos dos fueron los maestros y directores no solo de los árabes sino tambien de los cristianos. Su filosofía era un compuesto de Aristóteles y del Alcoran, á uno y otro tenían grande adhesion; pocos se inclinaron al ateismo. Floreció el estudio de los árabes en la Astronomía: á las demas ciencias poco ó nada de bueno contribuyeron. En las cosas pertenecientes á la Lógica y Metafísica se dedicaron á vanas sutilezas, y aun á la impiedad, juzgando que el alma era mortal, el mundo eterno, el entendimiento uno en todos, y éste Dios.

LXXXVI. Pero en el Occidente era el aspecto de la filosofía tan disforme y espantoso, que los estudios de los árabes, hasta las fatuidades y torpezas sarracénicas pareció que la adornaban. Las irrupciones de los bárbaros, que como de un manantial brotaban de todo el Septentrion, las guerras de afuera, las disensiones interiores, la ferocidad de los príncipes, la servidumbre, las grandes calamidades de toda especie, y finalmente las costumbres bárbaras inclinadas al menosprecio de las letras, y muy distantes de toda

cultura del ánimo introdujeron una torpísima ignorancia de todo lo bueno. En los eclesiásticos y monges consistió el que no llegasen las letras á su última ruina. Solo entre ellos habia escuelas y bibliotecas; ellos solos cultivaban las letras, copiaban y conservaban los ejemplares antiguos. Ninguna historia literaria habria de estos tiempos si callase el trabajo, estudio y diligencia de los monges: todo cuanto habia de ciencias, todo estaba entre ellos, y no se contenia en la Gramática, Retórica y Dialéctica: su trivio y aun cuadrivio se extendia á mas, comprendia la Filosofía y la Teología, las cuales como era preciso se resentian de la fatalidad de los tiempos.

LXXXVII. Ciertamente Casiodoro y Dionisio el menor sirviéron de algun auxilio en el siglo sexto, en el séptimo y octavo Isidoro, Beda, y Alcuino. Este preceptor de Carlo Magno fue quien le ayudò y aconsejó en todos sus pensamientos que se dirigian á restablecer las letras, fundar academias y enriquecer bibliotecas. Los siglos nueve y diez fuéron mas adversos á la filosofía por las nuevas irrupciones de los unos, de los daneses y normandos. Con todo se cultivaron felizmente en Hibernia, donde de muchos siglos antes habian hallado refugio. Fundó M. Alfredo en Inglaterra la universidad de Oxonia. En Francia, en Alemania, en Italia se honraron con muchos varones doctos las escuelas de las iglesias catedrales y de los monges. En el siglo diez aquel gran Gerberto que con nombre de Silvestre

segundo se atrevió á pasar á España á aprender entre los árabes la verdadera sabiduría, nos trajo el estudio de las Matemáticas, de la Astronomía y de la Física.

LXXXVIII. En el siglo once y en el doce sobrevinieron nuevos males, cismas, discordias entre la potestad civil y eclesiástica. En este intermedio se trajeron de Constantinopla los libros de Aristóteles. Muchos sugetos de Inglaterra, y Gerardo cremonense viajaron á España, á la Grecia, al Asia, para adquirir la filosofía y libros: Roberto Pallo, Guillelmo de Conquis, Juan Sarisberienese, Roberto Capiton y otros instruidos en toda erudicion, sabios en las lenguas hebrea y griega y muy versados en las matemáticas. Estos, vuelvo á decir, cultivadores de la razon fomentaban los buenos estudios, y con ánimo esforzado superaban la suerte casi deplorable de la filosofía.

LXXXIX. Mas el que guste de recorrer, con una prontísima reflexion del entendimiento la media edad desde el siglo sexto hasta el octavo, reconocerá como dos escuadrones de varones doctos, uno en que se presenta Felix Urgelitano, Gotescalco, Escoto Erigena, Berengario, Roscelino, Abelardo, Giberto Porretano y algunos otros que combaten especialmente á favor de las heregias arriana y pelagiana, redundantes de vanas sutilezas, y sectarios de una filosofía de palabras quimérica y destemplada. Otro en que se ofrecen Casiodoro, Dionisio el menor, Isidoro, Beda, Alcuino, Rabano, Paulino, Teodulfo, Fulberto,

Anselmo, Lanfranco, por quienes fué propagada la filosofía pura, bien que apenas mediana, peripatético-arábica, en la cual ocupaba el primer lugar la Dialéctica. Finalmente, pocos precursores ocurrirán de la verdadera filosofía que abriesen el camino á su restauracion.

XC. En comparacion de estos forman un grande ejército los escolásticos, al que capitanearon algunos de aquellos dos escuadrones, ó militaron en ellos. Los escolásticos se dividen en tres edades: la primera desde la mitad del siglo once hasta la mitad del trece, la segunda hasta el año 1330, la tercera hasta la restauracion de la filosofía. De la primera edad son gefes Roscelino, Anselmo y Lanfranco; en esta fueron famosos Pedro Lombardo, Hales y Pedro Comestor. De la segunda es cabeza Alberto Magno á quien siguen Santo Tomas de Aquino, San Buenaventura, Egidio de Colona, Escoto, hombres insignes y de agudísimo ingenio. La tercera floreció con Durando y Ocam, de quien nacieron los nominales, y con Buridan, autor de la fundacion de la universidad de Viena.

XCI. Otra division se hace tambien de los escolásticos en muchas sectas de *nominales*, *reales* y *formales*, los cuales de sus gefes fueron llamados albertistas, tomistas, escotistas, ocamistas. El origen de las opiniones con que se distinguian estas sectas era mas noble de lo que piensan los que se burlan de ellas, y se debe traer de los estóicos, de Platon y Aristóteles. Los no-

minales establecian con los estóicos que lo universal no era otra cosa que voces é ideas; los reales se arimaban ya á Platon, ya á Aristòteles, usando tambien de más sùtiles distinciones. Unos afirmaban que los universales eran ciertas naturalezas dotadas de su esencia y realidad, que existian abstraídas de las cosas, y que se hallaban contraídas despues en ellas mismas por las determinaciones individuales de donde recibian los individuos su propia naturaleza: y estas son las ideas universales de Platon. Aristòteles las destruyó, introduciendo las formas que existen embebidas en las cosas y con ellas no antecedentemente ò separadas de las cosas. Estas formas universales tienen su propia naturaleza y se distinguen realmente de la sustancia de las cosas. Este género de universal escolástico-peripatético existe en las cosas, el platónico antes de las cosas: los reales admitian ya uno, ya otro; el último finalmente estóico que agradaba á los nominales le llamaban posterior á las cosas.

XCII. Los tomistas y escotistas solian disputar entre sí sobre el universal en las cosas con grandísima vehemencia. Sostenian los escotistas que las formas de las cosas, esto es, sus atributos se distinguian verdaderamente, y á parte rei de las sustancias, aprobando absolutamente el universal de Aristòteles, los tomistas defendian que solo se distinguian por conceptos del entendimiento, el cual halla en las cosas fundamentos de esta distincion, pero no la misma distincion. De aqui procede la

distincion tomada *virtual intrinseca cum fundamento in re*, en virtud de la cual las formalidades no se distinguen de las cosas realmente, sino que equivalen á distintas; la distincion de los escotistas se llama *formal*.

XCIII. Esta controversia de los universales la tomaron de los antiguos los platónicos alejandrinos que la disputaron largamente. Porfirio no quiso tratar de ella por su dificultad: Boecio la dejó tambien para los escolásticos; estos á los principios todos eran nominales, pero por haber faltado Abelardo, pasaron todos á la faccion de los reales, de suerte que pereció la memoria de los nominales. Ocam los resucitó en el siglo catorce, y de repente los nominales ocuparon todas las universidades. Tres veces fuéron proscritos en Francia en el siglo quince y otras tantas se les concedió la paz. En Alemania adictos á Luis de Baviera florecieron mas tiempo tranquilamente. Los reales fuéron acusados muchas veces de panteísmo.

XCIV. No se ha de formar el mismo juicio de todos los escolásticos. Todos siguieron á Aristòteles no árabe, sino griego por el trabajo y cuidado de Herman Contracto y Otón frinsingense. Despues por la liberalidad de Federico II. Alberto magno tuvo á Aristòteles de griego latino. Santo Tomas empleó una semejante version de Aristòteles, trabajada por sus condiscípulos. Este varon es ciertamente digno de los elogios con que le celebran Leibniz y Grocio, pues como

agudamente dice Fontenelle, hubiera sido otro Cartesio si le hubieran ayudado los tiempos: enmendò á Aristòteles é impugnò los errores de los árabes.

XCV. San Buenaventura y Egidio fuéron dos lumbreras de la Italia. Estos y otros no oscuros, no secos, no disputadores y capciosos, no buscaban cuestiones pueriles y vanas como los más de la tercera edad, sino que enseñaban una doctrina sólida, aunque no perfecta, y en la Física en que eran mucho menos versados, del todo leve y ni aun mediana de la cual sentaba Leibniz que no debía menospreciarse sino corregirse.

XCVI. A la Física, á las Matemáticas y á toda especie de erudicion aplicó su ánimo elevado y su grande entendimiento Rogerio Bacon, maravilla del siglo trece. Este puso el pie en sendas hasta entonces no trilladas, y sus conjeturas sobre las ciencias y artes son admirables.

XCVII. El mismo desvelo emplearon Pedro de Apono, Arnolde de Villanueva, Raimundo Lulio y Alfonso el Sabio. Conrado pisano trajo del Oriente á la Italia el Algebra, Paciolo la promovió, cuyas pisadas si hubieran seguido sus compatriotas se debería tambien á la Toscana este grande instrumento de la Física. Pablo Toscanela adelantó mucho en la Astronomía, igualmente en Vienna Purbaquio y Regio-Montano, en Bolonia Domingo de Novara produjo á Copérnico: en Bolonia fue tambien Mondino el primer maestro de la Anatomía. Todos estos empezéron á ahuyentar las tinieblas y á desterrar los estudios aristotélicos.

XCVIII. Ve aquí los primeros restauradores de los buenos estudios, no los griegos en el concilio de Florencia, ni los griegos echados de Constantinopla, pues deben tomarse de mas arriba los principios de esta gran restauracion, y hacer tres épocas de una misma. La primera en Oriente y Occidente de los árabes, en el Occidente desde Carlo Magno y Alfredo, para en Enrique y los Ottones, y pertenece á todo el siglo octavo, nono y décimo, y á los varones ilustres de esta edad. La segunda desde Gerberto hasta fines del siglo trece, en que Federico nieto de Aenobarbo, Alfonso Rey de Castilla y los Sumos Pontífices protegieron las letras con su favor y liberalidad. Desde la tercera empieza una nueva luz, se desterraron mas las tinieblas en especial por los desvelos de los Príncipes de Italia, y el Cardenal de Aliaco, y los estudios de los grandes varones que poco ántes referia (95 y 96).

XCIX. A estos deben añadirse ahora Brunetto Latino, Guido Cavalcanti, Cino, los tres grandes Triunviros de la libertad filosófica Dante, Petrarca y Bocacio, y los dos calabreses Barlaam, y Poncio. Guido huyendo de la doctrina aristotélica, se inclinaba á Epicuro; Petrarca, dedicado tambien á las ciencias mas severas, puso en ridículo la vanidad de la alquimia y de la astrologia, combatió contra Averroes, y debilitó su imperio; escribió cosas bastante buenas pertenecientes á la Etica y á la Política. Barlaam se contuvo en los libros de Euclides, Platon y

Aristóteles. Todos buscaban los antiguos códices, sobresalían en la instrucción de las lenguas, indicaban y descubrían las fuentes saludables, infundían en los demás el amor de las buenas letras, el estudio de los antiguos y el menosprecio de las quisquillas de la escuela.

C. Este era el estado de las cosas cuando pasaron los griegos á Italia. Los primeros Demetrio Cidonio y Crisoloras á fines del siglo catorce hicieron profesion de erudicion y de la literatura griega en Florencia y otras ciudades de Italia, en las cuales estas letras no eran nuevas. Los que pasaron en tiempo del concilio de Florencia, no trajeron á ella filosofía ni letras, sino pleitos y discordias.

CI. Llegamos ya á la toma de Constantinopla. Viniéron á Italia filósofos de Grecia platónicos y aristotélicos. Entre los primeros Gemisto Pleto, acre y vehemente, Besarion templado, modesto, el mas docto de todos, que no desacreditó la infancia de la filosofía aristotélica, y fue el que con Cosme padre de la patria echó los fundamentos del Platonismo florentino. Aristotélicos Juan Argirópulo, y Genadio, que impugnando fuertemente á Platon combatió con Gemisto. Asimismo acometió Georgio Trapezuncio á Besarion: Teodoro Gaza fue tambien combatiente aristotélico, pero no tan atroz. Este, para que no solo tengamos por objeto de nuestra risa á los aristotélicos, riñó con Platon la cuestion ridícula sobre el *agere* y *facere* que atrajo á la disputa á otros griegos y dió mucho que hacer á Miguel Apos-

tólico y Andrónico Calixto.

CII. La Filosofía pues de estos griegos era servil, contenciosa, partidaria, entretenida en cuestiones ineptas. Y así solo les debemos un testimonio de gratitud por haber extendido la erudición, y por las muchas traducciones en que se aventajó á todos Teodoro Gaza en fidelidad y diligencia.

CIII. De aquí se empezaron á divulgar en el siglo quince los instrumentos de los conocimientos, á hacerse del uso comun, y á ilustrarse los autores clásicos. A esto se añadió la liberalidad y protección de Cosme y del gran Lorenzo de Medicis, de Nicolao V. y Alfonso de Aragon, firmísimas columnas de las letras y gefes de la sabiduría, que solian escuchar con frecuencia á los varones doctos griegos y italianos, colmarlos de premios y honores, y trabar con ellos trato y amistad.

CIV. De aquí procedieron los grandes conatos para sacudir el yugo y libertar á la Filosofía de la esclavitud peripatética. De aquí finalmente unos perseguian la barbárie escolástica, otros restablecian las antiguas escuelas, otros las conciliaban entre sí componiendo una de muchas, otros no sujetándose á ninguna creaban una filosofía nueva, otros con daño universal la arruinaban enteramente.

CV. Lorenzo Vala, Mario Nizolio, Erasmo Roterodamo, Rodolfo Agricola, Jacobo, Fabri, Luis Vives persiguieron acérrimamente á los escolásticos, inflamaron á los demas en el amor de la libertad, cantaron una perpetua lamentacion

de los males que difundian los escolásticos en la Filosofía. Pero aunque muy instruidos en las letras griegas y latinas, en la Filosofía apenas medianos ignoraron los remedios, de suerte que con poco acrecentamiento de ella solo reformaron la Lógica sin haber enseñado el verdadero camino de formar y corregir el entendimiento.

CVI. Las casas de los Medicis ya entonces solo resonaban con el nombre de Platon. A Marsilio Ficino le devoraba el desvelo que tenia fijo en su corazon de traducir y explicar á Platon: este siendo presidente de la academia platónica se dedicó con igual estudio á todos los platónicos.

CVII. Los aristotélicos eran en mayor número: los dos bárbaros, Victorio, Mayoragio, los Picolominis y otros innumerables, habiendo prometido mares y montes para la restauracion de la Filosofía, pero en realidad meros artífices de palabras sonoras, únicamente corrigieron el arte de hablar haciéndose serviles sectarios de los griegos modernos.

CVIII. Otros hubo de menos nombre y en mucho mayor número, que pensaron que en la Filosofía nada mas habia que Aristóteles, por quienes la secta de los escolásticos permaneció hasta el siglo diez y siete. Esta tuvo hombres muy célebres por su grande ingenio y excelencia de doctrina, Victoria, Soto, Ibañez, Toledo, Vazquez, Suarez, Arriaga; y mas ilustres Conringio, Jacobo Tomasio, lumbreras de toda la Alemania, cuando ya florecian Gasendo, Galilei y

Cartesio, adictos á las opiniones mas genuinas de Aristóteles, y muy favorecedores y afectos á ellas. El gran Leibniz fue discípulo de Tomasio. La mayor parte de estos, aunque no opuestos á la razon ni enemigos de la verdad, con todo siendo amantes de disputas ó arrebatados del afecto de su parcialidad, retardaron los adelantamientos de la modesta y sincera Filosofía, ó á lo ménos por aquella esclavitud aristotélica que los dominaba, no los procuraron.

CIX. Algunos de los peripatéticos últimos esclavos de Aristóteles le sacrificaron la religion, así lo hizo Pomponacio á quien impugnó Nifo, pero con languidez é ignorancia. Vanino, Cesalpino y Cremonino hicieron peor á Aristóteles, y excedieron la impiedad de Pomponacio, pues negaron la providencia, sostuvieron la eternidad del mundo, la mortalidad de las almas, y el entendimiento universal, única sustancia. Estas eran en general las opiniones de Zabarella, el cual sin embargo las sujetó enteramente al juicio de la Iglesia. Otros por el contrario se ocupaban en pulir á Aristóteles; en expurgarle y darle una nueva forma, como Leoniceno, Sepúlveda y Fracastor.

CX. En el siglo diez y seis corrió muy válida la opinion de haberse confiado á Pitágoras y á Platon la secreta doctrina de los orientales y de los hebreos: así se juntaron en uno Zoroastro y Orfeo, Abraham y Moisés, Pitágoras y Platon, se les convocó al auxilio, y se fundó la filosofía

pitagórico platónica-cabalística. Pico abrazó en los inmensos límites de su ingenio las semillas de ésta esparcidas por los griegos, las cuales habiéndose arraigado en los platónicos florentinos, produjeron entre otros á Francisco Diaceto, á Giorgio Veneto, en Alemania á Reunclino y á Cornelio Agripa dados á la mágia; y á Francisco Patricio ilirico mas famoso que los otros, antes conciliador de Aristóteles y Platon, y despues entusiasmado por éste; todos seguian los portentos de Zoroastro, Hermes y Orfeo, y casi todos eran panteísticos en la explicacion del origen de las cosas.

CXI. Mas correctos fueron Wortingthon, Galao y Burneto platónicos que volvieron á florecer en el siglo diez y siete en Inglaterra con sus eruditísimos gefes Coudworth y Moro. Estos conmovidos de la filosofía hobesiana, y teniéndola por execrable, le hacian frente con Platon, como que en las materias morales y metafísicas habia pensado recta y altamente, veneraban tambien á los platónicos posteriores, y admitian las naturalezas plásticas y animásticas.

CXII. Al mismo tiempo fueron restablecidos Parmenides, los estóicos, los jónicos y Epicuro. El primero que se dedicó á Parmenides fué Bernardino Telesio calabrés, el primero que introdujo el método experimental, el primero que fundó la Académia que llamó telesia, estableciendo en esto un ejemplo nuevo. En sus libros de la *Naturaleza* impugnó á los peripatéticos, redujo al movimiento toda la Física, y dejó aunque solo

indicadas las imágenes de la atracción y la impulsión, por lo que fué alabado por Bacon como que habia formado un aspecto nuevo y excelente de la Filosofía.

CXIII. Campanela paisano de Telesio y Bruno, tuvieron mas adhesión á Parmenides, concedieron á la materia y á toda la naturaleza cierta fuerza sensitiva y vital. Bruno añadió algunas cosas de Pitágoras, y soñó infinitas emanaciones. Algo se halla en él de lo que antes habian pensado Copernico, Galilei, Gasendo y Cartesio casi contemporáneos suyos, y Leibniz posterior.

CXIV. Justo Lipsio se convirtió enteramente á los estoicos, Berigardo á los jónicos, y Senero antes que todos á Epicuro. Lipsio varon de grande erudición, fué inferior á los estoicos en doctrina y constancia. A Esciopio tambien estoico le faltó la acerbidad, no la aspereza de la secta; mas moderados fueron Heinsio, Gataquer, Dacier y en nuestro tiempo Zanoto, acreedor á grandes elogios, el cual aunque de condicion suave y festiva amó la moral estoica, pero ni la prefirió á la cristiana, ni la libertó enteramente de errores, bien que la vindicó contra Mopertuis como amiga de la honestidad y de la fortaleza.

CXV. El único restaurador de la filosofía jónica fué Berigardo que fingiendo favorecer á Aristòteles en el célebre círculo de Pisa, combatió por la doctrina jónica, y oscuramente insinuó la materia eterna, la casualidad, el pirronismo.

CXVI. A Gasendo el mas sobresaliente y cor-

recto de los epicureos abrió el camino en Alemania Senerto, en Francia Bason: pero Gasendo oscureció casi enteramente la memoria de estos. Este varon doctísimo, de gran juicio y de suma claridad, que hubiera podido ser excelente maestro de otros, quiso mas seguir á Epicuro á quien amó extrañamente, le expurgó, le ilustró y le hizo mas probable. Tuvo por sectario á Bernier, tal cual frances y algunos ingleses.

CXVII. Entre las disputas y contiendas de los filósofos por establecer cada uno su opinion destruyendo las otras, algunos por evitar estos combates se hicieron ecléticos sin sujetarse á ninguna secta. Muchos empezaron á desconfiar de la razon, á invocar la luz del cielo, á entregarse del todo á ella y hacer profesion de teósofos; otros finalmente despreciando toda la doctrina de Pirron empezaron á disputar en pro y en contra de cualquier cosa.

CXVIII. El método de los ecléticos era excelente si en él guardasen moderacion, su juicio muy sutil é inteligente. De buena voluntad haria cabeza de estos á Angelo Policiano á quien dieron la primera leche las musas toscanas, y que mientras todos peleaban entre sí bajo las banderas de Platon ó Aristoteles, él se aplicó á uno y otro, y de estas dos riquísimas fuentes de la Filosofía bebió las aguas puras mas que tocándolas con los labios. Contaria tambien entre los ecléticos á Cardano médico, matemático, filósofo nobilísimo, á Francisco Piccolomini y á Mazon en él

siglo diez y seis, y en el siguiente á Fabrio, á Duhamel y á Esturmio, que siendo en la realidad eclécticos, con todo no compusieron un cuerpo de doctrina entero y bien formado.

CXIX. El sistema de los teósofos era enteramente absurdo y portentoso proponiéndose excitar cierta luz celestial y espíritu que los alentaba interiormente, con que percibían todos los misterios de la naturaleza; para dar la última mano á su obra, consultaban la magia y la cabala. Entregados á éxtasis é ilustraciones internas, y vendedores de transmuciones, prometían descubrir riquezas, tesoros, remedios universales, secretos, y alargar la vida de los hombres. Todos empeñados en deprimir la razón y juzgarla del todo flaca, mueven la comiseración y la risa.

CXX. El principal de estos á principios del siglo diez y seis fue el fanático Paracelso, cuyos sectarios casi innumerables, casi todos protestantes, inundaron toda la Alemania, y dieron ocasion á la fábula de la cruz roja á principios del siglo diez y siete. Entre los extrangeros sobresalieron Fludo ingles célebre por la confutación que hizo de Gasendo, y Poiret frances, que hallaron poca aceptación entre los suyos. Este corrompió con los sueños teosóficos lo que había escrito acerca de Dios, del alma y del mal.

CXXI. Otro de los principales entre estos fué Bohemio á principios del siglo diez y siete, y en el mismo los dos Van-helmoncios célebres por la luz celestial y el fuego químico. Introducían los

nombres horribles del azufre, del mercurio, de los espíritus y otros portentos de los elementos, además la emanación de todas las esencias, de Dios, el abuso de los libros sagrados y artes oscuras. ¿Las cuales cosas á quién no harán echar de menos las bagatelas escolásticas? Estos en realidad no tenían ningun sistema: cada uno publicaba sus sueños, sus visiones, todos se distinguían por su hinchazón y arrogancia.

CXXII. Los pirrónicos y escépticos nada atribuyen á la razón como los teósofos, mas no admiten muchas cosas como estos, y quitan todo juicio de la verdad. Este modo de filosofar afectó Francisco Sanchez en el siglo diez y seis, para redargüir la audacia aristotélica. Hirnain quitó demasiado á la razón para ensalzar la excelencia de la luz celestial y la autoridad de la Iglesia. Vayer la Mote volvía á destruir lo mismo que afirmaba, Sorber y Fueber se inclinaron al pirronismo, el cual se enseña con agudeza en el libro de *la flaqueza del entendimiento humano* atribuido á Huet. En Alemania empezaron algunos acaudillados de Ofman á perseguir la Filosofía y menospreciarla como enemiga de la religion.

CXXIII. Pero á Belio es á quien veneraron los pirrónicos modernos como á padre y maestro: varón de un talento vario, grande y prontísimo, el cual aunque algunas veces cede á la evidencia y aprueba ciertos principios y la existencia de Dios, otros ya los sienta, ya los destruye, ya los impugna, ya los asegura, dejándose llevar donde

le arrastra la tempestad de sus deseos.

CXXIV. A este abrazan con entrambas manos ciertos filósofos menudos y plebeyos, polilla y deshonor de nuestro tiempo, y las levantan muchas veces al cielo al nombrar á Hobes, á Espinosa, á Tindalio y á Colinsio. A estos se acogen, á estos piden auxilio, de estos pillan, roban y arrancan todas las cosas. Los mas doctos despojan á Celso, á Porfirio y á otros antiguos enemigos de la religion. Armados de esta manera se presentan en campaña, ya niegan toda la fe á la revelacion, á la autoridad, á la razon, á los sentidos; ya soltando el freno de la religion y de la honestidad lisongean con entera libertad á todo género de deseos. Para apartar los estímulos de la conciencia, no oyen á Grocio, á Pascal, Addison, Hoteville, Abadía, Clarc, Haller, Eulefo y todos los profesores de la càtedra de Boile, ó se llegan á ellos con el ánimo y el corazon tan corrompido que no los comprenden, y si los comprenden no se mueven por sus palabras.

CXXV. Mas volvamos á los filósofos. Tanta variedad, tanta sutileza y aun temeridad de opiniones preparaba y disponia alguna cosa grande y excelente. Manifestaba ciertamente que era necesario dejar el camino que habian seguido los escolásticos, y aunque con alguna oscuridad, indicaba el que se habia de tomar. Este le señaló como con el dedo el inmortal Bacon de Verulamio, que aunque no era muy sobresaliente en casi ninguna de las ciencias filosóficas y no

era versado en las Matemáticas, con todo con su gran perspicacia vió todo el caudal de los conocimientos humanos adquirido hasta entonces, conoció lo que con grande arrogancia creían saber los hombres y lo que todavía quedaba que saber. En su excelentísima obra de la *Dignidad y aumento de las ciencias*, explicó su genealogía, sus divisiones, sus relaciones con las facultades humanas, notó su estado de pequeñez, los vicios introducidos en ellas, dió consejos y manifestó los caminos para su correccion y perfeccion.

CXXVI. En su *Nuevo órgano de las ciencias* explicó la sutileza de la Dialéctica, desterró el grande arte de Lulio, y demostró que la Dialéctica de Ramo no era suficiente para todo el oficio de juzgar é inventar. Proscribió la doctrina inútil de los predicables, de los predicamentos y las demas bagatelas de la equipolencia, alternacion y conversion de las proposiciones, y desterró todas las nociones vagas y oscuras. Sustituyó la induccion al silogismo, y propuso la experiencia y la observacion como los instrumentos mas conducentes para la invencion. Señaló exactamente todo lo que debe tratar la Lógica y de que debe abstenerse; hizo muchas tentativas en la Física, empleó en ella mucho trabajo y gastos, tuvo siempre por perpetuas compañeras y guias à la observacion y à la experiencia.

CXXVII. Mientras delineaba Bacon un camino seguro de filosofar, le anduvo casi todo Galilei en la Física, en las Matemáticas, en la As-

tronomía, y despues Lok en la Lógica y Metafísica. Galilei gran filósofo y perfecto maestro á quien admiran todos los sábios á excepcion de los enciclopedistas (1), á quienes aman en gran manera todos los buenos, sostuvo con inmortales obras aquella gloria que á juicio de muchos ninguno ha conseguido despues. Discípulo de la naturaleza abrió el riquísimo libro de ésta, y le consultó con todo su corazon y todo su entendimiento. Gefe de una nueva escuela, no toscana ni italiana, sino europea, príncipe de una nueva Filosofía, se aventajó á los demas en sabiduría en constancia de ánimo y en modestia. Geómetra consumado, grande especulador é investigador de la naturaleza, se eleva desde la tierra hasta el superior y último cielo, comprendiendo en su ánimo las cosas superiores, las inferiores, las primeras, las últimas, las intermedias. Este finalmente no seguia como Bacon la oscuridad con absurdas alegorías, con adornos postizos, con un estilo hinchado, sino con un modo de decir sencillo y puro, hacía profesion de una maravillosa claridad en las palabras y en las cosas.

CXXVIII. Mas lo que pensaba y proponia Bacon, ya lo habian ejecutado Ticho, y Keplero

(1) Al referir y explicar en su célebre prólogo los modos y caminos de la restauracion de las ciencias hablan largamente y con mucha razon de Bacon y Cartesio; de Galilei muy poco, en comparacion de lo que dicen de los otros. ¿Quién perdonará esto jamas á los doctísimos franceses?

en la Astronomía, Vieta y Espnel en las Matemáticas y en casi todas las ciencias, parte antes de Galilei, y parte con él los italianos Aconcio, Maurolico, Comandino Dante perusino, Magino, Porta, Aldrobando: y en Roma y Florencia las célebres Académias de los Lincéos y los Experimentales, de la primera de las cuales fué ornamento Galilei, y de la otra luz clarísima. Ni una ni otra se apartaba jamas un punto de la observacion y la experiencia, y en una y otra se empleaban con incomparable habilidad y diligencia.

CXXIX. Ya entonces parecia la casa de Galilei como la escuela de toda la Italia y la oficina de la sabiduría. De sus riquísimas conversaciones salieron varones muy doctos, y entonces fue cuando empezó á engrandecerse la Filosofía y á ser tratada con los experimentos y con el auxilio de las Matemáticas.

CXXX. Esta empresa desempeñaron perfectamente Kirker, Hevelio, Guerikio Boilo, Tournefort, Swamerdan, Leuwenoc, Hartsoeker, Barrow, Hospital, Grimaldo, Riciolo, De Chales, Gouldin, Gregorio de san Vicente, Ozanam Hugenio, Urenio, Wallis (1) Todos estos excitados de un

(1) Estos grandes nombres á quién no harán á la memoria los que se nos hayan pasado? Solo á aquel para quien sean nuevos ó ignore enteramente estas cosas. ¿Mas de qué servirá una mera y desnuda enumeracion de ellos? Ciertamente el añadirles una inmensa copia de ideas seria obra mas larga de lo que podemos desempeñar en este lugar.

estudio ardentísimo á filosofar, enriquecieron con muchos inventos la Física y las Matemáticas, y publicaron obras muy llenas de sabiduría.

CXXXI. No pudieron abrazar los discípulos de Galilei los estudios de tan gran maestro por su grandeza y extension; los dividieron entre sí: Castelio formó la Hidrostática y la Hidráulica. Cavalerio ayudado de los preceptos de éste y los consejos de Galilei crió una nueva Geometría, y con el método de las indivisibles echó los fundamentos de la altura algebraica. Torriceli perfectamente instruido en la Geometría y en la Física, digno de la admiracion y amistad de Galilei, perfeccionó diferentes cosas en una y otra, y inventó otras muchas. Viviani sobresaliente en los estudios geométricos, y Borelo en los fisiológicos se presentan con otros menos célebres Redi, Malpigi, Valisnieri, Montanari, Guillelmini, Blanchini, que con su talento y sus tareas adquirieron eterna gloria para sí y para la Italia.

CXXXII. Mientras tomaban los nuestros estos empeños á su cargo, meditaba en Francia Cartesio su altísimo poema de la naturaleza con aquel esclarecido y elevado talento, y un deseo ardentísimo de gloria, el cual escribió con la medula geométrica y algebraica. Aplicó el Algebra á la Geometría y una y otra á la Física, preparando los inventos del gran Neuton y de Leibniz. Compuso un cuerpo completo de doctrina en el cual se descubre el colorido geométrico, admirable orden y perfecta armonía: nada se halla en

él desunido, nada extraño, nada inepto: de aquí se siguieron aquellos grandes elogios que duraron casi todo el siglo.

CXXXIII. Igualmente procedieron grandes acusaciones. Cartesio fue proscripto en Francia. Tuvo por contrarios á los que primero tuvo por maestros, á los jesuitas y los esclarecidos Filósofos de Puerto Real. Estos para no seguir la opinion de los aborrecidos se hicieron de repente cartesianos. Pascal sutil y sublime metafísico hubiera excedido considerablemente á todos en la gloria de las Matemáticas y de la Física, si no hubiera gastado gran parte de su vida en el estudio solo de la Religion. Gasendo, Arnaldo, Mersén, Huet empezaron á atacar el nuevo sistema, ya por un lado ya por otro: Fermat y Rovervall acometieron al mismo alcázar de Cartesio. Combatian á su favor Clerseller, Regis, Le Grand, Cordemois, Rohault, y Fontenelle, adornado de todos los primores del estilo y de todo género de elegancias. Con este se aliaron Mariot y todos sus paisanos para pelear con mas iguales fuerzas contra las nuevas opiniones que se esparcian de Inglaterra y Alemania, á las que ya habia mucho tiempo que habian cedido con felicidad.

CXXXIV. Siguiéronse grandes rumores en Flandes, á cuya cabeza se presentó con furor Voecio. Las fuerzas eran casi iguales por los dos partidos: peleóse de ambas partes con pertinacia: al fin cedió Cartesio divulgando muchos que abusaban de él guiados de Espinosa, las mas sagradas opiniones.

CXXXV. No se extendió tanto el cartesiano por Inglaterra, Alemania y Italia. En Italia á todos ilustraba el resplandor de Galilei, y todo lo demas lo oscurecia. La Alemania esclava por mas tiempo del peripato no dió fácil entrada á los otros sistemas. Cuando ya se iban extendiendo por ella los dogmas de Cartesio y Clauberg los hacia mas probables, levantó su excelsa frente Leibniz, y reunió á todos los alemanes debajo de sus banderas. En Inglaterra apenas logró entrada Cartesio. A persuasion de Cudworth, y Moro fue prohibido por uniformidad de votos en las Universidades oxoniense y cantabrigense. Cuando se dejaron ver Lok y Neuton, desapareció enteramente.

CXXXVI. Pero hablemos ya de Juan Lok que puso en ejecucion el restablecimiento de la Lógica y Metafísica que habia concebido Bacon. Habia tocado antes Cartesio en sus *Meditaciones* algunas cosas pertenecientes á la Lógica; en sus *Reglas acerca de la direccion del ingenio*, y en su *Disertacion sobre el método*, prescribió unas reglas ciertamente de oro, explicando la razon por la cual habia llegado á tan grandes cosas y tan nuevas. Usó con gran sabiduría de la duda para desarraigar todos los errores. Pero los preceptos que da son mas generales de lo que se requiere para que puedan enseñar perfectamente la verdad al entendimiento. Considera solamente las ideas en cuanto claras, oscuras, distintas y confusas, no examina las palabras, nada enseña sobre los

instrumentos de los conocimientos humanos, nada de la probabilidad (1), nada de la crítica.

CXXXVII. Las mismas cosas omite Malebranche. Dotado de grande y agudo ingenio y nacido para sistemas, lleno de la doctrina de Platon y Cartesio, trabajó un sistema sublime y de gran conexión con claridad y elocuencia, en que es maravilloso el enlace de los principios y las ilaciones, increíble la agudeza y constancia en conocer estas y conservarlas. A este mismo adhiere enteramente en los libros de la *Investigacion de la verdad*: esto es, se olvida muchas veces de la adquisicion de la verdad, y corre con demasiada libertad por el mundo intelijible.

CXXXVIII. Todavía conserva su fama y estimacion el *Arte de pensar*: trata las materias que estaban en uso cuando se escribió, no con sequedad ni barbarie resplandecen en él la claridad, la conveniencia y variedad de los ejemplos; pero se resiente mucho de las ideas innatas, es prolijo en la dialéctica de las proposiciones y teoría de los silogismos, está falto en los mismos puntos que Cartesio, no recorre todos los géneros de conocimientos, ni muestra como se puede promover cada uno de ellos. Por lo cual me parece que entre todos los Cartesianos el que mas ingenio y juicio muestra en Lógica, es Silvano Regis.

CXXXIX. Casi todas las materias trata Lok abundantísimamente. Este llamando á examen al

(1) Véase el proem. n. 55. en la not.

ánimo consigo mismo, y explorándole con mucha sagacidad, no fingió una fábula del entedimiento humano, sino que tegió de él una modesta historia. Dedujo todas las ideas de la sensacion y de la reflexion, recorrió todos sus géneros, se pregunta á sí mismo, señala á cada idea uno ú otro sentido ó muchos, y á solos los sentidos, ó á la reflexion sola, ó á esta junta con ellos establece como fuentes particulares de ellas.

CXL. Continúa ademas la analisis de las ideas y sus afecciones, es á saber, las que ó dimanan de las fuentes á las ideas, ó las que estan en su misma naturaleza. A las cuales afecciones los que no pusieran atencion, no las meditaran y dirigieran á la verdad, se hallarian envueltos en grandes y torpísimos errores. El mismo estudio pone en las palabras, y echados estos cimientos pasa á los conocimientos. Considera la índole de estos, sus grados, su realidad, su extension; manifiesta la vanidad de algunos conocimientos y principios universales, y declara como conducen otros á la adquisicion de la verdad. Entre estas cosas ni se mezcla el silogismo, ni otras frioleras en que tanto confiaban los escolásticos. Hace enumeracion de las causas de la ignorancia y el error, que impiden ó perturban los conocimientos, y aplica á cada una sus remedios.

CXLI. Pero empieza por desgracia por una larga refutacion de las ideas innatas, mezcla impertinentemente con las cosas de la Lógica otras muchas de la Metafísica, como las que pertene-

cen á la voluntad y á la libertad, mas no de modo que se ilustren mutuamente y remuevan las dificultades, ántes las aumentan. Repite fastidiosamente no pocas veces las mismas cosas, y muchas caen en confusion: otras se contradice, y otras aun en aquello en que dice cosas grandes, se desliza (1). De la analisis, del método nada enseña; omite muchas cosas igualmente oportunas acerca de los sentidos, de la experiencia, de la observacion, de la induccion; descuida casi del todo la doctrina de la probabilidad y el arte crítica. Ultimamente en orden á la espiritualidad, inmortalidad y libertad de las almas no es juicioso ni recto, por lo que ha sido reprendido por sus paisanos (2) y refutado con gran valentía por el Principe de los metafísicos de nuestro tiempo, Gerdilio.

CXLII. Clerc compendió á Lok, como él mismo confiesa ingenuamente, disponiendo su compendio para el uso de las escuelas. Budeo casi todo lo tomó de Clerc; S' Gravesande se manifiesta inferior á sí mismo en Lógica y Metafísica: extiende lo que habia de contraer, y contrae lo que debia extender, pasa por alto muchas cosas en dife-

(1) Véase mas abajo L. I. especialmente.

(2) Entre otros por Henrique Lee en su *Anti-escepticismo*. Por Lowde en sus *Ensayos morales* y en el tratado de la *Naturaleza del hombre*. Por Juan Norris, por Estilingfleet, por Edward, y faltó poco para que la Universidad oxoniense le impusiese su nota censoria.

rentes partes. Algunos acrecentamientos hay de Rudigero en la Lógica, pues desterró muchos errores, pero innova muchas cosas sin moderacion, y muchas confunde y perturba. Hobes en sus computaciones, Poiret, Tomas, Cruzat, Bufier y otros muchos de menos nombre nada tienen de nuevo ni exquisito, traen preceptos vagos, no descubren los caminos de inventar, y contienen cosas extrañas, de controversia y sin orden. Parece que impusieron una especie de tributo á los que les precedieron, todo lo toman de ellos, á veces lo empeoran, á veces suplen los vacios.

CXLIII. Movidos de estos defectos Weigel y Tschirnau se dedicaron á la Metafísica, como que consiguiendo ésta siempre la verdad podia dirigir el entendimiento perfectamente á su conocimiento. De lo cual se entiende que se apartaron del oficio del lógico, y que no pudieron disponer el entendimiento á todo género de conocimientos (proem. §§. 17 y 18): ademas tomando los ejemplos de la Metafísica mas sublime, aumentan la confusion.

CXLIV. Mucho mejor sostienen este empeño Corsini, De Soria y Genuense, en especial si se junta en un cuerpo todo lo que se halla en ellos. Corsini se aventaja mucho á los otros en la abundancia y elocuencia, en instruccion, en el recto uso de los antiguos que habia manejado con un estudio continuo. Pero su doctrina acerca de las ideas es débil, la de las proposiciones y silogismos demasiado abundante, pues comprende aunque con elegancia, quanto hablan acerca de esto

los escolásticos. No explica lo mas íntimo sobre la definicion y la analisis, poco acerca de los errores que se deben evitar y arrancar, y poco de la investigacion de la verdad, de la probabilidad y del arte crítica.

CXLV. Lo mismo se puede decir de Soria, á veces descuidado, muchas seco en el arte de las divisiones nada sobresaliente. Genuense fue el primero que dió al público la doctrina de Lok en las escuelas de Italia, y la enmendó en muchos puntos. Persiguió con ardor todo género de errores, y teniendo siempre presente el objeto de instruir el entendimiento evita el escolasticismo, huye de lo oscuro y vago. Pero manifiesta poco ingenio en la ciencia de las ideas y de las palabras, no es siempre cuidadoso, no es fecundo en la analisis, en el método, en la invencion, no ilustra los demas instrumentos de los conocimientos, de suerte que se haga su uso mas fecundo, en el arte crítica no establece con solidez los fundamentos de la certidumbre moral, confunde algunas veces las cosas que son propias de la probabilidad y certidumbre que nacen de la autoridad, y otras las pasa de una á otra (L. iv n. 515. en la not.) Ultimamente introduce muchas cosas extrañas, omite otras que son propias, y peca en una amplificacion no correspondiente.

CXLVI. Contemporáneo de estos fue Fromond, que con la excelencia de su grande y fertil ingenio, de cualquier cosa presentia algo de nuevo, y era grandemente dispuesto para la

libertad filosófica. En su *general y nueva introducción á la filosofía* sigue un cierto método suyo propio acerca de la análisis de las cosas y las ideas y de todo género de juicios. Usa de un modo de hablar inusitado. Trueca y pervierte muchas cosas sin necesidad (1). Parece que su intento es siempre alabar y exornar cosas vulgares y despreciables con nuevos nombres y nuevo método de tratarlas, pero ocasiona oscuridad. Mas apreciable es lo que trata sobre la prueba ostensiva, probable y dudosa, y esto da luz y claridad á las cosas.

CXLVII. De Felice todo lo saca de *Geneuense*, de *Condillac*, de las *instituciones lógicas* y *cultura del entendimiento*, de *Vatsio* con facilidad y claridad. *Diderot* en cierto prospecto de la *Lógica* que precede á la *Enciclopedia*, sienta que toda la *Lógica* consiste en el arte de juzgar, y empeñándose en esto disputa muchas cosas inútiles. Por fin establece y concluye, que respecto del entendimiento todas las ideas y silogismos son investigaciones enteramente superfluas, y absolutamente toda la *Lógica*, pues el entendimiento ó juzga rectamente ó no percibe aquello que podría disponerle á juzgar bien.

CXLIII. Donde concluyó *Lok* empezaron *Bonet* y *Condillac*. Aquel analítico diligente y casi perfecto, y ademas modesto y sincero cuan-

(1) Véase una prueba de esta censura mas abajo L. 1, n. 3. en la not. y Lib. 11. n. 127. en la not.

to obliga la sabiduría, completó con gran sutileza y mucha doctrina la analisis de las facultades del alma, exponiendo sabiamente su generacion, incrementos, dependencia mutua, sus auxilios y sus impedimentos. Intentó tambien igual analisis de los sentidos, y suponiendo aquella célebre estatua hipotética á la que se va juntando ya uno ya otro sentido, distingue lo que debemos á cada uno. Y esto es lo que comprende en la analisis de las facultades del alma. En sus *misceláneas* tiene tambien cosas grandes pertenecientes á la Lógica; pero en su *palingenesis* y en otros lugares se complace de las opiniones de los antiguos, en especial de Pitágoras adoptadas tambien por Leibniz, y deja libertad al asenso, de suerte que no puede parecer bastante cauto ni moderado.

CXLIX. Condillac tambien analítico pero inferior á Bonet, tiene en muchos de sus libros cosas de exquisito gusto, y entre estas en particular las que conducen á la perfeccion de una Lógica excelente. Corrige á Lok con cuidado, y le añade todo cuanto él habia omitido. Solo que quizá no satisface en el arte critica, ni trata dignamente de la certidumbre moral.

CL. Si se añade á esto lo que pensó el insigne geómetra Alembert, lo que trata en sus elementos de filosofía pequeños en volúmen, pero grandísimos en precio, y lo que añadió en sus ilustraciones; admira cuantos medios hay á la mano para componer una Lógica completa y per-

fecta (1). Pero es necesario un juicio muy inteligente, recto y perspicaz que elija con oportunidad lo bueno, que separe lo inepto y malo, que añada algunas cosas, que las coloque todas en su lugar, que nunca sea redundante ni caiga en estrecheces que ocasionen oscuridad.

CLI. Estos son los que con agudo ingenio, con grande estudio y mucho trabajo se dedicaron á la Lógica y Metafísica, á quienes yo colocaba bajo las banderas de Cartesio ó de Lok. Este nos hace volver la atención á aquella isla afortunada que ha producido tanta copia de inmortales varones, en especial Metafísicos. De los cuales, por honor de sus nombres, es menester hacer memoria de algunos, así de los que ya no existen como de los que todavía viven (2) como Clarc, Berkeleyi, Hutcheson, Hume. Clarc ilustre por sus grandes enemistades y sus disputas acerca del espacio, del tiempo, de Dios, del alma, de la

(1) El mismo juicio se hace en la Enciclop. art. Lógica: que falta todavía una Lógica completa y perfecta en todas sus partes; pero que Bonet y Condillac suministran los principios. Enciclop. Yverdon.

(2) Otros Ingleses digo, y de otras naciones; pues el plan que nos hemos propuesto no nos permite hablar de Esmít, Barke, Baxter, Bilfinger, Lulzer, Mendelshon, Lamy, Bullier, Andres y otros, ni es propio de este lugar hacer un catálogo estéril de nombres. Véase la not. n. 130.

libertad, abrazó en sus obras una filosofía casi toda perteneciente á la religion.

CLII. Hutcheson al explicar el medio con que discernen los hombres lo bueno de lo malo, con su sexto sentido moral de que ya habian hablado algo Cumberland y Shaftesburi, bien que este le torció á otro fin quitando con él toda ley y todo legislador, con este sexto sentido, vuelvo á decir, no quita las dificultades sino que las aumenta ó las desata como con la espada.

CLIII. Berkeley y Hume son mas libres y aun libertinos. El primero no inferior á ninguno en la agudeza del ingenio hace tan dudoso aquello que todos creen, sienten, y de que no apartan jamas como es de estos cuerpos sólidos y visibles que no solo parece estar él persuadido, sino que pretende persuadir á los que le escuchan que son unos vanos simulacros.

CLIV. Hume combate la libertad, prefiere no sé que instinto á la razon, se empeña en que esta no enseña ningunos efectos ni fenómenos, y que nada puede inferir por induccion que pertenezca al uso de la vida, le priva de toda la certeza, y quita de las manos el principal instrumento de los conocimientos humanos (1).

CLV. La última cohorte y mas esforzada de filósofos la guian al mismo alcázar de la sabiduría dos fuertes y sapientísimos campeones Neu-

(1) Véase despues L. III. c. v. en especial n. 299. en la not. y Lib. IV. n. 504. en la not.

ton y Leibniz, cuyo valor siendo muy grande é increíble puestos delante de las banderas se hubieran mostrado sumamente esforzados: y no hubieran cedido á los mas sabios generales griegos. Leibniz con su talento sistemático como el que mas, ilustre por su doctrina universal, abrazó todas las cosas con la gran capacidad de su entendimiento; géometra ciertamente perfecto, si no hubiera existido Neuton, tuvo con él grandes diferencias con mucha gloria, y lo mismo con Lok, Belio, Clark y Esturmio. A ninguno dejó de oponerse disputando el espacio inmenso del divino sensorio, de la perfeccion del universo, de las monades ó unidades, de la armonía, de la razon suficiente. Se apropiò el cálculo diferencial, no con engaño, que no le usaba, sino con entero crédito, y excitó una guerra terrible entre dos naciones muy visibles la inglesa y la alemana, de que ha habido tantos escritores, que no es mas famosa la púnica ó la de Farsalia.

CLVI. Respetó mucho á los antiguos, hizo grande estimacion de los escolásticos, cuyo amor le habia inspirado Tomasio. Sus observaciones sobre el conocimiento, la verdad y las ideas son ciertamente admirables, y pertenecen á muchas cosas de gran solidez y utilidad. En su *Teodicea* examina y desentraña toda la *Metafísica*, declara las cosas mas sublimes, explica las mas difíciles ilustrándolas con todo género de erudicion. Manifiesta la bondad de Dios, la libertad del

hombre, el origen del mal, y todo esto lo concilia entre sí. Indica la armonía entre el cuerpo y el alma, entre el reino de la gracia y de la naturaleza, determina los elementos de las cosas y la naturaleza de las fuerzas. En su obra póstuma del *specimen del entendimiento humano* alabando y respetando justamente á Lok, añade muchas cosas á su doctrina, enmienda otras, y confirma otras muchas de su sistema.

CLVII. Este sistema expuso en inmensos volúmenes su fidelísimo y noble discípulo Volffo. Excelente en toda la ciencia de las Matemáticas, todo lo ilustró con el método geométrico, aun las materias lógicas en las que mostró las cosas mas menudas y manifiestas, de suerte que si pudiera suceder probaria que aquel es el peor método: se halla enteramente falto en la crítica, defectuoso en la probabilidad y en la invencion, y larguísimo en el arte de disputar (1).

(1) A esta inmensidad de volúmenes no cederán los que compilando los de Volffo, compendiándolos, interpolando algo de suyo y mudando apenas la forma, la fachada, la division, los títulos, los publican de nuevo y de repente, y facilísimamente, cosa que nada tiene de maravilloso, componen compendios ó cursos de cualquier parte de la filosofía. Estos son los que notaba (en el Proem. n. 21.) de lógicos secos, estériles, incultos y bárbaros sin exceptuar de este número al que siendo uno de tantos, al fin en el Septentrion es no poco alabado.

CLVIII. No iguala á la amplitud de Leibniz el edificio de Neuton pero le excede en altura y solidez. Tienen en él su segura y noble morada la Física celeste y la terrestre, y las acompañan la Mecánica y la Optica. A estas libertó Neuton de las hipótesis y las sujetó á la Geometria y á los experimentos. Ascendiendo con prudente consejo de los efectos á las causas, á las fuerzas, á las leyes de la naturaleza, puso en tan clara luz la ciencia del universo y de las cantidades, que toda la Europa le ha dado el primer lugar y le ha venerado como á príncipe de los filósofos. Valiéndose de las demostraciones matemáticas y de los cálculos mas sublimes descubrió la razon de las fuerzas, y su justa estimacion, las leyes del movimiento, la teoría del universo. Volviéndose á los experimentos perfeccionó la Anatomía de la luz y de los colores, y halló la atraccion así entre las partes mas pequeñas como entre las mayores del universo. Ultimamente dudando con oportunidad, y conociendo la cordedad del humano entendimiento declaró ingenuamente que ignoraba la causa de la atraccion y otras muchísimas cosas.

CLIX. Tambien han honrado nuestro siglo estos grandes filósofos en el qual hallados ya el telescopio y el microscopio, aumentada y perfeccionada la coleccion de todo género de máquinas é instrumentos enriquecida aquella nueva lengua algebráica, establecidas por toda la Europa academias y sociedades diligentísimas y aplicadísimas de hom-

bres muy doctos (1); muchos grandes varones han mirado por el acrecentamiento y esplendor de las Matemáticas, y de la Física con todo género de experimentos, con copia y variedad de observaciones, y con los cálculos mas sublimes, y se mira en el dia noblemente por otros muchos que siguen las pisadas de aquellos. ¡Ojala que todos imitásemos no el hueso sino la sangre de nuestros antepasados (1)!

(1) V. n. 151. not.

(1) De todos los escritores de la Historia filosófica da cumplida noticia Fabricio en su *bibliot. grieg. y lat. y de la latin. de la media edad*. Nombraré aqui algunos de los principales. Diógenes Laercio *de viitiis Philosoph.*, Plutarco *de placit. Philos.* Esteuco Eugubino *de perini phil.* Gerad. Juan Vosio *de Phil. et Philosop. sectis*. Estanleyo *Histor. phil.* Brukerro *histor. Crit. phil.* Deslaudes *hist. critiq. de la phil.* Bounafede, *Storia d'ogni phil, e restaur. d'ogni phil.* Formey *introd. à l'hist. abreg. de la phil.* Se hallan tambien muchas cosas y de las mas exquisitas pertenecientes á la hist. filosófica tratadas con grande erudicion y cuidado en Cudworht en su *sist. intell.* y en su comentador Moshemio, en Launoy *de varia Aristot. fortuna*; en el Polhistor de Morhof, en Dutens *recherch. sur l'osigine des decouoert. atrib. aux modern.* Y finalmente otras en los historiadores de una ú otra parte de la filosofía, por ex. Montucla, *histoir. des mathematiq.* Baylly *histoir. de l'astronom. an-*

ANALISIS

DE LAS

OPERACIONES DEL ALMA.

I. **T**odos conocen que el alma ejerce muchas operaciones para las cuales es necesario que haya en ella las facultades correspondientes. Si no nos fuera del todo desconocida la naturaleza del alma y su esencia primaria como la de todas las cosas (1), podríamos deducir de ella misma sus facultades, y conoceríamos claramente el orden de ellas, ó como dicen, su filiacion, su dependencia, su fuerza, y el modo con que se reducen á acto: pasando despues progresivamente de las facultades á las operaciones, de la causa descubriríamos el modo con que éstas operaciones vienen á ser expéditas y fáciles, y con que llegan finalmente á su perfeccion. Pero ésta ignorancia de las esencias es causa de que debamos seguir un método enteramente opuesto por el cual ascendemos de las operaciones á las facultades.

Saverien histor. des scienc. exact. hist. de phil. modern. Targioni degli accresciment. delle scienc. phisich. in Toscana nel corso de 60 anni del seculo xvi.

(1) Proem. 68.

tades, y convirtiendo el ánimo á nosotros mismos, y observándonos atentamente desenvolvemos la complicada noción del alma, observamos cuanto nos es posible todas aquellas cosas que pertenecen á las facultades y operaciones, y de aquí inferimos lo que omitida esta varia observacion nunca llegaríamos á conocer.

II. Cuando empleamos pues todo nuestro entendimiento en el examen de nosotros mismos hallamos primeramente, que los sentidos son como ciertos caminos, por los cuales penetran hasta nuestros ánimos las impresiones que se nos ofrecen por la parte de afuera. De aquí se excitan en el alma muchas modificaciones, es á saber, los dolores, los placeres, los sabores, los olores y otras sensaciones semejantes; últimamente se trasladan y delinean delante de los ojos del entendimiento las imágenes bien retratadas de las cosas sensibles. Estas imágenes ó ideas las mira el alma, esto es, las percibe y adquiere el conocimiento de las cosas externas: y esto es lo que son las *percepciones é ideas*. Para que esto sea facil de entender á todos, les aconsejo que hagan reflexion sobre sí mismos cuando perciben, porque desconfio prudentemente que se halle otro medio de manifestarlo con mas claridad.

III. Ademas el alma no solo percibe y siente, sino que encuentra en sí misma que percibe y siente. De aquí es que usa tambien de la *conciencia*; y ademas de la facultad con que ejerce el oficio de percibir y sentir, tiene todavía otra

con que entiende que está adornada de una y otra, y que usa de ella.

IV. Asi distinguen la conciencia de la percepcion los que sostienen que esta puede subsistir sin aquella. Pero al presente muchos lo niegan colocando en el alma la facultad de percibir, y pensando de la conciencia, que es la naturaleza misma del alma, que siendo sensitiva é inteligente, no puede padecer ú obrar cuando percibe, sin que conozca al mismo tiempo que obra ó padece.

V. Mas semejante á la percepcion y mas bien distinta de ella en el nombre que en la realidad es la *apercepcion*. Esta digo que es aquella operacion con que nos distinguimos á nosotros de nuestras sensaciones y percepciones, y á estas de sus propios objetos, con la que separamos mutuamente las sensaciones de las percepciones, con la que últimamente no solo estamos ciertos de que tenemos sensaciones y percepciones, sino tambien de que antes nos han hecho impresion, y de que nos la harán en lo sucesivo.

VI. Esta operacion requiere una fuerza grande de atencion y reflexion, y para ella es necesario el conocimiento de las cosas externas, la *memoria* y la *reminiscencia*. De ella nace el sentido de la individualidad por el cual estamos ciertos de que somos una y la misma persona, aunque nuestro estado y circunstancias se muden perpetuamente con el trascurso del tiempo.

VII. Asi sin dificultad diria que la *atencion*

sucede á la conciencia. En ella resplandece principalmente la fuerza y accion del alma, y por ella conseguimos la excelencia del ingenio, pues es una accion del alma por la que fijándose el alma sobre una ó muchas percepciones é ideas de las que tiene, las hace tan vivas, que llenan toda su capacidad desvaneciéndose las demas, y dándose á entender á sí misma que no las percibe.

VIII. Sin embargo sucede muchas veces que con el auxilio de la atencion solamente se aumenta la fuerza y claridad de algunas ideas y percepciones, pero sin desatenderse las otras; lo que se verifica cuando fijamos sobre aquellas que determinan á obrar nuestra facultad de atender, cuya propiedad se observa mas bien en una idea que en otra, ó por ser mas agradable, ó porque se refiere mas inmediatamente á nuestra naturaleza, á nuestro estado, á nuestros caracteres, á nuestros afectos y á nuestras costumbres.

IX. Pero no son las percepciones y ideas que nacen de las mas fuertes impulsiones de los sentidos; no son digo aquellas á las cuales debamos necesariamente y siempre prestar nuestra atencion. De estas nos dejamos llevar por lo comun, y nos distraen de otra cualquier cosa; á veces aumentamos su fuerza con la atencion, pero otras dirigimos la atencion á otras ideas y percepciones que antes eran mas lánguidas y débiles, de donde nace que estas se hacen mas fuertes, y las otras se debilitan.

X. De modo que el atender no es recibir una

impresion mas vehemente, no es sentirla, pues si lo fuese, seguiria siempre la atencion á la cantidad de la impresion, y no podria convertirse á otras cosas.

XI. Las operaciones mas excelentes de la atencion son la *abstraccion*, la *analisi* y el *juicio*, pues si ella no añadiese tanta claridad á las ideas, las considerase por todas partes, y las comparase mutuamente, ni el entendimiento distinguiria bien muchas cosas de que cada una se compone, ni consideraria solamente las que quiere, ni percibiria las relaciones de las cosas, ni comprenderia si convienen ó se oponen entre sí recíprocamente.

XII. Mas las cosas que concilian y promueven la atencion, las que la impiden y se oponen á ella, se dirán en otra parte (1). Pues ahora ni es conveniente ni oportuno, como advertia en otro lugar (2) declarar otras muchas cosas de la atencion, y de las demas operaciones del entendimiento, ni explicar como se ejerce la accion del alma que se descubre atendiendo, ni en qué consiste.

XIII. Por lo cual pasemos á la *imaginacion*. Nadie dejará de confesar que hay en nosotros cierta facultad con que podemos excitar y restituir las ideas percibidas no estando presentes sus objetos. Ademas componemos ó dividimos las ideas, ó excitadas ó que llegan á nuestro entendimiento, y aun fingimos enteramente objetos nuevos que no existen en parte alguna. Estas dos

(1) Lib. III. c. 1. (2) V. Proem. X.

cosas referiría yo á una facultad sola, esto es, á la imaginacion, y atribuiría la primera operacion á la imaginacion que llamaría *pasiva*, y la otra á la misma imaginacion que llamaría *activa*. Y esto á efecto de no llamar atencion ú otra cosa cualquiera á la que muchos llaman imaginacion, y colocar esta precisamente en lo que piensan que es memoria. Últimamente atribuyó á la imaginacion aquella composicion ó division de las ideas, porque para hacerla por lo regular recurrimos á las ideas excitadas de otras.

XIV. De esta excitacion el principio mas fecundo es la atencion, por donde á esta facultad se le sigue justamente la imaginacion. La experiencia diaria de todos convence que se excitan con mas facilidad aquellas ideas á que ponemos atencion. Además la atencion forma un estrecho vínculo entre las ideas, pues se conservan y duran en el entendimiento aquellas en que usamos de la atencion aun separados sus objetos, y por lo mismo se unirán con aquellas que producen la accion nueva de los objetos que se suceden unos á otros.

XV. Mas tambien procede de otras causas el enlace entre las ideas, y en especial de la identidad del tiempo en que las hemos adquirido, de su parentesco, de la relacion que tienen con nuestras costumbres, necesidades y deseos, lo cual es muy semejante en muchas ideas, y por último de las circunstancias externas. Las ideas unidas con este enlace se llaman justamente *asociadas*.

XVI. De este enlace resulta principalmente que

vuelvan otra vez las ideas al entendimiento. Como se hace esto como una idea que está presente en el entendimiento excita otra ausente, es cosa que al presente se resuelve de ordinario por hipótesis, que en lo antiguo se explicaba absurdamente ó se omitía del todo, y de cuya investigacion me obliga á abstenerme la calidad de esta obra y el método que me he propuesto.

XVII. A veces no está en nuestra mano aunque lo procuremos con ahínco volver otra vez al entendimiento las representaciones, y mucho menos las sensaciones, estando sus objetos remotos de los sentidos: únicamente cogemos por fruto de nuestro trabajo el reproducir los nombres y algunas circunstancias externas de las ideas y de las sensaciones.

XVIII. Debe tambien tener su nombre este fenómeno psicológico como los otros. Y supuesto que se necesita en esto de una suma distincion y un cuidado grandísimo que denote las mas leves diferencias, y siendo insuficiente para este efecto el modo comun de hablar dividiéndose muchas veces en contrarios pareceres, y padeciendo los mismos vicios las fórmulas con que se explican muchos filósofos, he determinado separarme de todos estos, especialmente siendo permitido con razon dar nombres nuevos á las cosas nuevas, ó variar el significado de los ya recibidos, si lo piden las cosas, con tal que se conserve siempre uno mismo el que se les da.

XIX. Y así á aquella excitacion imperfecta (17) que pone delante de los ojos del entendimiento solo

los nombres y circunstancias y no las cosas, la llamo con algunos filósofos, y no de oscura fama, *memoria*, la cual operacion y facultad en cuanto á su naturaleza no se diferencia de la que se contiene en la imaginacion, sino que solo se distingue por sus grados y perfeccion.

XX. Asi acerca de las sensaciones como de las ideas que vuelven al entendimiento, casi nunca dejamos de conocer que hemos sido impresionados de ellas. Este conocimiento y sentido dista mucho de la simple excitacion. Por lo cual no solo estamos dotados de imaginacion y memoria, sino de *reminiscencia*, de cuya facultad usamos cuando distinguimos las sensaciones é ideas antiguas de las nuevas.

XXI. Muchos por descuidar la distincion de las palabras *memoria*, *imaginacion* y *reminiscencia* al explicar esta facultad y operacion confunden sus actos y se envuelven en muchas dificultades; algunos tambien se pagan de leves hipótesis, con las cuales no desatan sino que aumentan las dificultades.

XXII. Pareciéndome pues á mi muy clara, y á otros todavia mas la naturaleza de la *reminiscencia*, la comprenderé en pocas palabras. Cuando recogemos nuestra atencion hallamos que no solo percibimos muchas veces de nuevo las ideas y sensaciones, sino tambien sus circunstancias; si estas circunstancias no convienen á nuestro estado presente, del cual estamos ciertos, referimos aquellas ideas y sensaciones á otro nuestro estado pasado, y concluimos que en otro tiempo nos han hecho impresion, puesto que las circunstancias ajenas de la

presente condicion y opuestas á ella no pueden convenir con la cosa que primeramente concebiriámos ó experimentaríamos.

XXIII. Cuantas séries distinguimos de circunstancias en las cuales hayamos conocido alguna cosa, otras tantas convenimos en que la tal cosa se ha representado á nuestro entendimiento. Si estas séries se representan confusas y ciertas ideas y sensaciones nos hubieren sido frecuentes y familiares, no es posible contar aquel número de veces.

XXIV. Creo que nadie podrá dudar en aprobar esta explicacion. Toda la dificultad puede consistir en cómo sucede, que las ideas y circunstancias vuelvan al entendimiento. Dificultad que acaso participa de misterio; pero que oscurece la explicacion acerca de la imaginacion (16) y de la memoria, mas no de la reminiscencia.

XXV. Además el entendimiento permanece fijo muchas veces en aquellas cosas que hace volver, y restituye á sí mismo, sin que le arrebatan ni perturben otras sensaciones y pensamientos que sobrevengan. Y entonces el mismo entendimiento contempla alguna cosa.

XXVI. Estas cosas que se representan en el entendimiento no por la presencia de los objetos, las consideramos como queremos, las miramos por todos aspectos, nos trasladamos de uno á otro, y nos volvemos otra vez al anterior. Mientras hacemos esto hacemos uso de la *reflexion*.

XXVII. Es pues la reflexion una modifica-

cion y una especie de amplificación de nuestra contemplacion. A una y á otra preceden la atencion, la memoria y la imaginacion que para ellas son necesarias. En ambas se aventaja muchísimo el hombre á los animales irracionales, no es vencido por los objetos externos, y de ningun modo se rinde á las impulsiones mas vehementes. Con la reflexion es con la que principalmente raciocinamos, y por las ideas de las cosas sensibles y la consideracion de nosotros mismos nos elevamos á las nociones de las cosas meramente inteligibles y fuera del alcance de los sentidos.

XXVIII. El uso de las palabras es como cierto auxilio de las facultades explicadas, aumenta su fuerza, facilita y dá expedicion á su ejercicio. Algunos atribuyen algo mas á este uso, los cuales aunque confiesan que la expedicion y la conciencia de ningun modo dependen de las palabras, y que sin ellas podemos usar de la atencion, bien que menos amplia y extensa, con todo establecen acerca de la imaginacion, de la memoria y de las demas facultades, que quitadas las palabras no quedan en nuestra potestad, y que solo las ejercitamos cuando por casualidad ocurren ciertos signos naturales y otros accidentales que propongan otra vez los objetos al entendimiento, lo cual sucediendo muy rara vez y no á nuestra voluntad, no las emplearíamos por consejo ni con libertad, ni apenas haríamos uso alguno de ellas.

XXIX. Yo ciertamente reconozco de muy

buena voluntad el grande influjo del habla en las operaciones del entendimiento y su utilidad, mas no admitiria tan presto su necesidad (1). ¿Pues por qué no estaria en nuestra facultad excitar las ideas aunque no hubiera ningunas voces? Es porque las voces constituyen el enlace entre las ideas, y estas se renuevan por ellas. Luego la excitacion de las voces penden de nuestro arbitrio. Y si es así, ¿por qué no la excitacion de las ideas? Pues una y otra debe perfeccionarse del mismo modo, y las voces con relacion á su excitacion en el entendimiento se toman con razon por ideas. En la realidad así como las palabras vienen de nuevo al entendimiento por su relacion con nuestro estado presente, del mismo modo pueden venir tambien las ideas, pues no estan menos asociadas con nuestras necesidades, con nuestras afecciones y con otras ideas presentes.

XXX. Mas dejando esto aparte ¿por ventura el enlace establecido entre las ideas no es la principal razon de ejercitarse estas? ¿Y no podrá haber este enlace, aunque ningunas voces corresponden á las ideas? Luego unas excitaron otras que se refieren á ellas. Y como entre las ideas hay algunas primarias y principales que tienen bajo de sí otras muchas secundarias, el entendimiento fijándose en una de las principales, podrá elegir entre las secundarias y convertirse á una mas bien que á otra.

(1) V. L. I. n. 84.

XXXI. No deajo de confesar que la excitacion de las palabras es mas facil que las de las cosas, así como la percepcion de cualquier signo es mas viva y pronta que la de la cosa significada, la cual tiene mas lugar en las cosas insensibles y en las nociones, las que concebimos dificilmente y nombramos con la mayor prontitud.

XXXII. Esto mismo que juzgaba de la dependencia de la imaginacion del uso de las palabras, se puede trasladar á la contemplacion y reflexion, y acomodarse á ellas facilmente, pues tienen con ella mucha afinidad. Esto es lo que me ha parecido decir sobre la analisis de las operaciones del alma (1).

(1) Puede verse está tratada con suma diligencia y perfeccion y copiosamente en Condillac, *Traite des conoiss. hum.* y en Bonet. *Ess. analyt.* Tambien en el ensayo de Draghet pequeño en volumen, pero riquísimo en la sustancia, y en Soave que se manifiestan nobles y esclarecidos metafísicos. V. *Psychol. specim.* P. I. y II: compend. di Loke L. II.

LIBRO PRIMERO.

DE LOS ELEMENTOS

DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS.

CAPITULO PRIMERO.

De la percepcion y de las ideas, y de los objetos de estas.

I. Cuando los que toman á su cargo instruir el entendimiento humano se valen del nombre *conocimiento*, no denotan con él cualquier acto de entender, sino solamente aquel con que el entendimiento considera y contempla con atencion las cosas que ha percibido, y abraza con el pensamiento una ú otra parte de las que les pertenecen. Dicen, pues, que el entendimiento conoce si distingue las propiedades de las cosas, si ve sus relaciones, últimamente si considera las acciones y otras circunstancias que hay en las cosas.

II. Los elementos del conocimiento tomado en este sentido son las *percepciones* y las *ideas*: porque es necesario que el entendimiento conciba las imágenes de las cosas antes que pueda determinar algo acerca de ellas. Y aunque se ha

hablado ya de las percepciones y de las ideas (1) con todo nos parece explicar y declarar al presente algunas cosas en orden á unas y á otras.

III. El que solamente percibe las cosas, nada afirma ni niega, únicamente se para en contemplar con el ánimo las imágenes de las cosas (2). A estas imágenes se ha dado el nombre de ideas (3), el cuál tomamos ahora mas latamente expresando con él todo lo que ocupa al entendimiento

(1) V. la introd.

(2) Fromond. excluye del número de las operaciones del entendimiento, la *simple aprension*, sosteniendo que no es nada separada de todo juicio. Puede verse si parece, pues no hay tiempo por ahora ni voluntad de referirlo lo que trata en su *Introd. á la Filos. p. 2, c. 5.* donde se empeña en cubrir de oscuridad cosas bien claras. Lo mismo intenta Guinot en sus *Lecc. filos. p. 1. L. 7.* Pero si es necesario que el entendimiento para juzgar aprenda las ideas, como ellos tambien lo admiten, ¿por qué no ha de poder parar en aquella aprension? Cuando niegan esto reconocen la aprension de la idea compuesta, de la cual juzgan erradamente que no puede separarse el juicio. Porque muchas ideas simples no se juntan en una compuesta por nuestra fuerza de juzgar, sino porque lo pide así la índole de los objetos que obran en nosotros, y de los que nos vienen sus ideas.

(3) *Has rerum formas ideas apellat ille non intelligendi solum, sed etiam dicendi gravissimus auctor et magister Plato.*

y pasa delante de sus ojos cuando piensa (1).

IV. Muchos son de opinion que no hay ninguna diferencia entre las percepciones y las ideas: y todos tienen contrarios pareceres sobre el modo y naturaleza de esta operacion y sobre el origen de las ideas. Mas no tengo ahora por necesario ni oportuno interponer mi juicio sobre ellas, ni sentenciar sobre las cosas mismas (2). Porque su doctrina es sublime y envuelta en muchas dificultades y cuestiones muy oscuras, y requieren las luces no solo de la Metafísica, sino tambien de la Física.

V. Por el presente séanos permitido seguir el uso comun de hablar y distinguir á lo ménos en el nombre la percepcion de la idea, siguiendo una ciencia facil de las ideas que no toque á su verdadera causa y primer origen, ni examine y decida acerca de los sistemas de los filósofos, sino que se dirija á lo mas útil, esto es, á la correccion y perfeccion de las ideas, y que acerca de su origen solo trate aquellas cosas que sean aprobadas por comun consentimiento de todos, y confirmadas con la experiencia y observacion familiar.

VI. Desde luego que somos sacados á la luz de este mundo, ejercen su accion en nosotros los cuerpos que nos rodean, y entran en nuestro entendimiento las ideas de ellos; es á saber, las

(1) Solo en la Psicología se requiere mayor distincion de las palabras.

(2) Véase la introduccion.

ideas individuales y singulares que pintan las cosas externas con sus propios colores, como es notorio á todos. Entrando en la juventud, cuando ya estamos en estado de usar libremente de las facultades del alma y han tomado algun vigor la atencion y la reflexion, consideramos por todos sus aspectos las ideas adquiridas inmediatamente por los sentidos, ponemos en ellas toda la fuerza de la atencion y reflexion, las componemos de muchos modos, separamos las compuestas, y formamos otras cuyo objeto no existe de ninguna manera.

VII. Cuando esta fuerza toma mas incremento y está perfecta, nos hallamos dotados de un don mas noble de percibir, con que concebimos muchas cosas separadas de toda imágen de las cosas sensibles, es á saber, aquellas que no se sujetan á la esfera de los sentidos, ni los hieren, ni conmueven. Con todo estamos acostumbrados desde la infancia á expresar estas cosas con aquellas imágenes, de cuya costumbre es grande la fuerza, y con mucha dificultad apartamos de ella la perspicacia de nuestro entendimiento.

VIII. Mas no solo pervertimos de este modo las ideas de las cosas espirituales desde la tierna edad, sino que concebimos casi todas las demas cosas equivocada é imperfectamente, y á las ideas de ellas añadimos juicios falsos, y como de este principio caemos en innumerables errores, será principalmente propio de nuestro objeto enseñar y subministrar el camino de enmendar las ideas, de

perfeccionarlas, y de hacer que salgan exactas y conformes á las cosas. Pues fortalecidos con tales ideas como de propios y verdaderos auxilios mantendremos la rectitud de los juicios.

IX. Pero antes de poner nuestra atencion en aquella perfeccion, se ha de establecer una division principal de los objetos que se manifiestan por las ideas. Todos los objetos cuantos puede haber, se dividen primeramente en *existentes y posibles*; estos no se diferencian de las ideas y se llaman *ideales*. Lo que es ideal y solamente posible, no se puede decir que es nada, porque lo que no es nada no se puede percibir ni puede existir, mas lo posible se concibe y repugna el que no pueda existir.

X. Deestos mismos objetos unos son *corpóreos*, otros *incorpóreos*, y todos se dividen en *sustancias y accidentes* (1). La sustancia no supone sugeto

(1) Lok en su lib. 2. c. 12. hablando de las ideas compuestas, bien que lo que sienta, se hubiera podido acomodar tambien á las ideas simples, divide los objetos de nuestras ideas en *sustancias, modos y relaciones*. Él entiende por modo lo que los demas por accidente. Mas nosotros hemos contraido el modo de suerte que signifique solo ciertas propiedades de las sustancias, pues de otra manera faltaria nombre propio para estas. Pero no hizo bien en mezclar las relaciones con las sustancias, y los modos como una cosa tercera distinta de las otras dos. Porque sea lo que fuere la relacion, pues se

en que exista : por ejemplo, el madero, el mármol son sustancias, el accidente necesita de aquel sujeto, así la redondez se cuenta entre los accidentes.

XI. Todas las cosas sean sustancias ó accidentes se comprenden en el nombre general de *entes*. Todos asimismo tienen su esencia por la cual son lo que son, y de la cual descienden todas las propiedades, las cuales si descienden necesariamente y por la esencia se determina el que existan en la cosa, se llaman propiedades esenciales ó *atributos*; pero si su existencia en la cosa no se origina de la esencia sino solo el que puedan existir, serán propiedades accidentales que se llaman *modificaciones* y también *modos*. Las primeras no pueden separarse de la cosa, pero estas tanto pueden estar como no estar en ella (1).

XII. Las ideas todas son espirituales, pues mo-

determinará en su propio lugar lo que es realmente preciso que exista ó en sí, ó en otra cosa. Y si se advierte que Lok allí mismo §. 7. y c. 25. §. 1. y 5. define la relacion de modo que es la comparación de una idea con otra, todavía se entiende menos como de las relaciones hizo uno de los supremos géneros de los objetos.

(1) Estas cosas solo se indican al presente, pues se definen y se ilustran en la primera parte de la Metafísica. Los escolásticos disputaban de esto mas difusamente tratando de las *categorias* ó *predicamentos*, pero de suerte que solamente comprendian una ciencia vana de palabras.

difican inmediatamente el entendimiento y el alma, en la cual nada hay concreto, nada mezclado y en nada puede ser desigual y desemejante de sí misma.

CAPÍTULO II.

De las afecciones de las ideas, y en primer lugar de su realidad, abstraccion y universalidad.

XIII. Son muchas las afecciones que establecen la diferencia entre las ideas, y determinan el modo del conocimiento de los objetos. Nacen estas afecciones ó de la naturaleza misma de las ideas, ó dimanen de los objetos á las ideas, ó por último provienen de el modo con que las adquirimos. Todas deben ser consideradas y advertidas diligentemente para que nos excitemos á perfeccionar aquel modo de conocer, y excitados le perfeccionemos (VIII), y tambien para que se evite todo juicio equivocado; es á saber, que sea superior ó inferior á las ideas en que nos ejercitamos.

XIV. Las afecciones pues por las cuales se diferencian las ideas unas de otras, y que son ó nativas ó tomadas de los objetos, son: la *realidad*, la *abstraccion*, la *universalidad*, la *relacion*, la *simplicidad*, la *composicion*; y las que nacen del modo con que se adquieren las ideas, y por las que se regula nuestro conocimiento son: la *claridad*, la *distincion*, la *perfeccion*. De cada una de las cuales empezaremos á tratar como hemos propuesto arriba (XIII).

XV. Y en primer lugar de la realidad de las ideas. Todas son tenidas por reales justamente, y no puede haber idea que no sea de esta naturaleza. ¿Pues por qué no han de ser reales las ideas que se perciben con el entendimiento, las cuales existen del modo que les es propio ó por mejor decir no pueden existir de otro modo? La realidad de la idea no requiere existencia de un objeto que se distingue de ella, pues la una no se refiere necesariamente á la otra, y puede estar sin la otra (1).

XVI. Muchos oponen á las ideas reales las *químicas*, á las que añaden otros las *imaginarias* y *fantásticas* (2), como si pudieran ser ideas las que no sean reales (xv). Mejor dirian objetos quiméricos y fantásticos de ciertas ideas, como son los del centauro y semejantes. Mas porque muchas veces nos parece que percibimos las ideas sin que las percibamos, entonces solamente dirian bien que nos ejercitamos en ideas químicas, esto es, en

(1) Lok lib. 2. cap. 30. pone la realidad de las ideas en su conformidad con el objeto representado por ellas: lo que despues se hara ver que pertenece mas bien á la *verdad* de las ideas, que á su realidad, segun el mismo Lok, cap. 32. Y habiendo él definido así las ideas reales, no podia establecer que las ideas simples de las cualidades sensibles eran de esta naturaleza.

(2) Entre otros Leibniz que habla muchas veces de estas ideas en sus obras, y Soria *Inst. phil. rat. cap. 1.* y Dalham *de rat recte cog.* 438.

ideas que ni lo son ni se perciben verdaderamente, sino que se piensa que se perciben. Ejemplo de estas son las ideas de un movimiento sumamente acelerado y de un número infinito, las cuales dos cosas no pudiendo ser, tampoco se podrán percibir aunque parezca que se perciben. Así las ideas quiméricas se oponen á las reales, no como si formasen un género de ideas opuesto á otro, sino como la nada se opone al ente.

XVII. Síguese ahora hablar de la abstracción de las ideas. Las cosas que no pueden estar separadas, y existen siempre juntamente, si las concebimos separadas, las concebimos así por abstracción; pero las que se pueden separar, no las abstraemos sino que las dividimos (1). Por la abstracción pues se separan los accidentes y sustancias, siendo así que lo uno no puede estar sin lo otro, y ó concebimos los accidentes sin la sustancia, ó hacemos distinción entre ellos, ó los resolvemos si son compuestos al modo que separan los géometras la longitud de la extensión, de la latitud, y una y otra de la profundidad.

XVIII. Cuando hacemos la abstracción de este modo, nos empleamos en ideas singulares, en ideas cuyo objeto existe, aunque no del modo que nosotros le consideramos, sino unido con otros.

(1) Belio *c. 2. log.* y otros confunden equivocadamente la abstracción con la división: ciertamente si se consideran solamente las ramas de un árbol, no hay abstracción.

XIX. En este modo de abstraer consiste la *analisi*. De esta pende inmediatamente la distincion, definicion y descripcion de las ideas: utilidades que explicaria ahora si no se hubiesen de tratar de intento en su propio lugar.

XX. Mas debe tenerse la precaucion de no pensar que las cosas que concebimos separadamente existen del mismo modo, en lo que se engañaron torpemente en otro tiempo los escolásticos. Estos introdujeron en la Filosofía no sé qué género de sustancia desnuda de todos sus atributos y modos: igualmente fingieron una infinidad de entidades modales que unidas á aquella sustancia la determinasen absolutamente. Y de este mismo abuso de abstraccion llegaron algunos á distinguir el entendimiento de la voluntad y estas facultades del alma de tal manera, como si fuesen partes de que estuviese compuesta (1).

XXI. Cuando fijamos la atencion en las particularidades que se hallan en las cosas, hallamos que unas le son comunes, y otras propias de cada una: si se omiten estas y se consideran las primeras (2), será *universal* la idea que representa aquella cosa que se halla ó puede hallarse

(1) Lok *lib. 2. cap. 21. §. 6.*

(2) Los que nunca acaban de admirar á Lok, juzgan que él descubrió este origen de las ideas universales, pero le habia ya explicado largamente Gassendo en sus *exerc. Arist. lib. 2. exerc. 2.*

en muchos objetos (1). Por ejemplo, percibidos muchos hombres, si dejamos aparte aquello por lo que se diferencian entre sí, y consideramos solo aquello en que convienen todos, hemos formado la idea universal del hombre, esto es, la idea que abraza el ser animal y racional, lo cual es común á todos los hombres.

XXII. Son pues las ideas universales obra de nuestro entendimiento fundada en lo que existe en las cosas, y obra hecha por abstraccion, esto es por abstraccion, como dicen de semejante (2). Es grande la utilidad y excelencia de las

(1) Berkeleyo en su *disc. prel. ad tr. de cog. hum.* desterró las ideas universales, no advirtiendo suficientemente la diferencia entre la forma de la cosa delineada en la imaginacion, y la cosa misma percibida por el entendimiento. Todo lo que imaginamos es singular sin disputa, pero los universales los entendemos con el entendimiento, de lo que puede servir de ejemplo la imagen del triángulo y su definicion. Para Hobes y Espinosa nada mas apreciable que negar las ideas universales, pues ninguna impresion hecha en los sentidos puede ser universal, y en su sentencia todo pensamiento no se diferencia de las mociones de los sentidos.

(2) No se expone aqui la doctrina de Platon sobre las ideas universales, porque pertenece á lo intimo de la Metafísica, y supone bien conocidos los sistemas con que los Filósofos han intentado explicar el origen de las ideas.

ideas universales; por ellas nos aventajamos tanto á las bestias, cuanto prevalecemos con el raciocinio que requiere el uso de las ideas universales; por ellas miramos por la brevedad tan necesaria, y tratamos á un mismo tiempo de cosas casi innumerables que sería imposible recorrer particularmente, por donde podemos emprender y llevar al cabo la doctrina de todas las cosas grandes y de todas las ciencias. Ultimamente con el auxilio de las ideas universales no es oprimido el entendimiento con el inmenso número de las ideas singulares, ellas mismas se asocian con cierto enlace, y se digieren en el entendimiento con cierto orden.

XXIII. En toda idea universal se ha de considerar el grado de abstraccion, su *comprension* y *extension*: ésta se refiere á los singulares que el universal abraza aquella á las ideas de que el universal se compone. Así en la idea universal del hombre la comprension es de dos ideas, esto es, de animal y de racional; mas esta misma idea tiene la extension de abrazar enteramente á todos los hombres.

XXIV. Cuanto mayor es la comprension, tanto mas reducida es la extension, y al contrario. Porque en la idea del hombre la comprension es de dos ideas, se extiende solamente á los hombres: reduciendo aquella comprension, esto es, quitada una de las dos ideas, por ejemplo la racionalidad, se aumentará la extension, y resulta una idea que abraza todos los animales.

XXV. El grado de abstraccion sigue la razon con que la idea universal se aparta de la singular, y aumentada la extension, y limitada la comprension, crece: todo lo cual se determina por nuestro modo de abstraer.

XXVI. De las ideas universales formamos los géneros y especies que no son mas que clases de las cosas. Las que tienen comun la parte mas general de la esencia pertenecen al mismo género, y las que tienen la misma esencia, son de una misma especie. Los animales se comprenden en un mismo género, los hombres en una misma especie. Asi el género es mas universal que la especie, y en la idea de que se forma es mayor la extension, menor la comprension que en aquella de que se forma la especie (1).

(1) No hubo antiguamente disputa de mas extension entre los escolásticos que acerca de los universales, esto es, de los *predicamentos* ó *categorías* y de los *predicables*, á que se añadieron los *antepredicamentos* y *postpredicamentos*. El primero que trató de las categorías, si creemos á Laercio *lib. 1.* fue Clitomaco y Arquitas pitagoréo. (V. Gasend. *in exerc. Ar. exerc. 3. lib. 2.*) y mas copiosamente que todos Aristóteles *in lib. categ. et top. 1. c. 9.* Las categorías no son otra cosa que ciertas clases en que se distribuye la infinita multitud de todas las cosas, Aristóteles estableció diez, Platon siete; pues tambien Platon y Epicuro, V. Luc. *lib. 2.* y otros antiguos dedicaron sus cuidados á las

XXVII. La distribución de las cosas en géneros y especies pende del arbitrio de los hombres (xxiii. y sig.), pues según el modo con que se consideran las cosas decimos que tienen común toda la esencia, ó solamente una parte: si se considera á los animales con relacion á los hombres, constituyen un género, pero si con relacion á todos los vivientes, una especie.

XXVIII. Entre el género y la especie media, la *diferencia*, porque añadida la diferencia al género nace una especie; mas la diferencia resulta de aquella idea universal que establece cierta distincion entre muchas cosas de un mismo género, así la *racionalidad* constituye la diferencia entre los animales que comprendemos en un mismo género.

XXIX. Antiguamente se hizo muchísimo aprecio del conocimiento de los géneros y espe-

categorias. Los antepredicamentos eran definiciones y divisiones meramente verbales, y los postpredicamentos unas propiedades muy generales que nacen de la comparacion de los predicamentos. De los predicables fue el autor Porfirio, y con estos ilustró su *Isagoge ó Introduccion á las categorias de Aristoteles*. Predicable es aquello que conviene á muchos, como el género, la especie, la diferencia, el propio y el accidente. Todas estas cosas como leves y vanas se han desterrado de la Lógica, sobre las cuales observa entre otros el autor del *Arte de pensar part. 1. cap. 1. y 7.* que no traen consigo ningun conocimiento real y verdadero.

cies, como si él descubriese la naturaleza y propiedades de las cosas singulares, y al mismo tiempo se desatendió por lo comun la observacion, y fijados de antemano los géneros y especies de las cosas no se tuvo mas cuidado de aplicar el ánimo á su investigacion.

XXX. Mas en establecer los géneros ó las especies, solamente miraban por lo comun en lo antiguo á ciertas ideas universales, con las cuales juzgando si convendrian los individuos por la forma externa de ellos, y reduciéndolos á aquellas ideas como á la piedra de toque, juzgaban decididamente de los mismos individuos. Pero no usaban de una continua y menuda observacion de las cosas para descubrir su naturaleza y propiedades; empleada la cual acaso hubieran visto cuan sin razon reducian muchas cosas á un género ó á una especie; y cuando en alguna cosa se ofrecia una forma extraordinaria y separada de las esencias específicas, no se hubieran embarazado en deteminar su género y especie (1).

(1) Parece que Lok lib. 3. c. 6. se persuade á que las esencias por las que determinamos los géneros y especies son obra de los hombres inventada enteramente á su arbitrio. Lo cual es absolutamente falso. Pues deben haberse sacado de las cosas; y si no fuera así, se habia de atribuir á defecto de los hombres que se descuidarian, pudiendo, de establecer bien las tales esencias y no observaban las cosas diligentemente. Recuérdase la analisis de

XXXI. No paró en esto el abuso de las ideas universales, sino que ignorando su generacion creyeron especialmente los escolásticos que dimanaban de las cosas que estan fuera del entendimiento como si existiesen algunas naturalezas universales, que por esto se hallan en los individuos, porque difundidas por ellos, todos participan de ellas: estas ciertamente se pueden concebir solo por abstraccion de los semejantes, y solo le contienen en las ideas.

XXXII. Ultimamente del abuso de estas abstracciones nació una filosofía meramente verbal que ocupó todas las escuelas hasta Galilei y Cartesio; pues se fingieron ciertas formas, entidades, muchísimas quiddidades, cualidades ocultas, en las cuales aunque solo se contiene un concepto vago y pueril y á veces ninguno, de suerte que nada expresan mas que un vano sonido de palabras, con todo con el auxilio de estas explicaban los escolásticos todas las cosas; y pronunciados aquellos nombres creian que se ponía muy en claro la naturaleza de las cosas, se manifestaban las causas de los efectos, y se apuraban todas las cuestiones.

las ideas universales ya establecidas, El hombre en general ciertamente no existe, mas de la naturaleza del hombre se han sacado ciertas notas genéricas, de las cuales se ha formado aquella idea universal. Véase á Bonet *Es anal*, cap. 19.

CAPITULO III.

De la simplicidad, composicion y relacion de las ideas.

XXXIII. Idea *simple* es la que no podemos resolver en ideas diversas; *compuesta* la que resolvemos (1). Por ejemplo, las ideas de la voluntad y de la extension son simples, las del hombre y del ejército son compuestas. ¿Podrá constar de partes el objeto de una idea simple? No repugna esto ciertamente si aquellas partes no se representan con ideas diversas. La extension tiene partes, con todo la idea de ella es simple, porque aquellas partes no son mas que grados menores (2) de extension.

XXXIV. No se pueden explicar las ideas simples con mas claridad que se representan al entendimiento, pues no constan de otras ideas en que puedan dividirse, y con cuya enumeracion

(1) Observa Leibniz que no podemos nosotros dividir ciertas ideas en otras diversas aunque efectivamente las contengan, lo que principalmente recae sobre las ideas de las cualidades sensibles de cuya análisis no por eso nos hemos de abstener. Despues le niega á Lok, que sean simples muchos modos que él tiene por tales. *Noo. ess. lib. 2. cap. 2. y sig.*

(2) Bonet. *Ess. anal n. 204.*

sean explicadas (1). Así se ha establecido el fin de definir, y podemos pasar á los teoremas de las ciencias (2).

XXXV. Ultimamente tienen siempre un objeto distinto de ellas, que es su ejemplar y causa. Porque como nada hay comun entre ellas y otras ideas, no las podemos formar de otras, y casi es preciso que vengan á nosotros de algun objeto existente.

XXXVI. Mas esto no estorba para que sean

(1) Esto se debe entender de la definicion que explica las propiedades, mas no de la definicion causal: la cual no dejan de admitir las ideas simples como admiten la generacion y la causa. V. Leibn. *Nov. ess. pag. 255.* Suave compendio di Lok lib. 4. c. 4. n. 1.

(2) Condillac en su *Ess. anal. t. 1. sec. 3.* y el autor del *Arte de pens. part 1. cap. 13.* se admiran de que Lok hubiese observado esto el primero. Sin duda no tuvieron noticia de que Sexto Empírico *in hypot pyrrhon* habia enseñado. "Que si fuese menester definir las ideas simples, no habria fin ni término de definir, ni fundamento alguno cierto y estable de las disputas." Mas ni era necesario examinar con curiosidad los antiguos para hallar vestigios de esta doctrina. Entre los modernos Cartesio habia enseñado la misma, y traído por ejemplo las definiciones del lugar y el movimiento para persuadir que las cosas simples no se pueden explicar con definiciones, V. *Cartesii reg. ad dir. ing. reg. 12.*

abstractas y universales, pues como consta de la índole de la abstraccion, pueden ser abstractas y suponer un objeto externo del cual hayan tenido su primer origen; antes por lo comun son de esta naturaleza, es á saber, cuando por la abstraccion resolvemos las compuestas en las simples de que se componen (1). Ni para esto es impedimento su simplicidad; pues aunque de las ideas, cuando son simples, no se pueden abstraer por el entendimiento otras ideas diversas, con todo podemos separar de ellas ciertas relaciones externas y concebirlas de un modo abstracto y universal; así se abstrae de las percepciones el que ellas ya representan un objeto, ya otro, y tambien el modo con que le representan, y se forma un género de percepciones.

XXXVII. A las ideas simples se oponen enteramente las compuestas, no solo porque distinguimos diversas ideas en ellas, sino tambien porque no todas requieren objeto externo de donde nazcan, porque podemos juntar muchas ya adquiridas, y fabricar ideas cuyo ejemplar no exista fuera del entendimiento. En lo cual ò nos llevamos del arbitrio ò de la consideracion de la naturaleza de las cosas, de las cualidades ò relaciones. Ideas compuestas segun nuestro arbitrio son, por ejemplo, las que pertenecen á las ficciones de los poetas; pero las que se forman de

(1) V. Lok lib. 3 cap. 8. §. 2. D'Alembert *clem. de phil.* 4. et *Eclaric.* §. 2.

la consideracion de las cosas, son las ideas de la virtud, de la prudencia, de la justicia y otras semejantes (1).

XXXVIII. A estas llama Lok *modos mixtos*, pues se hallan en las cosas, en los afectos, en las acciones, y se componen de muchas: yo asentiria con él, á que las ideas de los modos mixtos se llamasen mas rectamente nociones.

XXXIX. De lo dicho se infiere que las ideas compuestas no puedan ser las mismas en todos, y por sí mismo es patente quanto deben distinguirse las obras de los hombres en que siguen solamente su arbitrio (xxxvii.), y aunque las nociones de los modos mixtos se determinan por la naturaleza y relaciones de cosas, con todo como no todos atienden á esto ó atienden á su manera, se las forman segun pide su propio modo de pensar.

XL. Este le tiene cada uno propio y peculiar por muchas causas, de las cuales las prin-

(1) Algunos confunden las ideas compuestas con las *asociadas* como Genuense *Log. crit. lib. 2. cap. 2.* es á saber, con aquellas ideas de las cuales se excita una si la otra está en el entendimiento. Muchos hacen distincion entre ellas, y con razon. Porque la composicion de las ideas es una afeccion ó propiedad de ellas; pero la asociacion es un fenómeno psicológico nacido de la índole de las facultades intelectuales del que por lo mismo se ha de tratar en la *Metafísica*.

cipales son el ingenio y su cultura, la educación, los afectos y las costumbres. Tampoco es uno mismo el modo de pensar en diversos tiempos y entre gentes diversas: estas tienen su carácter propio y se distinguen en los errores, en las opiniones y en las costumbres, cuyo origen se ha de tomar principalmente del clima, de la religion y de la forma de gobierno.

XLII. Mas nadie dude que puede haber tambien tanta diversidad en las ideas de las cosas externas: no diré que estas son enteramente semejantes en todo, sino que uno las tiene mas perfectas, y otro menos, lo que depende de la estructura y perspicacia de los sentidos, del ingenio y de los conocimientos de que cada uno está adornado.

XLII. Falta tratar de la relacion de las ideas. Se dice que una tiene relacion con otra cuando por su índole incluye la consideracion de la otra: una y otra idea se llaman *relativas*: sirva de ejemplo la idea del padre, del criador, del súbdito, del príncipe (1).

XLIII. No se han de confundir las ideas re-

(1) No basta pues para que la idea sea relativa que escite otra, y que se pueda referir á otra de cualquier modo: de aqui resultan las *asociadas* (V. la not. §. 37. de este cap.) y si esto bastase, toda idea se habria de contar entre las relativas. Por no haber advertido esto Lok *lib. 2. cap. 25.* y Clerc, en la *log. part. 1. cap. 4.* establecen que todas las ideas pueden ser *sujetos de relaciones como ellos dicen.*

lativas con las relaciones: porque la relacion es un enlace que media entre las ideas y las hace relativas (1).

XLIV. Este enlace ó relacion entre las cosas y tambien entre las ideas no procede de un principio solamente, sino en primer lugar de la naturaleza de las cosas, como entre el Criador y la criatura: lo segundo de la institucion de los hombres, como entre una accion y un ciudadano; lo tercero de las cualidades accidentales, como entre las cantidades. Mas cualquiera que sea este enlace, él es causa de que comparemos muchas ideas entre sí, y que de su consideracion formemos especialmente las nociones (xxxvii y xxxviii).

XLV. Para que decidamos rectamente acerca de las ideas relativas, debemos consultar no una separadamente, sino todas las que tienen enlace

(1) Lok *lib.* 2. *cap.* 25. llama relativas á las voces que señalan otra cosa ademas de la que expresan: segun él la relacion es un acto del entendimiento con que comparamos mutuamente las cosas; las cosas así comparadas son sujetos de relaciones, aunque no es constante en esto, pues en el mismo cap. toma á cada paso la relacion como cosa que se percibe con el entendimiento. Muchos toman á las relaciones por aquello que entendemos de la comparacion de las ideas. Al mismo Lok le parece allí mismo §. 7. que no puede haber relacion sino entre dos cosas, lo cual se pudiera convencer con muchos ejemplos que es falso.

unas con otras, v. gr. los tiempos, los lugares, las personas, la edad, los usos y otras cosas semejantes, cuando se trata de las ideas del poder, de las riquezas, de la sabiduría, de la piedad, de lo pequeño, de lo grande, que se refieren á ellas.

CAPITULO IV.

De la claridad y distincion, verdad y perfeccion de las ideas.

XLVI. Si se examina el modo con que los objetos se representan por las ideas (XIII y XV) hallamos primeramente que estas son *claras* ú *oscuras*. Las llamamos *claras* cuando representan el objeto tan determinado que le distinguimos con facilidad de otro cualquiera; y si no le representan así, las llamamos *oscuras* (1).

XLVII. Mas pueden distinguirse los objetos, sin que se conozcan sus propiedades, y así es como los distingue el vulgo: entonces la idea es solamente clara, pero si manifiesta también las propiedades, será *distinta*. A esta se opone la *confusa*; pero también serán *confusas* las ideas si no distinguen todas las partes del objeto, lo cual sucede las mas veces, ó por la gran multitud de ellas, ó por su pequeñez.

(1) Condillac en su *tract. de los conoc. hum.* part. 1. sec. 1. cap. 2. juzga que las ideas oscuras en realidad no son ideas, en lo cual le impugna Soave con razon. V. el *comp. de Lok*, lib. 2. cap. 29.

XLVIII. Estas afecciones de las ideas muchas veces son relativas al ingenio, á los conocimientos anteriormente adquiridos, y á la educacion. Asi no pensemos que las ideas que no concebimos los demas oscuras y distintas, son tambien para nosotros claras y confusas. La distincion puede ser mayor y menor segun fuere mas ó menos perfecto el número de las propiedades que se conocen y el modo de conocer. Ademas las ideas pueden confundirse con muchas ó con pocas, y aumentarse ó disminuirse su oscuridad.

XLIX. Los que no observan ni meditan tienen ideas oscuras y confusas, en especial de las cosas que no entran en la esfera de los sentidos, y que se deben á la reflexion y comparacion de muchas ideas. Y seguramente nada se les ofreceria que decir si les ocurriera declarar qué es orden, virtud, gloria, hermosura y otras muchas cosas de que hablan frecuentemente.

L. Pero todavia se cuentan otras causas de la oscuridad y confusion de las ideas, entre las que son las principales la cortedad del entendimiento, la falta de memoria, la imperfeccion de los sentidos, la multitud de impresiones la debilidad de estas, como si el objeto es muy pequeño ó muy remoto, últimamente la demasiada composicion del objeto.

LI. Las cuales causas siendo conocidas se pueden quitar del medio, y hacerles resistencia con mas facilidad : acerca de esto hemos de poner todo nuestro cuidado y cuanta diligencia sea posible pa-

ra que nuestras ideas sean claras y distintas (1).

LII. La verdad es toda del juicio, y no pertenece propiamente á las ideas (2). Mas por cuanto por las ideas llegamos á los juicios, llamamos *verdaderas* á aquellas de que nacen juicios verdaderos, de lo cual se entiende cuando se llaman *falsas*.

LIII. Mas por lo comun unimos á las ideas dos juicios, es á saber, juzgamos que nuestras ideas son conformes á las cosas y á las ideas de los otros. Cuando decidimos de la conveniencia de las cosas con las ideas nos equivocamos con mucha facilidad, en especial si no tenemos siempre muy presente, que las esencias primarias de las cosas distan muchísimo de nuestras ideas, además que nosotros conocemos lo que se halla en las cosas, pero relativamente, esto es, por la relacion que media entre nosotros y las cosas externas. Porque el conocimiento de las cosas es correspondiente á las impresiones que estas mismas cosas hacen en los sentidos, y estas impresiones no solo siguen la naturaleza de las cosas, sino que se modifican tambien por la estructura y cons-

(1) De tal modo trata Lok de las ideas claras y oscuras, distintas y confusas *lib. 2. cap. 29.* que parece que mezcla unas con otras: y lo mismo el autor del *art. de pens. part. 1. cap. 9.* sin embargo de haber usado Cartesio de la misma distincion que nosotros.

(2) *In compositione aut divisione est veritas aut falsitas.* Arist. de *interp. 1. c. 1.*

titucion de nuestros sentidos. Así el conocimiento que nace de las impresiones dependerá igualmente de lo que las cosas son en sí, y de lo que somos nosotros mismos con relacion á ellas: esto es, será *relativo*, no *absoluto*.

LIV. Ni carece enteramente del peligro de error, el otro juicio cuando decidimos que nuestras ideas convienen con las de otros; antes viene á ser muy grave en aquellas ideas que no se adquieren por los sentidos sino por la reflexion, como ya se ha observado en otra parte. (xxxix).

LV. La perfeccion de las ideas se toma del modo con que se representa el objeto: llegan á la mayor perfeccion si manifiestan todo aquello que absolutamente se puede conocer en él, y se llaman *adecuadas*: y las que dejan en él algo por conocer se llaman *inadecuadas*.

LVI. De las cosas que existen fuera del entendimiento (1) no tenemos ningunas ideas ade-

(1) Lok, *lib. 2. c. 31* juzga que todas las ideas simples son adecuadas, porque son efectos de ciertas facultades que existen en las cosas, pues no pueden dejar de corresponder, dice á estas facultades siendo efectos de ellas. Así manifestaría ciertamente que solo las ideas de las cualidades sensibles son adecuadas; pero las demas simples ¿quién las tendrá jamas por adecuadas? ¿Quién tiene idea adecuada de la extension? ¿Quién conoce en orden á los objetos de las ideas simples las cosas que exceden el entendimiento humano? (Véase la Introd.)

cuadas (Véase la Intr.). Mas aquellas de que no existe ejemplar alguno todas son adecuadas, pues siendo de esta especie las ideas cuando nada les falta respecto del objeto que representan, no pudiendo nunca faltar nada á las que carecen de aquel ejemplar, serán siempre adecuadas.

LVII. No se sigue de aquí que las ideas de los modos mixtos (xxxvii y xxxviii). sean igualmente siempre adecuadas: mas para que lo sean es necesario poner mucho cuidado en comparar juntamente los objetos y considerarlos por todos los aspectos, pues deben convenir á su naturaleza y relaciones (1).

LVIII. Ya he indicado las causas de donde provienen la oscuridad y la confusion (xliv. y

Pero aun acerca de las ideas de las cualidades sensibles, ¿está por ventura conocida la proporcion entre aquellas facultades y las ideas excitadas? ¿Son por ventura conocidas las mismas facultades, y como de ellas se excitan las ideas?

(1) No requiere Lok *en el lug. cit.* esta diligencia para que tales nociones sean adecuadas, porque no expresan, dice, algun objeto existente; luego necesariamente serán adecuadas no pudiendo dejar de abrazar aquellas ideas que se quisieron juntar á un mismo tiempo. Mas aunque no se refieran á aquel ejemplar, con todo se fundan en la naturaleza y relaciones de las cosas como ya se ha notado, cuya naturaleza y relaciones se han de considerar con gran cuidado.

L.) de las cuales se pueden entender las que ocasionan la claridad y distincion; estas mismas en cuanto lo permiten las fuerzas del humano ingenio nos conducirán á las ideas adecuadas, para las cuales será tambien muy útil resolver las ideas compuestas en las simples competentes, y notarlas todas y cada una con separacion (1).

CAPITULO V.

De las voces.

LIX. Ya queda observado en su lugar (2) que las voces exigen nuestro estudio y trabajo, las cuales como son signos de nuestras ideas, es menester enseñar la primera division de estos con la que se distinguen en *naturales* y *artificiales*. El signo natural tiene con la cosa significada por él un enlace derivado de su misma naturaleza; pero el artificial significa alguna cosa conforme á la institucion y arbitrio de los hombres: las lágrimas, por ejemplo, son un signo natural de el dolor; las voces un signo artificial de las ideas.

(1) Sobre las afecciones de las ideas ya explicadas, véase á *Lok Ess lib. 2.* Leibn. *Novi Ess lib. 2.* Bonet; *Ess. analit. c. 14.* y 15. Ant. Genuens. *log. crit. lib. 2. cap. 2.* y 3. Juan Clerc. *log. part. 1.* Wolffio *sopra le forz. dell' intell. lib. 1.* Últimamente el *Art. de pens. part. 1.*

(2) Véase la introd.

LX. No será fuera de propósito advertir acerca de los signos naturales, que no pocas veces caen los hombres en error cuando infieren por ellos la cosa significada. Porque son estos signos ó efectos que indican las causas, ó causas que indican los efectos como en los signos de las cosas futuras (1). Mas unos mismos efectos nacen ya de una causa, ya de otra, y una misma causa no produce siempre los mismos efectos, sino que hay muchas cosas que determinan la acción de las causas, la suspenden y aun la alteran enteramente. Así no siempre y necesariamente declara el signo natural cosa determinada, sino que depende de muchas circunstancias el que se manifieste por él una más bien que otra. Los signos de los afectos del ánimo son naturales, y caería en continuos errores el que decidiese de los afectos por sus signos.

LXI. Mas volvamos á las voces; acerca de las cuales se ha de tocar ligeramente su origen, su índole, su fuerza, su influjo en las ideas y

(1) Antes bien Reid. *rech. sur l'entend. tom. 1. p. 147.* piensa que las que llamamos causas, son solo signos de las cosas. Vemos solamente que ciertas cosas tienen este enlace entre si, que si precede una se sigue inmediatamente otra. Esto es lo único que podemos determinar; mas no que la causalidad digámoslo así, está en lo que precede respecto de lo que se sigue, pues ésta no se manifiesta de ningún modo.

operacion del entendimiento , su uso , abuso y interpretacion.

LXII. // Los mudos y la variedad de las lenguas prueban hasta la evidencia que las voces son signos artificiales ó de institucion , y que no tienen conexion necesaria con las cosas ; pues si la tuviesen , solamente impedido el òrgano de la voz no hubiera uso alguno del habla , y las cosas que entre todos son las mismas se llamarian con los mismos nombres. Mas es admirable la diversidad, no de las cosas , sino de las palabras , y son mudos los que padecen sordera.

LXIII. Pero examinemos si las facultades humanas son suficientes para inventar las voces con que se significan las cosas ; es á saber , si pueden los hombres fundar por sí una lengua (1). Los

(1) Lo niega el P. Lamy en su *tract. de ar. loquendi* , y Rousseau , *sur l'ineg. parm. les hom.* juzga faltar muy poco para ser cosa demostrada que es imposible que alguna lengua tenga su origen de los hombres. Asimismo *A. Encicl. A Lang.* A estos se oponen diametralmente los epicuréos , cuya doctrina sobre este punto expuso Laerc. *lib. 5. de nat. rer.* Diodor. *Sicul. lib. 1. bibl.* dá por hecho lo que para nosotros solo es posible é hipotético , y juzga que todas las lenguas han sido invencion de los hombres. Últimamente Herder en su *disert. de ling. orig.* premiada por la Acad. Ber. en 1770. sostiene que las lenguas no son de institucion divina , sino humana.

afectos del ánimo y los sentimientos vivos del dolor y el deleite se unen con ciertos signos naturales, y con los mismos se manifiestan: los hombres pueden hacer estos fácilmente artificiales si observan los efectos que indican, y si no los expresan por solo el impulso de la naturaleza sino con consejo para manifestar á los demas lo que ellos experimentan.

LXIV. Los signos de que hablamos constan de sinodos no articulados, de ademanes y gestos del semblante, y forman el language que llaman de *accion* (1). Pero por el uso consta que con esta lengua no se adquiere una fácil, expedita y secreta comunicacion de las ideas, que se impide por la distancia, y cualquier cuerpo interpuesto; por lo que insensiblemente se ven obligados los hombres á dejarla, inclinándose á la que consiste en las variaciones de la voz.

LXV. Para establecer ésta alargan primeramente (2) los sonidos naturales, y los juntan en-

(1) Sobre esta lengua V. Condillac, *en su gram. part. 1. lib. 1.*

(2) La lengua de los Chinos parece haber tenido este origen, pues consta de 328 monosílabos, que variada su pronunciaci6n hacen 1640 signos. (V. Condillac *traité des conoiss. hum. tom. 2.*) Otros alargan los monosílabos de los Chinos á 330. *Frec. sur la lang. de Chin.* á 214. y de ellos componen 5,509 signos, y 80,000. Este modo de hablar supone un juicio delicadísimo del oido. V. *Soave compendio di Lok lib. 3. Ap. al cap. 1.*

tre sí, comparan también los sonidos de las cosas externas y los imitan (1), de donde nacen las voces, que distinguiéndose considerablemente en la elevacion y depresion, explican de algun modo la fuerza de los gestos y los clamores (2). Así se procuró la distincion de las voces quanto lo permitia el órgano de la voz y del oido, rudo todavía y no ejercitado.

LXVI. Los que disputan de esto con mas sutileza, cuyos oidos son tambien mas delicados hallan cierta semejanza entre la impresion excitada por las cosas y la excitada por las palabras: y la perciben con claridad pronunciadas las voces *cruz*, *miel*, *abrojo*, *furioso*, *turbio*, *lánguido*: de aquí ha provenido una multitud de voces (3), y mu-

(1) Esto se lo persuade facilmente cualquiera que advierte los nombres de las cosas que tienen sonido análogo á ellas como *aullar*, *relinchar*, *el silbo*, *el trueno*, *el rechinar*, *el murmullo*.

(2) Observa Warburton, *Ess. sur les hierogl.* Que inventadas las voces usáron los hombres de la lengua de accion, en especial los orientales, cuya prontitud y vehemente imaginacion requiere este éxito, y trae sobre esto muchos exemplos tomados de la historia sagrada y profana.

(3) Platon sostiene en su *Cratilo*, que para que los nombres se hayan puesto á las cosas, rectamente debe de haber cierta correspondencia entre las cosas y sus nombres, nacida de la naturaleza de las mismas cosas; pues dicen *Sunt enim nomina imita-*

chas tambien de la facultad que tenemos de explicar todas las cosas por metáforas, y de asociar las ideas intelectuales á las sensibles.

LXVII. Verdaderamente las palabras que representan las cosas intelectuales son del todo metafóricas; mas por el continuo uso viniéron á ser nombres propios, y con la antigüedad se desvaneciò la etimología sensible de muchos, de modo que dejan enteramente las cosas en su espiritualidad (1). Y antes bien las mismas palabras solo se podian inventar recurriendo á metáforas. Porque carecen de forma externa y de sonido las cosas intelectuales de donde se tomen sus nombres: y solo por imágenes y semejanzas podemos explicar lo que nosotros experimentamos, á otros que no experimentan lo mismo.

LXVIII. Pero hay tambien otra causa que mueve á los hombres á nombrar otras muchas cosas por metáforas, en especial aquellas que conciben primero oscura y confusamente: porque entienden estas considerando cierta semejanza de

mentum, quemadmodum etiam pictura; et qui rei speciem in litteras ac syllabas referre non novit, is ineptus omnino opifex est. Entre los modernos habló largamente de la semejanza de las palabras con la forma de las cosas *Juan Baptista Vico Principi d'una scienza, &c.*

(1) Sean ejemplos de estos nombres las palabras *pensamiento, voluntad, deseo* y otras á este modo *V. Traite de la formation meehan, &c, cap. 12.*

ellas con otras que perciben distintamente, cuyo nombres por lo mismo trasladan á aquellas; y en esto se deleitan maravillosamente por la luz que de las cosas claras y distintas se difunde á las oscuras y confusas (1).

LXIX. Pero lo que con mas vehemencia mueve á los hombres á usar de este y otros medios á propósito para formar el language es la necesidad, gran maestra de todas las cosas: ademas apenas se inventa cierto número de voces, quando al instante salta á los ojos la utilidad y necesidad del habla. De aqui los grandes conatos para que se aumente el número de las palabras, los cuales hace que prosperen el comercio de conocimientos y de ideas establecido entre los hombres. Porque estas cosas se fomentan mutuamente, y asi como las palabras estienden este comercio, asi de este se han añadido nuevos auxilios, y se han suministrado nuevos instrumentos con que se perfeccione el arte de inventar y de elegir las palabras.

LXX. Mas no son las palabras obra de los hombres en la que ellos no sigan otra cosa que su propio arbitrio, pues hay aquella analogía de impresion (LXV.) y imitacion del sonido (LXV.)

(1) *Modum transferendi verba necessitas genuit inopia coacta et angustiis, post autem delectatio jucunditasque celebravit. Cic. de oratione 38. Notat, et illuminat maxime orationem tanquam stellis quibusdam verbum translatum. ibid. cap. 43.*

la que seguimos con grande acierto cuando inventamos de nuevo las voces; hay la forma y afección del órgano de la voz por la que se determinan sus elementos, y en especial las letras vocales; hay las voces derivadas las de las artes y técnicas que no dependen de la libertad de los hombres, imitando aquellas la naturaleza de la derivación y significando estas la fuerza y efectos de las cosas.

LXXI. Dos cosas hay que parece impugnan lo que hasta aquí se ha sentado, la primera que la institución del lenguaje parece que requiere que se convenga en el significado de las palabras, y no puede haber este convenio entre los que están destituidos de toda especie de habla, como si no hubiera otro medio que las voces por donde se explique lo que ellas quieren decir: pues esto se puede percibir por las circunstancias en que se usan, y por los gestos que pronunciados los nombres indicasen las cosas: á lo mismo contribuirá aquella imitación (LXVI). y semejanza (LXVI).

LXXII. La otra objeción es que siempre se ha presentado á los hombres una gran dificultad en adornar y perfeccionar las lenguas, ¿pues cómo puede suceder que hombres enteramente rudos y salvajes, no cultivados con la comunicación de otros, funden de nuevo una lengua? No se pudiera efectuar esto si se disputara de una lengua perfecta en que no solo estuviesen expresadas con propiedad las cosas pertenecientes á los usos necesarios, sino también las que conducen al

porte y deleite de la vida en que hubiese muchas partes de la oracion, muchas reglas de sintaxis, y de las inflexiones y otras muchas finalmente para conseguir la armonía y variedad: cosas que no son absolutamente necesarias á una lengua (1), pues apenas lo son los nombres que llaman sustantivos, y algun signo invariable para expresar el verbo *ser*; lo cual ciertamente no excede las facultades del hombre aunque salvaje (2).

CAPITULO VI.

De los sinónimos, y de la trasposicion ó colocacion de las palabras.

LXXIII. En todas las lenguas parece que hay muchos sinónimos, esto es, voces que representan una sola idéntica idea. Pero se puede dudar si en realidad lo son; antes bien yo diria que los que se llaman sinónimos representan la misma idea principal; pero se diferencian mucho

(1) Condillac *gram. part. 1. cap. 14.*

(2) V. *Traite de la form. mecham. du langage tom. 2. cap. 9. y sig.* Condillac *traité des conoiss. hum. tom. 2. gram. part. 1. c. 1. y 2.* Mauvertuis *diss. sur les moyens &c. pour exprimer leur idees.* Sulzer *de l' influence recipr. de la raison &c* Se halla en las *act. de Berl. an. 1777. y Vol. 4. opusc. select. Mediol. Soave compend. &c. lib. 3. Ap. al cap. 1.*

en la accesoria, al modo que se diferencian *amar y querer, pedir y rogar, temer y recelar* (1).

LXXIV. Acerca de esto se ha de notar que incluyen las voces estas dos ideas (LXXIII); y omitiendo los ejemplos, ¿quién hay que no conozca, que no todas las palabras corresponden al lugar, al tiempo y al estilo que se toma de la oracion? Lo cual nace principalmente de la idea accesoria, que no solo distingue las palabras que expresan la misma idea principal, sino que determina tambien la oportunidad de ellas (2).

LXXV. Las voces pues que se tienen por sinónimas, sin razon son tenidas por tales, pues se diferencian por aquellas ideas accesorias que expresan los diversos aspectos, los grados, las relaciones y adjuntos de las cosas. Los ignorantes juzgan desde luego á estas por sinónimas, cuyas leves diferencias notan los que cultivan

(1) Los sinónimos tomados en su riguroso sentido que no se diferenciaren por ninguna idea accesoria indicarian defecto en una lengua. D' Alemb. *elem. de phil.* 13.

(2) Ciertas voces de algunas cosas y acciones vienen á ser indecentes y torpes por estas ideas accesorias, las cuales ideas si se omiten ó se mudan en otras voces no resulta ya indecencia; de donde se deduce que las mismas cosas se pueden decir honesta é indecentemente, y que las que en realidad no son torpes, las tenemos por tales por los nombres y palabras con que se significan.

las lenguas con delicadeza: en lo que pecan frecuentemente casi todos los diccionarios con lamentable engaño de los jóvenes.

LXXVI. Hay dos especies distintas del orden y colocacion de las palabras, *el natural*, y *el artificial ó inverso*. El orden que tienen las ideas, ese mismo es el de las palabras. El de las ideas ó se refiere al modo con que se suceden en el entendimiento, ó á su mútua dependencia, de la que resulta que unas rijan y expliquen á las otras, y otras sean explicadas y regidas: si se hace lo primero, el orden con que se expresan las ideas será natural cuando sea el mismo que se observa en la sucesion de ellas, el cual en cada una es diverso: si lo segundo, para que el orden sea natural, se han de anteponer las que rigen á otras ó son explicadas por otras, y se han de postonar las que son regidas y explican á otras: de otra manera el orden será artificial ó inverso.

LXXVII. ¿Pero de qué nace que el orden inverso añada fuerza á la oracion, sea como un brillo de ella y nos cause cierto deleite? Eso nace de que produce lo que los retóricos llaman *número* y *armonía*, porque ejercita la imaginacion, porque une ideas muy distantes (1). En realidad referimos mutuamente á sí mismas las voces colocadas con un orden inverso, como lo

(1) *Junctam, coherentem, levem et equabiliter fluentem orationem facit verborum collocatio. Cic. de orat. 3, 43.*

pide el método de las ideas; y si en un periodo hay muchas ideas dependientes de alguna principal, y de estas unas se anteponen y otras se posponen á ella, todas se unen mas estrechamente con ella. En el cual enlace lo mas que hay que admirar es, que con una sola palabra se llama la atención del ánimo al pensamiento entero (1).

CAPITULO VII.

De la variedad de las lenguas, y del influjo mutuo de las voces y las ideas.

LXXVIII. La variedad de las lenguas la atribuimos tambien nosotros á la confusion de Babilonia; pero séanos lícito afirmar al mismo tiempo, que el que cada una tenga su caracter propio pudo nacer en gran parte del diverso ingenio de los hombres, de su índole y de otras circunstancias externas. De aquella confusion provinieron mas bien los orígenes de las voces que las mismas lenguas, que debieron perfeccionarse insensiblemente, aumentarse con la copia de palabras, y arreglarse con la sintaxis y las inflexiones.

LXXIX. Mas no fue uno mismo en esto el método de todas las gentes, cosa que debe atribuirse á muchas causas ya físicas, ya morales

(1) Véase D' Alembert *Ecclaircis*. §. 10. Condill. *gram. part. 2. cap. 24. art. de écrire, lib. 1, c. 1 y 2,*

entre las cuales contaria yo el clima, la Constitucion natural del pais que no era la misma en todas partes, los diversos aspectos de las cosas, las diferentes opiniones ya pertenecientes al estado, ya á la religion, la forma de gobierno la educacion, por último las costumbres y las inclinaciones de los hombres (1).

LXXX// Verdaderamente la fuerza del lenguaje, su copia, su armonía y inflexion manifiesta el caracter, el ingenio y la cultura de las naciones; la suerte y vicisitudes de las lenguas y de las naciones siempre han sido unas mismas, lo que se manifiesta claramente en el nacimiento en el progreso y término del imperio romano y de la lengua latina.

LXXXI. De las mismas causas proviene que cada nacion tiene su composicion particular de ideas, y usa de voces de que carece otra; de donde resulta la necesidad de valerse de rodeos de palabras para traducir, no pudiéndose expresar muchas veces una palabra por otra igual, por donde es tan difícil traducir los libros de una en otra lengua. Y aunque en esto se ponga todo el estudio y cuidado posible, tiene cada lengua su genio y carácter propio en tanto grado, que apenas hay alguna traduccion en que no se eche de ménos la fuerza, la elegancia y el primor nativo del original (2).

(1) *Traité de la formation mechain. &c. cap. 9.*

(2) *V. Cleric. art. crit. tom. 1. part. 2. cap. 2. 3. 4.*

LXXXII. No es poco el inconveniente que trae consigo esta variedad de las lenguas á la sociedad y al progreso de las ciencias, pues no se cuidó en los principios de que se pudiesen aprender facilmente, sino que por la mayor parte recibieron su formacion, y se adquirió su copia y ornato por casualidad. Quitadas las declinaciones, conjunciones y géneros, si tuviesen los nombres sustantivos una terminacion invariable, é igualmente los adjetivos, y los verbos la suya que se distinguiesen por sus modos y tiempos con el auxilio de los adverbios, no serian menester las reglas de los gramáticos, y con solo el recurso de un diccionario entenderíamos cualquiera lengua.

LXXXIII. Todo lo cual nos hace conocer, que puede haber una lengua muy fácil de aprenderse y entenderse, la cual si abrazasen todas las naciones como lengua universal, podrian entablar con ella un comercio mutuo de ideas y conocimientos. Y la dificultad que les estorba este comercio nacida de la variedad y multitud de las lenguas, podria vencerse por otro medio: es á saber, usando de una lengua característica que expresase no las voces de las cosas, sino las cosas mismas. De esta se hablará despues. Entretanto no habiendo á la mano ninguno de estos medios, y no habiendo tampoco esperanza de que todos convengan en uno ú otro, y como aquella primera lengua sería absurda (**LXXXII.**) y torpe por su pobreza, y el aire inculto de uniformidad, se debe desear en gran manera que se con-

serve el uso de la lengua latina. Porque es abundantísima esta lengua, rica de palabras hermosas y escogidas, y comun hasta ahora de todos los erúditos; los cuales dejando estas si cada uno usase de la suya propia para escribir, ó bien se ignoraria todo lo extranjero ó nos veríamos precisados á emplear nuestro cuidado y trabajo en aprender las lenguas de todas las naciones en que florece gloriosamente la sabiduría, el cual hubiéramos podido dedicar al conocimiento de las cosas (1).

LXXXIV. Lo que se ha dicho hasta el presente acerca de las voces, da bastante á entender que estas dependen no poco de las ideas y del modo de pensar. Pero es grande tambien el influjo de las palabras en las ideas y operaciones del entendimiento. Y si acaso no se persuade hasta la certeza en la Psicologia, que sin el uso de las palabras no podemos formar ideas algunas, á lo menos se demuestra que con este uso se fomentan y se perfeccionan notablemente.

LXXXV. Lo cual se puede probar ahora con el ejemplo de los mudos, y de aquellas naciones en que faltan signos numéricos para las

(1) V. Laur. Mosheim *dis. de ling. latinæ cult. et necessit.* V. tambien lo que traen últimamente Ferrio y Tirabosqui, Alexand. Jorg. y Clement Varneti contra la opinion de Alembert. *Melang.* t. 5. que sienta que no se puede escribir bien en latin, y que dejada la lengua latina, se debe emplear todo el estudio en la materna.

cantidades mayores, y los demas son demasiado compuestos. Aquellos ciertamente estan destituidos de muchas ideas, y tienen embotadas las facultades del entendimiento, y nada fáciles y expeditas para obrar: y estotras naciones apenas han hecho progreso alguno en cosas de Aritmética (1). Tanto pueden los signos para promover ó impedir los conocimientos humanos.

LXXXVI. Yo ciertamente juzgo que va muy distante de la verdad el que crea que las palabras solo sirven para la comunicacion con los otros (2); antes ellas fijan los objetos en el entendimiento, dividen los demasiado compuestos, si son magníficas y nobles engrandecen las cosas y las

(1) Refiere Condamine, que algunos pueblos de América no teniendo voces de los números mas que hasta el tres, aquí para su Aritmética: ciertamente usan de muy pocos de estos números, y estos muy compuestos, de lo que resulta que no comprenden en su entendimiento los números mayores, concibiendo un número cualquiera sobre el veinte indefinidamente, comparándole por número de cabellos. V. De la Condamine *Voy. Pau Rech. sur les Americ.* t. 2. cap. 27.

(2) *Cogitatio, ait Plato, in Theæteto est sermo quem mens apud se voluit, circa illa quæ considerat: cum enim cogitat, secum ipsa disserit, adeo ut cogitatio sit sine estrepitu vocis oratio, ut interior collocutio.*

levantan; si son humildes las abaten y disminuyen.

LXXXVII. Son las palabras como unos signos algebráicos de las ideas, por lo mismo contribuyen á mirar por la brevedad, hacen mas facil la comparacion de muchas ideas, ayudan al entendimiento en la consideracion de muchas cosas compuestas las cuales utilidades de las palabras resplandecen principalmente en las ideas de los modos mistos (xxxviii) que en ningun ejemplar vemos juntas, sino que se manifiestan y comprenden por las palabras (1).

LXXXVIII. Ultimamente las palabras aumentan el enlace entre las ideas, las suscitan con mas facilidad y prontitud, distinguen las que apenas se percibirian confusamente (2): asi las

(1) Si solo nos empleamos en ideas muy compuestas y acerca de las nociones, sustituimos á las mismas los nombres con que son llamadas. Porque seria demasiado trabajoso y aun imposible revolver con el entendimiento todas las ideas simples que las componen, cosa que causaria confusion, y estorbaria el que viésemos las relaciones de las ideas. Esta perfeccion distinta habitual, no actual, es la idea *ciega y simbólica* de Leibniz.

(2) Las ideas estan unidas entre sí en primer lugar por la analogía de las cosas y por las circunstancias en que se adquieren. Pero ademas se unen unas con otras por las palabras. ¿Cuántas ideas no excita muchas veces una sola palabra? Ademas

voces técnicas en el arte de la pintura indican los defectos ó los primores de un cuadro, los cuales se escaparían á los que no supiesen aquellas voces. Por lo que las ciencias y todas las artes deben mucho á los inventores de las palabras como la Botánica á Lineo; y la Ontología aunque solo se limitase á la nomenclatura no debia menospreciarse enteramente (1).

CAPITULO VIII.

Del uso y abuso de las palabras.

LXXXIX. Acerca del uso y abuso de las palabras, lo que han enseñado Lok y otros lógicos de mayor crédito es lo siguiente: en primer lugar que el uso de las palabras es de dos maneras, porque ó repasamos interiormente nuestros pensamientos ó los comunicamos á otros. Del primero tocamos ya algo en el capítulo anterior manifestando que nos dimanaban de él muy grandes

proviene de las palabras ésta otra utilidad, que para renovar y disponer las ideas no nos atengamos al orden con que las adquirimos, sino que les damos el que mas nos agrada y es mas conveniente. V. Bonet *Ess. analyt. cap.* 15.

(1) V. Sulzer en *el lug. cit.* Michael *del' influ- des opin. sur le lang.* y Condill. *Art. de pens. part* 1. *cap.* 6. Estelini *Observazione sulle ling.* 4. 5. Soave *Comp. di Lok lib.* 3. *ap. al c.* 11,

utilidades por esta conversacion interior. Con los otros usamos de las palabras ó en el trato de la vida civil ó en el estudio de las ciencias, en el cual uso es necesario procurar todo lo posible la distincion y claridad, no sea que las cosas que por sí son difíciles se hagan mas dificultosas, y que las investigaciones de las cosas no vengan á parar en cuestiones eternas de voces.

XC. Mas lo que se debe enseñar acerca del recto uso de las palabras y su interpretacion, de que se hablará despues, apenas puede separarse de la doctrina ya propuesta sobre las ideas: pues una y otra tienen un mismo fin, esto es, apartar á los hombres de los errores, y ademas hay entre estas cosas un enlace íntimo, tal como entre las voces y las ideas. Y así para no repetir lo que ya queda dicho, solo explicaré lo que pertenece mas propriamente á las palabras y no se explicó en el otro lugar.

XCI. La claridad y distineion del lenguaje que tanto se debe desear, requiere la claridad y distincion de las ideas. Porque ¿cómo se ha de explicar con distincion á otros lo que nosotros percibimos confusamente? Contribuye á esto la brevedad en la que se ha de guardar moderacion, pues así como la demasiada copia de palabras agovia á las cosas, así la escasez de ellas las oscurece. Finalmente se ha de evitar la familiaridad con los que hablan confusamente, pues nada tiene mas fuerza que ella para contraer el mismo vicio.

XCII. De tal modo hemos de usar de las palabras, que á cada una corresponda su idea determinada; acerca de lo cual si hablamos solo con nosotros mismos (LXXXVIII), nos debemos preguntar á nosotros mismos; y si con otros, y hubiere duda si las palabras infunden en su entendimiento ideas claras y distintas es menester explicarlas con la mayor claridad. Esto se puede hacer en cuanto á las nombres de las ideas simples, y aun apenas será necesario si se proponen para ser advertidos los objetos que significan, y si se indican el modo y las circunstancias en que se adquieren las ideas de ellos (XXXVI).

XCIII. Mas los nombres de las ideas que son compuestas se declaran poniendo delante sus objetos y añadiendo su definicion; pues no todos los atributos estan patentes á los sentidos, y muchos tienen índole de poder existir. Pero si estos objetos no existen, hágase una enumeracion de las ideas que unimos juntamente por reflexion ó por arbitrio.

XCIV. Es grande el uso y grandísima la utilidad de las palabras universales, porque con una sola voz comprendemos innumerables individuos, todos los cuales seria imposible distinguir con sus nombres y aun seria inútil, pues ni conocen los mismos individuos aquellos con quienes hablamos, y mucho menos aquellos á quienes dejamos algo escrito.

XCV. No es menor la utilidad de las palabras de las nociones: de estas no tenemos fue-

ra de nosotros ningun ejemplar que manifieste juntas aquellas ideas de que se componen (LXXXVIII.), pero nos le dan los nombres que las comprenden. Por último hay otras voces que los gramáticos llaman conjunciones, de las cuales usamos para unir entre sí las ideas, los miembros del periodo y los mismos periodos, el cual uso es ciertamente maravilloso, y de él se deriva toda la fuerza de la oracion. Este será recto si consideramos atentamente la mútua dependencia y relaciones de las cosas.

XCVI. Esto acerca del uso: ahora hablaremos del abuso que es lo que resta. Abusamos de las palabras, si ò no les asociamos ninguna idea, ó se la asociamos oscura, de suerte que sean ó vanas ò ambiguas, en que es bastante comun errar; y en especial las palabras de las nociones, virtud, honor y otras semejantes á estas para muchísimos son voces de mero sonido, porque no representan objeto que mueva los sentidos, ni percibimos desde la infancia lo que representan. De aquí es que hemos contraido una larga costumbre de usar de estas palabras sin ninguna significacion, y para apartarnos de ella es preciso apoyarnos mucho en la reflexion.

XCVII. Tambien se abusa de las palabras por ignorancia y por malicia, como los que se mueven por espíritu de partido ó por preocupaciones, los que desean imponer al vulgo, los que se embarazan con el peso de las dificultades y se hallan impedidos por falta de ideas; pues

entonces afectan oscuridad, se enredan en palabras vanas, profieren otras de propia invención y muy retumbantes. Será pues lo mejor abstraer por algún tiempo el entendimiento de las palabras, y aplicarle todo á las ideas para que no seamos deslumbrados del sonido de las palabras.

XCVIII. Ultimamente abusamos de las palabras si no se determinan las que tienen incierta significacion, si se muda el sentido determinado y (1), si en las cosas tocantes á las ciencias pretendemos emplear los artificios de la oratoria (2), porque deleitan, mueven y apartan el entendimiento del exámen filosófico de las cosas las cuales expresan los retóricos no con exactitud sino por semejanza (3).

(1) En mudar el sentido de las palabras pecaron gravemente los escolásticos. V. Gassendum *in Exerc. Arist. exerc. 1.*

(2) No enseñó aquí con casi todos los lógicos, que nos debemos abstener de tropos y figuras, pues á muchísimas cosas se han impuesto vocablos metafóricos por necesidad, (LXVII) y á otras con utilidad, cuando de ellos parece que adquiere la oracion cierto esplendor. V. Condillac *Art. d'écrire lib. 1. cap. 4. y 8.*

(3) *Translationes propter similitudinem transferunt animos et referunt, ac movent huc, et illuc. qui motus cogitationis celeriter agitat per se ipse delectat.* Cic. *de Orat. 1. 39.*

CAPITULO IX.

De la interpretacion de las palabras.

XCIX. Para que interpretemos bien las palabras se ha de advertir en primer lugar que estas significan las nociones del que las usa. No se dé pues por supuesto que todos unen las mismas ideas á unas mismas palabras (LIV.), y que desde luego corresponde á ellas la realidad de las cosas (LIII). Los que suponen esto, juzgan malamente de las cosas por las palabras, y no infieren bien las ideas de los otros por las propias.

C. Podremos inferir con seguridad la noción que cada uno representa en las voces, si conocemos muchas cosas y las comparamos mutuamente entre sí: es á saber, el talento y carácter del que habla, los afectos, el gesto, la fuerza y índole de la lengua en que habla, la cosa de que trata, las circunstancias en que se halla, las opiniones, la religion que profesa, últimamente los genios, las costumbres, ritos y usos de sus conciudadanos; pues todas estas cosas hacen que aunque las palabras sean las mismas, con todo eso no tengan el mismo significado y la misma fuerza.

CI. Indicadas estas cosas advierto primeramente, que se distinguen dos sentidos de las palabras, es á saber, el *propio* y el *metafórico*. Porque las palabras ó significan aquella cosa á que

primero fueron impuestas, ó por cierta semejanza trasladamos las que son propias á significar otras: cuando esto sucede, tienen un sentido traslaticio, y si no propio (1). Si uno no percibe con exactitud el significado propio de una palabra, jamas podrá alcanzar el metafórico, pues este se refiere á aquel. Además ha de mirar la condicion de las cosas, de la que proviene que ciertas voces han sido escogidas con preferencia á otras, para expresar las cosas en sentido metafórico: en fuerza de lo cual se manifestará este sentido con mas claridad (2).

III. Recorreremos ahora los varios géneros de palabras, y en cada uno advertiremos ciertas cosas á que debemos mirar siempre en su interpretación. Los nombres de las cualidades sensibles, es á saber, de los colores, de los sabores y otros á este modo, y asimismo las sensaciones del dolor y del placer no se han de tomar como que explican lo que está en las cosas que se hallan fuera de nosotros; únicamente declaran nuestras afecciones y sensaciones, mas no la fuerza y cantidad de ellas mismas; ésta la experimentamos, mas no podemos expresarla exactamente. Sucede muchas veces que en unos es mayor ó menor con

(1) *Translatio est, cum verbum in quandam rem transfertur ex alia re, quod propter similitudinem recte videtur posse transferri. Cic. ad Heren. 4. 34.*

(2) V. D'Alembert. *Eclaircis. sur les element. de phil.* §. 9.

muchos grados. Puede tambien dudarse que las mismas sensaciones se diferencien en algunos enteramente, aunque todos usen de las mismas palabras. Todos llaman verdes á las hojas de los árboles, pero todavía se ha de examinar si esta voz excita en todos la misma idea. Esta duda la ocasiona el diverso temperamento y hábito de los cuerpos, la diferente organizacion de los sentidos, de donde nace ciertamente que las mismas afecciones son mas intensas en unos, y mas débiles en otros.

CIII. Los nombres de las ideas compuestas no significan lo mismo entre todos, (xxxix y sig) en especial si se compara á los antiguos con los modernos. No las interpretemos pues por nuestras nociones, sino por las de los antiguos, que tal vez fueron ó mas amplias ó mas limitadas. Con los nombres de las sustancias no todos abrazamos las mismas cualidades (LXI), y ninguno abraza la esencia primaria de que ellas nacen y que nadie conoce.

CIV. Con mas dificultad alcanzamos el sentido de las palabras que corresponden á las nociones, pues ademas de las causas comunes á los nombres de las cosas existentes concurren otras propias y peculiares, de que resulta que casi todos componen estas ideas de diverso modo.

CV. Tampoco tienen siempre la misma significacion las voces que expresan las conjunciones de la oracion; consúltense pues los afectos de los que hablan ó escriben, y en especial el contex-

to, pues de uno y otro se ha de deducir el significado de ellas.

CVI. ¿Qué diremos al presente de los nombres relativos para que se expliquen rectamente? Ya he hablado de este punto cuando traté de las ideas del mismo género (XLII). ¿Qué de los nombres universales que igualmente no se haya dicho en su propio lugar? (XXI. y sig.) Solo añadiré que las voces particulares *alguno*, *cier-to* son oscuras é indeterminadas, y que no denotan cuales y cuantos son los sugetos: y que las universales alguna vez se han de tomar como particulares, y que otras no significan todos los individuos de los géneros, sino todos los género-de los individuos. Lo cual se manifiesta claramente por las circunstancias, la índole de las lenguas, el genio y la costumbre de hablar (1).

CVII. De lo que he tratado hasta aquí acerca de las voces, resulta lo mas particular de que se compone la Gramática filosófica; cada lengua tiene la suya, y ésta se llama Gramática *particular*. Mas hay tambien Gramática *universal*, y es la que establece los principios comunes á todas las lenguas. Ademas se ha de notar que toda la Sintáxis se ordena por las reglas de la *concordancia*, y del *régimen*; aquellas estriban en el prin-

(1) Del uso, abuso y interpretacion de las palabras. Véanse *Lok Ess. &c. lib. 3.* Leibniz *Nov. Ess. &c. lib. 3.* Juan Clerc. *Art. crit. tom. 1, part. 2.*

cipio de *identidad*, estas en el principio de *diversidad* (1).

CAPÍTULO X.

De los diversos modos de escribir.

CVIII. Parecería incompleto el tratado de las palabras si no se dijera alguna cosa sobre los modos de escribir. No ha sido este modo uno mismo entre todos ni en todos tiempos; con todo convenian en una cosa que era el manifestar lo que tenían en el entendimiento con signos no expresados con la boca sino con la mano. Los que se usaron se contienen en pinturas, en símbolos alegóricos, y últimamente en signos arbitrarios. La pintura pone á la vista una ó muchas figuras, los signos arbitrarios significan ó las ideas, ó las sílabas, ó las letras de las palabras.

CIX. Alguna especie de escritura, bien que muy diferente de la que usan ahora todas las naciones, fué conocida siempre de los hombres por medio de las imágenes, que las cosas manifiestan de sí mismas, y que intentamos expresar con ademanes y sonidos para denotar con ellos las que estan lejos. A delinear estas imágenes obligaba la necesidad de comunicar con los ausentes y de ex-

(1) V. Si parece du Marsais *Princip. de gram.* Condillac *Gram.* D'Alembert *Elem. de phil.* 13. y *Eclaircis sur les elem.* §, 10.

plicar á los presentes lo que no se podia declarar con palabras. Este es un origen mas regular de la escritura que el cuidado de transmitir nuestros conocimientos á la posteridad.

CX. Los monumentos de casi todas las naciones antiguas y el uso de las gentes silvestres confirman el que los hombres tomaron de las imágenes de las cosas el designio de delinearlas para manifestar sus pensamientos (1).

CXI. Aumentados despues los conocimientos, las relaciones y las necesidades, como no fuese ya bastante á propósito este modo de escribir muy semejante á la pintura para declarar todas las cosas, se fuéron dejando poco á poco los signos que representaban la imagen de las cosas, y se figuró sola una parte de ella, y se manifestáron con un solo signo muchas ideas.

CXII. De aquí fuéron creciendo insensiblemente los signos de convencion, y viniéron finalmente á ser de la misma naturaleza todos aquellos que solos pueden expresar las nociones percibidas por reflexion, los cuales son necesarios por los muchos aspectos de las cosas. Porque aquellas nociones no manifiestan ninguna imagen; ni tampoco ninguna imagen comprende las diversas relaciones bajo de las cuales consideramos las cosas como nos parece.

CXIII. Mas los signos que son de convencion hubieran sido perfectos si se hubiera des-

(1) V. Pau, *Recherch sur les Americ.* t. 1. p. 5.

tinado uno á cada idea simple, otros á las ideas universales, y otros finalmente á las determinaciones que constituyen los individuos: y á la verdad uniendo juntamente y componiendo exactamente estos signos podrian explicarse con distincion todas las cosas (1).

CXIV. De este modo de escribir solo puede usar el Filósofo, esto es, solo el que conozca bien qué ideas simples componen las de las sustancias y nociones, y tambien el que haya observado tanto los individuos que sea capaz de señalarlos claramente. Los chinos le usan, y asi no es maravilla que se aprecie tanto entre ellos el saber las letras (2).

(1) Estos signos pertenecen á la institucion de una lengua universal: otro medio con que podemos llegar á la misma, casi se indicó en los núm. 72. y 82. Véase *Soave Comp. de Lok lib. 3. cap. 9. ap. 2.* el cual refiere los escritores célebres que emprendieron esta institucion. Véase *Leibniz Histor. et comment. characterist. ling. univ. V. Traite de la form. &c. cap. 7. y 8. Memoir da l' Acad de Berl. pour l' an 1774.* Alli parece que Vhiebault se aira contra la institucion no tan dificil ni inútil y mucho menos perniciosa de Michael, como á él le parece de la lengua universal que se formase de aquel primer modo.

(2) El alfabeto tipográfico de los chinos consta de 50000 signos, V. *Memoir. concern. l' hist. &c des chin. par les mision. t. 11.* Mopertuis le aumenta

*

CXV. Esta dificultad ha sido la causa de que casi todas las naciones hayan adoptado aquel modo de escribir con que expresan no los objetos, no las ideas, sino los sonidos de las palabras, al cual decia que se puede llegar por dos caminos n. (108).

hasta 80000. Los del Japon aunque usan de diversa lengua, con todo entienden bien lo que escriben los chinos; tanta verdad es que estos signos no declaran las voces de las cosas, sino los conceptos de ellas. V. Mopert. *en lug. cit.*

LIBRO SEGUNDO.

DEL CONOCIMIENTO HUMANO.

CAPITULO PRIMERO.

Analisis del conocimiento humano.

CXVI. **P**ercibidas las ideas, si el entendimiento compara una con otra, y entiende que se oponen entre sí ó que convienen, las junta ó las separa; cuando las junta, *afirma* una de otra, y *niega* si las separa. Véase aqui lo que es el juicio cuando afirma y cuando niega, y como finalmente pasa á él el entendimiento de la percepcion de las ideas.

CXVII. De esta analisis se manifiesta que para el juicio, aunque sea un acto enteramente simple que junta ó separa las ideas, con todo se requiere que se perciban muchas cosas, esto es, deben percibirse las ideas que se han de comparar recíprocamente, y tambien la conveniencia ó repugnancia que se halla entre ellas.

CXVIII. Esto no se ha de entender de modo como si el separar ó juntar las ideas, esto es, el afirmar ó negar no se hiciera con el mismo acto con que se percibe su conveniencia ó re-

pugnancia : esto todo es una cosa misma , y así no proviene de dos acciones.

CXIX. Así que el juzgar no es otra cosa que percibir la conveniencia ó repugnancia de las ideas. Parece que cuando uno sienta acerca de una cosa que es así, sienta algo mas que si dijera que percibe que es así: de lo cual nacería la diferencia entre el juicio y aquella percepcion. Pero esta diferencia es meramente respectiva, y en uno y otro caso el entendimiento juzga y solamente conoce la relacion de conveniencia ó repugnancia ; aunque en el segundo el juicio solo pertenece á las ideas, y en el primero pertenece tambien á los objetos externos de las ideas.

CXX. Por lo cual el alma cuando juzga solamente entiende, no se extiende tambien á querer (1) aunque tenga la voluntad en pronun-

(1) Lo contrario opina Cartesio *Medit.* 4. y Malebranche *lib. 1. de inquir verit.* cap. 2. que en esto como en otras cosas atiende á su sistema, y obra conforme á él. Véase como impugna Gasendo á Cartesio *tom. 3. oper. in inst. ad dubit.* 3. *in med.* 4. Al presente muchos abrazan la analisis de Lok y opinan que el juicio todo es obra del entendimiento en especial S' Gravesande *Introd. ad phil. lib. 2. cap. 7:* y Clerc. *Log. part. 2. cap. 1.* Aunque Estorquenau *Log. p. 1. c. 8.* y otros llaman á la voluntad el auxilio del entendimiento es á saber para que decida estar percibida aquella conveniencia ó repugnancia y con su decision añada algo á la percepcion.

ciar los juicios, la parte de determinar al entendimiento á prestar atención y dirigirle á un objeto mas que á otro, y aun le mueva á examinar mas ó menos un mismo objeto, y aun haga que á veces adhiera á ideas oscuras y confusas: de donde procede que sean imputables los juicios.

CXXI. Todos nuestros conocimientos consisten en los juicios. Algunas veces el entendimiento ve al instante aquella conveniencia ó repugnancia, otras la deduce de una varia comparación de las ideas. Ve con una simple mirada que el todo es mayor que la parte; pero que el alma es inmortal, lo entiende si compara otras muchas ideas con las del alma y de la inmortalidad. El conocimiento que se sigue á la simple intuición se llama *intuitivo*, el que se adquiere del segundo modo es *demostrativo*.

CXXII. Mas no solamente conocemos lo

Toda esta cuestión la juzgaba inepta con Loc, Condillac, *Art. de pens. part. 1. cap. 8* y nacida del abuso de las abstracciones de que se ha seguido que cualquiera facultad del alma se ha tenido por una entidad distinta del alma, y de las otras facultades. Mas se puede preguntar si el alma cuando juzga percibe solo ó tambien quiere si en esto ejerce una ó dos operaciones aunque no se supongan en el alma aquellas entidades, y sus facultades no se distingan en realidad entre sí, ni del alma. Antes bien el investigar esto será necesario y útil para completar una análisis perfecta de las operaciones del alma.

que distinguimos con aquella simple ó varia comparacion de las ideas; podemos todavía acercarnos á otras fuentes además de la razon por la que se hace aquella comparacion, es á saber, á la conciencia, á los sentidos, á la autoridad. Estas nos descubren muchas cosas, esto es, todo género de hechos y las cualidades de las cosas: por lo que el conocimiento se divide rectamente en *experimental* y *histórico* (1).

CXXIII. Además aquel conocimiento con que percibimos la relacion de conveniencia ó repugnancia es *actual* y es *habitual* aquel con que aprobamos alguna cosa, porque sabemos que ya la hemos conocido.

CXXIV. / Será el conocimiento verdadero, y lo será tambien el juicio si son conformes con sus objetos, si separan las cosas que se deben separar, y se unen las que deben unirse. Mas como los conocimientos y los juicios abrazan algunas veces los objetos externos para que in-

(1) De que adquiramos muchos conocimientos por la historia y la experiencia, no se puede inferir que el conocimiento no consiste siempre en la percepcion de la conveniencia ó repugnancia de las ideas. Asi concluye Leibniz *Nov, ess, lib, 4. cap. 1.* y asi impugna la analisis del conocimiento de Lok, como si no se declarase, vuelvo á decir, por la autoridad y el hecho mismo que las cosas, y por consiguiente las ideas de las cosas convienen ó se oponen entre si.

eluyan verdad, no basta siempre que se acomoden á la naturaleza de las ideas, sino que á veces se requiere que expresen la índole de los objetos. De lo cual se infiere cuando incurren los juicios en falsedad.

CXXV. La verdad del conocimiento se llama en las escuelas *verdad lógica*, siendo objeto de la ciencia á que se ha dado el mismo nombre (1).

CAPITULO II.

De las proposiciones.

CXXVI. Así como proferimos las ideas con palabras, así tambien comprendemos los juicios en proposiciones (2). Mas como cuando juzgamos juntamos las ideas con afirmacion ó las separamos con negacion, por esto la proposicion contiene un pensamiento en que se afirma ó se niega alguna cosa.

CXXVII. Distínguense en una proposicion el *sugeto*, el *predicado ó atributo*, y la *cópula*. El sugeto es la cosa de que se afirma algo ó se niega; el atributo significa la cosa afirmada ó negada, la cópula une el sugeto con el atributo, ó si se le junta una partícula que niega, separa los dos. Por ejemplo en esta proposicion: *la virtud es digna de alabanza*, la *virtud* es el sugeto, *digna de alabanza* es el predicado, el verbo *es*, la cópula. Estos términos no están

(1) *Lok* lib. 4. cap. 1. Condill. *gramm.* p. 1. cap. 4.

(2) V. Arist. de *Interpr.* lib. 2.

siempre expresos sino que uno ú otro está incluido en el que se expresa (1).

CXXVIII. Debe considerarse muy particularmente la *cualidad* y *cantidad* de las proposiciones. Nace esta de la amplitud del sugeto, y es *universal* si lo es el sugeto, y *particular* si el sugeto está limitado por las voces particulares *alguno*, *cierto* y otras semejantes; y últimamente es *singular* si el sugeto es singular ó individuo. A estas se añade la *cantidad indefinida*, es á saber, cuando ni las voces particulares, limitan al sugeto ni le amplían las universales, v. g. *Los hombres son criados*.

CXXIX. Los dialécticos reducen la proposición singular á la universal porque se toma el sugeto de ella en toda su amplitud, y así también la indefinida, si el sugeto tiene *necesario* enlace con el predicado; como en el ejemplo (CXXVIII.); pero si el enlace es *contingente*, se tiene por particular aunque sea posible el caso en que se pueda tomar universalmente: por ejemplo en esta proposición: *los soldados han sido muertos*, lo comun es particular. Pero puede suceder que alguna vez sea universal, y si lo es ó no, lo declaran el genio de la lengua, el caracter del autor, su modo de hablar y las circunstancias.

(1) From *Introd. ad phil. p. 2. c. 6.* cuenta seis partes de la proposición, cuya mayor distinción aumenta la dificultad de las cosas, y no trae conveniencia ni utilidad alguna.

CXXX. Del predicado, del sugeto y de toda la materia de las mismas proposiciones se toma la cualidad de ellas que es de muchos modos. Acerca de ésta bastará observar algunas cosas mas útiles; y en primer lugar que en las proposiciones *negativas* se toma el predicado universalmente y en toda su amplitud, aunque el sugeto sea particular; y en las *afirmativas* se toma en la misma extension que el sugeto, de modo que sea universal en cuanto lo es el sugeto, ó particular si el sugeto es particular. Por ejemplo en esta proposicion negativa: *algun pacto no es injusto*, debe extenderse absolutamente el predicado á toda injusticia; mas en esta afirmativa: *todos los hombres son vivientes*, no tiene el predicado tanta extension que signifique todos los vivientes.

CXXXI. En las proposiciones *disjuntivas* se han de oponer las partes de manera que no admitan medio, por ejemplo: *el mundo ó existe por si mismo, ó es obra de otro*. Cuando se usa de estas proposiciones, es necesario que se afirme una parte y se excluyan las otras; pero pudiendo señalarse otra intermedia ademas de las señaladas, no se afirmaria ó negaria rectamente una parte de las afirmadas ó excluidas. En esto es muy facil equivocarse, porque la enumeracion absoluta de las partes necesita un perfecto conocimiento de las cosas de que se trata.

CXXXII. La verdad de la proposicion *condicional* no depende de la verdad de las partes sino del recto enlace de ellas mismas, porque en

estas proposiciones no se niega una ú otra parte, sino solamente la conexion como en esta: *si el hombre es libre, es criado*. El enlace es a propósito para concluir, cuando sentada una parte, se sienta la otra, ò quitada una se quita la otra.

CXXXIII. Para que las proposiciones *exclusivas* sean verdaderas, se necesita que sean muy bien meditadas, y requieren no poca fuerza y amplitud del entendimiento. Porque ó sientan que algun atributo no conviene á otro sugeto, ó que ningun otro atributo compete á algun sugeto v. g. *sola la virtud es la verdadera nobleza: los irracionales solo estan dotados de la facultad de sentir*. Mas por quanto ni son conocidos de nosotros todos los objetos, ni la esencia primaria de aquel de que se trata, por tanto es difícil determinar esto en las proposiciones exclusivas.

CXXXIV. La oposicion de las proposiciones nace de su cualidad y cantidad; pero principalmente se debe considerar la oposicion *contradictoria* y *contraria*. Resulta la primera, si supuesto el mismo sugeto y el mismo predicado una proposicion afirma y otra niega, y el sugeto es, ó universal en una, y particular en la otra, ò singular en ambas, por ejemplo: *todo bien debe apetecerse; algun bien no debe apetecerse; ó Séneca es sabio, Séneca no es sabio*.

CXXXV. Son las proposiciones *contrarias* si tienen el mismo sugeto y el mismo atributo, y en una y otra el sugeto es universal, y una afirma y otra niega, v. g. *todo bien es apete-*

cible, ningun bien es apetecible.

CXXXVI. Las proposiciones contradictorias no pueden ser ambas verdaderas, ni ambas falsas, sino que precisamente una es verdadera y otra falsa, porque repugna que una cosa sea y no sea á un mismo tiempo. Asimismo es constante en orden á las contrarias, que ambas no pueden ser verdaderas, á no ser que sea verdadero que una cosa sea y no sea; pero pueden ser ambas falsas como en el ejemplo del párrafo anterior (1).

(1) Si alguno me censura sobre esta explicación, como que me he excedido de los justos límites, la puede comparar con lo que los lógicos mas cultos han hablado acerca de las proposiciones, y hallará cuan breve he sido en ella. Muchas cosas vanas é inútiles trataron en lo antiguo los escolásticos haciendo innumerables divisiones de las proposiciones de su forma, materia, cantidad y cualidad; explicado su *conversion*, esto es, la mutacion reciproca del sugeto en predicado, y del predicado en sugeto, y tambien la *equipolencia*, esto es, la reduccion de dos proposiciones opuestas á un mismo sentido. Todo lo cual se omite, porque casi no es de ningun uso en el conocimiento de la verdad, y porque acostumbra el ánimo á un inútil y vano género de disputas. De los lógicos que insinuaba, son principalmente el *Art. de pens. part. 2. Wolffio Risi. sulle forze &c. c. 3. S' Gravesand. Introd. lib. 2. cap. 8. 9. y 10. Clerc. Log. part. 2. Hein, in Element, leg. c. 2.*

CAPITULO III.

De los grados del conocimiento humano,

CXXXVII. Si carecemos de ideas ó no percibimos su conveniencia ó repugnancia, estamos en estado de ignorancia: si razones opuestas y iguales persuaden la una y la otra, ellas se destruyen mutuamente, nosotros nos hallamos en duda (1) y nos abstenemos de juzgar. De suerte que la ignorancia y la duda preceden al ínfimo grado de conocimiento que parece consiste en la *probabilidad*.

CXXXVIII. El conocimiento probable no resulta de la simple intuición ni de la demostración (cxxi.), sino de las razones que aunque no parece que tienen un enlace necesario con la verdad ó con aquel conocimiento, con todo es un enlace que conduce al verdaderamente prudente y docto á la afirmación ó negación.

CXXXIX. Son diversos los grados de probabilidad, mas cualquiera que ella sea, nunca

sec. 2. Defelice *Leçons de log. lez.* 10. Condill. *Gram.*
p. 1. c. 11. §. 12. y 13.

(1) Algunos llaman á esta duda *positiva*; y *negativa* dicen que es cuando no percibimos ningunas razones tanto por una parte como por otra; como si tuvieran otra cosa peor en que colocar la ignorancia.

llega á la *certidumbre* (1) en que está el sumo grado del conocimiento (2). Esta *certidumbre* se considera, ó como está en las cosas, que en sí son ciertas, ó como está en el entendimiento que conoce una cosa con certeza. Tomada del primer modo es la constancia é inmutabilidad

(1) Los que sujetan á cálculo la probabilidad, de cuya opinion son gefes S' Gravesande y Bernouill *in Art. conject.* consideran la certeza como un todo dividido en partes que sean los grados de probabilidad. Y aunque no establecen esto con bastante exactitud, con todo se debe permitir para que se saque mas facilmente la probabilidad de la proporcion que tiene con la certeza. Digo que no está bien dividida en partes la *certidumbre*, porque esto se opone á la nocion de ella, ni se pueden formar estas partes de los grados de probabilidad, pues ésta y la *certidumbre* se diferencian totalmente segun su naturaleza como se diferencian la contingencia y la necesidad. Asi para que la una fuera parte de la otra, deberia ser y no ser á un mismo tiempo lo que repugna. V. S' Grav. *Introd. p. 2. c. 17.* Estorquenau *part. 3. Log. c. 3.* Bonet *Ocuo. col 18.*

(2) Lok establece de diverso modo los grados del conocimiento *lib. 4. c. 2.* por el conocimiento *intuitivo, demostrativo y sensitivo.* Esto estaria muy bien si cada uno se diferenciase entre sí por la certeza, como afirma varias veces en el mismo cap. Pero de la analisis de la demostracion que hace en el §. 7. se conoce claramente que el conocimiento intuitivo y demostrativo llevan consigo igual *certidumbre*, aun-

de las cosas; tomadas del segundo es el estado del entendimiento que asiente á una cosa sin ningun escrúpulo y fuera de toda duda.

CXL. Divídese la certeza en *Metafísica*, *Física* y *Moral*. La *Metafísica* dimana de la naturaleza de las cosas, y es absolutamente inmutable en tanto grado que su opuesto sea del todo imposible; así es cierto por la esencia del círculo que los radios tirados del centro á la periferia sean iguales. La certidumbre física estriba en las leyes de la naturaleza y en el orden del universo, y es una cosa cierta en la hipótesis que permanezcan las mismas leyes y el mismo orden. Ultimamente la certidumbre moral se confunde las mas veces con la probabilidad, y muchas decimos que es moralmente cierto aquello que siguiendo las leyes de la prudencia humana se suele tener por verdadero; sin embargo del testimonio ó autoridad de los hombres nace esta

que no igual evidencia. Pues no siendo la una mayor que la otra no se distinguen por grados mutuamente, sino que solo se diferencian en el modo y facilidad con que las adquirimos nosotros. Mas no es esta sola la diferencia que se halla entre el conocimiento sensitivo y los otros dos (CXXIII.) sino que aquel es inferior en certidumbre, porque la certeza del conocimiento intuitivo y demostrativo es necesaria; mas la del sensitivo, contingente; diferencia que se advierte mucho mejor dividiendo en tres especies la certidumbre.

certidumbre moral que sea certidumbre de nombre verdadero, y se llama moral, porque está fundada en las leyes del órden moral.

CXLI. Estos diversos géneros de certidumbre no son del todo iguales, sino que la certidumbre metafísica considerada tanto en las cosas como en el entendimiento excede á la física y á la moral, porque es absoluta é inmutable enteramente; las otras son hipotéticas y contingentes, y lo que es cierto de este segundo modo no repugna que no sea, y así tiene menor certidumbre que aquello que entendemos que absolutamente no puede ser.

CXLII. Las cuales cosas declaran suficientemente las causas de la certidumbre tomada en sí misma. Mas el que nosotros estemos ciertos se ha de atribuir á la *evidencia*. Estamos ciertos vuelvo á decir de alguna cosa, porque percibimos evidentemente que es de aquel modo. La evidencia, ó está en las cosas, si pueden conocerse con la simple intuición del entendimiento, ó en el entendimiento cuando entiende con evidencia alguna cosa. Cual sea esta afección del entendimiento lo conocemos si nos consideramos en cierto modo á nosotros mismos cuando la experimentamos; es como una luz que alumbra al entendimiento, que le conduce al asenso, y con que disipamos toda duda. Y véase aquí como se diferencia de la certidumbre.

CXLIII. La evidencia, la certidumbre, la probabilidad, la duda y la ignorancia son rela-

tivas á los sujetos que entienden; y puede suceder, y aun sucede muchas veces, que á algunos les parecen ciertas ó probables las cosas que para otros son dudosas y aun desconocidas.

CXLIV. A la evidencia llegamos unas veces inmediatamente, otras mediatamente, esto es, conocemos evidentemente una cosa atendiendo solo á ella ò comparándola con otras, si no es mas clara por sí misma: aquella se llama evidencia *inmediata*, ésta *mediata*.

CXLV. Además alcanzamos la evidencia como los conocimientos (CXXXII) con el sentido íntimo por medio de la razón, con el uso de los sentidos, últimamente con la autoridad. De aquí nacen tres especies de evidencia, *Metafísica*, *Física* y *Moral*. Estas denominaciones de la evidencia se hallan sumamente exactas si se atiende á sus fuentes, á los objetos y á la certidumbre adquirida. La fuente de la evidencia que se llama metafísica es la razón, su objeto lo inteligible, y la certidumbre que produce, la metafísica. La evidencia física se deriva de la experiencia así interna como externa, de la que solo puede resultar una certidumbre física y un conocimiento de existencia, ó como dicen de hecho. Últimamente de la autoridad procede la evidencia y certidumbre moral. (CXL) (1).

(1) V. Condillac *Art. de raison lib. 1.* Aunque omite la cuarta fuente de la evidencia, con todo en el lib. 4. cap. 2. sienta que la sustancia de los he-

CXLVI. La evidencia en cuanto existe en el entendimiento algunas veces se opone á la evidencia, porque no todo lo que es evidente y cierto para nosotros es tambien verdadero en sí mismo, sino sólo aquello que se conoce con evidencia y de cierto por el recto uso de la razon. Se ha de examinar pues con cuidado y diligencia como hemos llegado á la evidencia y certidumbre, y seguramente hallaremos que de dos opuestas la una fue evidencia falaz.

CXLVII. Mas si parece que la evidencia metafísica se opone á la física, debemos sobre todo inquirir y examinar acerca de la primera si es veraz, y si nos constare esto, la física se ha de posponer á la metafísica, y determinar que con aquella somos engañados ó que se han suspendido ó mudado las leyes de la naturaleza.

CXLVIII. Ultimamente si hubiere oposicion entre la evidencia física y la moral, sujétese á examen una y otra, y se hallará claramente que la evidencia moral va junta con algun error cuando estamos en una evidencia física contraria: y asi si no hubiere escrúpulo alguno acerca de esta, se debe anteponer á la otra (1). Luego

chos se puede persuadir con aquella certidumbre que se acerque tanto á la evidencia que no se pueda dudar de ella.

(1) Nadie infiera de aquí que nunca puede tenerse evidencia moral de los milagros; porque los milagros convienen tambien en la evidencia física res-

de la evidencia á la verdad no siempre es recta la ilacion, puesto que no siempre la conseguimos rectamente; pero si concurren dos evidencias, ya hemos dado la regla sobre la que nos debe constar para que excluyamos la otra.

CAPITULO IV.

Del conocimiento probable.

CXLIX. Lo que se ha conocido probablemente no es del modo con que ha sido conocido y de necesidad, sino que puede ser de un modo enteramente opuesto (CXXXVIII). Y asi la probabilidad, cualquiera que sea, no quita todo escrúpulo; pues viendo el entendimiento que lo probable puede ser absolutamente falso, con razon podrá tambien no quedar enteramente sosegado con ello (1).

pecto de aquellos que constituyen la certidumbre moral siendo patentes á sus sentidos; mas respecto de aquellos para quienes deben ser moralmente ciertos, son fuera de la experiencia mas no contra ella. Pero de esto se hablará en su lugar.

(1) Asi como el entendimiento se aquieta con la evidencia, asi tambien necesariamente con la probabilidad, dice Bonet *l. 18. op. pag. 281* siendo imposible que el entendimiento no perciba ó juzgue dudoso lo que percibe como probable. Aunque esto sea absolutamente verdadero, con todo no prueba la

CL. Los conocimientos son probables intrínseca ó extrínsecamente, los primeros se fundan en razones, los segundos en autoridad. Los que hacen autoridad, se mueven por alguna razón ó por ninguna, si lo segundo no nace de ellos ninguna probabilidad; pero no así, si lo primero. De una y otra probabilidad son principio las razones, pero con esta diferencia que constituyen la intrínseca próximamente, y la extrínseca remotamente (1).

CLI. Las cosas no son probables en sí mismas, sino solo para nosotros; esto es, son probables los conocimientos. Porque todo lo que es, es de algun modo, y las cosas y las ideas tienen necesariamente conveniencia ó repugnancia entre, sí, siendo imposible que no tengan ni una ni otra ó que tengan las dos juntamente. Pues aquella conveniencia ó repugnancia que hay entre ellas algunas vez es conocida de nosotros probablemente

proposición porque este otro juicio se compone muy bien con el juicio probable; esto es, que la cosa conocida probablemente pueda ser de distinto modo del que ha sido conocida, lo cual destruye enteramente la adhesión del entendimiento.

(1) La definición de lo probable que enseñó Aristóteles *Top. 1. c. 1.* solo conviene á la probabilidad extrínseca, pues dice así: *Probabilia autem sunt, quæ videntur omnibus, aut pluribus, aut sapientibus, et his vel omnibus, vel pluribus, vel maxime familiaribus et probatis.*

te, y la cosa viene á ser probable respecto de nosotros.

CLII. El conocer las cosas de este modo proviene de la cortedad de nuestro entendimiento y de que las ideas son muchas veces demasiado compuestas é inadecuadas, porque ¿cómo puede suceder que el entendimiento muy limitado vea claramente las relaciones en especial de todas las ideas?

CLIII. Como las ciencias matemáticas se ejercitan en ideas distintas y adecuadas, no nos suministran conocimientos probables, sino ó ningunos, especialmente si faltan las ideas medias necesarias para la demostracion, ó ciertos, si las ideas estan dispuestas en aquella serie que se requiere para la demostracion, ó finalmente falsos si la serie está perturbada. En este sentido podrian parecer probables en cuanto las mas veces estan apoyados en una hipótesi probable; pero hecha la hipótesi, usan los matemáticos de un raciocinio con que demuestran claramente sus proposiciones. Por lo cual los conocimientos en cuanto son adquiridos con el auxilio de las matemáticas, siempre pasan mas adelante de la probabilidad.

CLIV. De la posibilidad no nace la probabilidad. Lo que es probable debe ser posible; de otra manera seria absurdo: mas lo que solamente es probable no contiene grado alguno de probabilidad, porque lo que se opone á lo probable tambien es posible (CXLIX.), y lo que se opone á lo probable es improbable; luego recae tambien

la posibilidad sobre lo improbable, luego no causa la mas mínima probabilidad.

CLV. Por lo cual es necesario que á la posibilidad se agreguen razones de las cuales la cosa que puede ser se infiera probablemente que es. Esta ilacion no debe establecerse por una ú otra razon, sino que se han de investigar y recoger con mucho cuidado todas cuantas se pueden discurrir. Examínese la fuerza y número de las razones, y comparadas juntamente determínese acerca de la mayor ó menor probabilidad.

CLVI. Más para determinarla no se debe atender solo á las razones, sino tambien á las dificultades; pues como aquellas aumentan la probabilidad, así las dificultades la disminuyen. Aquella cosa pues será probable á favor de la cual hay razones que no se destruyen por el peso de las dificultades; aquella será mas probable que se persuade con mas razones y mas fuertes, ó que puestas iguales razones por ambas partes es combatida con ménos dificultades y mas débiles.

CLVII. Las probabilidades opuestas y iguales se destruyen mutuamente, y entònces nace la duda (cxxxvii). La probabilidad menor queda deshecha por la probabilidad mayor opuesta (1), como sucede en las fuerzas opuestas y desiguales;

(1) Esto lo niega Maco *in Hist. Log. p. 2. c. 2.* aunque en el mismo cap. enseña que se debe suspender el asenso, y dudar cuando las razones son iguales por ambas partes.

mas la que es mayor, se disminuye tanto cuanto es la fuerza de la probabilidad menor.

CLVIII. Mas de tal modo es destruida la probabilidad menor por la mayor opuesta, que primeramente se desvanece y se convierte en improbabilidad. Porque las dos probabilidades en cuanto son iguales, se destruyen mutuamente y quedan en dudosas; pero el exceso de la una sumerge á la otra debajo de la duda, y le hace improbable.

CLIX. Improbable es aquello que se impugna á lo menos con alguna razon. Y asi la probabilidad y la improbabilidad proceden de la duda como de cierto punto, pero se separan á partes contrarias, y cuanto aquella se acerca á la certeza si se aumenta, tanto se arrima esta si se disminuye á la ignorancia.

CLX. La razon que impugna y por la cual se hace una cosa improbable, no debe ser tal que tenga ó nos parezca que tiene una conexion necesaria con la verdad y con la cosa impugnada. La que fuese de esta naturaleza no haria ver que la cosa era improbable sino falsa; pues asi como la probabilidad es distinta de la verdad, asi tambien lo es la improbabilidad de la falsedad.

CAPÍTULO V.

De la realidad de los conocimientos.

CLXI. Cuando abrazamos dos ó mas ideas con el entendimiento, y tenemos percibida la conve-

niencia ó repugnancia de ellas, llegamos al conocimiento *real*, esto es, al conocimiento que efectivamente tenemos, no que parece tenemos aunque no le tengamos. Cuando estamos en este último estado, el conocimiento es *quimérico*, esto es ninguno, y se opone al real; así sería, por ejemplo, el que mirase al número infinito ó al movimiento mas veloz de todos, las cuales dos cosas no pudiendo concebirse ni existir, podemos creer que acerca de ellas conocemos algo, pero en la realidad nada conocemos.

CLXII. Mas la realidad de los conocimientos permanece segura y estable, aunque el objeto de ella no sea existente; basta que sea real, esto es, á lo menos posible (ix), al cual si entendemos que algo le conviene ó le repugna, seguramente conocemos tambien algo. Ya pues lo posible no es la nada, en lo cual se diferencia de lo imposible, antes bien de tal manera es, que no ha podido menos de ser. ¿Pues por qué negaremos que son reales los conocimientos que pertenecen á los posibles?

CLXIII. ¿Por ventura, no serán reales los conocimientos si no son conformes á su objeto? Sí lo serán, aunque no serán verdaderos. Serán reales, vuelvo á decir, pues se podrá percibir la relacion de las ideas sin que sea conforme á ellas; mas no verdaderos, pues la verdad de los conocimientos consiste en aquella misma congruencia ó conformidad. Y si no se confunde la verdad con la realidad, podrá alguna circunstancia quitar la verdad del conocimiento, mas no por eso destruir tam-

bien su realidad (1).

CLXIV. Por último, acerca de la realidad de los conocimientos se ha de advertir, que ninguno absolutamente se puede decir arbitra-

(1) Lok *lib. 4. cap. 4.* establece que se obtiene la realidad de los conocimientos cuando las ideas corresponden á las cosas. ¿Pues supuesto esto, qué será la verdad de ellos? ¿Cómo se distinguirá de la realidad? Pregunta además acerca de cada género de ideas si tienen aquella congruencia con las cosas, y sienta en primer lugar que la tienen las ideas simples, porque no las puede producir el entendimiento, y son efectos necesarios de las cosas que obran en los sentidos. Así también las ideas complejas de las nociones, porque como son formadas por nosotros, y no se refieren á ningún original, no pueden menos de ser conformes á sí mismas. Y en fin las ideas de las sustancias si se diferencian de sus ejemplares, carecen también de realidad. Mas dice Lok de las ideas simples, solo prueba que su objeto es existente. Pero las ideas de las nociones se refieren á las relaciones y naturaleza de las cosas, la cual debemos advertir para que no formemos nociones imperfectas y absurdas. Y así es necesario que convengan á la misma naturaleza y relaciones para que en la sentencia de Lok sea real el conocimiento acerca de ellas. Últimamente si conocemos las sustancias bajo de otra razón diversa de la que son, nuestro conocimiento de ellas será vicioso y aun falso, pero nunca ninguno como debería ser para que no fuese real.

rio; de esta naturaleza no son ciertamente los que pertenecen á las cosas existentes, pero los demas tienen un objeto á lo menos posible, el cual es necesario y no pendiente del arbitrio. Por lo cual está en nuestra mano aplicar el ánimo á estos conocimientos mas bien que á los otros; mas no estan del mismo modo en nuestra potestad los mismos conocimientos, esto es, las posibilidades de las cosas.

CLXV. Pero aunque la realidad de los conocimientos no exija la existencia de los objetos en que se ejerciten, veamos sin embargo cuales son aquellos cuyo objeto se tiene con razon como por existente. En lo cual los conocimientos siguen la suerte de las ideas, esto es, pertenecen á los objetos existentes si las ideas en que se contienen representan un objeto de esta naturaleza.

CLXVI. De las ideas que entran por los sentidos todos los objetos son existentes, pues requieren que tales objetos obren en los sentidos; pero las ideas que nacen de la reflexion ó se deducen de la consideracion de nosotros mismos, ó de que meditamos la naturaleza de las relaciones de las cosas; otras tienen su origen de la abstraccion, otras finalmente de la facultad con que unimos ideas diversas á un mismo tiempo.

CLXVII. Entre los géneros de ideas adquiridas por la reflexion, el primero es necesario que tenga ejemplar existente, porque aquellas cosas que experimentamos y se hacen en nosotros sin duda existen, y esto lo advertimos cuando nos exami-

namos á nosotros mismos. Asi las ideas que se adquieren de observacion de nosotros mismos se sacan de las que existen.

CLXVIII. Pero cuando aplicamos atentamente el ánimo á la naturaleza, cualidades y relaciones de las cosas, formamos muchísimas nociones éticas y metafísicas, esto es, nociones de los modos mixtos (xxxvii y xxxviii.) que las mas veces pertenecen á cosas existentes (1) y se hallan en las cosas, en los afectos, en las acciones, es á saber, en aquellas que cuando las observamos nos dan las dichas nociones.

CLXIX. Las ideas abstractas y universales son sacadas de las que existen, tienen su fundamento en cosas existentes, pero con todo su objeto no existe á lo menos del modo que se concibe abstracta y universalmente. Importa mucho distinguir estas dos cosas, y se manifiestan con claridad con solo repasar ligeramente la generacion de estas ideas.

CLXX. Esto mismo por lo comun milita en orden á las ideas que componemos de otras percibidas por los sentidos; las componentes tienen objeto distinto de ellas y existente; mas las compuestas representan aquel que es diverso de los objetos de las ideas componentes, y que á nosotros nos agradó imaginar.

CLXXI. Asi que los conocimientos que miran á los objetos conocidos inmediatamente por los sentidos todos deben referirse á cosas existentes, y solo

(1) V. Lok lib. 2. cap. 22. §. 9.

algunos de aquellos cuyo objeto se ha percibido por la reflexion, porque el objeto de estas ideas resulta algunas veces de la separacion ó composicion de ellas, el cual solo tiene existencia en el entendimiento que las une ó separa.

CAPITULO VI.

De la extension de los conocimientos humanos.

CLXXII. Si los conocimientos humanos se comparan con las cosas ; cuán inmensa distancia hay de los unos á las otras ! Aquellos se contienen dentro de unos estrechos límites, pues no se extienden mas allá de las ideas concebidas en el entendimiento ; y las ideas que nosotros percibimos son tan pocas, que apenas pueden compararse con la inmensa multitud de las cosas.

CLXXIII. ¡ Pero ojalá que conociéramos todo cuanto percibimos por las ideas ! Pues no tendríamos todavía que estrechar los límites de nuestros conocimientos , los cuales no pueden dilatarse mas allá de la percepcion de la conveniencia ó repugnancia de las ideas.

CLXXIV. No de un solo modo se nos manifiestan estas relaciones segun queda ya observado (cxxi.) Es poco frecuente el verlas intuitivamente ; mas las que se pueden ver con demostracion por el entendimiento humano no siempre las vemos enteramente , y las que quedan desconocidas exceden infinitamente á las otras.

CLXXV. Lo cual debe tomarse de dos capítulos, es á saber, por qué nos ejercitamos muchas veces en ideas oscuras y confusas, y por qué no siempre tenemos prontas las ideas con que comparemos aquellas, cuya relacion buscamos para sacar en limpio esta misma relacion. Mas si no somos capaces de disponer las ideas de modo que proceda de ellas la relacion ignorada, renace una nueva causa de que rara vez alcancemos lo que se debe afirmar ó negar acerca de las ideas.

CLXXVI. Asi de aquellas ideas que son claras y distintas se descubren algunas relaciones y algunas mas si son adecuadas, con tal que las queramos examinar con cuidado y podamos compararlas con otras; pero si son oscuras, se ha de trabajar primeramente y poner todo el conato en orden á las mismas ideas en que de oscuras pasen á ser distintas.

CLXXVII. Mas no solo es capaz el entendimiento humano de aquellos conocimientos que alcanza con la simple ó varia comparacion de las ideas; todavía le suministra otros el sentido íntimo, la experiencia y la autoridad (cxxxii.); pero de suerte que son muy inferiores al número de las cosas.

CLXXVIII. En primer lugar el sentido interior no manifiesta todas las cosas que experimentamos, y aun de las que le pertenecen quedan todavía muchas por conocer. La experiencia abraza en todo poquísimas, ni de ellas descubre lo íntimo y mas recondito. ¿Cuántas cosas hay que

nos estan negadas por la distancia de los lugares y tiempos? ¿Cuántas que no nos hallan desocupados de negocios, que se ofrecen juntamente con otras muchas, y que por lo mismo no las podemos examinar con experimentos?

CLXXIX. Ultimamente la historia no puede describir todas las circunstancias que miran á los sucesos; rara vez en la relacion de estos lleva por norte la verdad; de las historias han perecido muchísimas, unas se oponen á otras, otras se hallan viciadas, y estando envueltas en los mismos defectos todas las cosas que se refieren á la autoridad, tambien en este género está limitada á muy estrechos términos la copia de nuestros conocimientos.

CLXXX. Mas para que se vea por otro aspecto á quanto se estiende esta copia, reduzcamos á ciertos capítulos todo quanto puede investigarse y conocerse, y veámos en cada uno qué es lo que podemos conseguir.

CLXXXI. En las cosas pues se examina, si son cuales ó cuantas son, qué relaciones tienen, qué hacen, y de qué modo (1). De éstas parti-

(1) Lok lib. 4. cap. 3. reduce á cuatro clases todos los conocimientos, es á saber, conocimiento de *identidad* y *diversidad*, conocimiento de *relaciones* conocimiento de *coexistencia*, y últimamente de *existencia*. En cuya division parece que hay el defecto, de que el conocimiento de *identidad* y *diversidad* contiene el de *coexistencia*, y al contrario. Y que

cularidades unas son conocidas, muchísimas desconocidas, y finalmente muchas tales que nunca se pueden entender.

CLXXXII. Tratemos ahora de cada una en particular. Los caminos que se dirigen á todo el conocimiento de la existencia son muchos: primeramente la intuición del entendimiento con que nos consta nuestra propia existencia, despues el raciocinio con que manifestamos la existencia de Dios, en tercer lugar la facultad de sentir, y los juicios de la razon, por donde estamos ciertos de la existencia de los cuerpos; últimamente la analogía y la induccion por la cual inferimos que existen otros espíritus.

CLXXXIII. Mas aunque en este punto podemos valernos de tan varios instrumentos con todo ignoramos la existencia de muchísimas cosas. Ciertamente la multitud de los cuerpos es inmensa; quizá tambien la de los espíritus; pero en estos géneros universales de cosas solo sabemos que existen las almas de los hombres, los demas espíritus los creemos por la fe: vemos existentes algunos cuerpos que miran á la superficie de este globo terráqueo no registrada todavía toda, y admiramos algunos de aquellos cuerpos celestes

el conocimiento de las relaciones es el supremo género de conocimientos que los comprende todos. Puesto que como él mismo sienta cualquier conocimiento ha de consistir en la percepcion de la relacion de las ideas.

sin distinguir cosa alguna de las innumerables que en ellos se contienen.

CLXXXIV. Pero cuando respecto de las cosas que son y nos constan preguntamos cuáles son; no nos paramos muchas veces, no andamos á ciegas? No alcanzamos absolutamente las esencias primarias é interiores de las cosas, de las cuales dimanando todas las propiedades no podemos arrogarnos con razon el no ignorar alguna de ellas: antes bien sentamos rectamente que muchas no han sido todavía descubiertas, porque ya las procure la industria, ya las ofrezca la casualidad, cada dia se descubren nuevos atributos de las cosas observadas.

CLXXXV. De lo cual no se ha de inferir, que nuestro conocimiento de las cualidades no pueda ser mayor que donde alcanzan los experimentos y observaciones inventadas; se dilata tambien con la razon, especialmente si nos ocupamos en cosas matemáticas y metafísicas, cuyas propiedades adquirimos con el auxilio de la razon cuando examinamos con el entendimiento el primer atributo que se declara en el primer concepto de ellas, del cual podemos pasar á ver otros atributos.

CLXXXVI. Mas no siempre es tal el primer atributo que se manifiesta, que de él nazcan todos los que tienen la cosa ó conocemos de ella. En primer lugar nos consta ya que hemos de rezelar siempre (cxxxiv.) no quede por conocer algun atributo; y sucede muchas veces que del

atributo que creemos primario no dependan todos los demas que conocemos, y otras solo sabemos que hay en las cosas ciertos atributos, sin que veamos su conexion.

CLXXXVII. La ciencia de las cuantidades se ha adelantado mas que las otras por los modernos, lo que debe atribuirse á la perfeccion de las ideas en que se emplea y de los signos de que usa, porque contienen los lineamentos de las ideas, y las determinan y expresan con brevedad. Mas por faltar algunas veces aquellos signos en las cosas algebraicas, y las ideas medias en las matemáticas, vemos todavía con sentimiento que se ignoran muchas cosas acerca de las cuantidades.

CLXXXVIII. Las relaciones, feracísimo campo de conocimientos son absolutamente innumerables, y no faltarán jamas á la sagacidad y estudio de encontrarlas. El género mas amplio de ellas es el que pertenece á todas las ideas, pues todas se refieren á otras de manera que ó convienen con ellas ó répugnan, en el exámen de cuyo género de relaciones experimentamos la debilidad del entendimiento humano (CLXXIV).

CLXXXIX. Hay además otras relaciones que pertenecen á las cosas de un modo propio y peculiar, de las cuales es infinita la variedad y multitud como insinuaban en su lugar (XLII. y sig.) Dos de estas contienen una mediana fuerza de conocimiento, es á saber, la relacion de la causa y el efecto y la de la cosa al fin. De la primera todos los filósofos confiesan que las verdaderas

causas son absolutamente ocultas, y que nosotros solo podemos conocer la dependencia de un efecto de otro. (Lx. not.) Mas el conocimiento de los fines es mucho mas corto. Alcanzamos sí, aquel primero y comun á todas las cosas, es á saber, la admirable fábrica y conservacion de este universo; mas los fines propios y peculiares de las cosas ni aun podemos adivinarlos y solo conjeturamos apenas aquellos que estan señalados á las partes de algunos individuos.

CXC. Pues si paramos la consideracion en el último género de conocimientos, conocemos que nos hallamos en la mayor ignorancia. Las mas veces no podemos definir si las cosas padecen ó hacen; menos alcanzamos de qué manera obran ó padecen: es incomprendible la naturaleza de las fuerzas y la íntima índole y estructura de las cosas, á la cual conviene siempre la accion en razon de las fuerzas (1).

CXCI. Hasta aqui he formado un breve diseño de la extension de los conocimientos humanos que pudiera aumentarse si los hombres quisiesen dedicarse á esto con todas veras, y si todo el estudio y trabajo que emplean en defender sus sistemas y opiniones en que estan embebidos le dirigiesen á tan excelente objeto (2): bien que muchas cosas exce-

(1) V. la Introd. desde el n. 66. hasta el 73.

(2) Qué camino se haya de seguir y qué medios deban emplearse para ensanchar los límites de nuestros conocimientos no pertenece declararlo y explicarlo en este lugar; pues se trata largamente toda esta materia en el lib. 3.

den absolutamente la capacidad humana, y ponen los límites necesarios al conocimiento de los hombres (1).

CAPITULO VII.

De los impedimentos ó estorbos de los conocimientos humanos.

CXCII. Los estorbos que puede tener el hombre para adquirir conocimientos dimanar sin duda de aquellas causas de que nacen la ignorancia y los errores. Estas causas son innumerables, y no son ciertamente las mismas para todos los hombres y en todos los tiempos, y aun son mas diferentes respecto de cada una de las naciones. Pero todas se reducen á dos muy facilmente; la primera de las cuales consiste en la cortedad del entendimiento humano, y la segunda en el malo ó ningun uso y esfuerzo de la razon.

CXCIII. No es en todos la misma la cortedad y debilidad del entendimiento, mas á todos ocasiona falta de ideas y estorba el que veamos siempre las relaciones de ellas. Cuánta escasez de ideas padecemos, y cuán limitado es el conocimiento de las relaciones, ya queda indicado en el capítulo anterior. Mas es patente que la falta de ideas y la impotencia de descubrir sus rela-

(1) V. Lok en el lug. cit. Leibniz *nov. ess. lib. 4. cap. 3.*

ciones se cuenta justamente entre los principales estorbos de los conocimientos humanos. Porque ¿quién ha de sobresalir en conocimientos sino percibe las ideas que son como la materia de ellos, ó sino alcanza las relaciones en que consiste los conocimientos?

CXCIV. Las cuales cosas declaran que el entendimiento humano no puede expeler enteramente toda especie de ignorancia. Nos cubrimos mas de ella sino ejercitamos la razon que nos ha sido concedida, si usamos mal de ella, y sino procuramos mantener este don divino de la razon, de suerte que nos produzca abundantísimos frutos. Y así se ha de desterrar todo descuido y pereza, y desear que así como hemos nacido para el conocimiento de la verdad, así tambien seamos educados y enseñados á este mismo fin (1).

CXCV. Lo que mas nos aparta del conocimiento son los errores, esto es, aquellos juicios que, ó en las cosas de que se forman, ó por el modo con que se forman son falsos. Lo primero debemos limpiar de ellos el entendimiento, y despues poner en obra aquellos medios que nos lleven al conocimiento porque todavía es peor el error que la ignorancia.

CXCVI. Mas siendo propio de nuestra obligacion poner siempre la mira á que el entendimiento se libre de errores y se disponga para conocer (puesto que es nuestro asunto dirigirle

(1) *Qui cupit aptatam curs. cont. &c.*

y enmendarle) no se han de amontonar en un lugar todas las cosas que pertenecen á este objeto, sino que se deben explicar como se ofrezcan naturalmente. Así se hace el tratado mas fácil y mas fecundo, y se expone con claridad por qué, de qué modo, á qué conocimientos ó errores nos conduce cada causa, y se percibe tambien el uso de los medios con que hemos de adquirir unos y abstenernos de otros. Todas las cuales cosas no se pueden tratar completamente en un lugar determinado, y aun cuando se pudiese se debería repetir lo que se hubiese enseñado ya, ó anticipar lo que debía enseñarse despues.

CXCVII. Importa pues describir sumariamente ante todas cosas las causas de los errores y de la ignorancia, esto es, los estorbos, nuestros conocimientos, para que se vean de una sola mirada; y siendo absolutamente imposible referirlas todas (CXCVIII.) pondré á la vista solo las principales que pertenecen á la flaqueza del entendimiento y al ninguno ó mal uso de la razon, omitiendo las que no pertenecen á todo el género humano, y las que no reinan ya en nuestro tiempo (i).

(i) Los impedimentos de las ciencias que refiere Bacon de Verul. *in nov. org. ab Aph. 78. usque ad 95.* casi todos se refieren á los tiempos anteriores á él; y asi se dilata en señalar las causas por las cuales se han atrasado los adelantamientos de las ciencias hasta su tiempo. Mas habiéndose desvanecido, gra-

CXCVIII. Del abuso pues de las palabras y de la imperfeccion de las ideas nace una gran parte de la ignorancia y de los errores (Lib. 1.), la cual se aumenta extraordinariamente por otras causas, es á saber, por los vicios de la infancia, por los afectos, por el espíritu de partido, por el amor ciego de la antigüedad ò de la novedad, y por la ligereza é inconstancia y defectos de la voluntad.

CXCIX. Mientras estamos todavía en la puericia, aunque nos falta la madurez para juzgar con todo por la debilidad de nuestro ingenio, y porque los impulsos de los objetos mas vivos por la ligereza del cuerpo nos mueven enteramente, no hay cosa que mas rehusemos que suspender el

ciencia á Dios, la mayor parte de estas al presente pertenecerá al erúdito, no al lógico, el hacer mencion de ellas. *Cartesio medit.* 4. habla de las causas de los errores segun sus principios, y todas las reduce á este punto; que nosotros nos engañamos porque juzgamos de cosas que no percibimos clara y distintamente. Malebranche en sus libros de oro de *inq. ver.* trata con mas cuidado de los errores y los remedios de ellos, manifestando como somos inducidos á error principalmente por los sentidos por el entendimiento *puro*, por la imaginacion, por las pasiones y las inclinaciones. Finalmente *Condill. traité des connois. hum.* juzga que el verdadero origen de los errores consiste en que las mas veces nos ocupamos en ideas no bien determinadas, y en que usamos de voces ambiguas.

juicio; decidimos de todas las cosas que hacen impresion en nuestros sentidos; tenemos por muy verdaderas las cosas que oímos ó que entendemos mal, especialmente cuando las recibimos de aquellos que tienen autoridad para con nosotros. Por la larga costumbre y por ignorancia del origen de estos juicios creemos que hemos sido conducidos á ellos por persuasion ó impulso de la naturaleza, ó por mejor decir, los creemos nacidos con nosotros por naturaleza; por lo cual es sumamente difícil arrancarlos de nuestros ánimos, y no podemos sufrir que se nos pongan en duda. Guiados pues por la edad, no por la razón ni por la índole de las cosas, de tal manera asociamos unas ideas á otras, y de tal modo nos complacemos y movemos por ellas, que con mucha dificultad las esperamos despues entre sí y de aquellos afectos del ánimo.

CC. Mas entre todas las cosas ninguna hay mas apropósito para producir errores que los afectos y los deseos (1). Estos enflaquecen y distraen el vigor de la atención y meditación, muchas veces impiden las facultades intelectuales, apagan el amor de la verdad, pervierten los juicios y echan á la razón de su domicilio. Es á

(1) *Animis omnes tenduntur insidiæ: ab ea quæ penitus in omni sensu implicata insidet imitatrix boni voluptas, malorum autem mater omnium.* Cic. de leg. 1. cap. 17.

saber, la razón obedece donde reinan los afectos. Las pasiones se difunden muchísimo por las cosas históricas, y de ellas nacen principalmente los errores perjudiciales á la religion y á la doctrina de las costumbres (1).

CCI. El amor, autor de la ligereza, la conveniencia, la utilidad, el deleite son causa de que nos engañemos en todas aquellas cosas en que nos lisongean. Juzgamos verdaderas las cosas, nuestras ó de nuestros amigos, las estimamos, las ponderamos, de las ajenas murmuramos, en los enemigos nada aprobamos, todo lo que es de ellos lo menospreciamos y lo desechamos como falso. Por ódio de la persona ó de la secta condenamos á los que no hemos oido; por deseo de gloria y de pasar por eruditos decidimos de lo que ignoramos. Si somos sobrecojidos del temor, fingimos portentos y los creemos con facilidad, y admitimos tambien con gusto lo que deseamos ó esperamos con vehemencia; la demasiada alegría nos impide que nos apliquemos seriamente á las cosas; cualquier afecto nos arrastra á la precipitacion, esto es, á decidir de las cosas segun nuestro an-

(1) ¿Por qué se nos representan con tanta evidencia las demostraciones matemáticas? ¿Por qué nadie las contradice? Concedo que esto se debe atribuir principalmente á la perfeccion de las ideas en la cual sobresalen; pero juzgo que nace tambien de que tratan de objetos que no mueven de ningun modo los afectos humanos.

fojo, y no por conocimiento ò examen de ellas (1).

CCII. Los que están adictos á ciertas opiniones ó sistemas, desestiman todos los demas, y por el espíritu de partido que los mueve sostienen como lo mas sagrado sus propios pareceres contra la verdad; todo lo que les favorece tienen por absolutamente cierto, lo veneran como cosa sagrada; pero lo que se les opone no lo aprecian en un cabello, y caen precipitados en errores sistemáticos.

CCIII. Pues la veneracion servil de la antigüedad y el amor excesivo de la novedad, son como dos escollos en que los mas vienen á zozobrar. Los unos únicamente celebran á los antiguos, gritan que ellos lo vieron todo con la mayor perspicacia, enseñan que á los antiguos se ha de recurrir únicamente, y que solo de sus fuentes se debe beber. Por el contrario los otros nada afectan ni siguen mas que la novedad, y mientras desechan las cosas antiguas, suministran nuevos errores; inquietos, ambiciosos, soberbios se inflaman con el deseo de cosas nuevas, al cual no pudiendo corresponder sus facultades cuando afectan sustituir sus cosas á las antiguas, todo lo

(1) *Plura multo homines judicant odio, aut amore, aut cupiditate, aut iracundia, aut dolore, aut lœtitia, aut spe, aut timore, aut errore, aut aliqua perturbatione mentis, quam veritate, aut præscripto, aut juris norma aliqua, aut judicii forma, aut legibus.*
Cic. *de orat.* 1. 2. c. 42.

mezclan, corrompen aquellas, las hacen peores y no traen otras nuevas que sean buenas.

CCIV. Unos y otros se dirigen á dos extremos opuestos que se deben evitar con el mayor cuidado: es á saber, no se ha de formar juicio de las cosas por su novedad ó antigüedad. Descuidáronse alguna vez los antiguos, y no poseyeron todo el reino de las ciencias y artes; los modernos aunque se deslizan alguna vez, con todo eso han puesto sus conatos, no sin utilidad en acrecentar y perfeccionar a aquellas ciencias en que el ingenio humano puede emplearse con alabanza, y que consisten por la mayor parte en la experiencia y la observacion. Y así de todos se ha de tomar lo que tienen de útil y provechoso. Pero con mas dificultad se desecha el capricho de la novedad con que nos enardecen los deseos mas comunes y vehementes.

CCV. Mas como el hombre, á no degenerar en un tronco, en un madero, no puede desnudarse del todo de los afectos, se ha de poner el mayor cuidado en dirigirlos al conocimiento de la verdad. Se les ha de tratar pues con tal condescendencia y poner en ellos tal moderacion que excite la voluntad al estudio de la sabiduría, y suavice los trabajos que se han de emplear en él.

CCVI. Si falta la voluntad ó es inconstante, no examinamos las cosas con cuidado y por largo tiempo, ni prevenimos todos los medios con que podamos discernir lo que hay de verdad en cada cosa. La cual liviandad é inconstancia nace de que el hombre naturalmente está for-

mado, de suerte que continuamente pasa de un objeto á otro esperando poder alcanzar en otras cosas la felicidad que no halla en las presentes.

CCVII. Pero la voluntad falta porque somos impacientes del trabajo, entregados á los placeres, desconfiados de nuestras propias fuerzas, y de poder inventar alguna cosa. De aqui nace el ser delicados, nunca sabios; de aqui que se busca una ciencia superficial en los diccionarios y compendios, de aqui finalmente que los escolásticos jamas intentaron nada por sí, dedicándose únicamente á comentar las obras de Aristòteles como la mas alta empresa del ingenio humano.

CCVIII. Y por cuanto no solo en el alma sino tambien en el cuerpo se hallan impedimentos del recto y útil uso de la razon, se ha de decir algo de ellos con brevedad para que puedan precaverse la ignorancia y los errores que de ellos nacen. El cuerpo que como perezoso é inerte agrava al alma y la entorpece, y la comunica la pesadez que es propia de él, se deja vencer del trabajo, aparta de él al espíritu que tiene al cuerpo por compañero de sus acciones y pasiones. Finalmente el cuerpo conservando y excitando los movimientos mas vehementes que imprimen en él las cosas externas, destruye el señorío de la razon, la manda servir á la fantasia y quita el uso libre de la atencion.

CCIX. Infiuye tambien mucho en los conocimientos humanos el temperamento del cuerpo, pues de él dependen en gran parte la fuerza del

ingenio, la prontitud, la memoria y la imaginación. Pues las enfermedades ; cuánto atraso no ocasionan para alcanzar la verdad y para evitar el error? Con los sentidos por último nada aprovechamos sino son sanos, si son tardos, si mal empleados, y si pensamos que son capaces de juzgar de las cosas que no alcanzan y para las que no fueron hechos.

CCX. Resta todo el género externo de impedimentos que pueden distribuirse de manera que se reduzcan todos á la nacion, la patria, el vulgo, la autoridad, la educacion y la enseñanza: dirémos de cada uno en particular.

CCXI. Las naciones así como se diferencian en el clima, en la religion y en la forma de gobierno, así tambien les cabe en suerte diverso talento, diversa cultura y diversos errores; de estos nos dejamos arrebatat las mas veces, y aun no nos atrevemos á dudar de ellos. Llevados además del amor de la nacion ò de la patria alabamos nuestras cosas, despreciamos las extranjeras, y aun las aborrecemos (1). Abrazamos las opiniones y sistemas, porque somos de la misma nacion que sus autores, ó hemos nacido en la misma patria. Ultimamente trasladamos á nosotros mismos el esplendor ó la oscuridad

(1) » Inter finitimos vetus atque antiqua simultas,
 » Immortale odium, et numquam sanabile vul-
 » nus.

Juven. sat, 15.

de la patria, como si aquel fuese adquirido con nuestros trabajos propios, ó nos hubiéramos granjeado esta con nuestra flogedad; y de aquí, ó tomamos ánimos, ó caemos en abatimiento.

CCXII. Entre el vulgo; cuántos cuentos de viejas, cuántas ilusiones de los sentidos son tenidos por dogmas! Ríndese el vulgo á vanas tradiciones, abre las puertas á los fraudes de los impostores, se penetra del amor de cosas admirables (1). De aquí una torpe ignorancia, y una inundacion de errores que del pueblo se difunde en los individuos, en especial en la infancia, y de él como del mayor maestro somos inficionados con la perversidad de las opiniones. Muchos tememos el imperio del vulgo, y con dificultad nos separamos de su autoridad; somos del pueblo y queremos mas errar con muchos que saber con pocos.

CCXIII. Detiéndense tambien los progresos de los conocimientos con la autoridad, hablo de la autoridad ciega que prevalece sin la razon. El que es conducido de esta no se atreve á usar de sus propias fuerzas, no advierte lo que se puede sentir y pensar sobre cada cosa, sino lo que otros han opinado. ¿Qué mayor absurdo que tener consideracion de los que dicen, y ninguna de las co-

(1) *Populus est. instar fluminis, quod gravia mergit, levia transochit. Bac. de Verul. Sic. est vulgus, ex veritate pauca, ex opinione multa aestimat. Cic. Pro. Rosc. Comedo e. 10.*

sas que se dicen ? ¿ Qué mayor torpeza que creer las cosas que son falsas ó que deben saberse ?

CCXIV. Mas no solo nos sujeta la autoridad de los hombres , sino tambien la de las regiones. En nuestros dias ciertamente todo lo que nos viene de Francia ó de Inglaterra lo aprobamos sin ningun examen como lo mejor y mas hermoso. Los jóvenes y aun los hombres hechos , y algunas veces los filósofos no se eximen del yugo de la autoridad: el que han elegido por maestro , piensan que no erró jamas , que todo lo tuvo por averiguado , y que lo explica mejor que los demas.

CCXV. Tienen muchísima autoridad los padres y los maestros con la cual , sino proceden con precaucion , pueden inspirar muy facilmente los errores , quitar el uso de la razon y embotar la viveza de un buen talento.

CCXVI. La educacion de los padres se propaga muchísimo por toda la carrera de la vida , la cual sino fuere culta y buena difunde el descuido y menosprecio de las letras ; pero si dirigida á una suma condescendencia , hace á hijos delicados y arrogantes , y si á una severidad excesiva , siervos y estúpidos (1).

CCXVII. Finalmente aquellos maestros que piensan y se explican desordenada y confusamente , comunican á sus discípulos la oscuridad y la confusion , y la aumentan cuando no guar-

(1) *Pudore et liberalitate liberos.*

Retinere satius esse credo, quam metu. Terenc. Adelph.

dan orden alguno en la enseñanza, cuando aquellas cosas á que admiten á sus oyentes requieren otros conocimientos de que carezcan absolutamente: si solo ejercitan la memoria de los jóvenes, entorpecen la viveza del ingenio; y si no dejan algun lugar á la meditacion, se embota esta divina facultad.

CCXVIII. En lo dicho hasta aquí se contienen las principales causas de la ignorancia y los errores, estorbos gravísimos que impiden los conocimientos humanos. El método de apartarlos y vencerlos se entiende por el mismo modo con que se ha tratado de ellos. En general preguntese cada uno á sí mismo y vea á cual de ellos puede estar expuesto con mas facilidad; así hallará inmediatamente los remedios para vencerle. Ademas acostúmbrese á dudar con serenidad (1), y solo juzgue de lo que perciba con evidencia. Compare sus juicios con los dictámenes de los mejores; ciertamente será mas detenido en juzgar, mas nunca será engañado. Pero si faltare la evidencia, podrá opinar menos aventuradamente de las cosas verisimiles (2).

(1) For esto dice Cic. *de petit. cons* cap. 10. *Nervos et artus esse sapientie non temere credere.*

(2) Ademas de los autores citados en la n. del §. 97. V, el arte de pens. *part. 3. c. 20.*

LIBRO III.

DE LOS INSTRUMENTOS

DE LOS

CONOCIMIENTOS HUMANOS,

CAPÍTULO PRIMERO.

Del modo de aumentar la capacidad y perspicacia del entendimiento.

CCXIX. Aunque el entendimiento tenga prontos los instrumentos proporcionados para adquirir mucho caudal de conocimientos, sin embargo le son inútiles é infructuosos si no es perspicaz, capaz y diligente: pues la utilidad de los asuntos que se tratan no solo debe esperarse de la índole y naturaleza de los mismos asuntos, sino tambien de la industria y laboriosidad de los que los tratan. Por lo cual debemos intentar con todo el esfuerzo posible que no se piense, que por desidia ó poquedad de ánimo abandonamos unos instrumentos tan apropòsito.

CCXX. Será pues necesario aumentar la capacidad de la mente y perfeccionar su virtud in-

telectiva, procurando que se enriquezca con buena copia de ideas; que sobresalga en la viveza y rectitud de sus juicios; que tenga mucha atención y que goze de una memoria pronta y firme.

CCXXI. No hay mejor modo de lograr esto que uniendo el arte con la naturaleza: estas dos cosas fortifíquense con el ejercicio y pruebas diligentes en materias difíciles. La naturaleza habrá debido plantar el primer fundamento, el cual se afirma y consolida por el arte: y si se agrega como singular maestro el uso y ejercicio, desempeñamos con habilidad y facilidad las funciones *intelectuales* que por naturaleza nos son muy propias.

CCXXII. Pero el ejercicio no ha de ser immoderado y superior á las fuerzas de la naturaleza pues se las oprimiria y quebrantaría: no ha de ocuparse en materias inútiles y frívolas, ni tocar superficialmente las excelentes y graves.

CCXXIII. Mas para hacer que los entendimientos sean agudos y capaces, hay en el arte y enseñanza mas auxilios que en el ejercicio y en la naturaleza. El arte empieza primero por los preceptos que hemos establecido sobre la interpretación de las voces y sobre el uso y abuso (L. I.) de las palabras, debiendo seguirse aquel y evitarse éste. También es objeto propio del arte todo lo que dijimos (L. II.) sobre el conocimiento y otros puntos que nos restan acerca de los instrumentos y fuentes de los conocimientos. Ahora solo trataremos de aquellas cosas para las cuales es

éste el lugar mas apropòsito y la ocasion mas oportuna.

CCXXIV. Si los objetos que estan en la mente se señalan con ciertas notas, figuras ó signos, el entendimiento fija en ellos la consideracion, y con ojos atentos los mira y contempla. Porque los signos, sean los que fueren, convierten el ánimo hácia la cosa significada y le impiden que se distraiga á otros objetos. Esto no solo nos lo persuade la economía de la atencion y contemplacion, sino que lo confirman tambien clarísimos ejemplos. El que mire á los geòmetras y fisico-matemáticos, y consulte tambien á los geógrafos, hallará en todos ellos estos ejemplos, y conocerá que aquella maravillosa evidenciam á que estan acostumbrados, les proviene de los signos, sin los cuales no habrian podido hacer tantos progresos. Para entender la disposicion y division de todo el orbe, vale mas el mirar los mapas que el gastar mucho tiempo en la leccion de libros.

CCXXV. Entre los signos *representativos* de las ideas se cuenta la escritura, mediante la cual se imprimen en el ánimo (ccxxiv.) y se excitan con facilidad; y nos sirve tambien de mucho para que no nos confunda la multitud de los objetos y poder considerar con distincion muchas cosas, y repasar las que hubiéremos considerado. Pero en la escritura es ménester un cierto medio, asi como en los otros signos: conviene que de cuando en cuando meditemos las cosas en sí mismas mirándolas con los ojos del entendimiento, si

no queremos que se entorpezca esta nobilísima facultad que la naturaleza nos ha concedido.

CCXXVI. La leccion de libros selectos, la disputa y las conferencias con sugetos de ingenio y juicio sobresaliente traen un provecho si no mayor, á lo menos igual al de los medios ya explicados. Mas adelante daremos reglas sobre el modo de leer con fruto los libros. No hay duda que si se leen con método y atencion, logramos hacer como propios nuestros los conocimientos que á costa de muchos trabajos y vigiliass adquirieron los hombres mas sábios y famosos. Tambien nos instruyen los libros y nos habilitan para juzgar, lo mismo que nos habilita la disputa sobre asuntos oídos ó leídos para ser sùtiles y prudentes.

CCXXVII. Pero es necesario emplear el estudio no en un solo género de materias, sino tambien gustar de casi todas: pues de este modo podemos sobresalir en una; lo que (1) intentaríamos en vano si en las demas fuésemos enteramente ignorantes resultándonos de aqui mucha mengua en la felicidad y habilidad del ingenio. Las materias diferentes no han de mezclarse, confundirse ni aprenderse á un mismo tiempo, sino que atendiendo á su enlace y conexion, se debe descender de una á otra; pues de lo contrario resultaría evidente riesgo de olvido y confusion.

(1) *Dificile est in Philosophia pauca esse ei nota, cui non sunt pleraque, aut omnia. Cicero Tusc. quæst.*

Sea siempre nuestro principal empleo la meditacion y la atencion suma en nuestro estudio, sin cuyos medios nos serian inútiles los demas.

CCXXVIII. Y aunque todo lo dicho nos instruye para ejercitar con fruto la atencion y la memoria, veámos todavía los requisitos mas propios y conducentes á este fin. Lo primero el deleite y utilidad que nos trae la sabiduría, debe escitarnos á amarla; á esto se deben añadir los estímulos de la emulacion y de la buena fama, y no se han de desechar aquellos afectos cuyo objeto inseparable es lo honesto (ccv). Si nuestros afectos miran únicamente á la honestidad y son dirigidos por la razon, son muy eficaces para hacer que se nos aumente la atencion y la memoria. Y ciertamente sin afectos nunca es intensa y viva la atencion: y el placer que nos causan los objetos, su conveniencia y proporcion con nuestro genio y carácter natural es el medio mas seguro para la firmeza de la memoria.

CCXXIX. Pero no solo se han de prevenir los medios conducentes á fortificar y mantener la atencion, sino que tambien se han de remover los impedimentos que la perturban y la extinguen, como son los incentivos de los deleites, los dolores molestos, las sensaciones muy vivas, extraordinarias y ajenas del objeto propuesto, la demasiada luz, los espectáculos, los estruendos, y en fin, todos los objetos forasteros ó capaces de sugerir al pensamiento ideas nuevas.

CCXXX. Ultimamente se necesita reprimir y

quebrantar las pasiones desordenadas, y contener la fantasía, porque si se deja suelta perjudica á la rectitud de los juicios, y presentan donos voluntaria ó involuntariamente imágenes extrañas, nos estorba fijar la atención en el objeto que contemplamos.

CCXXXI. Si las cosas que hubiéremos inventado, meditado, descubierto ó recibido de otros, no las custodiase la memoria, depósito de todas, inútilmente habríamos empleado en ellas nuestro trabajo. Si no fuera por la memoria, seria toda idea para nosotros como primera, como nueva; y el alma respecto del ejercicio su conciencia, no duraria mas que un momento. Sin memoria no hubiera habido jamas en las ciencias y artes conocimiento ninguno, ninguna enseñanza, ningunos progresos. La memoria mas perfecta es la que recibe facilmente y retiene largo tiempo los asuntos y es capaz de muchos; y fiel y oportunamente nos hace presentes las cosas pasadas.

CCXXXII. La memoria es de dos maneras, *natural* y *artificial*: la natural es la que nos infundió la naturaleza, y se aumenta por el arte: la artificial es obra de solo el arte. Mediante la memoria natural nos acordamos de las cosas: la artificial nos las hace presentes por medio de ciertas imágenes y lugares (1): toda ella consiste en

(1) *In ea exercitatione non mihi displicet, adhibere, si censueris, etiam ipsam locorum, simulacrorumque rationem, quae in arte traditur.* (Cicero de Orat.

asociar las cosas ó vocablos á cierta serie ó encadenamiento de signos. Cuando atendemos á estos, nos vienen al pensamiento las cosas y las palabras, y van siguiendo el mismo orden en que estan los signos.

CCXXXIII. Tambien hay una memoria que se llama de *palabras*, y otra de *cosas*; porque algunos retienen en la memoria los *nombres*, pero se olvidan de las *cosas* significadas en ellos ó de la naturaleza y atributos de las mismas cosas.

CCXXXIV. La memoria de las cosas es mas apreciable que la de las palabras por ser aquellas mas útiles que estas para los negocios. Si no la hubiéremos recibido perfecta de la naturaleza, la podemos perfeccionar con el arte, el cual consiste en una atenta aplicacion; en escribir las materias que se han de encomendar á la memoria; en ordenarlas y dividir las proporcionalmente, y en la eleccion de las agradables y útiles (ccxxviii).

CCXXXV. Conviene tambien que se repitan muchas veces las cosas que se han de tomar en la memoria, y que se considere su enlace y connexion: además de esto importa mucho el explicarlas y recitarlas á otros, y estudiar cada dia al pie de la letra muchas materias propias y ajenas que todas ellas sean, si fuere posible, las

1. 34). *Locis est utendum multis, illustribus, explicatis modicis intervallis, imaginibus aliquid agentibus, acribus insignitis, quæ accurrere, celeriterque percutere animum possint* Quint. L. 11. c. 2.

mejores; porque nada hay que necesite tanto como la memoria de estudio y ejercicio, ni que tanto decaiga con la flojedad y negligencia. Tambien la ayuda mucho la salud robusta, la buena digestion de la comida, la templanza y el ánimo libre de otros pensamientos y cuidados (1).

CAPITULO II.

De la Analisis y Definicion.

CCXXXVI. Piensan los modernos que los experimentos y observaciones obtienen el primer lugar entre los modos con que se pueden aumentar los conocimientos humanos y adquirir su perfeccion. Declararia este punto el presente si para esto no fuera mas oportuno el lugar que tengo destinado para las fuentes de los conocimientos. Ahora voy á tratar de la *analisiis*.

CCXXXVII. Analisis no es otra cosa que *resolucion* con que un compuesto se *resuelve* en partes, de modo que se pueda entender su generacion y produccion. Para esto es necesario comparar las partes entre sí y discernir perfectamente las mutuas relaciones que hay entre ellas, y el compuesto.

CCXXXVIII. El que resuelve por acaso, cor-

(1) Malebr, *Rech. de la oer.* L. 6, P. 1. Bacon *de Dign. et augn. scient.* L. 5. c. 5,

ta las cosas sin propósito, y las divide sin arte. El que omite las partes ó no las expone con tal separacion que se vea claramente el modo con que el compuesto está formado de ellas, usa de una analisis oscura y defectuosa.

CCXXXIX. Mediante la resolucion conseguimos no solo conocer el modo con que un compuesto resulta de sus partes, sino tambien descubrir patentemente las virtudes y propiedades de las cosas, y percibir las ideas simples que se hallan reunidas en una complexa. Ya hemos hablado de la resolucion de las partes, á la cual es semejante en todo la resolucion de las ideas compuestas en sus componentes. Casi con el mismo fin, esto es, para que descubramos la *filiacion* y mutua dependencia de las propiedades y virtudes, hacemos analisis de ellas.

CCXL. Cuando se nos presentan objetos demasiadamente compuestos, cuyo cabal conocimiento nos interesa, usamos por lo comun, guiados de la naturaleza, de este género tan vario de analisis. Y ciertamente le usamos con utilidad; pues la analisis nos pone á la vista pocas cosas, y esas de grado en grado; con lo cual se perciben facilmente y se retienen mucho mas tiempo en la memoria. Hoye absolutamente de principios vagos y nociones indeterminadas: no se vale de definiciones abstractas que por lo comun son semilla y fomento de disputas, sino que explica el origen y generacion de las ideas, y nos las hace claras y distintas.

CCXLI. Si lo permite la naturaleza de las cosas, nos dan mucha luz para su análisis las observaciones y experimentos que nos hacen ver las partes y sus cualidades y conexiones. En lugar de las observaciones y experimentos se subroga oportunamente la meditación cuando nos empleamos en objetos meramente *inteligibles*: los cuales se deberán revolver á menudo en el pensamiento, y se considerará el modo y las circunstancias en que fueron conocidos, á fin de que percibamos todo lo que en ellos pueda distinguirse (1).

CCXLII. De la análisis pende todo el artificio de la *definición*, poniéndonos delante su mucha sutileza y grande utilidad. La definición es de dos maneras; una de *cosas* y otra de *nombres*. La de nombres se requiere particularmente para explicar los vocablos ambiguos y términos técnicos desconocidos de los principiantes y de los que ignoran el arte. En habiéndose fijado con puntualidad la significacion de los términos, se evitan disputas fútiles é interminables de solo nombre, y no caemos en la oscuridad y confusión que suele ser no poca por la ambigüedad de las palabras (2). Pero al fijar el sentido de

(1) Condillac. *Art. de pens.* P. II. Ch. IV. Idem. *Lóg.* P. I. Ch. I. II. III. D'Alembert, *Elem. de Ph.* IV. *Eclaircis* §. II. Clerc. *Lóg.* P. II. Ch. XI.

(2) Véase el Lib. I. cap. 8. y 9.

ellas, podemos dar á las nuevas uno nuevo, ó dársele tambien á las ya recibidas si de ésta naciese confusion, ó si las cosas nuevas se hubieren de nombrar con nombres propios.

CCXLIII. La mejor definicion es la de cosas; y consiste en un claro y distinto conocimiento de la cosa, explicado en cierta sentencia ó proposicion. Ella es el fruto mas colmado de la analisis (ccxxxviii. y sig.) Las cosas se definen explicando su *intima esencia*, ó digamos su índole y estructura interior, ó bien exponiendo algun atributo del cual pendan los demas, ó bien haciendo enumeracion de los atributos conocidos en caso que ignoremos el atributo *primario* en que los demas están comprendidos. En la Etica y Matemáticas se usa del primer género de definiciones; las del segundo género apenas ocurren, y las mas frecuentes son las del tercer género.

CCXLIV. Las definiciones del primer género que son las mejores, se llaman *causales* porque explican las cosas por su *causa*, esto es, por su *esencia intima* de la cual dimana todo lo que hay y puede haber en las mismas cosas. Para formar estas definiciones es necesario conocer los *constitutivos* de la cosa y el modo en que contribuyen á su constitucion.

CCXLV. ¿Qué medio podrá ser mas oportuno para este conocimiento que la analisis (ccxxxviii)? Y tambien vendremos á conseguirle cuando consideremos la formacion y estructura de la cosa, y examinemos sus cualidades, las que por lo

común manifiestan los principios de los entes. De lo dicho se infiere claramente, que no pueden las cosas definirse con definicion *causal*, á excepcion de las éticas, matemáticas y algunos fenómenos y obras del arte.

CCXLVI. Declaremos toda esta doctrina con un ejemplo. Si alguno enseña que *el círculo es una figura que resulta de la revolucion de alguna linea al rededor de un punto inmoble*, nos da una definicion *causal* del círculo; pero si enseñase que *el círculo tiene iguales todos los radios tirados desde el centro á la periferia*, explicaria entre los atributos del círculo el *primario* y mas esencial del cual dimanar los demas que hay en él.

CCXLVII. Rara vez percibimos con claridad este *primario* y esencial atributo, ni su enlace con los otros; y por lo comun es preciso que nos contentemos con el conocimiento de algunas propiedades que nos declaren suficientemente de que cualidad sea la cosa: y así son mas comunes las definiciones que numeran y describen las cualidades de las cosas mismas.

CCXLVIII. Ademas de esto ó se demuestra que las cualidades expresadas en las definiciones no repugnan entre sí y se hallan en alguna cosa, ó que repugnan entre sí, ó no se puede demostrar lo uno ni lo otro: si lo primero, las definiciones serán *reales*; si lo segundo serán *quiméricas* (CLXI); si lo tercero, las llamaremos *nominales*, no habiendo prueba ninguna de que algun objeto bien existente ó bien ideal sea correspondiente fuera de las

voces á aquellas definiciones (1):

CCXLIX. Ha sido preciso valernos de esta distincion para que no caigamos incautos en definiciones *quiméricas* ó *nominales*: de las cuales nos abstendremos seguramente si siempre tenemos por guia la experiencia y observacion, y mas si ésta se confirma con razones que demuestren no ser entre sí mutuamente repugnantes las cualidades comprendidas en la definicion.

CCL. Pero en la eleccion de las propiedades que hubieren de entrar en la definicion, se han de observar muchos requisitos. Y como la definicion mas breve es la mas apropósito; y debiendo ser su brevedad de modo que nada se le pueda quitar sin dejarla defectuosa, ni añadir sin hacerla redundante, solo deberán ponerse en ella las propiedades que expliquen suficientemen-

(1) Muchos llaman definiciones *reales* las que yo llamo *causales*; y tienen por *nominales* las que para mí son *reales*. Pero yo con *Leibniz* me separo de la opinion de estos, no habiendo razon ninguna para que se llame *nominal* la definicion compuesta de propiedades que estan en las cosas existentes; y pareciendo ser *causal* aquella que nos pone á la vista el origen y generacion de las cosas. Y aun en llamar *nominales* á las definiciones *reales*, habria peligro de que cualquiera se alucinase y confundiese las definiciones que recaen sobre cosas existentes con aquellas á las cuales solo corresponden meras palabras, y que únicamente deben con razon llamarse *nominales*.

te la cosa y la distinguan con exactitud de cualquiera otra. Tambien dichas propiedades deben ser *esenciales*: pues ¿quién hay que no quiera conocer una cosa por su definicion, y distinguirla de otra en todo lugar y tiempo (1)?

CCLI. Por eso la definicion parece diferenciarse mucho de la descripcion; pues ésta se forma de cualidades accidentales á la cosa, y solo sirve para conocerla en cierto y determinado estado.

CCLII. La definicion de la cosa cualquiera que sea, resulta de una (CCXLII) diligente y sutil investigacion: y solo podrá definir bien el que hubiere conseguido un claro y distinto conocimiento de la cosa *definible*. Por lo cual si se trata de la investigacion de un objeto ignorado, semejantes definiciones no pueden ponerse al principio de la disputa: y es un método fuera de propósito y perjudicial el enseñar lo que ya se tiene sabido, no debiendo los que van á ser enseñados entender la cosa hasta despues de concluida la disputa; porque nada entenderian, ó entenderian muy mal una definicion puesta al principio, la cual explicase la naturaleza de la cosa que hubiese de ser el objeto de la cuestion.

(1) Por el oficio y fin de la definicion, y por el modo de formarla son tan claras las otras reglas que para definir nos dan los lógicos, que á vista de las que damos aqui, no es necesario exponer aquellas; y mas cuando facilmente se pueden ver en cualquier Lógica.

CCLIII. Luego ¿á qué fin viene lo que todos encargan como punto importante el empezar las disputas por la definicion (1)? Digo que esto seria bueno cuando si no se entendiese ni quedase acordado el punto de la cuestion divagaria el discurso y se extraviaria el racionio. Mas para eso basta la definicion del nombre: por la cual y no por la de la cosa se debe empezar (2).

CAPÍTULO III.

Del Racionio y Demostracion.

CCLIV. Si no conocemos al instante la conveniencia y repugnancia entre las ideas por medio de una simple comparacion, el entendimiento se vale del *racionio* para descubrirla (cxxi), pues de ningun otro modo vemos claramente con los ojos del entendimiento las relaciones de todas las ideas, y mediante el racionio comparamos aquellas que no sabemos si convienen ó repugnan entre sí con otras, de las cuales lo deducimos. Y estas son las que tienen mutua relacion entre sí, y con aquellas: y de que estas ideas juntas convengan ó repugnen con las otras por cuya causa se juntaron, inferimos que tambien estas convienen ó repugnan entre sí.

(1) Cicero, *de Off.* I. e. 2. Quintil. vii. c. 3.

(2) Condillac. *art. de pens.* P. I. Ch. x. *Logique*, P. II. Ch. vi. Clerc, *Log.* P. II. C. XII. XIII.

CCLV. Por lo cual se necesitan para el raciocinio muchas ideas intermedias que unan entre sí ó separen aquellas cuya relacion se investiga, pero en cada una se debe saber el modo con que se refieren unas á otras, y todas á aquellas que son el objeto del raciocinio. Porque como por este modo se descubre patentemente el otro que se investiga, es necesario que aquel sea perfectamente conocido, si no es que se quiera tomar el ridículo empeño de deducir *lo incógnito de lo incógnito*.

CCLVI. Las ideas intermedias se han de buscar en aquellas, cuya repugnancia ó conveniencia investigamos. Si absolutamente careciéramos de todo conocimiento de estas, en vano intentaríamos la investigacion; porque no puede demostrarse lo incógnito sino por medio de lo ya conocido que toque próximamente el punto de la investigacion. Por lo cual importa que se examinen con juicio y sutileza las cosas ya conocidas en las ideas cuya relacion investigamos, y que se miren con la mas atenta circunspeccion todas las que pueden pertenecer á esas mismas ideas.

CCLVII. Acaso se dirá que las ideas de cuya *demonstracion* tratamos, estan respecto de nuestro modo de conocer muy distantes entre sí; la cual distancia nos impide ver al instante si convienen ó repugnan mutuamente. Pero esta distancia desaparece con el auxilio de las ideas medias, con tal que se apliquen como se debe, esto es, de tal suerte que nos descubran con claridad la relacion

que tuvieren con aquellas otras distantes, pues por este camino se viene á conocer claramente el modo en que se refieren mutuamente unas á otras.

CCLVIII. Por esta razon fórmese una serie de las ideas medias y de las que son el objeto de la demostracion, de modo que resulte una cadena de relaciones, cuyos eslabones sean las relaciones mismas. Unanse estas con un estrechísimo encadenamiento; pues de todas ellas se ha de deducir la relacion que se busca. Y deben ser tantas, cuantas se requieren para deducir la misma relacion. Esta cadena expresa una legítima *demostracion*, ó contiene los caracteres de una demostracion exacta.

CCLIX. Por lo dicho conoce cualquiera de donde recibe su firmeza y eficacia la demostracion: y que si llega á romperse aquella cadena, pierde esa eficacia: y entonces se habrá roto, cuando se toman relaciones no conocidas como si fuesen conocidas, y cuando las que son conocidas no tienen entre sí ni con la relacion que se intenta investigar, el encadenamiento que se requiere para deducirla de ellas.

CCLX. Pero ¿qué relaciones hay tan conocidas que puedan formar el principio elemental de la demostracion? Aquellas que ó son *intuitivas*, ó se tienen justamente como *intuitivas*, porque en otro tiempo han sido ya demostradas. Uno y otro conocimiento, el *intuitivo* y el *demostrativo* producen igual certidumbre en el entendimiento: pues la *intuicion* y preseñcia de muchas

ideas hace mas difícil la consecucion del conocimiento que pende de ella ; pero no disminuye su certidumbre (L. II. C. II. not. y n. CXLIV.)

CCLXI. Algunas veces son necesarias para la demostracion muchas mas ideas intermedias, y otras veces ménos ; es á saber, en cuanto las ideas de cuya demostracion se trata distan mas ó ménos entre sí respecto de nuestro conocimiento. De aquí resulta que una demostracion parezca mas difícil que otra , y que no todos perciban la fuerza de esta ó de aquella ; porque no todos ponen tanta atencion ni estan dotados de tal prontitud y agudeza de ingenio que vean con claridad la serie de muchas ideas y su conexion.

CCLXII. Además de eso , resulta de la mayor ó menor excelencia de ingenio y copia de conocimientos , que unas cosas son *intuitivas* para unos , y no lo son para otros : por cuyo motivo la *intuicion* y la demostracion se cuentan entre las cosas que son relativas. Para el entendimiento infinitamente perfecto que es el de Dios, todas las cosas son *intuitivas* ; un filósofo acostumbrado á la meditacion y enriquecido con mucho caudal de conocimientos , percibe con sola una ojeada la conexion aunque no inmediata que hay entre las ideas (1).

CCLXIII. No se forma de un solo modo la

(1) Bonet Ess. anal. Ch. XVI.

demostracion, sino que en primer lugar se forma de tal manera, que de las propiedades conocidas en la cosa acerca de la cual tenemos la cuestion, inferimos aquello mismo que ponemos en cuestion; en segundo lugar se forma demostrando que es falsa la proposicion contradictoria de la que se debe probar y defender; ó deduciendo de la misma contradictoria supuesta como verdadera, un absurdo ó un imposible, el primer género de demostracion se llama demostracion *directa* ú *ostensiva*, el otro se llama demostracion *indirecta* ó *reduccion á un absurdo*.

CCLXIV. La demostracion *indirecta* va fundada en las cosas que se prueban de las proposiciones contradictorias (cxxxvi): pues debiendo ser una de ellas necesariamente verdadera y otra falsa, si se demuestra ser falsa la contradictoria de la que se haya de probar y defender, se sigue que esta es verdadera. Y tambien se infiere lo mismo si de la misma contradictoria se deduce un absurdo, pues este manifestaria con evidencia ser falsa la contradictoria.

CCLXV. La demostracion *indirecta* obliga al asenso, pero no instruye; pues de que alguno vea que la cosa no es asi, no por eso viene á entender la razon por qué es de otro modo.

CCLXVI. Ultimamente se divide la demostracion en demostracion que llaman *á priori*, y en la que llaman *á posteriori*. La primera es descendiendo de las causas á los efectos: la segunda subiendo de los efectos á las causas: de esta nos dan ejem-

pló los físicos, y de aquella los geómetras (1).

CAPITULO IV.

De algunos géneros de Argumentos.

CCLXVII. No ignoro las muchas cosas que Lok ha acumulado contra el silogismo y contra todos los argumentos de los dialécticos, ni tampoco cuanto las han amplificado otros escritores, por otras circunstancias ilustres que han seguido el ejemplo de aquel hombre célebre en no hacer aprecio de ningún género de argumentos. Yo les concedería de buena gana, que no es tanta la ventaja de los silogismos que sean la cosa mas excelente para poder investigar la verdad; pues de cosas mas universales deducen otra menos universal, y ya conocida en aquellas. Por lo cual solamente se emplean en manifestar bajo de un aspecto y no de otro, las ideas y sus relaciones; y en probar á su modo lo que ya en sí era claro y evidente (2).

(1) Arist. *L. Analit. poster.* Lok *L. IV. Ch. II.* D' Alemb. *Elem. de Phil. V.* De Felice *Lec. de Log. P. I. Lec. XIII.*

(2) Antes que Lok el Baron de Verul. *in novo scient. org.* y Gasendo *in exercit. ado.* Arist. *Exercit. V. L. II. n. 6.* habló contra el arte silogística, y mas fuertemente que el mismo Lok. Cartesio habia ya abrazado en pocas palabras cuanto puede

CCLXVIII. Pero este método propio del silogismo (ya que todos los argumentos se reducen al silogismo) ¿es acaso bueno y acomodado para demostrar y convencer? ¿es por ventura claro, ó es oscuro por sus rodeos? No soy hombre que me deje llevar fácilmente de autoridad alguna, que á los silogismos les niegue su clari-

traerse en pro y en contra de los silogismos: y sutilmente habia visto en qué materias tenían mucha ó ninguna fuerza; pues (*Reg. X. ad direct. ing.*) dice: *que no pueden los dialécticos formar por el arte silogismo ninguno que no concluya la verdad, si primero no poseyeren la materia de él, esto es, si antes no conocieren aquella misma verdad que se deduce en el silogismo. De donde consta que la dialéctica vulgar es enteramente inútil á los que desean investigar la verdad de las cosas; pero que tal vez puede aprovechar solamente para explicar á otros con mas facilidad las razones que ya estuvieren sabidas. Lo mismo dice en el tratado del Método. Aunque si bien se considera lo que dice Lok del silogismo, facilmente se interpreta y conforma con esto: pues el punto de su doctrina es: que el silogismo no es instrumento para la invención de la verdad; que de ningun modo perfecciona la facultad de discurrir; que la verdad que con su auxilio se va á probar, se supone ya sabida; que con su ayuda solo pueden ordenarse las ideas de tal suerte que se hagan patentes sus relaciones; y que es instrumento, aunque no el único de demostrar y convencer. Lok *L. IV. Ch. XVII.**

dad y mucha fuerza; condesciendo desde luego en dar por escluidas las cavilaciones y sofismas; y convengo en que se omitan los argumentos que no promueven la demostracion: mas ¿por qué no ha de admitirse la fuerza de una demostracion evidente? ¿por qué no la eficacia de convencer en una ordenada serie de silogismos? Verdaderamente cada silogismo infiere de las conocidas relaciones de dos ideas comparadas con otra tercera, su mútua relacion; se comprueban los silogismos unos con otros recíprocamente hasta que se llega á alguno, sobre el cual no puede absolutamente originarse ninguna duda, ningun escrúpulo. Y en esto resplandece con admiracion la evidencia y una suma y necesaria conexion de las ilaciones.

CCLXIX. De aqui es, que no solo los escolásticos, sino tambien los lógicos mas cultos y célebres en materias geométricas y filosóficas desde la restauracion de la Filosofía (1), no han aban-

(1) Entre otros se señalan el Autor del *Arte de pensar*, P. III. Bayle *Lóg. Ch. 9.* Crouzat *Lóg. T. V. Ch. 7. 8. 9.* Clerc. *Lóg. P. IV.* Gravesand *in Introd. ad Phil.* Leibniz en muchos lugares, y principalmente *nouv. Ess. L. IV. Ch. 17.* Wolfio, *Lóg Corsini Lóg. P. III. c. 2. y siguientes;* Heineccio *Elem. Lóg. c. II. sect. V.* de Felice *Lec. de Log. P. I. Lec. XV. XVI.* du Marsais *Lóg. Art. VIII et suiv.* Pará *Theor. &c. T. II. sect. III.* Jacquier *Lóg. P. III. T. I.* Los mas de estos escritores explican difusamente aun los modos y figuras de los silogismos, y todo

donado totalmente la forma silogística; y fueron de dictamen, que en este asunto así como en otros deben evitarse los extremos: de manera que el detenerse demasiado, y nada en los silogismos es igualmente vicioso y reprehensible.

CCLXX. Siguiendo el dictamen de estos, me he propuesto señalar las reglas siguientes acerca del silogismo y de otros argumentos. Aquella comparacion de ideas que hacemos racionando (CCLIV.), si se hace á estilo de los dialécticos se contiene en muchas proposiciones que constituyen el que llaman *argumento*: algunas veces tambien si lo pidiere el asunto se contiene en muchos argumentos.

CCLXXI. Mas por quanto el silogismo tiene el primer lugar entre los argumentos (CCLXVIII) habremos de tratar de él con mayor cuidado. Sea esta la proposicion en controversia, ó la cuestion: *el alma es inmortal*. No se percibe á primera vista la relacion entre las ideas de dicha proposicion, deben pues compararse con otra tercera para que se deduzca: esta puede ser la idea de *simplicidad*

lo perteneciente á los demas géneros de argumentos; y *Jacquier* se indigna contra los que se burlan de los signos destinados á significar las figuras y modos de los silogismos. Pues ¿por qué no se burlan tambien de todas las otras artes características ó simbólicas? Ultimamente *Leibniz* en el lugar citado pondera el silogismo como un invento muy noble y precioso del entendimiento humano.

de la cual y de las otras dos se forma así el silogismo.

»Todo lo que es simple, es inmortal;

»es así que el alma es simple;

»luego el alma es inmortal.

En la primera proposición se compara la idea de *simplicidad* con el *predicado de la cuestión*: en la segunda con el *sugeto* de ella, y en la tercera la conveniencia del *sugeto* con el *predicado* se infiere de conveniencia de estos dos con una idéntica idea de *simplicidad*. El predicado de la cuestión ó proposición primera, se llama *mayor término*; el sugeto *menor término*: y ambos se llaman *extremos*: y la idea de *simplicidad* se llama *término medio*.

CCLXXII. Con que el silogismo consta de tres proposiciones mutuamente conexas: la primera se llama *mayor*, la segunda *menor*, y ambas juntas *premisas*; la tercera, si se considera como proposición, se llama *consiguiente*; y si se toma como deducida de las premisas, se llama *consecuencia* y *conclusión*.

CCLXXIII. Las proposiciones y los términos son la *materia* del silogismo; pero su *forma* es la cualidad y disposición de la *materia* á propósito para inferir la conclusión. La *forma* puede ser buena y puede no serlo la *materia*; y al contrario, puede esta ser buena y no serlo aquella: pues la una no pende de la otra. Para que la *materia* sea buena, las proposiciones deben ser ver-

daderas; pero la *forma* es buena cuando las proposiciones y los términos son tales y en tal disposicion ordenados, que se halle incluida en ellos toda la fuerza de la ilacion. Pudiendo ser varia y de muchas maneras tanto la *materia* como la *forma*, resultan de aquí tambien muchos géne.os de argumentos.

CCLXXIV. De lo dicho se sigue, que el silogismo estriba en estos principios: *las ideas que se identifican con una tercera, tambien se identifican entre sí. Si de dos ideas la una se identifica con una tercera, pero no la otra, tampoco ellas se identifican entre sí* (1).

CCLXXV. Demas de eso, cuando los extremos se comparan con el medio, puede suceder lo primero que ambos convengan con él; lo segundo, que solamente convenga el uno de los dos; lo tercero, que ni el uno ni el otro. En el primer caso el silogismo es *afirmativo*, en el segundo es *negativo* (CCLXXIV.); y en el tercero es *nulo*, ó *no está en forma*; supuesto que, como es claro, pueden dos ideas repugnar con la tercera, tanto si convienen entre sí, como si repugnan mutuamente.

(1) *Alembert* hace tanto aprecio de estos principios, que dice deben ademas de ellos apreciarse tambien las reglas de los silogismos y que demuestran mucha sutileza., y no es inútil la explicacion de ellas, supuesto que con eso logran ejercitarse los jóvenes en la demostracion, Véase en su obra *Eclaircis* §. III.

CCLXXVI. Con lo dicho se explica bien la estructura y la naturaleza del silogismo (1): y de una y otra dimanán las siguientes reglas que para hacerle deben observarse: la I. *El silogismo solo puede constar de tres términos*, de los cuales el *medio* entra en las dos premisas; pero los *extremos* que expresaron en las premisas se repiten en la conclusion.

CCLXXVII. La II. *El medio nunca entra en la conclusion*: pues de su comparacion con los extremos en la conclusion se colige, si estos convienen ò repugnan entre sí: Y así la conclusion se formará de la *question*.

CCLXXVIII. La III. *El medio à lo ménos una vez se ha de tomar universalmente*: porque tomado dos veces *particularmente*, se toma en sentido diverso, el cual se determina por cada uno de los extremos con quienes es comparado en las premisas: por cuya razon habria dos medios en el silogismo. De esta regla se infiere, que el medio no puede ser atributo ó *predicado* de las dos premisas en los silogismos afirmativos (CXXX).

(1) Aristóteles fué el primero que enseñó el arte silogística (*L. analyt. Prior, et in Top. et in L. Elench.*) estableció reglas y preceptos contra los sofismas para desatarlos con facilidad. En estas reglas manifestó mucha sagacidad y sutileza de ingenio, supuesto que no omite ni aun las mas menudas circunstancias, y deduce legítimamente de los mismos principios todas las cosas.

CCLXXIX. La IV. *Las premisas del silogismo no pueden ser ambas negativas (CCLXXV). Tales deben juzgarse aquellas en que las partículas negativas separan el sugeto de el predicado; pero no aquellas en que indican predicado negativo ó privacion.*

CCLXXX. La V. *Una de las premisas ha de contener implícitamente la conclusion, y la otra ha de manifestar expresamente que se contiene en ella. Pues la consecuencia debe dimanar de las premisas, y estas es menester que esten entre sí conexas (CCLXXII.) Declaremos esta regla con el ejemplo siguiente.*

*Todo bien es apetecible;
es así que la virtud es un bien;
luego la virtud es apetecible.*

En la mayor: todo bien es apetecible se halla implícitamente contenida la conclusion, la virtud es apetecible: la menor declara que la virtud es un bien, el cual bien debe apetecerse, y por tanto en la mayor se contiene implícitamente que la virtud es apetecible.

CCLXXXI. La VI. *De dos premisas particulares nada se infiere; porque la una no contiene implícitamente la conclusion, ni la otra demuestra que se halle comprendida en ella (CCLXXX).*

CCLXXXII. La VII. *La conclusion sigue siempre la parte mas débil; la parte mas débil en el estilo con que se explican los dialéctos, es*

una proposición *negativa* en comparación de otra *afirmativa*; una *particular* en comparación de otra *universal*, y así de las demás: por cuyo motivo, si una de las premisas es *negativa*, la conclusión será *negativa*; y *particular*, si una premisa fuere *particular*.

CCLXXXIII. Hasta aquí del silogismo *simple*; ahora trataré brevemente de algunos silogismos *compuestos*, y de algunos otros géneros de argumentos. El silogismo *disyuntivo* se compone de la *mayor*, que debe ser una proposición *disyuntiva*, (cxxxii) y en la *menor* se quita la una parte para que se afirme la otra; ó al contrario: v. gr.

« El universo, ó es creado ò increado;

« es así que es creado;

« luego no es increado.

CCLXXXIV. El silogismo *condicional* se compone de premisas, en una de las cuales se suspende el juicio que se pronuncia en la otra. La *mayor* es siempre *condicional* (cxxxiii): v. gr.

« Si hay Dios, es un ser independiente;

« es así que hay Dios;

« luego es un ser independiente.

La primera parte de la *mayor* se llama *antecedente*, la otra *consiguiente*. De la verdad del *antecedente* se infiere en este silogismo la verdad del *consiguiente*; y de la falsedad del *consiguiente*, la

falsedad del antecedente; mas no así, negado el antecedente se niega el consiguiente; ó afirmado el consiguiente se afirma el antecedente, á no ser que haya una necesaria conexion entre el consiguiente y el antecedente, de tal manera que el consiguiente necesariamente se deduzca del antecedente.

CCLXXXV. *Enthymema* es un silogismo imperfecto en que de una sola premisa, omitida la otra que tácitamente se entiende, se infiere la conclusion: v. gr.

»El alma piensa; v.

»luego el alma es espíritu.

CCLXXXVI. *Dilema* es un modo de argüir en que al principio se pone una proposicion *disyuntiva*, por medio de cuyas partes, ya las niegue ó ya las conceda el contrario, se le va demostrando que él queda igualmente refutado. Es célebre aquel *dilema* de Tertuliano en favor de los Cristianos contra el decreto de Trajano: *ó los Cristianos son delincuentes, ó son inocentes. Si son delincuentes, por qué prohibes que se haga pesquisa de ellos? Si son inocentes, por qué los castigas en siendo delatados? Luego ó no prohibes justamente que se haga pesquisa de ellos, ó los castigas sin justicia despues de delatados.*

CCLXXXVII. Para que el *dilema* sea bueno, no se omita parte ninguna en la proposicion *disyuntiva*; aquello que se demuestra de cada una de sus partes, esté apoyado en razones fuertes; y

en fin debe ser tal, que no pueda torcerse contra el mismo que arguye.

CCLXXXVIII. El *Sorites*, llamado así por el amontonamiento de proposiciones, se forma de esta manera: el *sugeto* de la primera proposición tomese del *sugeto* de la cuestión; el *sugeto* de la segunda, de el *predicado* de la primera; y de el *predicado* de la segunda, el *sugeto* de la tercera; y así se va procediendo hasta que salga la consecuencia, cuyo *sugeto* sea el de la primera proposición, y el *predicado* no se distinga de el *predicado* de la última: v. gr.

»El alma piensa:

»todo lo que piensa, debe ser un ente simple;

»lo que es ente simple, es espiritual;

»luego el alma es espiritual (1).

CCLXXXIX. La demostración *dialéctica* se forma de una ordenada serie de argumentos: y es *ordenada*, si por los subsiguientes se demuestra aquello que se había de probar en los inmediatamente antecedentes. En ella procedemos desde el conocimiento que se pone en cuestión á los principios; ó desde estos al conocimiento *questionado*.

CCXC. Ultimamente pudieran añadirse aquí

(1) *Captiosissimum genere interrogationis utuntur Academici, quod genus minime in Philosophia probari solet, cum aliquid minutatim, et gradatim additur, aut demitur. Soritas hoc vocant. Vitiosum sane, et captiosum genus. Cicer. Acad. IV, c. 16.*

las *falacias* ó *sofismas* que aparentan falsamente la forma de un buen modo de argüir. Pero pueden facilmente discernirse por las reglas dadas; pues los argumentos que pecan contra ellas, deben contarse en el número de los *sofismas*. Por lo cual baste advertir, que los *sofismas* por lo comun consisten en que el *medio* no se une bien con los *extremos*, y en que hay cuatro *términos* en el *silogismo*. Tambien es *sofisma* cuando las proposiciones que se traen no son apropiado para que se infiera de ellas la que se intenta probar; lo cual ciertamente no se debe explicar con reglas, sino que se deducirá de toda la índole y la naturaleza de la cuestion.

CAPITULO V.

De la Induccion y Analogia.

CCXCI Frecuentemente nos sucede á todos el hallarnos metidos en un asunto que no podemos alcanzar con la razon ni sujetarle á la observacion ó experiencia. La estrechez del tiempo ó su distancia, y especialmente la de los lugares nos impiden muchas veces el hacer experimentos y observaciones; y son ademas de eso superiores al alcance de la razon las esencias *íntimas* y *primarias* de los entes; (CLXXVIII) la naturaleza de las fuerzas, la economía de las acciones, las leyes del universo, y en fin la conexion y enlace con que todas sus partes, aun las mas menudas, se unen, y unas influyen en otras. De lo cual re-

sulta que nosotros no podemos percibir con la razon las propiedades de las sustancias y sus acciones, ni colegir con la misma razon qué efectos requieren algunas causas, y qué causas algunos efectos (Véase Lib. II. c. VI).

CCXCII. Cuando estamos en el caso de que la razon no alcanza ni tienen lugar la experiencia y la observacion, entonces nos valemós de la *Inducion* y de la *Analogía*; y las cosas no observadas y superiores á los alcances de la razon, las deducimos de las observadas anteriormente. Nos queda este recurso por medio del cual podemos conjeturar muchas cosas necesarias para la conservacion de la salud, y para el uso de la vida (1).

(1) Acerca de los conocimientos adquiridos de este modo, tratan largamente entre otros escritores Hume *Ess. Phil. sur l'Ent. hum. Ess. IV, V.* Reid; *Rech sur l'Ent. hum. T. II. sect. 24.* Bonet. *Oeuv. T. XVIII.* de Felice *P. I. Lect. XIV*, y creen que por este mismo camino venimos á saber v. g. que la gravedad está siempre unida con la extension y solidez; que el fuego constantemente quema; que el glóbulo que chocare contra otro, le mueve de lugar; que mañana ha de salir el sol; que han de ser perpetuamente unos mismos los cuatro tiempos del año; que los hombres de todas edades y de todos países en iguales circunstancias han recibido y recibirán de una misma manera las impresiones de unos mismos objetos; que de aquellas cosas de que nos alimentamos al presente, nos alimentaremos tambien

CCXIII. Para este género de ilaciones se requiere que las cosas de que deducimos alguna ilacion, sean semejantes á aquellas á las cuales queremos se acomode: y cuando se trata no de las propiedades, sino de inferir los efectos ó las acciones, deben estar constituidas casi en unas mismas circunstancias. Si esta semejanza es enteramente perfecta, y la *identidad* de las circunstancias exactísima sacamos las ilaciones por *Induccion*; pero si no, las deducimos por la *Analogía* (1).

CCXCIV. Y así por medio de la *Induccion*

en adelante sin detrimento de la vida: y traen otros semejantes ejemplos que comprueban mucho la diligencia y estudio de la Filosofía para investigar los principios de la *Induccion*.

(1) Algunos confunden malamente la *Analogía* con la *Induccion*; otros la *Induccion* que aqui señalamos, la llaman *Analogía*, como de *Felice* en el lugar citado: y dicen ser *Induccion* cuando se hubieren observado todos los *singulares* de que se forma el *universal*: lo cual apenas alguna vez es posible, y no se distinguirían suficientemente los conocimientos sacados de la experiencia de aquellos otros á que llegamos por *Induccion*. Ultimamente hay quienes son de parecer que la *Induccion* es de dos maneras, una *completa* y otra *incompleta*; y estos ó confunden la experiencia con la *Induccion*, ó disminuyen la ventaja de la induccion, por cuyo nombre no entienden otra cosa sino una cierta razon y manera con que se explica y declara la experiencia para convencer á otros.

subimos de los particulares á los universales, y procedemos por orden contrario que en el silogismo. Su uso es muy arriesgado, siendo por lo comun aparentes las semejanzas de las cosas, y descubriéndose muy poco á poco sus diferencias. Sin embargo se practica con frecuencia en la Física y en todo el régimen de la vida (1); y por tanto importa mucho hacer ver que la *Induccion*, con tal que sea recta y bien hecha, produce certidumbre.

CCXCV. Y para que la produzca, no solo basta la semejanza dicha (CCLXXXIII.), sino que tambien se requiere multitud de observaciones y su constante conveniencia, en virtud de la cual establecemos justamente que los fenómenos observados se deducen de las leyes del universo ó de las esencias y relaciones necesarias de las cosas. ¿Pues quién no atribuirá los fenómenos que mira en multitud de objetos y los halla constantemente unos mismos en todos, á ciertas causas universales que trascienden á los individuos ó influyen no en uno ú otro individuo solo, sino en todo un género?

CCXCVI. La *Induccion* pues se usa en aquellos objetos que se determinan y demuestran, ó

(1) Que la *Induccion* traiga grandes utilidades, ya lo previno Bacon de Verulamio in *novo Scient. Org.* y la celebra como investigadora y descubridora de verdades con tal que se use bien, á cuyo fin estableció juiciosamente muchos preceptos.

por las leyes del universo ó por las esencias y relaciones de las cosas, y que por la ignorancia de estas leyes y esencias no los podemos demostrar *á priori*. Debiendo ser estas siempre unas mismas, pues las leyes del universo llevan en sí una suma é inalterable constancia, y siendo las esencias inmutables, y por lo mismo no siendo nunca diversas las relaciones de los entes dimanadas de las esencias, desde luego se deja conocer que por los fenómenos observados podemos adivinar los futuros, percibir los presentes y casi ver con claridad aun aquellos que no bien ni mueven nuestros sentidos.

CCXCVII. Los metafísicos prueban la inmutabilidad de las esencias; y es de suyo constante, supuesto que cada ente tiene una sola esencia posible. Que las leyes del universo sean fijas, seguras y constantes lo persuade la razón y la experiencia: la razón, porque es correspondiente á la sabiduría y providencia del Criador el gobernar con leyes constantes y uniformes el universo; y si ellas no fuesen de esta calidad, no podría haber regla ninguna racional de vida, ninguna ordenacion á los fines y ninguna eleccion de cosas.

CCXCVIII. Si apelamos á la experiencia, ¿quién es el que no haya visto que el universo se gobierna siempre con unas mismas leyes? ¿Quién deja nunca de tener por ciertas las cosas que piden la perpetuidad constante de aquellas leyes?

CCXCIX. La certeza pues adquirida por me-

dio de la *Induccion* se funda en principios firmes y constantes (1), esto es, en la constancia de las leyes del universo, y en la inmutabilidad de las esencias. Estos principios nos demuestran la causa por qué aquello sobre lo cual hemos hecho experimentos se acomoda sin peligro de error en unas mismas circunstancias á objetos enteramente semejantes.

CCC. Para que se vea exento de este peligro el uso de la *Induccion*, se han de observar todavía muchas cosas: las mas principales quedan declaradas en lo que atras (ccxcv.) se ha establecido, y son la multitud y conformidad de las ob-

(1) Las cosas que aqui probamos ser ciertas por *Induccion* las toma de Felice por la *Analogia*, y opina ser solamente probables, aunque lo que es de admirar, haya el mismo aprobado los principios de los cuales se infiere su certidumbre. Lok tambien *L. IV. C. XI. §. 9. y C. XIV. §. 1. y 2.* privó de la certidumbre á la *Induccion*. Véase Leibniz *Nouv. Ess. L. IV. Ch. XI.* y antes de Leibniz Arnaud. *Art de pens. P. III Ch. XIX. n. IX. y P. IV. Ch. V.* Gasendo *Exerc. V. adv. Arist. L. I. n. V.* todos los cuales fueron movidos de que la certidumbre de la *Induccion* exigiria recorrer todos los singulares, y esto no puede ser de ningun modo. Reid. y Hume llevaron mas adelante las dudas y escrúpulos contra la *Induccion* en el lugar citado, y fueron de parecer que mas por costumbre que por principios ciertos tiene fuerza la *Induccion*.

servaciones y la semejanza de las cosas y de las circunstancias: todo lo cual es necesario para la certidumbre de la *Induccion*.

CCCI. Mas tambien es menester que no se de ningun caso ni ningun singular que sea contrario á formar la *Induccion*. Y si se da, debemos antes que hagamos juicio de que es así, examinar si aquella contrariedad se deshace por medio de alguna interpretacion suficientemente probable, y cuando se puede hacer esto tiene lugar la *Induccion*; pero si no debe limitarse: quiero decir, de ningun modo puede extenderse á aquel caso contrario ni á todos los objetos no observados (1).

CCCII. Sobre lo cual se puede poner este ejemplo. Para que deduzcamos por *Induccion* que todos los cuerpos tienen gravedad, deben existir muchos en los cuales se haya observado la gravedad, y ninguno que carezca de ella; pero si se ve algun cuerpo que no la tiene, se ha de considerar si la falta de gravedad es aparente y relativa, ó si es real y absoluta: por solo lo cual no podria atribuirse gravedad á todos los cuerpos por *Induccion*.

CCCIII. Si por *Induccion* se deduce un efecto, puesta alguna causa en unas mismas circunstancias, se necesita de ménos ejemplos que si

(1) Boschovik *Teoria* &c. P. I. donde trata de *Contin. lege*.

se afirmase la *coexistencia* de las propiedades; pues ó por las relaciones de los entes, ó por las leyes del universo está determinada la causa á producir el efecto: luego bajo de unas mismas circunstancias será uno mismo el efecto de su causa. Mas las propiedades suelen no estar unidas con aquel enlace con que lo están la causa y el efecto, y puede suceder que dimanen de cierta esencia algunas propiedades, entre las cuales una sola dimanen de otra distinta esencia: y así en ese caso se requiere repetir la experiencia y observacion hasta que se descubra claramente si estan unidas ó separadas.

CCCIV: Formada la induccion no se aumenta su certidumbre aumentados los ejemplos que conducen para ella: porque en esta hipótesi bastan los examinados para inferir que de las leyes del universo ó de las esencias de las cosas resulta aquello que se afirma por *Induccion*. Y conocido esto ¿qué mayor certidumbre podrá haber?

CCCV. Yo distingo (ccxciii.) la *Analogía* de la *Induccion*, y establezco que por la *Analogía* se deducen aquellas ilaciones por las cuales descendemos de los fenómenos observados á otros, que aunque tienen alguna semejanza con aquellos, no la tienen perfecta: cuando v. gr. inferimos de que los hombres tienen alma, que tambien los brutos tienen algun principio *cogitante*, sacamos por *Analogía* esa ilacion: pues hay alguna semejan-

za, aunque no perfecta, entre los hombres y los brutos (1).

CCCVI. La *Analogía*, lo mismo que la *Induccion*, exige experiencias y observaciones; sin embargo carece de aquella certidumbre de la *Induccion* que no puede recibir de sus principios, pues estos no tienen lugar en ella, mas no carece de los riesgos de la *Induccion*, ántes la atacan mas facilmente.

CCCVII. La probabilidad que es producida por la *Analogía*, es mayor ó menor á proporcion que lo fuere aquella semejanza (cccv), experiencia y observacion que nos mueve á entablar el argumento de *analogía*. El uso de esta es mas frecuente que el de la *induccion*, en la Medicina, en el arte Militar y en la Política (2).

CAPITULO VI.

Del Método en general.

CCCVIII. No siendo tan grande la virtud y excelencia del entendimiento humano que llegue al conocimiento de una verdad oculta sin que primero considere atentamente muchas de aquellas cosas de que puede inferirla, debe sin duda haber algun modo de dar á todas esas cosas un ór-

(1) Alembert entiende la *Analogía* del mismo modo: *Eclair, de Phil.* §. VI.

(2) Senebier *Art. d'observer P. IV. Ch. VI. y VII*

den que quite aquella confusion y oscuridad que embota y obceca la luz de la razon. Este modo se llama *método* y debemos seguirle con sumo cuidado y ponerle en práctica: pues liarto mejor es abstenerse de investigar que entablar investigacion alguna sin método.

CCCIX. El método es de dos maneras, uno *analítico*, otro *sinético*: hablaremos despues de cada uno en particular. Però en cualquiera método ántes de emprender (CLXXXI.) el exámen de algun objeto, es necesario averiguar si es proporcionado á los alcances del entendimiento humano, ó si excede sus límites para que no perdamos el tiempo y el trabajo en asuntos incomprensibles: pruébense tambien las fuerzas propias, y la investigacion que fuere superior á ellas, es preciso dejarla á otros.

CCCX. Abandónese tambien aquel asunto para cuyo conocimiento carecemos de instrumentos y medios, ó del cual no tenemos conocimiento ninguno. Pues en ese caso ¿qué es lo que podría guiarnos á conocer (1)? Y es preciso á fin de que pareciéndonos que hacemos mucho no nos quedemos sin hacer nada, que cuando nos empleamos en algun determinado género de asuntos no andemos vagueando por otros, ni mezclamos confusamente los estudios de las ciencias como lo hacen los que se han dedicado á muchas á un mismo tiempo sin guardar orden ninguno entre

(1) Wolffio *Log.*, cap. 8.

ellas ni atender á su mútua conexion y dependencia.

CCCXI. El fin de cualquier método es la claridad y facilidad de las operaciones del entendimiento. Por lo cual, cuando se trate de algun punto, no se ha de pasar adelante si resta todavía alguna oscuridad que aclarar y no se ha quitado del medio toda duda. Evítese tambien la prolijidad y las digresiones que fatigan y molestan la atencion; es preciso abstenerse de repeticiones y divisiones en materias claras y manifiestas; y en fin conviene irse á la mano en subdivisiones que mas antes convierten en polvo que dividen los asuntos: y estos excesos causan trabajo y molestia, y hacen dificil, árido y espinoso todo género de discursos.

CCCXII. Propónganse con exactitud el punto de la cuestion; esto es, fijese esta, nótese y percíbase con claridad la naturaleza y caracter de la verdad que se intenta investigar: pues de este modo la alcanzaremos mas facilmente, se quitan disputas, se ve si son fútiles y si pueden disolverse.

CCCXIII. Si fueren muchas las partes de la cuestion ó materia que se intenta investigar, distíngase sin omitir ni añadir alguna: trátense todas y cada una de por si con separacion, y primero aquellas que comunican luz á las otras: procúrense de todas partes, y ténganse prontas todas las noticias que pertenecen al asunto de que se trata, y abandónense las que no fueren del caso:

usemos como verdaderas solo aquellas que son evidentes, y no confundamos lo verdadero con lo probable, ó lo probable con lo dudoso: en fin el método de todo tratado sea tal, que proceda de lo ya conocido á lo no conocido (1), de lo fácil á lo difícil: hágase que vayan delante de las cosas menos conocidas las mas conocidas y las demostradas delante de las que se han de demostrar.

CCCXIV. La luz y claridad que de este método resulta, no se tome en lugar de evidencia: meditemos todavía y examinemos con aplicacion todas las cosas, para que sin precipitarnos lleguemos á tocar la verdad (2). Los geómetras que escrupulosamente observan estos preceptos, se glorían justamente de haberla alcanzado con evidencia.

CCCXV. Si alguno quiere juntar á estas reglas la práctica, aplíquese á leer libros en que brille la luz de un método exacto. Y todos lo de-

(1) Todos enseñan esto, asi los que tienen mucha inclinacion al método *sinlétrico*, como los que dan enteramente la preferencia al *analítico*; pero no de un mismo modo señalan lo *mas notorio y mas fácil*: aquellos quieren que sean los *universales*, estos los *individuos y concretos*, los cuales no perturban como los otros el orden de nuestros conocimientos, sino que le siguen exactamente, (Véase CCCXXIII. nota 1.)

(2) Cartesio en su preciosa *Disert. de Método* prescribió sabiamente muchas cosas que tocamos aqui con brevedad.

ben querer, supuesto que la práctica confirma las reglas y se hace ella misma mas completa con el auxilio de las reglas. Las dos cosas juntas nos habilitan para alcanzar un método perfecto y exquisito.

CCCXVI. Ya se nos hubiera presentado ántes ocasion de explicar el modo de leer los libros con fruto; pero ahora es cuando mas oportunamente nos insta este empeño. Pues habiendo dado hasta aquí reglas del método de adquirir por nosotros mismos mucho caudal de conocimientos; y siendo casi infinito el número de los que depositados en los escritos y obras de otros, podemos tomar con facilidad en estas mismas obras (ccxxvi.), se sigue que declaremos el método con que debemos proceder en la lectura de los libros (1).

CCCXVII. Todos sienten con razon que nos veamos agobiados de una infinidad de libros, y que sea grande la multitud de los que no tienen sustancia ni nada de nuevo, que corrompen y confunden las cosas inventadas antes con sutileza y explicadas con claridad; que han sido escritos inconsideradamente; y en fin, que estan inficionados de errores y opiniones depravadas. Importa pues muchísimo el ser cautos y juiciosos en la eleccion de libros: por lo cual propóngase primeramente cada uno la ciencia á que ha de dedicarse; despues consulte á hombres sabios, y

(1) Cartesio no solo en la cit. *Disert. de Met.* sino tambien *Reg. ad direct. Ing.* El arte de pensar, P. IV. *Gler. Log. I. III.*

registre los escritores modernos de Historia literaria que dan noticia de los autores dignos de aprobacion y hacen juicio crítico de muchos.

CCCXVIII. Léanse primeramente con atencion los *Proemios* de los libros, su division y el índice; entre los muchos puntos de que tratan, considérese el mas notable y grave; por el cual examínese luego el fin, estilo, caracter y ingenio del escritor, y júzguese con rectitud, si es ó no digna de leerse toda la obra.

CCCXIX. No pasemos adelante en la lectura si primero no estamos ciertos y asegurados de lo que quiso decir el autor en cada periodo; obsérvese la conexion y orden de las materias y el modo con que el autor se abrió el camino á la verdad. Cuando fuere necesario, háganse notas, y adviértase ó refútese tambien si hay algo oscuro ó falso; hágase de todas las materias un breve compendio, ó apúntense en prontuarios ó libros de memoria (1).

CCCXX. El que estudiosamente lee con este método casi nada se le olvida; hace como suyos propios los trabajos agenos, y forma juicio no

(1) Cartesio (*in Reg. ad direct. Ing. Reg. III.*) dice: *Es muy arriesgado y de temer que aun precavidos y sin querer, se nos peguen las manchas de los errores contraídas de la lectura demasiado atenta.* Este riesgo está enteramente quitado observándose las reglas aqui propuestas.

por la autoridad del escritor sino por sus razones. Y de este modo debe leer todo el que quiera hacerse luego cargo de la suma de alguna obra, adquirir expedición para hacer análisis de ella y enriquecerse en estilo y locución fluida.

CCCXXI. Mas ninguno se ponga á leer movido de espíritu de partido ó por preocupacion, lo que se lee, se ha de leer solo por amor de la verdad. Ultimamente debe observarse mas que todo la buena máxima de *leer mucho y no muchas cosas*; porque es estéril la leccion si no va auxiliada de la meditacion. Mas provecho sacamos meditando que leyendo.

CAPITULO VII.

Del método analítico.

CCCXXII. Este método toma el nombre (L. III. C. II.) de la *análisis ó resolucion*, y es inseparable de ella. Pero primeramente ejerce su análisis sobre las ideas en que se contienen la cuestion ó verdad que se quiere investigar; y principia de manera que observa la generacion y origen de dichas ideas; distingue todas las simples de que se componen, las resuelve en las mismas simples, y las vuelve á componer para que se descubra con claridad si se ha cometido algun defecto en la resolucion.

CCCXXIII. El que se sirve de este método,

sube de lo *simple* á lo *compuesto* (1), y siempre se emplea en ideas claras y distintas, pues las ideas *simples* son claras, y las *compuestas* toman igualmente su distincion y claridad de las mismas *simples* que las componen. El conocimiento de las ideas *simples* de que se forman las *compuestas*, impide que á estas se les añada ó se les quite algo sin motivo, por lo cual las concebimos exactamente: esto es, las concebimos de modo que convengan con las mismas cosas.

(1) De no haberse fijado bien los *simples* ha provenido que muchos abandonando el tomo *analítico* se hayan inclinado mucho al *sintético*. Decían que los *universales* son los mas *simples*, y por tanto principiaban no por la consideracion y analisis del punto de la cuestion, sino por definiciones abstractas y principios universales, descendiendo poco á poco á los menos universales hasta llegar al punto de la cuestion. Por eso daban tanto valor al *silogismo* y tenían en poco la *inducción*. Pero los *analíticos* con mejor razon piensan que los mas *simples* son los elementos de las ideas *compuestas*, y tienen por mas fácil el advertirlos y considerarlos separadamente, que el abstraer la mente de los sentidos y concebir las cosas que requieren muchísima reflexion. Entre tanto téngase entendido, que así los del partido *sintético* como los del *analítico*, aunque discorden tanto en las cosas, pueden sin embargo por la diversa acepcion en que toman los *simples* convenir en determinar que se debe principiar por los mas *simples*.

CCCXXIV, Lo cual no solo nace de que con el auxilio de la analisis consideramos separadamente los elementos de las ideas compuestas, sino tambien de que vamos en seguimiento de la generacion de ellas, y notamos los objetos de que se derivan y las circunstancias en que se adquieren. Esto lo hacemos en virtud del método analítico siendo él nuestra guía.

CCCXXV. Demas de eso, el que clara y distintamente concibe las ideas y sin añadirles ni quitarles nada las concibe segun lo exige la naturaleza de los objetos representados en ellas, ese evita todos los errores que se siguen del vicio de las ideas, se abstiene de ideas indeterminadas y vagas, en fin se abre un camino seguro y facil por donde pueda llevar las ideas á todas partes y unir las ó combinarlas de mil maneras.

CCCXXVI/ Y de esta suerte entenderá cuanto es posible sus relaciones, pues las descubre mucho el conocimiento de la índole de las ideas, la que solo por la analisis puede conocerse. ¿Quién ve jamas con claridad las mutuas relaciones entre dos cosas que no conoce?

CCCXXVIII/ Ya hemos indicado arriba (L. III. C. II.) los instrumentos de la analisis, los que nos parece volver ahora á repasar de nuevo. Las ideas ó son de objetos que existen fuera de nosotros, ó son de las afecciones y modificaciones que hay en nosotros, ó son en fin de las nociones intelectuales y morales (xxxviii). La experiencia y observacion nos instruyen para hacer

análisis de las ideas del primero y segundo género: mas para hacerla rectamente de las ideas de las nociones intelectuales y morales, debemos considerar los objetos en que hacemos uso de la reflexión para formar dichas ideas, y averiguar qué cosas especiales advertimos en los mismos objetos: de esta suerte tendremos á la vista las cosas de que se componen.

CCCXXVIII. Concluida la análisis de las ideas que fueren materia de alguna investigación y convertidas en claras y distintas, si aun con todo no se nos manifiesta aquello (CLXXV, CLXXVI) sobre que es la cuestión, debemos acudir á otras ideas, que unidas por cierta conexión con aquellas descubran la relación que haya entre ellas mismas: esto es, debemos acudir á las ideas en que se representan las causas, las acciones, las fuerzas, los fines, los adjuntos y las circunstancias de la cosa que se intenta investigar.

CCCXXIX. Todas las ideas deben combinarse y colocarse en una seria corriente, fácil y natural: en esta serie las ideas de objetos materiales precedan á las de objetos intelectuales, siendo esto muy conforme á su origen y generación: obsérvese siempre en esta serie la evidencia, la que si tal vez faltase seria ocasión de que se esparciesen tinieblas sobre las cosas mas claras; últimamente colóquense en esta serie los principios y axiomas cuando fuere oportuno.

CCCXXX. Pero lo mas grande y excelente en el método analítico es que dispone y diri-

ge los entendimientos al hallazgo y descubrimiento de cosas ignoradas y desconocidas: pues las cosas que ignoramos no podemos sacarlas de nosotros mismos supuesto que las ignoramos: solo podemos deducirlas de otras (1) conocidas. Para que las deduzcamos es preciso en primer lugar que las cosas conocidas pertenezcan á las no conocidas y se aproximen á ellas; despues de esto es menester considerarlas en aquel orden en que tuvieren conexion con las no conocidas. Esta conexion es principio de la invencion ó descubrimiento, y cuanto mas íntima es y mas cosas abraza, tanto mas fecunda y abundante hace la invencion: ésta se disminuye en disminuyéndose la conexion: y la invencion es ninguna si desaparece del todo por el mal orden aquella conexion. Pero siendo mas acomodado para determinar la conexion entre las ideas aquel orden que es conforme á su origen y generacion, y siguiendo el método analítico esta ordenada generacion para proponer las ideas, y

(1) Con esto se desata aquel famoso dilema que *Menon* propuso á *Sócrates* casi en estos términos: ó sabes ó no sabes lo que investigas; si lo sabes, en vano lo investigas; si no lo sabes, por mas que des en ello ¿cómo sabrás que es aquello que tú investigas? Pero lo que ya está conocido no se investiga, ni lo que se investiga es cosa enteramente no conocida, sino que en cierta manera estaba antes conocida en otras conocidas de las cuales se deduce.

principiando por el objeto que lo es de la cuestion, es preciso que únicamente insista en este método el que quiera ser excelente en el maravilloso empeño de la invencion y descubrimiento de la verdad.

CCCXXXI. Ciertamente aquellos por quienes se han propagado y extendido los límites de los conocimientos humanos siguieron constantes el método analítico (1); y así este método no solo por su caracter sino tambien por los hechos ha sido distinguido con el título magnífico de *Método de invencion*.

CCCXXXII. Es grande la utilidad y ventaja de este método la cual viene tambien acompañada de una facilidad suma, pues propone pocos objetos, y esos por sus grados, y en aquel orden en que unos á otros se declaran mutuamente; no usa de definiciones abstractas que por lo comun son mas oscuras que la cosa definida, y en fin trata los singulares que son mas fáciles de concebirse que los universales, supuesto que los singulares hieren continuamente nuestros sentidos, y no necesitan de reflexion alguna del entendimiento.

CCCXXXIII. Declaremos lo dicho con el si-

(1) Estos grandes hombres, si hubieran dejado á la posteridad escritos sus métodos y los caminos andados por ellos sin omitir los yerros en que se deslizaron, habrian traído mucha utilidad á todas las ciencias y facilitado mas el descubrimiento de otras verdades que nos son desconocidas.

guiente ejemplo. Investíguese el origen de las ideas *universales*: si se hace con el método analítico, no se ha de principiar por el origen del alma ni por las ideas abstractas de perfección, de la vía más simple, de las fuerzas, de la creación ni de otras semejantes, sino que se ha de considerar atentamente cuando entran en el entendimiento las ideas universales, qué es lo que entonces obra el entendimiento; qué tienen de común con otras ideas, y en qué se diferencian de ellas, para lo cual se deben comparar con otras y combinarse de mil modos. De esta suerte se descubre con claridad el origen de las ideas *universales*.

CCCXXXIV. La análisis de los géometras es como se sigue. Toman el problema ó teorema de que tratan: descienden después á muchas ilaciones, y si por último dan en alguna cosa evidente, resuelven que el problema ó teorema es verdadero; pero si caen en un absurdo, creen que es falso. En el método sintético principian por aquello á donde los condujo el método analítico, y proceden á deducir de las cosas ya establecidas el problema ó teorema.

CCCXXXV. Hemos manifestado ya que el método analítico se ha establecido para la invención ó descubrimiento de la verdad. Pero ¿será acaso á propósito también para la enseñanza y explicación de la misma verdad? Lo es, sin la menor duda, á no ser que queramos defender temerariamente que por el mismo camino por donde alguno llegó á la verdad no puedan lle-

*

gar los demás. Antes bien la verdad explicada analíticamente nos enamora y aun nos parece que no la recibimos por mano agena, sino que la descubrimos nosotros mismos. Y si se echan á un lado las equivocaciones y extravios de los primeros que descubrieron la verdad por el método analítico, y que ciertamente caminaron por una senda larga, es por lo comun mas breve que el método sintético, el cual no puede abstenerse de un grande aparato de axiomas y definiciones. Mas de esto tambien trataremos despues. Y asi deberemos servirnos todos con especialidad del método analítico y algunas veces del método sintético (1) que se junta á él bellísimamente (2).

CAPITULO VIII.

Del Método sintético.

CCCXXXVI. El Método sintético ó de *composicion* (3) es enteramente contrapuesto el ana-

(1) Asi lo encarga Leibniz para adelantar los asuntos matemáticos. *Nouv. Ess. L. IV. Ch. III.*

(2) Malebr. *Rech. de la Per. L. VI. P. II.* Condill. *Art. de Pens. P. II. Ch. V. y VI.* y el mismo *Logique &c. Guida dell Intell. Um. Append.*

(3) El método sintético descendiendo de los *universales* á los *concretos*, siempre añade á las ideas determinaciones nuevas y las hace mas compuestas para que por último salgan *concretas*, por cuya causa ha sido llamado método de *composicion*.

lítico; pues no por la consideracion del objeto ni del modo con que se engendra la idea de él, ni por su resolucion, abre la entrada para conocerle; sino que primeramente pone la definicion, derivada de las nociones abstractas de los géneros y especies; despues pone los axiomas, y se ejercita principalmente en los *universales* empezando por aquellos que mas distan de los *concretos*, y poco á poco descende á estos, y demuestra de qué modo corresponden con los universales.

CCCXXXVII. Estas cosas bien consideradas dan sin duda lugar á la opinion de que el método sintético es mas dificultoso que al analítico, abrazando una instruccion poco sólida; pues enseña definiciones enteramente verbales ó imperfectas, ó que no pueden entenderse si tal vez contienen la noción distinta de las cosas; supuesto que se pone á dar doctrina en el mismo principio de la investigacion, de la que despues de concluida y no al empezarse puede ser propio este fruto para que el asunto quede puesto en claro (CCLII).

CCCXXXVIII. ¿Y por qué no ha de ser mas difícil un método, que no cuidando de los conocimientos y generacion de las ideas no las propone con el orden en que una se engendra de otra, y en que se explican mutuamente? Por qué no ha de ser mas difícil si las cosas que guardando este orden se nos harian claras y patentes, emprende definir las y demostrarlas con proposiciones abstractas, dificultosas de concebirse

y mas oscuras que el objeto de la investigacion?
 CCCXXXIX. Ello es que el método sintético abunda en definiciones (1) de cosas que verdaderamente no se pueden entender tambien como si se considerásen en sí mismas y se atendiesen las circunstancias en que se adquieren sus ideas. Demas de esto cualquiera se ve compelido por la síntesis á demostrar cosas (2), cuyo evidente conocimiento le hubiera venido por el método analítico ò por la exacta comprension de las ideas.

CCCXL. Tambien el método sintético deduce de lo posible lo existente: define primero el punto, despues la *línea*, luego la *superficie*; y últimamente el *sólido*; Cuánta oscuridad, cuánta dificultad resulta de aquí! ¿Por ventura esto no se enseña mas facil y claramente si se examina el *sólido*, si se considera como se engendra la idea de él, si de esta idea se abstrae despues la *profundidad*, luego la *latitud*, y últimamente si se contempla solo el término de la *longitud*? Así no habrá error ninguno en la idea de la *superficie*, de la *línea* y del *punto* geométrico; y se entiende bien cómo son esas cosas y cual es su realidad.

(1) En definiciones v. g. de la *existencia*, *extension*, *movimiento*, *quietud* y de otras cosas semejantes.

(2) Condillac trae por ejemplar del método sintético á *Wolffio*, quien se propuso demostrar que *el todo es mayor que su parte*.

CCCXLI. La dificultad del método sintético aun se ha de tomar de mas arriba. No es la síntesis un método con que los conocimientos espontaneamente se nos presenten por sí mismos á la consideracion (cccxxix.), y en cierta manera nos lleve á descubrir una cosa por ella misma, sino que es un método muy artificioso, obra de aquellos que señalándose en ingenio sistemático, disponen las invenciones propias ó ajenas en un orden contrario á aquel en que fueron adquiridas, y no exponen primero las cosas conocidas, sino las que considerada su naturaleza son primeras en orden; y en fin principian por las mas remotas, universales, y ménos compuestas; y poco á poco vienen á las mas compuestas, particulares y concretas (1). De esta suerte suponen ya instruidos, y no en necesidad de instruirse á aquellos con quienes usan este método; y en caso de necesitar ser instruidos su entendimiento se ve molestado de

(1) Los platónicos y todos los que se acercan á ellos lo hacian asi; lo cual era muy conforme á su sistema, pues juzgaban que las ideas universales eran *innatas*, ó que siempre nos estaban presentes, de manera que pudiésemos verlas facilísimamente. Por eso creian que eran las mas *conocidas*, las *primeras* y las mas *simples*, siendo en su opinion mas *simple* aquella *intuicion* de los universales, que la resolucion de las ideas *compuestas* y consideracion de las *componentes* cada una de por sí.

multitud de axiomas y definiciones, no viendo á donde caminan, ni percibiendo bien estas cosas: pues no se puede suponer que los discípulos hayan ántes observado mucho ni estado hechos á abstracciones (1).

CCCXLII. Pondré un ejemplo en que haciendo comparacion de uno y otro método, queda mas ilustrada esta doctrina. Acerca de la inmortalidad del alma puede hacerse la investigacion ó analítica ó sintéticamente. Cuando se hace con método analítico, lo primero se considera que el alma es *cogitante*, despues se examina la esencia de la *cogitacion* ó accion de pensar de la cual se descubre claramente que no tiene mezcla ninguna de ente material ó corpóreo, y que no puede ser *modificacion* de la sustancia corpórea; despues se infiere que la sustancia *cogitante* se diferencia de la corpórea: luego de que una perezca, no se sigue que perezca tambien la otra: la corpórea perece por quanto se disuelve en partes; la sustancia *cogitante* la cual carece de partes, no se disuelve: luego esta de ningun modo perece.

CCCXLIII. Pero si esta misma cuestion se explicase sintéticamente, se habria de proceder bajo de estos principios: ninguna sustancia propiamente perece: las cosas que se dice perecen, realmente se disuelven: no pueden disolverse las que carecen de partes; y última-

(1) Condillac, *Cours d' Etud. Disc. Prelim.*

mente el alma carece de partes.

CCCXLIV. Por lo dicho aquí y en el párrafo antecedente, no hay quien no vea que el método sintético es enteramente inepto para hallar la verdad (1), y ménos acomodado que el analítico para enseñar (2). Y por lo que toca al propósito de la invencion ó descubrimiento de las verdades no concedido al sintético, probaremos en el capítulo siguiente que los principios que son las delicias de este método, son enteramente inútiles para dicho intento.

CCCXLV. Réstame quitar del medio algunas dificultades que á primera vista parecen persuadir lo contrario. ¿Quién ignora, dicen, que han sido descubiertas muchas verdades por el método sintético? Si estas fueren *universales*, como es preciso, no podrán descubrirse ni enseñarse por el analítico que está reducido á las *particulares*, sino que requieren absolutamente el sintético.

CCCXLVI. Pero digo que ningunas verdades debemos al método sintético segun su determinado carácter, sino que las debemos sin duda

(1) Condillac, *Art. de Pens. P. III. Ch. VII.*

(2) No por los nombres se han de definir las cosas; porque de lo contrario seria falso lo que hemos establecido. La sintesis se llama método de doctrina ó de enseñar. ¿Por ventura se llama así, porque ó es ninguno su uso, ó solo pueda haber este en la enseñanza?

á aquellas calidades que le son comunes con el analítico, esto es, á aquellas por las cuales se alcanza el conocimiento de la verdad como he ido diciendo hasta ahora, y lo explicaré en el capítulo que se sigue (1).

CCCXLVII. ¿Quién quita que el método analítico, cuando investiga y enseña trate de las verdades universales? Bien está que sea enteramente contrapuesto al sintético y trate este con particularidad los universales; ¿mas por qué razón no podrá también hacer lo mismo el analítico? Toda su diferencia y contraposición consiste en el modo con que cada cual trata las cosas: el sintético explica y deduce los universales de otros mas universales; el analítico examina el universal que se ha propuesto, mira todas las cosas conocidas acerca de él, y no empieza la investigación por las mas universales, sino que si es necesario camina á ellas cuando ya se encuentra el éxito (2).

(1) Me ha parecido hacer cotejo de todas las cosas que se controvierten acerca de los dos métodos y de los principios, porque se explican y confirman unas á otras mutuamente.

(2) Además de los autores elogiados en el lugar citado, véase Condillac, *Art. de Pens. P. I. Ch. IX.*

CAPITULO IX.

De los Principios.

CCCXLVIII. Si se miran las proposiciones que algunos filósofos venden como Principios para defender sus sistemas, se hallará que han abusado torpemente de este nombre, dándole á unas proposiciones oscuras, ambiguas, y aun falsas. Pero la grande excelencia y prerogativa de este título solo la conservan justamente las proposiciones inmutablemente ciertas, evidentes y muy universales; v. g. *Una misma cosa no puede á un mismo tiempo ser y no ser. El todo es mayor que su parte*: y otras semejantes.

CCCXLIX. Expondré el uso y abuso de estos Principios, y pasaré á investigar el modo en que penden de ellos los demas conocimientos. Con los Principios pues se logra la brevedad: ellos fomentan la memoria, allanan ciertas dificultades, sirven para determinar las controversias, hacen en fin mas breve y desembarazado el camino de la instruccion. Supuesto que contienen muchas proposiciones singulares, las unen con un vínculo comun; y como se enseñan y recomiendan mucho en el umbral de las ciencias, quedan profundamente fijados en la memoria; y en fin cortan todo efugio á los que traidos á dichos principios y atacados con ellos conocen por

su evidencia que ya no pueden abusar mas de la libertad de negar.

CCCL. Este es el uso, esta la utilidad de los Principios: pero abusamos de ellos cuando nos detenemos en ideas vagas y confusas; pues aplicando á estas los Principios, formamos muchas proposiciones meramente verbales pudiéndose probar todo lo que viniere á la imaginacion de un enfermo delirante.

CCCLI. De aquí provienen las verdades sistemáticas, y tambien de la falsedad y ambigüedad de los Principios. Esas verdades solo las tienen por ciertas y evidentes los que fueron inventores de los mismos sistemas.

CCCLII. Sentada esta doctrina tocaremos ahora brevemente los puntos que miran á la dependencia que tienen de los Principios nuestros conocimientos (1). Una cosa es que toda ver-

(1) Hasta Lok siempre se les ha atribuido á los Principios mucha virtud: y las dos escuelas platónica y peripatética, juzgan que todo conocimiento cierto y necesario, esto es, toda ciencia se contiene en los Principios como en causa, y dimana de ellos como de la fuente, lo cual concuerda mucho con la generacion platónica de los conocimientos humanos. Y los platónicos, como ademas observasen que los singulares corren incesantemente y se pasan sin sentir, y que lo que conocemos por experiencia es conocido *empíricamente*, y no por cierta razon inmutable, para defender ésta apelaban á los principios.

dad dimanar de los Principios como de origen y causa: y otra que negados los Principios se destruya enteramente la verdad de los singulares y toda verdad. De esto nada mas se sigue sino que es una misma cosa el negar los Principios y el negar las verdades que se contienen en ellos: lo cual debe concederse fuera de toda duda; pero no prueba que los conocimientos y verdades singulares dimanen de los Principios, sino solo que se comprenden en ellos.

CCCLIII. De lo primero se seguiria que ninguna cosa pudiese considerarse como verdadera sino nos viniese á la mente los Principios, y que las demas lo fuesen por serlo los Principios. Lo

Esto último movió á los peripatéticos, quienes aunque en asignar el origen de los conocimientos se diferenciaban mucho de los platónicos, con todo eso se convinieron en abrazar la dependencia que tienen en los Principios: pues por no conocer acaso la analisis del conocimiento no veian como es aquella inmutable y excelente manera de conocer, aunque no pueda ser por la experiencia ni se tome bien de los Principios. A toda la autoridad de los Principios acometió primeramente Lok, y le siguieron casi todos los modernos que han juzgado deberse tratar la Filosofia con solo el método experimental. Gasendo en muchos lugares y particularmente en la obra *Exerc. Arist.* y en la *Log. P. III. can. XVI* habia esparcido como unas ciertas semillas de la doctrina Lokiana,

cual no parece bien fundado porque si las cosas que son verdaderas lo son, porque los Principios son verdaderos; la verdad entónces no sería una conveniencia de la percibida relacion con aquella que hay entre los objetos y las ideas (cxxxiv.); ningunas relaciones habria que cierta y evidentemente se manifestasen por la simple comparacion de las ideas, ó que pudiesen inferirse propuestas otras.

CCCLIV. Las verdades pues se deducen de la percibida relacion entre las ideas: y ellas no son tales verdades porque sean conformes con los Principios, sino porque convienen á la naturaleza de los entes. La cual conveniencia, ó se manifiesta con claridad en las mismas ideas asi como se manifiestan en las ideas de que constan los Principios las relaciones de ellas, ó se deduce de otras ideas medias. Y no es cierto que lo negro no sea blanco, (como pone por ejemplo Lok) porque una misma cosa no pueda á un mismo tiempo ser y no ser, sino que es cierto y verdadero aun para aquel que ignorase dicho principio y no hubiese todavia llegado á las ideas abstractas y universales.

CCCLV. Los que fuesen de parecer contrario, pervertirian el órden en que se engendran las ideas, queriendo que fuesen conocidas las ideas universales primero que las particulares; y irian contra su propia conciencia, segun la cual les consta á todos que ellos afirman muchas cosas no porque para eso sean gobernados por los Principios

sino porque lo exige asi la naturaleza conocida de las cosas.

CCCLVI. ¿De dónde proviene toda verdad, si no proviene de los Principios? Sin duda proviene de lo que tenemos conocido en los entes, de la analisis de las ideas, y de la recta determinacion de todas las nociones. Ni proviene de los Principios la verdad de aquellas proposiciones que no pueden referirse á ellos; pero las que en ellos estan contenidas, son evidentes como los Principios mismos, y no tienen su certidumbre y evidencia por ellos (CCCLIV.), sino que dimana de la naturaleza de los entes.

CCCLVII. Y aunque ningunas verdades lo sean por los Principios, con todo eso algunas son *necesarias* é inmutablemente ciertas: es á saber, todas aquellas que pertenecen á ideas abstractas y universales, asi como es *necesaria* é inmutable la naturaleza de estas ideas. Estas verdades universales nadie las confunde con los Principios; son tantas cuantas pueden ser las ideas universales; y no se conocen por los Principios, sino por aquellos medios con que se alcanza el conocimiento de las verdades como he dicho.

CCCLVIII. Ningunas verdades serian *necesarias* si quitada aquella dependencia que tienen de los Principios los conocimientos humanos pudiesen deducirse todas de solos los hechos y observaciones: ninguna es la *necesidad* de los singulares, especialmente si se contienen en la experiencia: mas por quanto dimanan de otras co-

sas que producen la *necesidad* de los mismos conocimientos, no será menester acudir á los Principios para confirmarlos.

CCCLIX. Sin embargo no tengo la menor duda que habrá quienes repliquen: Si los Principios son tan inútiles y tan insustanciales, ¿por qué razon todas las ciencias tienen los suyos, y se estiman y respetan como cabeza y fundamento propio? ¿por qué razon se ha hecho vulgar, y está recibida de todos aquella máxima: *No hay raciocinio donde no hay principios* (CCCLII)?

CCCLX. Pero aqui se debe hacer distincion entre los Principios que se usan para el método, y los principios que promueven y perfeccionan las ciencias, los cuales se llaman fundamentos de ellas: estos son *hechos* primeros y simples, y observaciones confirmadas por la experiencia; ni son estos de que tratamos ahora los que usa el método sintético, y que como el mismo método sintético, son ineptos (CCCXLIV.) para la invencion y descubrimiento de la verdad; porque solo tienen aquel uso que arriba CCCXLIX.) concedimos á los Principios. Las ciencias tratadas sintéticamente hacen mucho aprecio de estos Principios, y por ellos raciocinan los sintéticos: y (como consta de lo dicho) no se infiere de ahí que los Principios den á las ciencias incremento ni pendan de ellos como de causa todas las verdades, y que ninguna verdad pueda conocerse (1) sino por ellos.

(1) Lok Lib. IV. Ch. VII. Leibniz *Nouv. Ess* *ibid.*

CAPÍTULO X.

De las Hipótesis.

CCCLXI. La Hipótesis que es lo mismo que *suposición*, da por supuesto que tal cosa es así, y que tal causa, mas ántes que otra lo es de algun efecto siempre que el modo de ser la cosa y la certidumbre de la causa verdadera del efecto no se demuestren por el raciocinio ni por la experiencia, ni por la observacion. Cuando no bastan estos instrumentos, nos queda el recurso de fingir Hipótesis.

CCCLXII. Su uso es frecuente, con especialidad en la Astronomía y ciencias fisico-matemáticas para resolver problemas. En general importa que ni sea nimio este uso, ni se abandone del todo, sino que debe ser conforme á ciertas reglas para que no parezca que las Hipótesis tienen rasabios de fábula.

CCCLXIII. Y así antes que se emprenda establecer alguna Hipótesi, téngase idea distinta y clara de la cosa que por medio de la Hipótesi se intenta investigar; póngase gran cuidado en considerarla por todos sus lados; nótese sus estados propiedades, circunstancias y adjuntos: todo lo cual se debe comparar y combinar para percibir

Condillac *Art. de Penser. P. I. Ch. 9. D' Alembert. Elem. de Phil. IV.*

su mútua relacion y dependencia. Por este camino suelen ocurrir algunas razones que parecen acomodadas para explicar lo que se investiga en la cosa que fuere el objeto de la investigacion.

CCCLXIV. Para que pueda proponerse por Hipótesi alguna de estas razones (las cuales no tienen todavía una mínima probabilidad), no debe ser absurda ni contraria á las cosas conocidas: compárese despues con aquello para cuya explicacion se propone; y si corresponde con ello suficientemente adquiere no poca probabilidad.

CCCLXV. Pero la Hipótesi que explica hasta las circunstancias de la cosa es mas probable. Y si por la Hipótesi propuesta se percibe la razon no solo del estado presente de la cosa, sino tambien del pasado y futuro, su probabilidad se aumenta, de suerte que se acerca mucho á la certidumbre.

CCCLXVI. Mas no solo por esto se ha de regular la probabilidad de las Hipótesis, sino tambien por su simplicidad, y propiedad por la analogía que tienen con otros asuntos conocidos, y en fin por el número y peso de las dificultades que padecen. Aquella Hipótesi, en que hay pocas y leves dificultades, es mas (XLVI.) probable: pero si las demás circunstancias, esto es, la simplicidad, propiedad y analogía concurren juntas en alguna, la probabilidad de esta se aumenta hasta lo sumo. Sirva de ejemplo la Hipótesi copernicana.

CCCLXVII. ¿Y por qué causa no llegan nun-

ca las Hipótesis á tocar la certidumbre? Lo primero, porque puede ser que expliquen la cosa al parecer exactamente por medio de cosa no bien conocida: lo segundo, porque aunque esta cosa estuviere perfectamente conocida ¿quién confiará tanto en ella que asegure como cierto que ninguna otra razon hay sino esa misma *hipotética*, que igualmente la explique, y que el Criador de todo la haya preferido por su mayor armonía con la universal serie de los entes, causas y efectos?

CCCLXVIII. Mas las Hipótesis tienen certidumbre cuando estan confirmadas por la experiencia y claras observaciones, y aun dejan de ser Hipótesis en ese caso, y se convierten en verdades demostradas. Al contrario, la Hipótesi en que ocurre algun *hecho* que abiertamente se opone á otra Hipótesi probable, debe desecharse como falsa: de esta suerte son el cielo *crystalino quebrado por los cometas* y la *accion de la Luna en el flujo y reflujo del mar* asegurada por Newton.

CCCLXIX. Mas aunque siempre falta á las Hipótesis la certidumbre, no por eso se sigue que puede negárseles el asenso, aun en el caso de que esten bien establecidas y adornadas de las cualidades y condiciones que se han indicado. Porque se prueban de mil modos, y nada hay que cause duda: por cuyo motivo los peligros que amenazan de que sean falsas, se consideran respecto de su probabilidad casi como el número uno al infinito.

CCCLXX. Sin embargo no nos olvidemos nunca de que las Hipótesis no pasan los límites de una mera probabilidad, aunque tal vez suma, y que nosotros las abrazamos cuando no hay otro medio. No debemos pues aquietarnos enteramente con ellas, ni pensar que en habiendo fundado una Hipótesi hemos trabajado cuanto hay que trabajar en el estudio de la verdad. Debemos aspirar á cosas mayores y hacer salir la verdad de lo oculto de la naturaleza por medio de experimentos y de observaciones (1).

CAPITULO XI.

Del modo de conjeturar lo probable.

CCCLXXI. Ya hemos advertido en muchos lugares que es muy limitado el entendimiento humano; y necesita de muchos auxilios para adquirir conocimientos. ¡Ojalá que instruido de ellos nunca se viese indeciso! ¡Ojalá que con los conocimientos que alcanzan mediante dichos auxilios pudiese persuadirse facilmente á la verdad! No habria entónces tantos conocimientos en que no hay mas que una mera probabilidad; ningunos habria que careciesen de la clarísima luz de la certidumbre. Pero es menester que nos

(1) S. Grav. *Introd. ad Phil. Lib. II. P. III. Cap. XXXIV.* Condillac. *Art. de Rais. Ch. II.* Senebier, *Art. d' observ. P. IV. Ch. IX. X. VI.*

contentemos con los probables cuando no podemos llegar á los verdaderos, y debemos con todas nuestras fuerzas empeñarnos en alcanzarlos con los instrumentos ya explicados antes que quedarnos en una suma ignorancia.

CCCLXXII. Y así proceda cada uno con precaucion huyendo de todo extremo en los conocimientos *probables*: esto es, no se deje llevar de ellos con demasía ni piense que de nada sirven, pues esto seria señal de ignorancia, y lo otro de temeridad.

CCCLXXIII. En el Lib. I. Cap. IV. se ha indicado ya que conocimientos son los *probables*; y en el mismo lugar se propusieron sus principios. Mas en este Libro III. la doctrina que prescribimos acerca del modo de usar generalmente los instrumentos, toca tanto á lo verdadero como á lo probable. Y así solo resta que se determine la probabilidad de los hechos.

CCCLXXIV. Mas no tratamos de los hechos cuyo conocimiento nos presta la induccion ó la analogía (1); y mucho menos examinamos ahora los *hechos históricos* (2), sino que investigamos aquella probabilidad de sucesos que se regula por el cálculo de algunas *combinaciones* y de casos ocurridos.

CCCLXXV. Y así se puede establecer en general que los sucesos que en determinadas cir-

(1) Véase el cap. V. de este Libro

(2) De esto se trata adelante en el Libro IV.

circunstancias siempre acaecen y son los mismos se tengan justamente por ciertos, ocurriendo esas mismas circunstancias; y que se juzguen por imposibles los que nunca acaecen; por probables, los que con mas frecuencia; y por improbables aquellos que acaecen con menos frecuencia ó rarísima vez.

CCCLXXVI. Cuando inferimos los sucesos de lo que ya ha sucedido, se ha de advertir eso mismo y se deben notar los casos, tanto los que favorecen al suceso, como los que son contrarios á él: la probabilidad de éste á la improbabilidad será como el número de los casos que favorecen al número de los casos contrarios: si se aumentan ó se disminuyen estos casos, aumentan ellos tambien ó disminuyen la probabilidad del suceso.

CCCLXXVII. Ve aquí un ejemplo: Si de cien niños mueren diez de viruelas, la probabilidad de que uno de ciento venza la fuerza de la enfermedad, será á la improbabilidad como el número noventa al número diez: pero si muriesen mas niños, se disminuiría la probabilidad de la vida; y si muriesen ménos, se aumentaría.

CCCLXXVIII. Pero hay sucesos de cuyos modos posibles de acaecer se tiene clara noticia. Considerando todos esos modos, se descubre y regula la probabilidad de uno solo: y la probabilidad será á la certeza como el modo propuesto á todos los modos posibles. El número de estos cuanto mayor es, tanto mas disminuye la probabilidad del modo dado, pero la aumenta

cuanto menor es el número de los modos. Por ejemplo: extráiganse unas bolitas de una caja en que estan diez de diverso color, será probable que se extraiga una negra; y esta probabilidad será á la certidumbre como uno á diez: y seria mayor la probabilidad si en la caja solo estuvieran cinco bolitas como es evidente.

CCCLXXIX. Mas puede suponerse desde luego que todos estos casos se ignoran: la probabilidad de uno se sabrá entónces atendiendo á los casos que suceden. v. gr. Esten en la caja unas bolitas, cuyo número y color se ignore; inquiérase ¿si es probable, y cuánta sea la probabilidad de que se extraiga de la caja una bolita negra? Debe repetirse muchas veces la extraccion para que se vea si las bolitas negras estan en la caja: si esto se verifica, será probable aquella extraccion. Examínese despues qué proporecion tengan las bolitas negras que se extraen con las otras ya extraidas: la probabilidad en favor de la bolita negra, será como las bolitas negras que se han extraido á las otras extraidas.

CCCLXXX. Ningun otro camino resta por donde se determine la probabilidad cuando se trata de un suceso que entre otros ignorados puede acaecer igualmente, y cuando no se puede hacer prueba ninguna de cada uno de ellos. Pues ¿cómo podrá ser que se manifieste una cosa no conocida, si no hay ninguna otra conocida con anticipacion que nos guie el conocimiento de aquella?

CCCLXXXI. Obsérvese entre tanto, que si son notorios y estan determinados los modos posibles de algun suceso, aunque no de esos modos por un cálculo matemático tenga siempre la misma probabilidad, sin embargo consta por experiencia que la probabilidad puede disminuirse cuantas mas veces se repitiere el modo. Así por el cálculo de las bolitas que pueden extraerse de la caja (CCCLXXVIII.), siempre es probable que se extraiga la negra. Pero si esto acaeciere la primera vez, la segunda, la tercera, la cuarta, y hasta siete veces, á la octava vez, v. gr. no será igualmente probable que acaezca del mismo modo. Qué leyes sigue esta disminucion de la probabilidad, y cuándo principia, ninguno hay que lo determine. Pero deberá inferirse, de que los *contingentes* no siempre acaecen de un mismo modo como lo enseña la experiencia. Realmente las causas no determinadas á un solo efecto producen alguno no por acaso, sino que en virtud de muchos adjuntos y circunstancias producen éste mas ántes que otro. Como estas circunstancias y adjuntos se mudan perpetuamente y son cosas sujetas á continuas vicisitudes, los efectos que penden de ellas tampoco perseveran unos mismos (1).

CCCLXXXII. La probabilidad de los suce-

(1) D' Alembert, *Doutes, et quasi, sur le calcul des prob. Melang. T. V.*

sos de que hemos tratado hasta aquí, se llama *simple*. Otros sucesos tienen probabilidad que se llama *compuesta*, la cual nace del concurso de muchas probabilidades: y estos son, ò los sucesos que por cierto número se suponen muchos, ó aquellos cuya probabilidad pende de la probabilidad de otro. Supóngase pues cierto número de sucesos: de estos finjase deberse poner muchos: la probabilidad de uno de este número es mayor que si se pusiese tan solo uno. Pero si se investiga esta probabilidad, deben añadirse las probabilidades de cada uno de ellos, las cuales se expresan en *fracciones*. El ejemplo de esto podrá tomarse del juego que se llama la *Lotería*. El *denominador* de aquellas *fracciones* denota el número total de los sucesos ó la certidumbre; y el *numerador* señala cada una de las partes de la certidumbre.

CCCLXXXIII. Dada pues la hipótesi en que la probabilidad de un solo suceso pende de la probabilidad de otro, es aquella menor que si no pendiese de ninguno, y las dos probabilidades expresadas en *fracciones*, se deberán multiplicar. Me parece conveniente explicar con un ejemplo esta materia que toda pende del cálculo. Si salieren del puerto doce navios, y en uno de ellos mis mercaderías, y se sabe que naufragaron tres de los doce, y que la tercera parte de mercaderías que iba en los nueve restantes fue arrojada al mar, será probable que el navío en que iban mis mercaderías llegó salvo; y esta preba-

bilidad será igual á $\frac{9}{12}$; y la probabilidad con que puede congeturarse que aquellas mercaderías no son de la tercera parte que se arrojó al mar, será igual á $\frac{2}{3}$ de toda la certidumbre; con que la probabilidad *compuesta* sobre haberse salvado mis mercaderías será $\frac{2}{3}$ de $\frac{9}{12}$ ó $\frac{6}{12}$. Por este mismo cálculo se puede determinar el precio de ellas.

CCCLXXXIV. Este modo de regular la probabilidad de los sucesos tiene lugar también en el juego, en el comercio, en la medicina y en la política (1).

(1) Mugenio, Jacobo y Nicolao Bernouilli sujetaron á cálculo estas materias. Véase S. Gravesand *Intr. ad Phil.* L. II. Cap. XVII. XVIII. D'Alembert *Eclaircis. de Phil.* §. VI.

LIBRO IV.

DE LAS FUENTES

DE LOS

CONOCIMIENTOS HUMANOS.

CAPITULO PRIMERO.

De la Conciencia.

CCCLXXXV. **H**abiendo explicado los principios elementales de los conocimientos humanos, los mismos conocimientos y los instrumentos con que adquirirlos, y estando ya el entendimiento bien preparado con estas cosas y libre de los errores torpes que pudieran provenirle del examen poco diligente de la naturaleza de los mismos conocimientos, ó de la imperfeccion de sus principios elementales, ó del mal uso de dichos instrumentos, abriremos ahora las fuentes de los conocimientos, y daremos reglas con cuya puntual observancia podamos beber todo aquello que nunca se desvie de la verdad. Y satisfecho nuestro propósito en esta última parte, se habrá adver-

tido cualquiera riesgo de errar; se habrán aplicado los remedios, y el entendimiento quedará bien dispuesto para la verdad.

CCCLXXXVI. *o* Bebemos pues de las fuentes los conocimientos haciendo uso de los instrumentos de que hemos hablado hasta aquí, y acerca de los cuales no pudimos menos de omitir entonces algunas cosas, con el fin de explicarlas (CCXXXVI) mas oportunamente en este lugar en donde pueden tratarse con mas fruto y entenderse con mas facilidad.

CCCLXXXVII. *o* Estas fuentes son la *conciencia*, la *razon*, los *sentidos* y la *autoridad*; cada una de las cuales contiene respectivamente sus propios conocimientos que dimanar de ella. Y como todos los objetos de nuestro conocimiento se reducen ó á los hechos ó á las relaciones de las ideas, la *razon* es la fuente de los conocimientos de dichas relaciones, y las otras fuentes lo son del conocimiento de los hechos. Por la *conciencia* ó *sentido íntimo* se conocen evidentemente los hechos *interiores*, y por los *sentidos* los *exteriores*; últimamente la *autoridad* nos suministra los conocimientos de aquellas cosas que no podemos ver ni presenciar nosotros.

CCCLXXXVIII. *o* Comencemos por la primera fuente que es la *conciencia* ó *sentido íntimo*. De ésta sacamos el conocimiento de nuestras modificaciones, esto es, conocemos aquellas modificaciones que recibimos porque somos sensibles y *cogitantes*. Por lo cual las sensaciones y las ideas

(1) que se imprimen en nosotros, y los afectos y perturbaciones de que nos sentimos agitados, se perciben por el sentido íntimo.

CCCLXXIX. Dentro de nosotros se producen y gobiernan muchas cosas de diferente modo que las sensaciones ó percepciones y son las funciones vitales, v. gr. la circulacion de la sangre y otras semejantes, las cuales no excitan por medio de los nervios los movimientos é impresiones en el cerebro, como los excitan las sensaciones y por tanto no las sentimos de ningun modo.

CCCXC. Pero hay una gran cuestion en que los filósofos estan encontrados, sobre si nosotros conocemos ó no por el sentido íntimo todas nues-

(1) Origiándose en el alma las percepciones y las ideas de los sentidos heridos por los objetos exteriores, los mas en el dia, aunque en esto no sean constantes é iguales, ninguna diferencia reconocen entre las *sensaciones* las *percepciones* y las *ideas*, pues pretenden que no puede el alma ser impresionada por aquellas impulsiones, sino en cuanto ella siente. Mas yo pienso que debe usarse mayor distincion y propiedad de vocablos; y llamo sensacion aquella afeccion del alma que prescinde de toda inteligencia, y consiste en el dolor ó deleite, en el sentido del gusto ó del olfato. Mas todo lo que modifica nuestra potencia no de *sentir*, sino de *entender*, y está contenido en los conceptos *mentales* y en las imágenes ó pinturas de los objetos lo llamo *percepcion*, *idea*. Véase la *analisi de las operaciones del entendimiento*.

tras percepciones y sensaciones. Y no pudiendo ni debiendo resolverse en este lugar, admitimos aquello en que todos convienen: esto es, que no siempre se advierte esta conciencia, si es que siempre hay alguna; y que frecuentemente pasa esto, de modo como si no pasase.

CCCXCI. Aseguramos pues con razon que pasan realmente ó acontecen dentro de nosotros aquellas cosas que percibimos por la conciencia ó sentido íntimo no siendo posible que aquello que se siente no se sienta, y que el alma no lo perciba cuando ella conoce que lo percibe. Pero no debemos asegurar con igual firmeza que pasan dentro de nosotros, ó que de ningun modo acontecen aquellas cosas que no percibimos ni conocemos de ninguna suerte por la conciencia, sino que es necesario que nos ocurra alguna razon á lo menos probable, la cual nos persuada á lo uno ò á lo otro.

CCCXCII. Sucede muchas veces que trocamos las cosas que sentimos, v. gr. juzgamos *innatas* las ideas que son *adquiridas*; y creemos *naturales* las que se hacen por *hábito*. Del mismo modo creemos que el dolor se siente en aquella parte exterior del cuerpo en que se hace la impresion; y venimos á creer alguna cosa real y exterior á nosotros en virtud de una imaginacion fuerte ó de una impresion vivísima. Mas en estas cosas nos engañamos enormemente. Por lo cual debemos inferir que no podemos asegurar y determinar por el testimonio de la conciencia

ninguna otra cosa sobre nuestras modificaciones, sino la existencia de ellas.

CCCXCIII. Este conocimiento de la existencia ó del hecho se juzgaría sin razon inútil y estéril, pues es como el principio de donde el entendimiento es conducido al conocimiento de muchas cosas pertenecientes á las mismas modificaciones, esto es, para que entienda el modo de perfeccionarlas y explique su índole y causa verdadera.

CAPITULO II.

De la Razon.

CCCXCIV. Este nombre *razon* es ambiguo: y es muy importante determinar en qué sentido se toma, porque significa *instituto*, *costumbre*, *modo*, *causa*, *cuenta ó cálculo*, *argumento*, *consejo*, *entendimiento*, y en fin una *potencia del alma* mas noble que las otras. En esta última significacion tomamos aqui únicamente este nombre: y por *razon* entendemos aquella *potencia*, con que comparamos entre sí y combinamos de muchos modos las ideas percibidas, y de la comparación deducimos sus relaciones. Y á la verdad la *razon* en acepcion mas ámplia ó tomada en la significacion de *inteligencia ó mente*, no sería fuente distinta de las otras supuesto que todo lo que proviene de la conciencia, de los sentidos y de la autoridad no lo comprende-

mos sino con la inteligencia ó la mente.

CCCXCV. Por este divino don de la *razon* (1) nos distinguimos especialmente de los brutos, los cuales no conocen las causas de los entes, ni son de ningun modo propensos á la invencion de la verdad. La *razon* de que estamos adornados es causa de que percibamos no las sensaciones solas que nos excita el sentido, sino de que entendamos los abstractos, los universales, los posibles, sus conexiones y relaciones, y de que juntemos á los presentes los futuros y no ignoremos los progresos y casi las *precurSIONES* de las cosas.

CCCXCVI. A vista de esto se distingue claramente la *razon* humana del conocimiento de los brutos, si es que tienen alguno en sus operaciones, y además se distingue la *razon recta* de la que no lo es. La *razon recta* es la que observa en todo género de conocimientos las leyes que se prescriben para instruir y dirigir el entendimiento.

CCCXCVII. Ninguno debe dudar de la conveniencia de estas leyes, ni contradecirlas, diciendo que la *razon* no puede constituirse recta por medio de ellas, respecto de que la *razon* y *razon recta* es la que las debe establecer para que no se pueda decir que estan mal establecidas. Ellas no penden de un uso difícil de la ra-

(1) Ciceron hace una pintura magnífica de la *razon* en muchos lugares, y principalmente de *Officiis* L. 1 cap. 4 y de *Leg.* L. 1 cap. 7 y 10.

zon, sino que resplandecen naturalmente á los ojos del entendimiento con la luz de la evidencia, sin que trabajemos mucho en las comparaciones de las ideas, ni en deducir una cosa de otra: y así son para nosotros ciertas del mismo modo que lo es nuestra propia existencia de la cual no dudamos sin que para eso necesitemos absolutamente de mucho esfuerzo de la *razon*.

CCCXCVIII. El objeto de la *razon* es la verdad, y la invencion de ésta, ó su consecucion es su fin: y no pudiendo conseguirse muchas veces sino por medio de la demostracion, importa mucho tomar de la fuente de la *razon* ideas medias, y disponerlas rectamente ó en la forma debida para que se manifiesten sus verdaderas relaciones. Si en esta fuente faltan ideas medias ó están mezcladas de errores y preocupaciones, entónces es una fuente la *razon* vacia ó impura; y si están oscuras y confusas, manan de ella muchos errores. Por último nos llegarémos en vano á esta fuente con el fin de beber todo lo que es superior á los alcances del hombre.

CCCXCIX. Ve aquí cual debe ser la fuente de la *razon recta* para que bebiendo de ella nos llenemos de abundantes conocimientos; ve aquí qué conocimientos y cómo se pueden tomar de ella. Por ningun motivo debemos dudar si son verdaderos ó aparentes los conocimientos que se hubieren tomado en esta forma.

CD. Pero habiendo (1) y aun hay hombres que piensan que nada se puede saber, y afirman que se debe suspender el juicio aun en las cosas mas claras y evidentes. Estos que se llama-

(1) Este asombroso y atrevido género de filosofar fué primeramente introducido por *Xenophanes*, *Empédocles*, *Demócrito* y *Heráclito*: de estos le tomó *Sócrates*, quien para vituperar la arrogancia de los sofistas nada tenia tan frecuente en su boca como el *que tan solamente sabia él una cosa*: esto es *que nada sabia*: y disputando en pro y en contra sobre cualquiera materia, investigaba lo que fuese mas verisimil (Cicer. *Tuscul.* 1. c. 4. et 4. c. 5.) Platon nos dejó este método de dudar soocrático, y la costumbre de disputar sin establecer asercion ninguna, y le siguieron *Speusippo*, *Xenocrates*, *Polemón*, *Crates* y *Crantor* (Acad. 1. 4. de *Orat.* 111. 18,): y de esta suerte se hizo (lo que de ningun modo era de la aprobacion de *Sócrates*) cierta arte de filosofía, orden de materias y método de enseñanza. De los libros de *Platon* y diálogos *socráticos* sacó *Arcesilas* su opinion de que nada hay cierto que pueda percibirse por los sentidos ó por la mente (de *Orat.* *ibid.*) Y no poniendo medida ninguna en esto, dudaba hasta de su misma duda; y negó enteramente no solo la verdad, sino tambien toda verosimilitud. Esta la admitió *Carneades*. Pero ya antes *Zenon*, *Anaxarcho* *Metrodoro*, *Pirron* y otros habian caído en el sistema de la *duda universal* de *Arcesilas* y negaban que ellos supiesen si sabian algo ó nada. Esta secta estuvo en su fuerza

man (1) *escépticos* y *pirrónicos* se pueden distinguir en muchas clases, de las cuales los que son *universales* se diferencian de los de otras clases que son los *inmoderados* y los *moderados*. El *escéptico universal* no tiene por ciertos sus pro-

entre los antiguos hasta el tiempo de *Sexto Empírico*. Y desde la restauracion de la Filosofía fueron de la misma secta *Enrique*, *Cornelio Agripa*, *Francisco Sanchez*, *Gerónimo Hirnaim*; *Huet*, el autor de la obra *Specimen de natura humana*, y otros muchos: y entre todos sobresale *Belio* que con el ingenio agudo y vario que tenia, y sutileza y aflicción en explicarse, ahora dice esto, ahora aquello, y sobre cualquiera materia disputa sutilmente en pro y en contra. De éste toman armas, y se previenen de saetas muchos que nada tienen mas en su corazón que quitar todo el crédito á la razon, á los sentidos y á la autoridad para destruir la moral, confundir lo honesto con lo torpe, y sacudir el yugo de la Religion que para ellos es pesado. La Historia del *Escépticismo* la escribieron Gerardo Juan Vossio, *de sect. phil. c. 20.* Morhoff en su *Polysth. t. 2. L. 1. c. 6. y L. 2. c. 9.* Tomas Stanleyo *Hist. phil. p. 9.* Albert. Fabric *Bibl. Græc. L. 3, c. 33.* Gasendo *Log. L. 2.*

(1) Se nombran *escépticos*, porque nada afirman y estan siempre empleados en considerar; *epheticos*, porque suspenden el asenso: *zeteticos* porque se ocupan en cuestiones; *acatalepticos*, porque dicen que todas las cosas son incomprendibles; *aporeticos* lo mismo que *dubitantes*; *pirrónicos* por *Pirron*; y *académicos* por *Arcesilas* y *Carneades*.

pios actos ni su propia existencia : el *inmoderado* admite solamente la certidumbre de estas dos cosas, y niega indistintamente todas las demas : el *moderado* cree algunas cosas, duda de muchas, y afirma que muchísimas son solamente verisímiles ò totalmente ignoradas (1).

CDI. Pero todo el mundo cree que jamas hubo un escéptico *universal*, siendo imposible que haya hombre que niegue que él existe, ó cuando lo niega, niegue que él lo niega; y que niegue tambien su ignorancia en todas las cosas cuando se empeña en afirmar que no puede saber nada. Si hubiera quien diese en esta locura, sería otra locura el disputar con él respecto de ser tal que no sabe si el mismo existe, si disputa y si duda sobre aquellas mismas materias acerca de las cuales afirma temerariamente que se debe dudar.

CDII. No debemos, pues entendernos con semejantes (2) *dudadores universales* sino con los

(1) No todos convienen en reducir los antiguos y modernos á una clase antes que á otra. Algunos creen que nunca existieron escépticos *universales*: otros aumentan el número de los *inmoderados*, y otros les reducen á Sexto Empírico y á pocos mas; pues en esta opinion todos los restantes profesaron un género modesto de filosofar, y recomendaron mucho la *duda* solo con el fin de sacar en limpio la Verdad como lo hizo excelentemente Cartesio.

(2) A los escépticos y pirrónicos impugnaros directamente Merseño de *Veritate scient.* Gasendo *Log.*

inmoderados, los cuales aunque niegan que puede conseguir la verdad, á lo ménos conceden la de su propia existencia y la de sus propios actos.

CDIII. Mas este (1) modo de filosofar, si es

L. 2. Pedro de Villemondi en su *Scepticismus debellatus*; Crouzat *Exam. du pyrrhonisme Nouv. et anc* el *Genuese Metaph.* p. 1. Formey *Triomphe de l' Evid.* Pero los defendió Ciceron *Quest. Academ.* Sexto Empirico *Hyp. pyrrh.* y en los libros *adversus Mathem.* Belio en su *Diccionario*; Huet en su obra de la *Debilidad del entendimiento humano.*

(1) A esto se opone enteramente la opinion de Protágoras que nada tenia por falso, ántes juzgaba ser verdaderas todas las cosas conforme á cada uno se le presentan, y afirmaba que el hombre es la medida de todas las cosas. Cayó en este absurdo, porque no distinguiendo el alma de el cuerpo, cualquiera *inteleccion* en su dictamen era un mero movimiento; y si lo fuese, todo conocimiento seria lo que pudiera y debiera ser; pues á ese tenor es todo movimiento, cuya mutacion y el excitar otro no está en nuestro arbitrio. Mas esta opinion incurre al cabo en el *escepticismo*; porque si todo conocimiento es verdadero por parecer tal á cada uno, ninguno lo es *absolutamente* sino *respecto* del sentido del que conoce. Véase *Plat. in Theæt.* Pensando Epicuro lo mismo acerca del alma por no caer en los mismos absurdos, añadió al sentido las *anticipaciones* de la mente, las que sin embargo no se diferencian de las *sensiones*, ó son opuestas y contrarias á su misma doctrina.

que lo es, no todos le toman de un mismo principio, sino que unos quieren que (1) nada sea verdadero; otros dicen que se confunde (2) con lo falso, y es tan parecido á esto que no hay absolutamente señal ó criterio ninguno por donde lo uno se distinga de lo otro; y así conceden estos que existen entes verdaderos, pero niegan que se conocen: los demas afirman que ni aun existen.

CDIV. Los escépticos dividen los entes en *manifiestos* y *ocultos*, los cuales se subdividen en ocultos que por su *naturaleza* lo son siempre, y en ocultos que lo son *hasta cierta tiempo*. En cuanto á los manifiestos ó que se hacen manifiestos, no niegan sus *apariencias*, pero desconfían de poder conocer su *esencia* y *naturaleza*; bien que las *apariencias* les sirven de gobierno en el uso de la vida humana (3): y esta circunstancia nos hace entender fácilmente, como pudo haber hombres que negasen toda verdad no pudiendo haber ninguno que renuncie á sus propios sentidos y no les obedezca.

(1) Asi Demócrito. (Véase Ciceron *Academ.* 4, c. 23. y Arcesilas.

(2) Carneades y toda la Academia nueva. Ciceron 4. c. 38. *Academ.*

(3) Dicen además los dogmáticos que los pirrónicos niegan también la vida con quitar todas las cosas de que la vida consta. Pero estos les responden que se engañan en ella; pues nosotros, dicen, no quitamos la vista, sino que afirmamos se ignora

CDV. Mas otros nada satisfechos (1) con las apariencias defendieron lo probable y verisimil por no hacerse odiosos ni parecer que iban á arruinar la sociedad humana y echar por tierra todo el fundamento de las obligaciones del hombre.

CDVI. Pero fue vana su intencion : porque lo primero ¿ cómo , si ignoran ó no conocen la verdad adoptan alguna ente como semejante y parecido á ella ? Lo segundo puede lo verisimil ser falso por cuanto no es verdadero sino semejante á lo verdadero : y en caso de ser falso ¿ cómo puede ser suficiente para contener á los hombres en su deber , y consolidar los fundamentos de la sociedad y de la religion ? Cualquiera tendria derecho á abandonarse á sus pasiones ; todas las cosas le serian lícitas respecto de que podria menospreciar todo cuanto se le mandase ó prohibiese como no mandado con justicia ni prohibido con razon.

CDVII. ¿ Querrián acaso satisfacernos con decir que los principios de la sociedad y de la religion *necesariamente* aparecen verdaderos ? Pero entónces su doctrina es contradictoria , pues afirmarian que ellos saben que algun ente es verisimil : lo cual excluye aquella *necesidad* , respecto

como se hace la oision sentimos que el fuego quema , pero nos abstenemos de resolver si lo hace por naturaleza ustiva que tenga. Laercio traduccion de Ortiz t. 2, lib. 9. p. 295. n. 27. Madrid en la Imprenta Real año 1792. en 4.º

(1) Carneades y los Académicos Véase Ciceron *Academ.* 4.

de que puede ser igualmente verdadero que falso.

CDVIII. No ha sido mi intento referir todos los argumentos y cavilaciones de los escépticos, los cuales se extienden tanto como los géneros de conocimientos, facultades y ciencias que combaten. Pero no obstante propondrémos aquí ciertas cosas conducentes para explicar la comprensión y virtud del ánimo. Mas demostraremos primero que la verdad existe y puede conocerse.

CDIX. Empeño que podrá parecer casi imposible, porque debemos dirigir la demostración á hombres que todo lo niegan por evidente que sea, y están por tanto dispuestos á negar cualquiera demostración (1), sin conformarse con ningún principio notorio y admitido sobre el cual se funde y empiece. Si la disputa fuese (cccc.) con los escépticos *universales*, quedaria precisamente sin concluirse; pero siendo con los *inmoderados*, propondrémos la demostración en la forma siguiente,

CDX. Nuestra propia existencia es absolutamente cierta, y no podemos por ningún motivo dudar de ella como ni tampoco de nuestras acciones (ccccc). ¿Y cuántas verdades hay que comprendemos con tanta certidumbre y evidencia,

(1) De aquí el modo de los pirrónicos que llaman *Rejectorium in infinitum*, para rechazar sin término y destruir, cualquiera demostración: y aquel otro que llaman *Diallelus* sobre los cuales véase el citado autor. Mas estos modos de ninguna suerte destruyen nuestra demostración.

que no la tenemos mayor de nuestra propia existencia y de que nosotros percibimos las ideas á que corresponden aquellas verdades? ¿Por ventura aquella misma certidumbre que tenemos de nuestra propia existencia, no la tenemos tambien de que el *todo es mayor que su parte* así como igualmente la tenemos de que percibimos la idea de la parte y la del todo? Considérese cada uno á sí mismo y hallará que esto no admite duda. Luego si no puede negarse la percepción de las ideas ni nuestra propia existencia ¿con qué título se podrá negar la comprensión y conocimiento de aquellas verdades?

CDXI. Este mismo argumento se puede tambien hacer en favor de las verdades *demonstrativas*, y tiene la misma fuerza, porque dimanán de una serie bien encadenada de verdades *intuitivas*: por lo cual la certidumbre y la evidencia de las demostrativas no debe gradarse menor que la de las intuitivas, con sola la diferencia de que la evidencia de las verdades demostrativas no resplandece con luz *inmediata* sino *mediata* (CCXL).

CDXII. Hemos probado brevemente, y lo que basta, contra los escépticos y pirrónicos la percepción de la verdad, y hemos establecido el criterio con que distingamos lo verdadero de lo falso, siendo este criterio la evidencia, no cualquiera, sino aquella solamente que consigamos (1) mediante el recto uso de la razón (CCCCXCVI.

(1) Acerca de esto se asignaron reglas en su lugar

cccxcvii.) y de los sentidos (1).

CDXIII. Y para conseguirla de ese modo, debemos poner todo cuidado y diligencia en no descansar igualmente en la evidencia que en el error, pareciéndonos á los fanáticos, á los dementes, á los soñadores y á todos aquellos que son engañados con un paralogismo, los cuales como no hacen recto uso de la razon y de los sentidos, no es maravilla que confundan su eviden-

(1) *Criterio* es vocablo griego que Ciceron (*in Acad.*) interpreta de manera, que es una señal de lo verdadero y de lo cierto: *veri et certi nota*, regla de lo verdadero y de lo falso: *regula veri et falsi*; y en fin juicio de lo verdadero: *judicium veri*. Distinguen el criterio en criterio *á quo*, el cual convienen todos que es el hombre que juzga; en criterio *per quod*, por el que puede juzgar el hombre: y en criterio *secundum quod*, segun el cual juzga y discierne lo verdadero de lo falso. Acerca de estos dos criterios hay su controversia: unos los niegan, otros los conceden. Los que los conceden, no asignan unos mismos criterios. Las mas célebres lumbreras de la antigua sabiduría, *Thales*, *Pitágoras*; *Demócrito*, *Anaxágoras* y *Pluton* creian que el criterio *per quod* era la mente, la cual sola veia con evidencia lo que siempre fuese, y lo simple, y tal cual ello fuese. Los peripatéticos con *Aristóteles* ponen este criterio en los sentidos y en la razon; Epicuro le pone en solos los sentidos. Y sobre el criterio *secundum quod*, ya se sabe de qué opinion fueron los que admiten el uso de solos los sentidos; esto es, que el criterio era la sension. Pero los

cia mezclándola con torpísimos errores (1).

CDXIV. A fin de que la evidencia que deseamos no sea sospechosa, es preciso que conservemos el ánimo tranquilo y libre de toda perturbacion, y que nos la confirme el consentimiento y aprobacion de los hombres rectos y sabios.

CDXV. Mas el género de evidencia que nos asegure en la verdad conseguida, no es uno so-

que unen á los sentidos la razon, son de parecer que el criterio es la sension confirmada por la razon, y que por esta no puede ser anulada. Ultimamente segun *Platon* la mente ve (digámoslo asi) cara á cara las ideas *archetipas* ó sean *ejemplares*, y con ellas compara las que conoce para formar juicio: con que el criterio *secundum quod* es una conveniencia y conformidad de los conocimientos con las ideas *archetipas*.

De solo este criterio trataron los modernos y casi todos con *Cartesio* admiten la evidencia como criterio, al cual (añade *Malebranche*) no podemos negar el asenso sin hacernos interiormente violencia. *Huet* (*Alnet. quæst. l. I. et in opusc. de Imbecill. Mentis*) considerando que la razon quedó viciada por el pecado, defiende que ella por sí misma nunca puede llegar á tocar la verdad; y por consiguiente pone el criterio de la verdad en la revelacion divina. Mas este empeñado en favor de la revelacion, la destruye juntamente con la razon, porque ninguna seria la fuerza de la revelacion, si por la razon no nos constase alguna cosa cierta.

(1) *Cartesio, Dissert. de Meth. et Medit. IV. Huet, Censura phil. Cartes. c. III.*

lo, sino muchos; es á saber, tantos cuantos son los géneros de conocimientos á que podemos aspirar. Y ciertamente una es la evidencia de la razon, otra la de los sentidos, y otra la de la autoridad.

CDXVI. No deben confundirse estos géneros de evidencia; ni todos se requieren para cada uno de los conocimientos en particular no necesitando ellos de aquella evidencia que no les fuere propia y correspondiente: v. gr. en asuntos históricos ninguno procure la evidencia de la razon, ni en materias matemáticas se funde en la autoridad; pues debe tomar en estas por criterio la evidencia de la razon, y en la historia la evidencia que resulta de la autoridad (1).

CDXVII. Pero si aquello en virtud de lo cual tenemos certidumbre de nuestra propia existencia y la de nuestros actos fuere comun tambien á otras verdades, será sin duda el criterio de ellas. Tal es la evidencia por cuya eficacia obligado el entendimiento como por una fuerza irresistible, no solo confiesa su existencia y la sensacion de algunos modos de afecciones, sino que presta tambien su asenso necesariamente á muchísimas verdades.

CDXVIII. Esta evidencia tiene ademas completamente toda la naturaleza de criterio; pues

(1) *Dissert. ad Quæst. de Evid.* propuesta por la Academia de Berlin: y Meldelshon, *Dissert. sur la nature, les Epeces. &c. les Degr. de l' Evid. à Berlin* 1764.

forma juicio de todas las cosas, es anterior á todo conocimiento; y una vez lograda, quedamos convencidos de que conocemos la verdad.

CDXIX. No puede pues decirse que es incomprendible la verdad, porque no la hay, ó porque hallándose confundida con la falsedad no tenemos (ccccii.) criterio para discernirlas. Los escépticos se empeñan en persuadir uno y otro de muchos modos, de los cuales algunos se desvanecen por lo que queda dicho. Pero vamos ahora á lo que (cccviii.) tenemos prometido.

CDXX. ¿Quién, dicen, probará jamas que nosotros fuimos hechos para la verdad mas ántes que para el error? ¿Quién demostrará que no es un perpetuo sueño toda la vida humana, y que no tienen todos los hombres su cierta demencia con que se engañan siempre como locos y soñadores? El entendimiento del hombre es realmente limitado: y supuesto que el entendimiento infinito se acerca infinitamente á la verdad, el limitado y finito se desviará de ella infinitamente.

CDXXI. Mas ¿qué cosas son las que conocemos? unas cosas que corren como el agua del rio (1) pasan en un instante, y jamas existen unas mismas. Por eso á cada hombre se le representan de diferente modo, y nunca á uno mismo de una misma manera. Luego ninguna ciencia hay de estas cosas, respecto de que la ciencia es un

(1) Platon in *Theat.*

conocimiento de lo que es siempre y necesariamente tal.

CDXXII. Ultimamente ¿de qué modo percibimos todas las cosas? con el auxilio de las ideas. Y ¿quién en medio de la ignorancia que hay tan grande acerca del origen y naturaleza de las ideas, asegurará firmemente que ellas convienen con propiedad los objetos que representan? Pues sin embargo de esto se mira obligado á afirmar dicha conveniencia el que juzga que la verdad puede conocerse, supuesto que la verdad consiste en aquella conveniencia mutua entre las ideas y los objetos representados en ellas.

CDXXIII. Satisfarémos brevemente á estas objeciones. Que nosotros hayamos sido hechos y ordenados para la verdad lo prueban aquellas razones que demuestran no ser ella incomprendible, y haber un criterio con que discernimos lo verdadero de lo falso. Y si los que arguyen contra nosotros, sueñan siempre y no están en su sano juicio ¿cómo disputan? Mas no nos detengamos en dar mayor satisfaccion á hombres que confiesan estar dementes y siempre soñando, porque no parezca que hemos caido tambien nosotros en la misma locura.

CDXXIV. Pero la mente humana porque es limitada, ignora infinitas cosas, y son muy pocas las que entiende. Sin embargo de eso ella es inteligente, y no será tanto lo que diste de su objeto que no pueda nunca acercarse á él; pues

de lo contrario estaría destituida de la facultad de entender.

CDXXV. Y no todas las cosas que no son conocidas están sujetas á perpetuas alteraciones y vicisitudes, de modo que no podamos determinar nada cierto acerca de ellas. En el entendimiento comprendemos muchas que son necesarias é inmutables, de las cuales abstraemos la existencia y todas las otras entidades que se desvanecen y son percederas.

CDXXVI. Para responder al último reparo, se encuentra facil salida en lo dicho. Cuando suponen que la verdad es una mútua conveniencia entre las cosas y las ideas, ó hablan de las cosas en cuanto á su estado objetivo, esto es, segun que las concebimos, ó hablan de ellas segun existen fuera de nuestra mente; si lo primero, serian necios en dudar de la conveniencia mútua entre las cosas y las ideas; si lo segundo, seria un absurdo suponer que toda verdad mira á la existencia.

CAPÍTULO III.

Del concurso de la razon y Revelacion.

CDXXVII. Suponemos como una cosa demostrada que el entendimiento humano por su natural debilidad, y por la herida del pecado necesita de la *revelacion* para poder conocer todas las cosas que miran á asegurar la felicidad

y bienaventuranza (1). Ahora nos proponemos únicamente darle las reglas con que debe gobernarse cuando le parezca que hay alguna oposicion entre la *razon* y la *revelacion*. El hombre pues debe lo primero estar cierto de la *existencia de la revelacion*, sobre la cual puede informarse haciendo con la *razon* diligentes investigaciones (2): y si las hace, se le presentarán tantos y tan grandes *motivos de credibilidad* que no dude admitir como cosa cierta que la *revelacion* fue un don primeramente de la religion judaica, y despues de la cristiana (3).

(1) Y justamente, supuesto que demuestran con evidencia la necesidad de la *revelacion*. S. Tomas L. I. *contra Gentes*, y P. I. Q. I. Clarcke, *De l' Exist et des attrib. de Dieu*, T. II. Ch. 9. y otros muchos que cita Burnet: *Defense de la Relig. &c.* y Stackousse, *Le sens liter. de l' Ecrit.* T. II. Ch. 23. Los que impugnan la necesidad de la *revelacion*, se llaman *Naturalistas*, y juzgan que basta al hombre la luz de la *razon* para el desempeño de sus obligaciones. Los principales Maestros de este error son Celso, Luciano, Porfirio, Tindalio, Colliusio, Spinoso, Wolston. Véase Valsechi, *Dei Fondamenti &c.* T. II L. II Cap. I. y T. III. L. III. P. II. Cap. V. quien cita á otros muchos.

(2) Lamind Prit. en su obra *De Ingen. Moder. in Relig. negotio*, L. I. Cap. II. y siguientes.

(3) La existencia de la *revelacion* en cuanto se reduce al género de los hechos, no se diferencia de otro

CDXXVIII. La *razon* debe rendirse, someterse y entregarse cautiva en obsequio de la *revelacion*, sin intentar investigaciones sobre la *verdad intrinseca* de la cosa revelada, en el mismo instante en que el entendimiento conozca que ha sido revelada. Porque repugna que Dios engañe y sea engañado; y porque su sabiduría infinita al-

cualquiera hecho, ni exige mas que los otros para que de ella se tenga certeza. No deben pues desearse demostraciones metafísicas ni matemáticas, sino que el conjunto de argumentos que quita toda duda de los demas hechos, confirma tambien éste perfectamente. Pero hay algunos hechos tan ciertos para nosotros como cualquiera demostracion de Euclides, de los cuales no podemos dudar, como si los viesémos por nuestros propios ojos. ¿Quién hay que dude que existió un *Alejandro* de Macedonia y un *Julio Cesar*, y que por el primero fué destruido el Imperio de los Persas, y por el otro la República romana?

Lock queda en esto refutado: el que establece en el *L. 4. c. 18.* que en la cosa que ha sido conocida por medio de los sentidos ó de la *razon*, hay mayor certidumbre que en la cosa revelada; porque (dice) no puede conseguirse tanta certidumbre acerca de la *revelacion*, como acerca de aquellas cosas. Pero el caso es que se consigue: y en aquel conjunto de argumentos brilla una prodigiosa fuerza de evidencia como lo prueban los que tratan de esto. Véase *Valsechi, Dei Fondam. della Relig. T. 1. lib. 11. c. 7.* y otros citados por este.

canza infinitamente mas cosas que las que nosotros somos capaces de conocer.

CDXXIX. Puede ser que lo que Dios revela exceda los alcances de la *razon*, mas no por eso debemos negarlo pues hay muchas cosas que son incomprensibles sin embargo de ser verdaderas: Y ¿quién hay que las niegue solo porque no las comprende? En todas las ciencias, y aun en materias físicas y matemáticas ocurren muchos puntos que distan enormemente de la luz del entendimiento humano: los cuales aunque parecen un arcano inescrutable, no mueven á ningun hombre prudente y docto á no creerlas, sino á humillarse modesto, conociendo su propia pequeñez y la pobreza de su entendimiento.

CDXXX. Mas el objeto de la *revelacion* no siempre es superior, si no proporcionado muchas veces á los alcances de la *razon*: asi v. gr. son objetos de la *revelacion* y proporcionados á las fuerzas de la *razon natural*, la existencia de Dios, la creacion del universo, la distribucion de premios y castigos y otras cosas semejantes.

CDXXXI. En las cosas reveladas que son conformes á la *razon*, no debemos portarnos del mismo modo que en las que son superiores á ella; pues acerca de estas solo podemos investigar si fueron ó no reveladas; pero acerca de las otras nos es lícito valernos de la *razon* probándolas y demostrándolas con argumentos suministrados por ella: sin embargo de que para lograr el mérito de la fe es neces-

sario que tambien las creamos en obsequio de la *revelacion*. Esta investigacion no puede ser contraria á la voluntad de Dios que revela, porque Dios tan autor es de la *revelacion* como de la *razon*; y por consiguiente no puede reprobár que la *razon* se ejercite en aquellas cosas que quiso fuesen conformes á ella.

CDXXXII. Además de aquellas cosas que ó son proporcionadas, ó son superiores á la *razon*, hay otras que se creen justamente contrarias á la misma *razon*: de lo cual provienen (1) aquellos tres géneros célebres de conocimientos, es á saber, conocimientos conformes á la *razon*, conocimientos superiores á ella, y conocimientos que son *contra* la *razon*. Conocimiento conforme á la *razon* es cuando las ideas en que se ejercita y sus relaciones se perciben ó pueden percibirse mediante la luz natural, como es v. gr. el conocimiento de la existencia de Dios. Conocimiento superior á la *razon* es si no podemos conseguirle con sola la luz natural. Y conocimiento *contra* la *razon* es si incluye contradiccion manifiesta como

(1) Acérrimas disputas excitó entre *Belio*, *Clarke* y *Jaqueloto*. Estos dos conciliaban con la *razon*, la *Te* *contra* *Belio*, que negaba aquel segundo género. A la misma palestra descendió *Leibniz*, de quien hay un *discurso* al principio de su *Theod.* Véase Santo Tomas. *L. 1. contra Gentes: Huet. Quæst. Aln. L. 1. c. 3. y sig. Valsechi, en el lugar citado cap. 6.*

si v. gr. incluye evidentemente que una cosa es y no es. La resurreccion de los muertos no la percibimos con la luz natural, y es superior á los alcances de la razon; pero el que creyere que existe una multitud de dioses, estaria en un conocimiento enteramente contrario á lo que dicta la razon.

CDXXXIII. Ahora pues las cosas que Dios revela no pueden ser jamas contrarias á la razon, porque la revelacion y la razon vienen de Dios: luego es manifiestamente repugnante que la una sea opuesta á la otra, supuesto que repugna que Dios se contradiga así mismo.

CDXXXIV. Y así el que se empeñase en afirmar que la revelacion es contra la razon, celebraria solo de palabra el triunfo de la revelacion sobre la razon; pero seria realmente ridículo su elogio de la revelacion echándola totalmente por el suelo como en realidad lo hace Belio (1), quien para probar que repugnan á la razon las cosas reveladas que dijimos ser superiores á ella, quiere entre otras cosas defender: *que la razon nada puede afirmar acerca de lo que es superior á sus alcances; y que por consiguiente no puede defenderlo de los argumentos contrarios* ¿por qué pues no será opuesto á la razon humana por lo ménos?

CDXXXV. Pongamos en claro, y expliquemos qué quiere decir, y á cuánto se extiende aquella proposicion: *nada puede afirmar la razon acer-*

(1) *Reponse aux Quest. d' un Provinc, Tom. III,*

za de lo que es superior á ella. La razon no es poderosa para ver y demostrar lo que es superior á sus fuerzas, solo lo percibe cuando fuere claramente revelado, mas no percibe el enlace y conexion de las ideas en que se contiene, sino que lo cree tan solamente porque es revelado. Luego no es cierto que no tenemos idea ninguna de las cosas que exceden los límites de la razon, y tampoco es cierto que no las percibimos de ningún modo (1): lo que si así fuese, serian para nosotros esas cosas lo mismo que nada, y no pudieran ser objeto de nuestra fe.

CDXXXVI. Pero el que percibe la cosa revelada, el que conoce por la revelacion la conexion (aunque inaccesible á la razon) que hay entre los términos de la misma cosa revelada; ¿por qué no podrá defenderla de la nota de repugnancia á la razon? Mas para defender nosotros que lo uno no es opuesto á lo otro, basta el conocimiento de ambas cosas; y nada importa que hayamos bebido este conocimiento en una fuente mas ántes que en otra.

CDXXXVII. Por lo cual la razon puede satisfacer á aquellas objeciones que intentasen probar la repugnancia y oposicion de las cosas reveladas con los principios evidentes: y las cosas

(1) Lo mismo habia dicho Malebranche L. I. *De Inquirir. verit.* cap. 3. Pero en las ilustraciones declaró en toda forma, que únicamente habia hablado de la idea clara y distinta.

reveladas solo deben vindicarse de tales objeciones, á fin de determinar justamente que no son contrarias á la razon.

CDXXXVIII. Pues se supone que aquellas otras objeciones fundadas en que no entendemos de que manera son las cosas; por qué causa son tales, y de qué modo operan, solo prueban nuestra ignorancia y cortísimos alcances, y ninguna fuerza tienen para reducirnos á negar aquellas cosas que nos consta por otra parte que son ciertas. En todo ente hay algo incomprendible; y nadie ha creído nunca que la incomprendibilidad se oponga á su certidumbre ó la impida (CDXXXIX).

CDXXXIX. Estas pues son las objeciones que no puede desatar la razon humana acerca de las cosas reveladas: objeciones que las acompañan siempre. Son estas cosas tambien incomprendibles: quiero decir, ceemos que son como Dios las ha revelado, pero no entendemos por qué, ni de qué manera son. De todo lo cual se sigue, que son superiores pero no contrarias á la razon.

CDXL. Pero ¿qué significa la expresion de Belio, cuando dice que la revelacion es contraria, *por lo ménos á la razon del hombre*? Vió que la revelacion por cuanto es de Dios no podia ser repugnante á la razon infinita. Pero pregunto ¿la razon finita del hombre no es una participacion de aquella primera infinita y soberana razon por la cual fuimos hechos á imágen y semejanza de Dios? Luego todo lo que no repugna á la razon infinita puede sin duda ser superior

á los alcances de la razon finita, pero no ser jamás repugnante á esta.

CDXLI. Mas para que á ninguno le parezca un absurdo que cuando Dios revela hable cosas tan oscuras que deben creerse sin que se puedan entender, es necesario advertir que la oscuridad ó está en el que habla ó en las cosas de que habla, ó en las personas á quienes habla. No hay ciertamente oscuridad ninguna en Dios que revela, ni las cosas que revela son en sí oscuras sino grandes, sublimes y nada menos que pertenecientes á la naturaleza de Dios, y á sus fines y juicios. Luego toda la oscuridad está en el entendimiento humano por su limitacion, solo en él se halla, y solo para él son misteriosas é inescrutables las cosas reveladas por Dios.

CDXLII. En virtud de lo dicho se pueden señalar y distinguir claramente los límites de la revelacion y de la razon, y las leyes con que debe gobernarse el entendimiento cuando se halla en medio de las dos. El defecto de ideas y sus relaciones incomprensibles ponen límites á la razon; y los motivos de *credibilidad* los ponen á la revelacion: la cual ayuda y perfecciona á la razon consiguiendo ésta con su auxilio la certidumbre de muchas cosas que solo le hubieran sido probables, y conociendo sin errores otras muchas que sin dicho auxilio no las hubiera conocido sin mezcla de ellos. La razon por su parte puede investigar la existencia de la revelacion: y cuando la revelacion nos enseña cosas que son superiores

á la razon, ésta no puede pasar mas adelante; pero podrá ratiocinar acerca de ellas si son conformes á la misma razon. Las cosas reveladas pueden ser superiores ó conformes á la razon, pero nunca contra ella. Y asi debe tenerse por falsa la opinion filosófica, en contra de la cual está la revelacion de cuya existencia no se pueda dudar: pero no del mismo modo se ha de tener por falsa la opinion que no se halla expresa en las sagradas letras, porque es un absurdo recelar que Dios se engañe ó engañe cuando revela; pero no es un absurdo pensar que Dios no ha revelado todas las cosas.

CDXLIII. Deben pues distinguirse con exactitud estas dos cosas: *ser impugnado por la revelacion*, y *ser aprobado por la revelacion*: lo primero debe evitarlo enteramente el filósofo, quien puede deslizarse en un error cuando opina ó se entrega todo á sus sistemas; y debe abandonar su opinion antes que contradecir á la revelacion. Lo segundo no le es necesario ni le pertenece (1).

CAPITULO IV.

De los Sentidos y del recto uso de ellos.

CDXLIV. Todos saben que los sentidos del cuerpo humano no son mas que cinco, la vista, el

(1) Véase Bacon de Verulamio *De Dignit. et aug. scient.* L. IX, cap. 1. Huer, en el lugar citado. La *mind Prit* cap. 21 y siguientes.

oído, el olfato, el gusto y el tacto. También es constante que nosotros bebemos en ellos como en una fuente el conocimiento que tenemos de las cosas externas. Estos son los sentidos que llaman *externos*, porque son en nosotros unas partes *exteriores* construidas á manera de órgano que reciben las impresiones de los cuerpos que nos circundan.

CDXLV. Recibidas estas impresiones, y heridos ó *impulsados* los sentidos, ignoro (Núm. CCCLXXXVIII. en la nota) como las sensaciones y percepciones entran en el alma. Por lo cual no siendo suficientes las impulsiones, y debiendo los movimientos originados de ella ser llevados al cerebro conservados en él, y últimamente excitados para que el alma ejerza las demas facultades suyas, es necesario que dentro del mismo cuerpo existan otros órganos por medio de los cuales se ejerzan todas estas cosas. Llámanse estos órganos *sentidos internos*, y son los nervios ó alguna otra cosa adherida á los nervios ó perteneciente á ellos (1).

CDXLVI. Cada sentido tiene su modo peculiar de manifestarnos los objetos. Con el oído sentimos que los objetos son sonoros; con el olfato,

(1) De esta propagacion y necesidad de los movimientos que hieren los sentidos externos y del modo, tratan los Fisiólogos. Véase si se quiere Haller, *Primæ lineæ Phys.* y Caldanii, *Instit. Physiolog.* y tambien la *Analisis de las operaciones del alma.*

que son olorosos; con el gusto, que tienen sabor; y con el tacto, que son duros, ásperos, pesados, leves, cálidos, frios. La naturaleza formó cada sentido con artificio tan maravilloso, que las cualidades de los objetos y la estructura de los sentidos y las *impulsiones* ocurridas convienen entre sí y se corresponden recíprocamente. Los colocó en la cabeza como en un alcázar, haciéndolos intérpretes y mensajeros de los objetos.

CDXLVII. Mas no solo aquellas cualidades estan patentes á los sentidos, sino tambien con mas especialidad la existencia de los cuerpos y sus muchas relaciones, figuras, magnitudes, distancias, movimientos: cosas que á todos los que hemos tenido largo uso de los sentidos nos parece que las percibimos todas; no con este ò el otro sentido, sino que son comunes á muchos. Y asi creemos que todos ellos nos manifiestan los objetos externos, aunque otros mas que el tacto y la vista, lleven únicamente al alma las sensaciones, y no puedan dar ocasion ninguna de duda sobre la existencia del objeto que sea distinto de las sensaciones y de nosotros mismos. Y aun la vista por sí sola sin el tacto seria de tan poco poder para esto como los otros sentidos; y con mas probabilidad se debe hacer uso de la vista y el tacto juntos para venir en conocimiento de los cuerpos (1).

(1) Qué sea lo que el alma debe á un sentido y qué á otro, lo tratan sutil y analíticamente Di-

CDXLVIII. De la misma suerte pensamos que las figuras, tamaños, distancias, movimiento, son objetos comunes al tacto y á la vista, siendo así que son propios y peculiares de solo el tacto. La vista no estando informada por el tacto, y no asociándose con él en su frecuente ejercicio, solo producirá las sensaciones de los colores sin extenderse á mas ni salir de ahí; y de ningún modo se ejercerá bien sobre los objetos externos y sus cualidades (1).

derot, *Buffon*, *Condillac*, y *Bonnet*; estos opinan que con solo el tacto pasa el alma los límites de sus sensaciones, y conoce que algún ente existe fuera de ella misma. Pero lo mismo parece se debe recelar del tacto que de los demás sentidos; esto es, que su poder no es tanto que nos lleve al conocimiento de los objetos externos. Para que esto se verifique son más apropiados y acomodados el tacto y la vista que ejercen sus operaciones á un mismo tiempo. Véase *Soave Compend. di Lok. L. II. Append. al cap. 9.*

(1) Para que los metafísicos modernos empleasen todas las fuerzas de su ingenio en la investigación del modo con que se adquieren semejantes ideas dió ocasión un célebre problema que *Molines* propuso á *Lok*, por quien fué desatado, de suerte que con el mismo *Molines* juzgó que un ciego de nacimiento si repentinamente, cobrase el uso de la vista, de ninguna manera distinguiría con los ojos una figura esférica de una cúbica. Después trataron este asunto *Berkeleyo* entre los primeros (*Saggio d' una nuova Teor. sopra la visione*) y en nuestro tiempo

CDXLIX. En virtud de esto se juzga con fundamento que los objetos son propios respectivamente de cada sentido, sin que ninguno sea por naturaleza objeto común á muchos (1). La naturaleza no dió á todos los sentidos igual virtud. El tacto está difundido por todo el cuerpo; Los brutos no carecen de él, gobierna y corrige á los otros sentidos, y todos se reducen á él fácilmente. Nos debemos fiar del tacto mas que de los otros sentidos, pues ninguno es menos faláz. Pero el perspicaz y falacísimo sentido de los ojos, abraza muchos y mas distantes objetos

Condillac y Bonnet Y aunque *Condillac* (*Tr. De Hum. cogn.*) no haya sido de la opinion de *Berkeleyo*, con todo eso en el tratado de las *Sensaciones* defendió unánimemente con él, que las distancias, figuras y tamaños son objetos propios del tacto, no de la vista: y por eso á nosotros nos parece que las discernimos con los ojos, porque con prontísimo juicio nacido del largo y comun ejercicio de estos sentidos juntamos á las impresiones y sensaciones de la vista los objetos que conocemos por el tacto y atribuimos á la vista las cosas que únicamente percibimos por el tacto.

(1) Muchas cosas pues por solo institucion y uso son comunes al taeto, á la vista y á otros sentidos. *Aristóteles* que ignoraba (Véase el Núm. CDXLVII.) la análisis de los sentidos y de los conocimientos percibidos por ellos, fué de parecer que lo dicho lo concedió la naturaleza á los sentidos. Vease *Arist.* *L. II. De Anim. cap. 6, y L. III. cap. 6.*

que los demas sentidos. En el oido se percibe una increíble diferencia de sonidos y de voces, y medimos con él las distancias en fuerza de una larga costumbre. Ultimamente hay en el olfato y en el gusto mucha confusion, y apenas se entiende algo de lo que se percibe en ellos: ambos dan muchísimo placer. De los sabores tenemos poquísimos nombres, y así estos como los olores los distinguimos por los objetos de donde salen.

CDL. Pero la experiencia y larga costumbre va poco á poco informando á los sentidos, los cuales al principio tardos y rudos conmueven el ánimo con *mociones* inciertas y no bien concluidas. Es necesario añadir á la costumbre y experiencia alguna instruccion, con la qual gobernados los sentidos nos traen grandes utilidades; pero libres de esta rienda se convertirian en nuestro daño.

CDLI. Principalmente se necesita que esten sanos y vigorosos, y que siendo preciso, se reparen mediante el auxilio de los mejores instrumentos. Se conocerá si estan como deben, haciendo comparacion de las cosas que un mismo sentido y los otros nos proponen en distintos tiempos. Podemos tambien comparar nuestros sentidos con los de otras personas, y examinar si lo que nosotros experimentamos en algunos objetos conviene con lo que sienten aquellas personas.

CDLII. La doctrina propuesta (CDLI.) nos enseña á hacer buen uso de los sentidos íntegros y sanos, y nos advierte muchas cosas que deben

observarse ó precaverse. Y así en interponiéndose alguna estorbo que impida á los objetos herir los sentidos, ó algo que perturbe sus impulsiones, es necesario removerlo y quitarlo totalmente. Hemos de procurar que los objetos esten claros y distintos, y debemos hacer que en lo posible se acerquen á nosotros los que estan muy distantes, manteniéndose fijos en ellos los sentidos, y examinándolos por todos lados (1). Si puede ser, apliquemos mas sentidos reunidos y juntos á la observacion de algun objeto, supuesto que cada sentido de por sí puede comunicarnos alguna luz y particular instruccion. Parece increíble que todos los sentidos juntos se engañen á un mismo tiempo. Su testimonio deberá ser siempre constante y uniforme representando sin variacion una misma cosa. Las cosas representadas por cada uno de los sentidos han de ser siempre conveniente entre sí y nada repugnantes al sentido comun ni à lo que nos demuestra la razon (2).

(1) *Itaque et lumen mutari sæpe volumus, et situm earum rerum, quas intuemur, et intervalla aut contrahimus, aut diducimus, multaque facimus, usque eo dum aspectus ipse fidem faciat sui judicii. Cicer. Acad. IV. cap. 17.*

(2) *Senebier, Art. d'Observ. P. II. Ch. 2.*

CAPITULO V.

De los conocimientos y errores de los sentidos.

CDLIII. Es queja antigua no interrumpida hasta hoy desde los primeros tiempos de la filosofía, la de muchos que suelen lamentarse de los engaños de los sentidos, y de sus juicios corrompidos y trastrocados, clamando que son las fuentes de los errores; que están embotados y tardos; y que no se dieron al hombre para descubrir la verdad sino para defender el cuerpo y la vida, y prevenir las cosas necesarias para vivir. Otros al contrario niegan todo error en los sentidos diciendo que nunca se engañan, nunca se equivocan, y atribuyéndoles el juicio de la verdad (1). Estas opiniones tan contradictorias no

(1) Asi los epicuréos y todos los que no distinguen de los movimientos del cuerpo el acto de pensar: y es entre ellos el mas famoso *Lucrecio*, quien dice:

..... *á sensibus esse creatam*

Notitiam veri, neque sensus posse refelli.

¿Y por quién pudieran ser refutados si al hombre no se le hubiese dado además inteligencia y alma? Fuera de eso, todo movimiento es en realidad aquel que puede y debe ser respecto las circunstancias; por tanto un semejante movimiento seria cualquiera conocimiento verdadero si este consistiera en el movimiento.

deban hacer fuerza; pues ¿quién no sabe que los filósofos andan por lo comun opuestos? Semejantes opiniones mas bien deben servirnos de incentivo para examinar esta materia con mayor cuidado é investigar la razon total del conocimiento de los sentidos.

CDLIV. Los objetos pues hieren los sentidos: los cuales solo conciben el movimiento

Pero al contrario los platónicos y todos los que juzgan que las almas ven y contemplan todas las cosas en si, y en las ideas archetipas y que estan encerradas en los cuerpos como en unas cárceles en las cuales se hallan embarazadas y oprimidas enseñaban que eran inficionadas de errores por los sentidos, los cuales impiden que ellas vean *lo que es siempre, y simple, uniforme, y tal como ello es.* A los platónicos se arrimó *Cartesio* y *Malebranche* desconfiando demasiadamente de los sentidos.

Los demas entre los modernos siguen á *Aristóteles*, quien huye de aquellos dos extremos y opina que los sentidos nos llevan, ó á la verdad, ó al error; pues el alma, en sentir de *Aristóteles*, para la adquisición de sus nociones es ayudada de los sentidos, de los cuales puede hacer un uso bueno ó malo. Y aun habia observado *Aristóteles* que en aquellas cosas que han sido bastantemente percibidas por los sentidos, se les debe dar mas crédito que á la razon. Véase *de Gener. Anim. L. III. cap. 10.* y *Gassendo, Exerc. V. adv. Arist. Lib. II. n. 1.* *Ciceron, de Finib. IV. 4.*

que (sin que sepamos como) lleva dentro del alma las sensaciones y percepciones. Si el alma está cierta de ellas, no se engaña: ni la engañan los sentidos, si contiene sus juicios dentro de los límites de sus percepciones y sensaciones, ó si llega á juzgar que hay exteriormente alguna cosa que lastime los sentidos, y estan adheridas á ella las cualidades percibidas. El error se apodera del alma cuando decide de las cosas y cuando piensa que lo que siente y percibe es exteriormente lo mismo que ella lo ha sentido y percibido en sí misma.

CDLV. Además de eso, aquellos movimientos no siempre son los que la integridad de los sentidos y naturaleza de los objetos piden por sí: los objetos se presentan muchas veces variados viciosamente por la debilidad ó mala constitucion de los mismos sentidos; los altera tambien con frecuencia la interposicion de alguna cosa, la distancia, el sitio y otras semejantes causas: de todo lo cual se sigue que el entendimiento cae en muchos errores y es engañado por las imágenes desfiguradas de los objetos.

CDLVI. Luego no hay real y verdaderamente error ni conocimiento ninguno en los sentidos, sino en el alma por ocasion de los movimientos de los sentidos. Y cuando el entendimiento cae en un juicio precipitado y hace un mismo juicio de los objetos que de sus impresiones, no es por culpa de los sentidos, los cuales atendidas las circunstancias ejercen siempre sus funciones, y re-

presentan los objetos segun deben y pueden representarlos. Todo el error debe atribuirse al alma; sola ella es la que decide y la que da crédito á los sentidos cuando no presentan en sí mismos ninguna fuerza de autoridad. Por lo cual estas dos cosas, estar el error *en los sentidos*, y estar *por causa de los sentidos*, tienen muy diverso significado, el cual pone mayor diferencia entre ellas que la que hay en las palabras.

CDLVII. Pero consideremos las cosas que nos ofrecen los sentidos; y son primeramente las sensaciones de los sabores, olores y otros semejantes (CDXLVI.); luego las percepciones de la extension, de las figuras y otras innumerables (CDXLVII.) Por ningun motivo podemos dudar de estas cosas ni violentar al sentido íntimo acerca de ellas; pues estas sensaciones y percepciones nos presentan indubitablemente cierta la existencia de los cuerpos, la que comprendemos primero con el tacto y la vista (CDXLVII.), y despues la colegimos con los otros sentidos.

CDLVIII. Hay hombres, y no pocos ni de poca fama, que no estan bastante ciertos de dicha existencia (1), y piensan poder ellos probar

(1) Los que son á favor del escepticismo dudan de la existencia de los cuerpos, ó tambien la niegan. (Sext. Embir. adv. Lóg L. I. advers. Mathem. L VIII. et L. III. Pyrrh Hipot. cap. 5.) Pero ademas de los escépticos quedó la secta de los idealistas que admiten las ideas de los cuerpos, pero no los

que las ideas de los cuerpos son falsas imágenes y vanos espectros. ¿Y qué? ¿gastaremos mas tiempo en un asunto tan claro y evidente que solo pueden ponerle en duda aquellos á quienes no es capaz de convencer la claridad del mismo sol? No por cierto: pues lo que defienden semejantes hom-

cuerpos correspondientes á las ideas: aunque el idealista se vea precisado á negar tambien la existencia de otras almas menos de la suya, si es que ha de ir consiguiente con sus principios. El principal en esta secta fué *Berkeleyo* (Véase su *Diálogo entre Hylas, y Philonous*); *Mopertuis T. II. Op. ep. IV.* confirma sus argumentos; y *Alembert* en sus *Elem. Phil. IV.* refirió y observó algunos de ellos. No resta otra cosa sino que el idealista sea entregado á su propia fe, y abandonado á la malignidad de su error.

La fuerza pues de los argumentos de los idealistas casi se reduce á probar, que si los sentidos engañan muchas veces sobre la existencia de las cosas, nos queda la duda de si engañan siempre. Demas de esto prueban, que entre los cuerpos y las fantásticas representaciones de los sentidos no hay connexion ninguna; y que puede suceder que los sentidos anuncien estas cosas, aunque los cuerpos no existan; pero nunca prueban convincentemente que esto haya sucedido. En fin, los idealistas fundan muchos de sus argumentos en que no se sabe como de los sentidos pasan al alma las percepciones y en que se ignora de qué modo estan unidos y se corresponden mutuamente el cuerpo y el alma.

bres es repugnante á su íntima conciencia y al comun sentir de casi todo el género humano, del que seria un absurdo separarnos (1). Por lo cual el juicio acerca de la existencia de los cuerpos

(1) Cartesio, á quien han seguido muchos, toma de la verdad divina la de los sentidos (*Medit. VII*), los cuales si siempre nos engañasen, aun cuando por una inclinacion irresistible y natural nos vemos impedidos á darles crédito, el error debiera atribuirse al mismo Dios. Alembert en el lugar citado, tacha no con bastante sutileza esta demostracion, como que prueba una verdad *directa*, esto es, la *existencia de los cuerpos*, por una verdad *refleja*, cual es la *existencia de Dios* que mas antes debe probarse por aquella; pues en primer lugar por este universo, tanto si sea real como si sea aparente, se demuestra la sabiduria y providencia del divino Hacedor, supuesto que sea lo que fuere, brilla en él la armonía, el orden y la hermosura: despues de eso, aquel *directo y reflejo* puede caer sobre el modo con que se adquieren las ideas de Dios y de los cuerpos; pero no sobre la razon con que se demuestra su existencia.

Malebranche (*Rech. de la Ver. L. I. Ch. 9. y Eclaircis VI.*) combate por distintos principios aquel argumento de Cartesio y otros, afirma que únicamente por la revelacion puede ser cierta la existencia de los cuerpos. Mas los que de aqui infieren que Malebranche de ese modo corta los nervios de la revelacion, de ninguna suerte llegaron á gustar su íntima razon de filosofar. Con Malebranche

debe tenerse como ley del orden moral, respecto que es comun, necesario y natural á todos los hombres (1).

CDLIX. ¡Ojalá que estuviésemos tan exentos de error en otros conocimientos que deben derivarse de las fuentes de los sentidos! Realmente apenas nos podemos contener en no hacer juicio de la naturaleza y cualidades de los entes por las sensaciones y percepciones, y en no afirmar que las cosas que estan en los mismos entes convienen con las que nosotros experimentamos, en lo cual nos engañaríamos asombrosamente, porque el alma no percibe inmediatamente por sí los objetos

conviene Leibniz (*Nouv. Ess. L. III Ch. 4. y Lib. IV. cap. 2.*), y otros, quienes desconfian poder ellos probar la existencia de los cuerpos con una demostracion exacta. Y si estos hubieran advertido que no hay un género solo de demostracion y evidencia, no habrian exigido para un asunto fisico una demostracion metafisica ò matemática, ni hubieran realmente opinado de esa manera.

Condillac (*Art. de Rais. L. I. Ch.*), y Bonet (*Oecr. T. XVIII p. 288.*) concluyen asi el asunto: debe haber alguna causa de nuestras sensaciones; es asi que esta no está en nosotros; luego está en los cuerpos que por eso existen. Esto es precipitarse, no descender; pues ademas de nosotros y los cuerpos, puede haber otra causa de las sensaciones, es á saber, Dios.

(1) Lok *L. IV. Ch. 2. §. 14.*

externos, supuesto que entre estos y ella median los órganos de los sentidos. El alma no los conoce sino en cuanto se los manifiestan los sentidos, la cual manifestacion es conforme y proporcionada á la estructura y modo respectivo de operar de los mismos sentidos (LIII.)

CDLX. Las cosas pues que conocemos y sentimos acerca de los cuerpos estan verdaderamente en ellos, pero no del modo en que las conocemos y sentimos; este modo es para nosotros relativo, no absoluto, y no se determina solo por lo que las cosas son en sí mismas, sino por la relacion que tienen con los sentidos.

CDLXI. Y puede haber otra causa que nos infunda sospecha vehemente de que nuestro conocimiento se desvia mas y mas de sus ejemplares. Me explicaré: los movimientos se propagan de los objetos á los sentidos, á los nervios, al cerebro; y aunque proceden por estos grados, padecen con todo eso no poca alteracion: ¡cuánta será esta cuando son llevados desde el cerebro al alma! Mucho pues se diferenciará de la nativa índole de los objetos el conocimiento de ellos, el cual debe ser correspondiente á esta grande mutacion de impulsiones, ó digamos á las relaciones del alma con los objetos mismos (1).

(1) De estos dos conocimientos, absoluto y relativo, habla asi, segun su costumbre Bacon de Verulamio. *Omnis informatio sensum est ex analogia hominis, non ex analogia universi. In Præfatione ad Novum organum.*

CDLXII. Estas impulsiones son llevadas al alma de tres modos: unas veces excitan en ella todo conocimiento, otras una sensacion abstraída de todo conocimiento y otras cierta sensacion mezclada de algun conocimiento. Asi segun los tres modos dichos algunas impulsiones producen en nosotros la idea de la extension; otras nos impresionan olores y sabores, y otras nos traen la sensacion é idea de la impenetrabilidad.

CDLXIII. Las cosas que percibimos por los sentidos estan realmente en las mismas cosas, aunque no sea de aquel modo con que ellas estan en el alma (CDLIX); y el que dudase de esto negaria toda la realidad de los cuerpos, y daria por sentado que la mente humana es de tal constitucion que se halla sumergida en error perpetuo é invencible.

CDLXIV. Mas las cosas que sentimos no estan en los objetos segun las sentimos nosotros, y ni aun pueden estar de ese modo por su naturaleza *inerte* é inanimada. No obstante, algo hay en los objetos por donde las sentimos, y son las cualidades ó afecciones mecánicas, la figura, la magnitud, la textura, el movimiento de las partes en las cuales cosas consisten y tienen su asiento como en los cuerpos la aspereza, la lisura, el calor, el frio, los colores, los sabores, los olores, los sonidos.

CDLXV. De aqui resultan dos géneros de cualidades que se conocen por los sentidos: unas son *reales* y *primarias* v. gr. las que estan en

las cosas y de las cuales nace la realidad de las otras: y otras son *aparentes y secundarias*, las cuales nos parece que estan en las cosas aunque solo están en nuestro sentido: aquellas respecto de nosotros se llaman *inteligibles*, y estas *sensibles* (1).

CDLXVI. Ya hemos visto cuál es el conocimiento de las cosas adquirido por los sentidos, y hemos examinado las determinaciones ó juicios de estos acerca de las cualidades de dichas cosas: los cuales juicios, aunque claros y ciertos, con todo eso si no los modera la razon nos precipitan en muchos errores en los cuales caemos, no por defecto de los sentidos ni por mal uso de ellos, sino por nuestra natural constitu-

(1) No todos los filósofos han consentido en esta division. *Demócrito* y *Epicuro* la admitieron; pero la han reprobado los peripatéticos y escolásticos, quienes defendian que las cualidades secundarias ó sensibles existian de un mismo modo en nosotros y en los objetos; y las llamaban *accidentes reales*, ó *entidades reales*: *Cartesio* restableció la opinion de *Demócrito*, que han abrazado todos los modernos, sino que *Leibniz* juzgó que las cualidades primarias y secundarias eran aparentes, y unos fenómenos de los cuales enteramente discrepa aquello que existe fuera de nosotros. *Berkeleyo* (N. CDLVIII. Nota.), y otros ampliaron esta opinion de tal suerte, que negaron todas las cualidades y las cosas mismas, y nada admitieron sino las sensaciones y nuestras ideas.

ción física: para cuyo remedio la naturaleza provida dió además al hombre la razon que gobernase los sentidos y enmendase aquellos errores.

CDLXVII. Los cuales errores originados de los impedimentos, ó interposicion relativa de las cosas vaguean muchísimo, y todo el conocimiento adquirido por los sentidos queda inficionado de los errores; pues asaltan á los juicios que hacemos de las magnitudes, de las figuras, de las distancias, del movimiento, de la gravedad y presion del aire, de lo leve, de lo áspero y de otras cosas á este tenor.

CDLXVIII. Y además de esto puede sobrevenir á dichos juicios una vehemente *conturbacion* originada del estado de los sentidos, de los medios interpuestos, de los intervalos, del sitio, del lugar, del tiempo; supuesto que todas estas cosas alteran y embarazan muchísimo las impulsiones de los objetos. Los ojos v. g. son á manera de una lente óptica, y por ellos se mudan las verdaderas magnitudes y figuras de los objetos: la cual mutacion se aumenta por la mayor ó menor luz, y mayor ó menor distancia. Por la luz y cuerpos interpuestos acortamos ó alargamos las distancias. A nosotros nos parece que el sol se mueve y la tierra está inmoble; que nosotros cuando vamos en un navio no nos movemos, y se mueven las ciudades y las costas apartándose de nosotros. Juzgamos que el aire que nos circunda no tiene peso, porque por todas partes le tenemos encima; y las cosas

que al tacto y á la vista aparecen lisas, se ven mediante el microscopio muy escabrosas, y divididas con grandes prominencias.

CDLXIX. Nada digo del cuello de la paloma *tornasolado* ó con varios visos; de la torre cuadrada que se ve desde léjos redonda; y del remo que aparece en el agua quebrado. ¿Qué engaños serán los de los sentidos si sus nervios no estan bien dispuestos, si los acomete algun humor nocivo, si se cargan de superfluidad por embriaguez, calentura, delirio, espíritu agitado, ó si se mueven con percurbado movimiento? Estas causas vician realmente aquel conocimiento relativo, y presentan especies del todo aparentes y fingidas, en las cuales apoyados los juicios, no solo alteran los objetos y los alejan de lo que ellos son en sí mismos, sino que yerran tambien enormemente en las cosas que podemos alcanzar nosotros.

CDLXX. Pero el alma con el uso del arte auxiliadora de los sentidos (*Cap. IV. Lib. de la Hist. f.*) puede apartar del conocimiento relativo todo vicio, mas no adquirir un conocimiento absoluto y perfecto. Mirando esto á la luz de la razon se precaverá de juzgar acerca del estado absoluto de las cosas, y evitará todos los errores que de eso se originan. Y para que el alma se libre de todo escrúpulo de error fuera de aquel arte en que consiste la instruccion de los sentidos, no hará uso de ellos en objetos que no les son respectivamente correspondientes y pro-

pios (1), como si un hombre se valiese de los ojos, no para ver los colores que son su único objeto (CCCCXLVII. CCCCXLVIII.) sino para examinar y juzgar las distancias y magnitudes; ese tal exigiria ciertamente de los ojos un juicio de género extraño, en que los ojos si no se gobiernan por el tacto se engañan facilísimamente.

CDLXXI. Pero volvamos al conocimiento adquirido por el sentido. Este conocimiento es relativo: y así debia ser. Pues es necesario que para que podamos hacer eleccion y uso de las cosas, las miremos segun la relacion que tienen con nosotros. Demas de eso este conocimiento no penetra lo íntimo de las esencias de los entes; se le huyen sus partes mínimas y su estructura, y se queda casi en la corteza ó superficie. Pero las cosas que no penetra, no deben reputarse como nada; pues dicho conocimiento se perfecciona con el ejercicio y el arte auxiliadora de los sentidos, con cuyo arbitrio distinguimos cosas que no las hubiéramos percibido ni aun confusamente (2).

(1) Porque mas difícilmente se engañan los sentidos en estos objetos. y no fue mi ánimo dar á entender que nunca se engañan los sentidos acerca de los objetos propios como pensó Aristóteles (*de An. l. 2. c. 6.*) quien sin embargo en el L. 3. c. 6. opinó de otra manera. Véase n. CDXLIX.

(2) *Quam multa vident pictores in umbris, et in eminentiis, quæ nos non videmus? Quam multa quæ nos fugiunt in cantu; exaudiunt in eo genere exercitati? Cicer. Acad. IV. c. 7.*

CDLXXII. Mas porque todas las cosas se ven y se sienten relativamente por los sentidos, no pueden ser vistas y sentidas de un mismo modo por un mismo hombre, y mucho ménos por diversos. De aquí es que lo agradable, lo desagradable, lo suave, lo duro, lo áspero, lo liso, lo cálido, lo frío, lo pequeño, lo grande, lo que está cerca, lo que está léjos se determinan por modos muy diferentes; pues estas cosas son relativas, y si aquellas á que se refieren padecieren mutacion, ellas tambien se mudan. Se refieren pues al temperamento de los sentidos, á las distancias, á los medios ó interposicion de objetos y á otras cosas que ya se han indicado (CCCCLV CCCCLXVIII.)

CDLXXIII. Pero no podemos determinar con exactitud que es lo que otros experimentan, ni decidir á primera vista, si la causa de la sensacion mudada está en la alteracion de la cosa ó del sentido. Y aunque hubiese diferencia muy grande en el modo con que los hombres perciben desde su nacimiento, y sienten las cosas externas, con todo eso ninguna confusion se originaria en ellos y juzgarian de un mismo modo acerca de las relaciones de las cosas. Si v. g. el color cerúleo con que el mar se nos representa al medio dia se impresionase en un hombre por una sensacion y en otro por otra, sin embargo todos llamarian el mar *cerúleo* y *cerúleas* las cosas que le imitan. Si la nieve no se representase á alguno con su blancura sobresaliente, todavía seria para él la blancura de la nieve mucho mas sobresaliente que la

blancura de cualquiera otra cosa: y aquel á quien un pie se le representase mas grande de lo regular, siempre diria que el pie era mayor que el dedo pulgar, y determinaria la misma proporcion del uno al otro que determinan todos (CII).

CDLXXIV. Los que deprimen la actividad de los sentidos y piensan que son caminos anchos y siempre abiertos al error, los notan gravemente de la gran confusion que han causado, de manera que nunca presentan cosa bien comprendida, y nada que ilustre al entendimiento con la luz clara de la verdad (1). Pero decimos que asi como ningun error puede haber jamas en los sentidos, de la misma suerte no puede haber en ellos oscuridad ni confusion ninguna. El alma si padece confusion y queda ofuscada y llena de niebla y perturbacion, es por ocasion de los sentidos. Diremos cuando sucede esto, y cómo puede evitarse.

CDLXXV. Los sentidos pues nos suministran ideas y nos causan sensaciones. Cuando nos suministran ideas no siempre nos traen oscuridad y confusion, sino que nos las suministran muy frecuentemente claras y distintas: por donde se conoce sin género de duda la excelencia de ellos. Y ya en su lugar (lib. I. c. IV.) hemos advertido de qué modo y acerca de qué cosas se consigue la claridad y distincion, y hemos señalado el modo de remover la oscuridad de las ideas.

(1) Especialmente todos los cartesianos.

CDLXXVI. Pero cuando los sentidos nos causan sensaciones, no presentan al alma cosa alguna para que la considere, sino que excitan únicamente nuestra facultad de sentir. El alma conoce estas afecciones y distingue unas de otras, mas nada de ellas se entiende que pueda incluirlo ó comprenderlo en la definición exacta, ó explicarlo con auxilio de la analisis.

CAPÍTULO VI.

De la observacion y Experiencia.

CDLXXVII. No solo los filósofos sino todo el mundo sabe que la naturaleza limitó y estrechó las facultades de los sentidos á términos muy cortos, á los cuales se halla reducido su uso cotidiano necesario para la conservacion y defensa de la vida. Los fisicos se duelen de que su ciencia se ve como embotada y sumamente reducida á estos límites; se duelen de que la naturaleza indeciblemente sutil desaparezca y huya de los sentidos de los hombres y que sean débiles sus facultades para ver las cosas recónditas y examinar sus diferencias y las de sus partes, sus afinidades, semejanzas, union, proporcion y conveniencia mútua. De aqui es el conato con que emprenden muchas cosas, preparan adminículos artificiosos y máquinas para dilatar y extender aquellos limites y poder excitar la viveza y perspicacia de los sentidos en las cosas ocultas muy

menudas y demasiado sùtiles. Y luego que conocen que saben tanto como han adelantado en el estudio, delicadeza y penetracion de los sentidos, se ejercitan ingeniosos y diestros en su arte nobilísima sacando á luz la verdad como venciendo su resistencia con observaciones y experimentos.

CDLXXVIII. Por lo cual importa mucho establecer con exactitud las reglas para las observaciones y experimentos, y deponer la vulgar preocupacion que ya no es posible siga en este tiempo (1) de que los entendimientos van á menos, y se ha disminuido su magestad y grandeza: preocupacion que se desvanecerá con una diligente aplicacion á las investigaciones y experimentos de las cosas singulares y sujetas á los sentidos: preocupacion que ha sido causa de que las observaciones y experiencias no solo se hayan menospreciado y manejado mal en otro tiempo, sino tambien mirado con aversion y fastidio.

CDLXXIX. Mas puede ser que este cargo parezca mas propio de los físicos á quienes únicamente toca formar este arte, establecer sus reglas, advertir lo que se ha de evitar, y prescribir la industria para las observaciones y feliz suceso de los experimentos. Pero sin embargo hay para las observaciones y experiencias dos géneros de cosas, unas pertenecientes al gobierno de nuestros sentidos, y otras á la direccion del entendimiento:

(1) Bacon, *De Interpret. naturæ, Aphoris. LXXXIII.*

las primeras requieren uso y ejercicio , de modo que si lo que se investiga no se conoce mediante las doctrinas de los físicos y faltan los medios necesarios de instrumentos y máquinas , no puede entenderse ni enseñarse como corresponde. Las segundas requieren no este arte sino las luces del ingenio, su viveza, destreza y sutileza , pues con el discurso y meditacion se perfeccionan las cosas que se han trabajado con industriosa experiencia y diligente observacion.

CDLXXX. Pero dicha arte no ha de ser de ningun modo como la de los empíricos , arte de charlantes , tenebrosa popular , é indigna de un filósofo , que respirando orgullo y llena de arrogancia , se desvía de la razon y nos entrega al ciego acaso de los experimentos , sino arte de hacer los experimentos y observaciones con la luz y dictámen de la razon para que diste tanto de las imposturas de los charlatanes que ruedan de plaza en plaza , como dista la ciencia de la temeridad. Para lo cual se necesita grande agudeza de ingenio , increíble sutileza de discurso , y aplicacion intensa y exacta con que consultar é interpretar la experiencia , exprimir y sacar en limpio la verdad , explorar todos los ocultos senos de la naturaleza , hacer eleccion de experimentos , ligarlos y completar llenamente unos experimentos con otros experimentos ; y en fin correr de grado en grado , y evitar los engaños y falacias que insensiblemente se introducen.

CDLXXXI. Por tanto los que tienen el car-

go de dirigir el entendimiento y prepararle para todo género de conocimientos, estan obligados á prevenir que los físicos tengan un cuerpo de doctrina perfecto y completo, aspirando con todas sus fuerzas á que por descuido ó defecto del ingenio no sean sospechosas sus tentativas ni se impida el fruto utilísimo, cual debe ser de las observaciones y experimentos.

CDLXXXII. Toda esta doctrina que se funda en observaciones y experimentos es la mas ventajosa y la única de que esperamos los progresos de las ciencias humanas. Es la mejor guia para hallar la verdad, nos trae nuevas ideas, descubre las causas, naturaleza y vínculo de las cosas, derrama luz por todos lados. Es mejor sobresalir en el estudio de la naturaleza que en la leccion de muchos volúmenes de libros. El experimento empezado en su debida forma y acabado con perfeccion, es preferible á las disputas de los filósofos, pues con mas fuerza y eficacia que ellas obliga á todas al asenso.

CDLXXXIII. De todo lo cual se infiere la precisa obligacion de proponer aqui oportunamente las reglas y método de hacer experimentos y observaciones; tambien se determina el modo (CDLXXIX.) con que al presente lo ponemos en ejecucion. La observacion pues es cosa distinta de la experiencia. El observador considera las cosas segun ellas son, examina los fenómenos de la naturaleza, y aunque no desprecia el auxilio de los instrumentos, con todo eso no subroga sus-

tancias á substancias, no altera de ningun modo la natural condicion de ellas, no las mezcla de suerte que se confundan unas con otras, no procura con el arte efectos extraordinarios. Intentan y perfeccionan todas estas cosas los que atormentan con experimentos la naturaleza, la que nunca llegaremos á entender suficientemente.

CDLXXXIV. Demas de esto se requiere para las observaciones y experimentos imaginacion ni muy viva ni muy tarda, ingenio perspicaz, pronto, agudo, con que se comprendan y juzguen sin preocupacion muchas cosas, y se miren todas íntimamente. Tambien es necesaria sutileza de raciocinio con que se note la conveniencia de las cosas desemejantes y la diferencia de las semejantes: en fin se han de sufrir muchas fatigas, se ha de aplicar y fijar constantemente la atencion de modo que nada la distraiga, y considere todas las cosas y las mire por todos lados y repetidísimas veces.

CDLXXXV. No basta para los dos cargos de observador y experimentador ingenio fecundo y excelente, sino que tambien se requiere que se halle corroborado y confirmado en la doctrina de las cosas que deben ilustrarse mediante la experiencia y observacion. El que careciese de esta doctrina, miraria al revés, ó no veria aun las cosas puestas delante de los ojos. Particularmente se requiere instruccion en la Geometría, la cual enmienda algunas veces las observaciones, suple las faltas de ellas, y es necesaria para de-

ducir ilaciones. Todo cuanto observamos y experimentamos seria por lo comun inútil y esteril sin el auxilio de las Matemáticas, y no podria trasladarse con propiedad ni acomodarse bien á las cosas pues, casi no hay materia ninguna fisica de la cual pueda filosofar con fruto el que ignora la Geometría.

CDLXXXVI. Mas los sentidos no solo deben estar íntegros y muy vivos, sino tambien asistidos y ayudados de los mejores y mas acomodados instrumentos. Finalmente se debe hacer uso recto, discreto y continuo así de los sentidos como de los instrumentos. En el cap. IV. propusimos el modo con que se debe hacer uso de los sentidos, pero el modo de usar los instrumentos no se puede entender mejor que manejándolos, aplicándolos y teniendo patente á la vista su fábrica ó íntima construccion, de suerte que se tenga delante de los ojos la causa porque operan y el modo con que cada parte del instrumento respectivo concurre á la íntegra y total accion del mismo instrumento.

CDLXXXVII. Todo el que por naturaleza y arte se halla con las dichas disposiciones, es á propósito para emprender observaciones y experimentos. Mas para emprenderlas con juicio, utilidad y en beneficio de la verdad y de las letras, importa que note con exactitud el estado y circunstancias de las cosas que observa y experimenta, de los instrumentos de que se vale, y del lugar, tiempo y estacion en que se halla.

Ha de ordenar y disponer mentalmente las cosas que aprovechan ó dañan á su intento, preparar aquellas y desechar las otras, enderezarlas á su fin, y ponerlas todas en aquel aspecto que le sea mas acomodado. Debe considerar la cosa primero por partes y despues en general, y darla vueltas de mil maneras. Finalmente ha de renovar y repetir las observaciones y experimentos, porque así les dará mayor perfeccion y colegirá que el no manifestar los experimentos lo que se intenta con ellos pende de la naturaleza de la cosa, no de sus circunstancias, las cuales padecen frecuentes mutaciones.

CDLXXXVIII. Pero de un filósofo dotado de ingenio superior debe esperarse alguna cosa mas grande y excelente, quiero decir, que este no ha de emplearse únicamente en experimentar y observar, sino dedicarse con particular cuidado á la investigacion y descubrimiento de nuevos experimentos, procurando deducir de los que hiciere, muchas verdades importantes.

CDLXXXIX. Para lo primero contribuirá mucho el variar los experimentos mudando los medios, los agentes, la materia y la cantidad: tambien contribuirá el invertir estas mismas cosas trasladándolas de la naturaleza ó del acaso al arte, y del arte á otra arte. Demas de esto será conveniente cotejar unos con otros, y consigo mismo los experimentos y observaciones y sus efectos, comparar estas con otras opuestas, y seguir constantemente la analogía. En fin

debemos caminar sobre las huellas de los hombres mas versados en experimentos, imitar y alabar su industria y talento, y emprender las fatigas sufridas por unos sábios que nos muestran y hacen patente el camino derecho, espacioso y claro para hallar la verdad (1).

CDXC. De este conjunto de requisitos nace aquel que vulgarmente llaman *espíritu de observacion* que tanto alaban y desean todos en el dia; pues del estudio de la naturaleza se espera y anuncia á los hombres una instruccion tan grande como hubiere sido la industria y trabajo de sus observaciones.

CDXCI. Sin embargo el que intenta nuevas observaciones y experimentos, ó se aplica al estudio de las que han hecho otros, no por eso deja de verse por todas partes rodeado de peligros de errar: peligros que son particularmente

(1) Se aventajan en arte y sutileza en este exquisito y singular negocio Francisco Redi, Reaumur, Abraham Trembley y Spallanzani. Las obras de estos las propondría yo como modelo perfecto y acabado, para que le imiten y imitemos los que quieren distinguirse con elogio en observaciones y experimentos. Véase Redi, *Esperienze intorno agli Insetti, e osservazioni intorno di eleventi*: Reaumur *Memoir pour servir á l'Hist. des Insectes*: Trembley, *Memoir pour servir á l'Hist. d'un genre de Polespes d' Eau douce*: Spallanzani, *Dissertazioni di Fisica animale e vegetabile*.

ocasionados de la natural condicion de los sentidos, de nuestro estado, de los instrumentos, de las circunstancias y en fin de la ignorancia, de la codicia, de la negligencia, de la arrogancia y de todas las otras fuentes de la temeridad y orgullo. Y es de suyo evidente, como dijimos tratando de los sentidos, lo mucho que pueden influir aquellas tres causas en los errores, y qué remedios se deben aplicar. Tenemos famosos ejemplos y muy comunes de estos errores, y se renuevan cada dia de tal suerte que no es menester referirlos. Pero aunque los errores mas leves son tambien los mas frecuentes y los mas crasos, se evitan con mayor facilidad, sin embargo caén en ellos los que padecen mucha ignorancia y perseveran obcecados en sus desordenadas pasiones y demas vicios del ánimo, perjudiciales y dañosos á la pureza de la verdad.

CDXCII. Para lo segundo (CDLXXXVIII.) que consiste en la inteligencia y esfuerzo de la razon, esto es, para la recta, varia y sutil deducion de ilaciones en las observaciones y experimentos, se requiere que no emprendamos cosas noveleras, extraordinarias, que arrebaten y llenen de admiracion al vulgo ignorante, sino cosas propias y dignas de la mayor atencion, las cuales se extienden á mucho, y son el fundamento de los experimentos del género secundario pertenecientes á cosas particulares.

CDXCIII. Las cosas que se deducen de cualquiera observacion ó experimento, se han de

anotar separadamente ántes que decidamos de todo. Una ú otra cosa en particular observada y hallada por un experimento, no nos ha de mover y determinar á ilaciones universales, ni hemos de juzgar, que basta ella para decidir de los grandes efectos de la naturaleza ó establecer las leyes del universo. Seamos diligentes en inquirir por todas partes muchas cosas, experimentemos muchas, y sigamos la índole de la induccion y analogía. Cuando estan prontas estas cosas, cuando se ven con claridad á la luz de la razon, nos llevan como espontáneamente á los universales.

CDXCIV. Pero nada puede impedirnos y desviarnos mas de las ilaciones rectas y fructuosas que las pasiones desordenadas, las preocupaciones, y los sistemas, porque en tales circunstancias no vemos mas que lo mismo que nos sugiere la passion, preocupacion ò sistema; viciamos las ilaciones y los experimentos forzándolos ó violentándolos á fin de que vengan bien y se conformen con los sistemas y opiniones adoptadas por una mera costumbre (1).

(1) Véase Bacon de Verulamio (*de Augm. Scient. L. V. c. 2.*) quien aunque en el *Nuevo Órgano* recomienda mucho y siempre la necesidad y utilidad de los experimentos para promover y aumentar las ciencias, y lo demuestra con muchas razones, sin embargo en el lugar citado dice: *Ars experimentalis sagacitas potius est et odoratio quædam venatica,*

CAPITULO VII.

De la autoridad.

CDXCV. Ya llegamos á la fuente última de los conocimientos humanos: fuente caudalosa y grande, de la cual se toman casi infinitos conocimientos para todas las artes y ciencias pertenecientes á la Religion y al régimen de la vida. Casi toda la instruccion y doctrina de los hombres está apoyada sobre ciertos hechos como sobre firmísimos fundamentos, de los cuales toma su principio. La Física pende de la verdad de los experimentos y observaciones; los derechos del imperio y de los ciudadanos se fundan en los hechos históricos; la indecible y prodigiosa propagacion de la doctrina evangélica, los milagros, los mártires y otras cosas son inseparables de la demostracion y estudio de la religion.

CDXCVI. Los hechos solo pueden por lo comun constarnos mediante la autoridad. Si las cosas que cualquiera alcanza por sus propios sen-

quam scientia. Véase tambien Senebier, *Art. d'observer*. Noillet, *Art. des Experiences*. Bergman, *Opusc. phisic. et chem. Vol. I. de indaganda vero*. Es facil hallar en estos escritores ejemplos con que pudieran confirmarse los preceptos ya dados y las advertencias añadidas sobre el arte de hacer observaciones y experiencias.

tidos se comparan con las que suceden en tiempos y lugares remotos, son excedidas en número por estas extraordinariamente. Así la autoridad multiplica en cierto modo nuestra existencia, y hace que veamos todos los objetos, todos los países, y que estemos presentes á todos los siglos.

CDXCVII. Para que no procedamos en esto imprudentes ó con ímpetu ciega, el arte crítica nos dirige, nos contiene y nos enseña muchas cosas tocantes á la autoridad y á su objeto, y nos prescribe las condiciones de estos dos puntos: asigna diversos géneros de autoridad, defiende la incertidumbre y probabilidad fundadas en ella, propone las leyes y criterios con que nos aseguremos de la probabilidad ó de la certidumbre, y discernamos la una de la otra.

CDXCVIII. También la crítica mirada en toda su extension no solo se ciñe á lo dicho, sino que se dilata mas. Restaura y enmienda códices y libros, señala y fija el tiempo de estos y el de los escritores, regula y decide de su bondad y preferencia, propone el arte de entender y penetrar la mente de los autores y distinguir los libros apòcrifos de los legítimos y los puros de los viciados. Al presente no tomamos la crítica en toda esta amplitud, ni la tratamos con tanta extension, sino solo por lo tocante á todo conocimiento nacido de la autoridad de los hechos á su certidumbre y probabilidad.

CDXCIX. La autoridad una es de Dios y otra de los hombres: una manda ò prohíbe, otra

cuenta los hechos y los encomienda á la posteridad. De esta solamente tratamos aqui, la cual sola y segun ella es en los hombres, es el objeto de la crítica. A los teólogos incumbe tratar de la autoridad divina.

D. Los hechos que se cuentan pueden reducirse á *políticos*, *literarios* y *naturales*. Los políticos son materia de la historia eclesiástica y civil; los literarios abrazan la historia del entendimiento humano, los principios, fortunas, progresos y vicisitudes de todas las artes y ciencias; los naturales se extienden á tanto como el universo, esto es, á todas las cosas que obra la naturaleza, fenómenos, observaciones y experimentos.

DI. Estos hechos, ó han pasado en la edad en que vivimos, ó antes: los primeros, si no los sabemos por nosotros mismos, podemos saberlos por testigos de vista ó de oidas, que los oyeron inmediatamente ellos mismos: los segundos llegan á nuestra noticia por los monumentos, por la tradicion y por la historia. Trataremos con particularidad y distincion de estas fuentes de la certidumbre *moral*, y estableceremos para cada una sus leyes ó reglas de crítica.

DII. Digo pues que por estas fuentes se adquiere la certidumbre que propiamente se llama *moral* (cxl.); porque dimanando como de una fuente de los hombres los cuales son entes *morales* y recibe su valor y firmeza de las leyes del orden *moral*, se entiende de aquellas leyes que miran á las ac-

ciones de los hombres : leyes que habiendo sido establecidas con la misma sabiduría y consejo que las leyes del orden físico, son igualmente uniformes y constantes. (*Véase n. CCXCVI. y sig.*). Lo cual proviene tambien de que las naturalezas de los hombres convienen entre si : y si no fueran uniformes no podrian tener los hombres regla ninguna de la vida. La certidumbre *moral* no se toma en cierto sentido lato, pues teniendo un fundamento tan firme como la certidumbre *física*, equivale á ella, y no habrá razon para apreciarla en menos (1). ¿Quién hay que no

(1) Que el testimonio de otros sea fundamento de sola la probabilidad, parece que los juzga Lok (*N. IV. C. XV. §. 4*) Pero despues (*Cap. XVI.*) distinguiendo los grados de probabilidad; confiesa (§. 7. 8. 9) que los que se atienen al testimonio, no pueden algunas veces dudar de él asi como de ningun modo dudamos de las cosas que vemos nosotros mismos; que tambien algunas veces no está en nuestro arbitrio no dar crédito al testimonio, asi como no lo está, no conocer por demostracion una cosa. Si Lock no hubiera ignorado los principios que despues propondremos, en los cuales estriba la certidumbre moral, no hubiera lo primero minorado la fuerza que puede haber en el testimonio; ni despues hubiera dicho cosas contradictorias y repugnantes á las anteriores, para confesar una cosa confirmada de todos por experiencia propia.

Genuense (*Lib. IV. C. 2.*) estableció los mismos de autoridad que Lock., esto es, el número, cien-

tanga por igualmente cierta la existencia de Roma que la de esta Villa de Madrid que habitamos aunque jamas haya visto á Roma? ¿Quién no tiene por tan cierta la existencia de Tulio y de Virgilio como la de si mismo? Y así todos estan persuadidos de que la certidumbre *moral* comparada con la certidumbre *física*, siempre se ha hallado igual sin duda ninguna. Solo puede haber entre las dos esta diferencia, que el objeto de la certidumbre física nos hace mas viva impresion que el de la moral: de lo cual se suele seguir que si no procedemos con precaucion, nos veremos como impelidos naturalmente á creer que esta es menor que aquella.

DIII. No siempre, ó por mejor decir rarísima vez se adquiere la certidumbre por medio de los testigos de la tradicion, de los monumentos y de la historia: la probabilidad es la que mas

cia y probidad de los testigos, de los cuales realmente nunca se concilia la certidumbre. De esta suerte los mas lógicos confunden los principios de la certidumbre y de la probabilidad, y abandonan aquella

Al contrario Bonet (*in Relig. Christ. Disquisit.*) aunque dice muy buenas cosas acerca de los fundamentos de la certidumbre *moral* y prescribe aquellas cualidades del *hecho* y de los testigos que prueban haber en ellos autoridad enteramente cierta, sin embargo muchas veces y con especialidad p. 475, declara que la certidumbre *moral* nada mas es que una mayor ó menor probabilidad.

comunmente se consigue, y tal vez ni aun ésta. En sus respectivos lugares veremos sobre cada uno de dichos medios en qué ocasiones tienen el valor y fuerza de certidumbre cuando se halla en ellos solamente la probabilidad y cuando hacen la cosa dudosa ó improbable.

DIV. Asi como no siempre, asi tampoco cualquiera cosa nos puede constar con certidumbre moral; pues primeramente la cosa debe ser como dicen, *cosa de hecho*; en segundo lugar debe ser *individua ó singular*, porque los hechos son de esta naturaleza. Los universales que colegimos de los hechos no constituyen estas cosas ni sobresalen en certidumbre moral, y tienen probabilidad mayor ó menor segun el número de cosas comparadas, sagacidad en compararlas y prudencia en congeturar.

DV. Para que el hecho resplandezca con certidumbre moral es preciso tambien que sea *posible y sensible*. Hecho posible es aquel que puede provenir ó de Dios ó de las causas y de las *fuerzas* que existen en la naturaleza de las cosas. Hecho sensible es el que está sujeto á los sentidos, los hiere y no se alcanza por razon ó por congetura: las guerras, v. gr. las batallas, son hechos *sensibles*, pero sus causas, designios y fines se ocultan á los sentidos y apenas se adivinan con el discurso. La primera de estas dos condiciones se requiere para la probabilidad de los hechos; la segunda no es absolutamente necesaria.

DVI. Pero apenas podremos adquirir la cer-

certidumbre de los hechos si no son tambien *simples* y *famosos*. La batalla de Farsalia y la victoria de César, omitiendo las circunstancias de la batalla y de la victoria, es un hecho simple; y por causa de haberse llevado la atención de multitud de hombres, y esos excelentes en dignidad y autoridad, es un hecho *famoso*.

DVII. Mas la *fama* y la *simplicidad* de los hechos no se requieren necesariamente y siempre, sino atendiendo á lo que es mas comun, pudiendo suceder, aunque rara vez, que las circunstancias y aun ciertas cosas que son de menor entidad, conocidas atentamente por muchos, nos las refieran y encomienden con certidumbre moral. Los que exigiesen indispensablemente aquellas dos cosas declinarían algo al pirronismo histórico.

CAPITULO VIII.

De los Testigos de vista y de oídas.

DVIII. Ya hemos dicho arriba (DIII) que el testimonio ó autoridad de los hombres no tiene algunas veces ningun peso, otras produce certidumbre, y frecuentemente probabilidad. Examinaremos ahora estos casos, y los corroboraremos con las reglas de la crítica. Es necesario pues que nos conste que los testigos no se *engañan* ni *mienten*, para que nos confirmen en la total certidumbre de la cosa contada. Y para que nos pueda constar que no se *engañan*, se requiere que sean testi-

gos de vista; ó si son de oidas, se necesita que la hayan oido inmediatamente por sí á los de vista. Tambien se requiere que esten dotados de aquellas facultades y circunstancias que son suficientes para la inteligencia del hecho contado y su clara y distinta exposicion.

DIX. No hay por qué objetarnos, que esta regla que acabamos de proponer, se funda en una cosa indeterminada y vaga que dificultosamente, ó nunca puede constarnos; pues no se duda que las condiciones necesarias, (DV.) del hecho la determinan y declaran sobradísimamente, y prueban que dichas facultades y requisitos se hallan en todos los que no carecen de sentido comun.

DX. Fuera de que repugna que semejantes testigos se engañen en el hecho arriba propuesto; quiero decir, repugna que los hombres no perciban bien un hecho *sensible* observado atentamente con sus propios ojos, y que no puedan oír con sus propios oídos la narracion de él sin mezcla de engaño. Porque los respetos ó relaciones entre los hombres y las cosas esternas, y ademas la experiencia misma demuestran que los sentidos no son del todo débiles (C. V. H. L.), y que no siempre se engañan: pero serian débiles y siempre se engañarian, si no pudieran ver ni oír sin engañarse el hecho sucedido y contado. Y si de nada sirvieran los sentidos, ¿cómo adquiririan por su medio los hombres la certidumbre tan grande que se requiere para conservar la

sociedad y seguir el método conveniente de la vida?

DXI. Luego puede constarnos con mucha facilidad y evidencia, si se *engañan* ó no los testigos de vista ó de oídas. Ahora pues, para que igualmente nos conste que no *mienten*, deben asistirnos mayores y menos comunes razones que nos hagan conocer que los testigos no se mueven por preocupacion, pasion, parcialidad ni deseo ninguno particular.

DXII. Esto puede constarnos primeramente si los testigos se diferencian en edad, estudios, nacion, religion y costumbres. Cuando ellos se conforman y convienen en una misma cosa, es por la fuerza de la verdad, la cual resplandece y alumbra á todos, y á todos obliga al asenso. Ningun afecto ó pasion, ninguna inclinacion torcida los induce entónces á mentir; pues cada cual de los testigos tiene diversas inclinaciones y diversas pasiones, y no puede haberse producido por diversas pasiones un mismo efecto, esto es, una misma mentira en que todos los testigos se hayan convenido, porque cuando las unas pasiones los impeliesen á esta mentira, las otras los retraerian de ella.

DXIII. Para que esta oposicion de pasiones se estime (1) como argumento firme de la verdad de los testigos, no es necesario que ellos se diferencien en todas; porque las circunstancias del

(1) *Cupiditas omnium libidinum genus* Ciceron, de *Ino.* L. 1.

hecho y las de los testigos indicarán fácilmente, y aun con evidencia en qué ocasiones alguna de ellas, ó una ú otra cosa forman dicha oposicion.

DXIV. En segundo lugar puede tambien constarnos que no mienten los testigos si afirman el hecho á los que tienen interés en descubrir y redargüir la mentira, y harian facilmente y con mucha voluntad lo uno y lo otro. Pues los hombres entonces por malos que sean no mienten respecto de que la mentira averiguada con certeza y castigada con rigor no favorece á sus pasiones y deseos. Por cierto que el que miente no es solo con el fin de mentir, sino con el de engañar á otros, y por eso nadie miente jamas cuando prevee con evidencia que su mentira ha de ser luego descubierta.

DXV. En tercer lugar nos constará que no mienten si la cosa atestiguada es contraria á las preocupaciones y opiniones adoptadas por los que la atestiguan, y si además no les adquiere gloria, comodidades, riquezas, sino infamia pobreza, vejaciones y aun la muerte. Demas de eso cualquiera es mentiroso mas antes con el fin de evitar estas calamidades que con el de caer en peligro de ellas. Cuando la mentira se opone á las pasiones, ¿quién ha pensado jamas que por ellas es incitado el hombre á mentir? Luego es repugnante que en los tres casos dichos engañen los testigos. Si en tales casos mintieran, el caracter y genio de los hombres no seria realmente lo

que sin duda es: se habrían trastornado (1) las leyes generales (DXI.) del orden moral que determinan las relaciones de las cosas y de los hombres, y exigiéndolo la naturaleza, moderan y dirigen las acciones humanas.

DXVI. Estas cosas acerca del engaño (llamémosle así) *activo y pasivo* de los testigos, valen

(1) Estas cosas que no demuestran falacia ni fraude ninguno de los testigos, tienen fuerza igualmente en favor del testimonio de un hecho sobrenatural que de un hecho natural. Porque la dificultad que ocurre en hacer un milagro solo es relativamente á las causas criadas y fuerzas naturales: por tanto no presenta como imposible (DV.) el hecho sobrenatural, que no envuelve ninguna contradicción *interna*; y siendo sensible, como cualquiera otro natural, no le faltan las cualidades que se requieren para la certidumbre. En los testigos puede hallarse de un mismo modo la oposición de pasiones acerca de uno y otro hecho, de lo cual se sigue que los testigos no mienten. Resta pues demostrar que nosotros por los mismos principios, tanto acerca del hecho sobrenatural como del natural, podemos con igual razon estar ciertos de que los testigos no se engañan. Con que aquella mayor dificultad que recae sobre el hecho sobrenatural no pertenece al conocimiento de él. Realmente no es mas difícil conocer que ha sido resucitado un muerto, que ver la diferencia entre un vivo y un muerto. Para que alguno esté cierto de aquella resurrección, nada mas se requiere que haber ántes conocido que uno estaba muerto, y des-

casi lo mismo para los testigos de vista que para los de oidas, advirtiendo que los de oidas solo pueden hacer fe cierta de la sustancia del hecho *simple*, especialmente si es larga la serie de los tales testigos: y es claro que en sola la *sustancia* del hecho simple no se engañan ni engañan. He dicho (DVI), que el testimonio de

pues haberle hallado vivo: las cuales dos cosas son naturales, y nadie negará que nosotros con las facultades que nos dió naturaleza las conocemos bien y las distinguimos verdaderamente. En realidad muy mal estábamos si estas cosas no pudieran conocerse de ningun modo.

De aqui es que queda por tierra la objecion que con gran aparato de elocuencia hace Rousseau contra la certidumbre de los milagros (*Letres escrit. de la Montagne, Let. II. III.*) por la mayor dificultad que tienen los milagros en razon iversa, de la cual (dice él) está la certidumbre y en razon directa de la autoridad. Esta proporcion geométrica haria fuerza si la dificultad estuviese en señalar la autoridad en el conocimiento del hecho. Cuando la autoridad es tal que llegare á tocar lo sumo de la certidumbre de suerte que no nos conste de engaño ninguno, no debe mirarse cualquiera dificultad singularidad y rareza del hecho, sino solo su posibilidad (DVI). Pero debe mirarse cuando nos hallamos en un testimonio probable al cual justamente damos menor y mas difícil crédito si se cuentan cosas muy extraordinarias (DXXIII).

Con mas sutileza habla Diderot, (*Pens. Phil.*

los testigos de vista tiene mas amplitud. Cuando trate de la Tradicion, me dilataré mas sobre los testigos de oidas.

DXVII. Aunque la malignidad de mentir se oculta en los senos del corazon, sin embargo hay indicios por los cuales se demuestra facilmente ser verdad, que los testigos no se mueven por ma-

p. 56.) quien dice así: Que los hombres se engañen ó engañen no es milagro: luego aquello se debe creer mas bien que un milagro: es cierto que los testigos que requerimos nosotros seria un milagro que en un hecho expreso mintiesen ó se engañasen (dx); pues eso seria fuera de las leyes del orden moral, asi como es fuera de las leyes del orden físico la resurreccion del muerto. De estos dos milagros yo creeré este mas bien que aquel; pues Dios no hace los milagros para jugar con los hombres sino para confirmarlos en la verdad, y con este fin resuscita los muertos.

Hume (*T. II. Ess. X.*) ignora ó finge que ignora los fundamentos de la certidumbre moral. Si resumimos las muchas cosas que mezcla, dice: La certidumbre moral recibe su fuerza de la experiencia, por la cual consta que la verdad anda junta con el humano testimonio de los hechos, esta experiencia en cuanto á los milagros es ninguna, ó por mejor decir el milagro es impugnado por la experiencia, y es contra la misma experiencia. Esto último pide que añadamos alguna cosa á las ya explicadas. ¿Con qué, Hume, los milagros son *contra* la experiencia? ¿Acaso no seria mejor si dijese *mas*

licia en ciertos casos, y circunstancias. Estos indicios *manifestativos* en la errada opinion de alguno, consistirian en la *ciencia*, en la *probidad* y en el *número* de los testigos, mas no consisten en la *ciencia*; pues admitido que sea poderse probar que algunos la tienen, nunca se podrá demostrar que siempre se valen de ella, y que por al-

allá de la experiencia? ¿Cuál es la experiencia que enseñe no poderse hacer un milagro? A lo sumo enseña que no se hace; pero ni aun eso; pues muchos han experimentado los milagros hechos. Mas por ventura, ¿será el milagro contra la experiencia de modo que sea repugnante é imposible? Repugnante es que un solo hombre idéntico esté vivo y muerto á un tiempo, pero que viva de nuevo el que estuvo muerto no alcanzo como repugne ó como envuelva contradiccion,

Y yo ciertamente no soy tal que crea milagros prometidos y publicados por cualquiera, ó escritos en ciertos libroj de relaciones milagrosas. Conozco que hay muchos supuestos y fingidos; sé que los mas son impelidos de un amor indiscreto de la Religion y deseo de cosas prodigiosas á estos engaños falsamente piadosos; por eso se fingen milagros; mas yo los distingo de los aprobados y me acuerdo haberse ya decidido por hombres grandes, que es de talentos muy limitados, asi el creer con demasia como el negarlo todo. (*Véase L. II, Núm. CXLVII. en la nota.*)

guna fatalidad ó descuido no se engañan en un caso particular.

DXVIII. Tampoco consiste en la *probidad*, la cual es creida pero no demostrada: y los que han sido y son buenos y sinceros, pueden en algun momento caer en mentira. Finalmente no consisten tampoco los indicios de la certidumbre y fe de los testigos en su *número*; porque si ellos en sí no son mas que *probables*, nunca por mucho que se aumente su número hacen fe cierta; pues la certidumbre no es un conjunto de probabilidades, sino una cosa simple, indivisible y muy distinta de la naturaleza de la probabilidad (cxxxii): pero si de suyo son *ciertos* en su testimonio, cualquiera de ellos por sí solo y no precisamente todo el número causará certidumbre. Luego siendo indivisible (cxxxix. en la nota) la naturaleza de la certidumbre (pues no se aumenta aumentados los testigos, ni se disminuye disminuido su número, sino que ó falta absolutamente, ó de ningun modo se varia), no pende del número de los testigos. ¿Y quién será el que afirme lo contrario?

DXIX. La *ciencia*, la *probidad* y el *número* de los testigos son (como veremos) principios de la probabilidad moral; pero la certidumbre respecto de lo que requiere, que fuera de toda duda nos conste que no se engañan ni mienten los testigos, dimana de aquellos otros principios que hemos explicado, es á saber, de que su engaño aboliese en un todo el sentido comun, de que

haya oposicion entre las pasiones de los testigos, ó entre estas y la mentira. Ya se ve que estos principios nada tienen comun con la probidad y la ciencia: y lo mismo se hace por medio de ellos la demostracion de la certidumbre siendo los testigos hombres buenos, que no lo siendo, ó siendo unos buenos y otros malos. Lo mismo es respecto de la ciencia la cual no se requiere en ellos sino solo el sentido comun.

DXX. Mas no puede fijarse con puntualidad el número de testigos que se requiere para establecer dicha oposicion: esto pende de las circunstancias del hecho, de las de los testigos y de los que reciben su testimonio. Pero la certidumbre nunca resulta del número de los testigos como de partes integrantes reunidas.

DXXI. Si lo que sucede frecuentemente no puede inferirse de los indicios propuestos la contradiccion de pasiones, y si nos consta con evidencia por la naturaleza del hecho que los testigos de ningun modo se engañaron, no por eso deben al instante ser estimados ni reputarse falsa su narracion. Se ha de hacer todavía examen de su probabilidad, y regular esta y la fe conforme á estos principios y criterios.

DXXII. Los principios de esta probabilidad son todas las circunstancias ó cualidad y condicion de los testigos, del hecho y la narracion. El testigo si es de vista, y coetáneo, tiene muchísima probabilidad, y mas si se agrega á eso el horror que tiene á la mentira, y si es

ilustre por su dignidad y empleos, ó por su ciencia y sabiduría; si es de ingenio perspicaz y vivo; si parece que es hombre que se gobierna mas por la razon que por la imaginacion, y si no es adulador ni se mueve por parcialidad ni exceso de pasion á su nacion ó á su patria. Pero se debe desconfiar mucho del testigo que da muestra de índole y educacion grosera; que miente en otras ocasiones por ignorancia, costumbre ó malicia; que tiene mala fama por sus delitos y conducta reprehensible, que indica haber tenido mala crianza, que no es justo ni exacto en sus juicios; que vive esclavo de sus pasiones, y que está en contradiccion con otros testigos. Y cuando los testigos no estan acordes, su fe y autoridad se ha de regular por los principios ya establecidos, y se debe dar crédito á aquellos en quienes se descubra mayor autoridad.

DXXIII. Mas para que las cosas merezcan ser creidas cuando estan en mayor probabilidad á causa de los testigos, no deben ser muy extraordinarias ni de tal naturaleza que engañen á cualquiera persona incauta: es necesario que puedan conciliarse con el temperamento comun de todas las cosas, ó con el orden natural y sobrenatural (1). La narracion ha de

(1) En el Num DV. y siguientes se explicó cuales deben ser las cosas para que podamos dar entero crédito al testimonio de ellas. Juntase aquella doctrina con la presente.

proceder siempre constante, igual y consiguien-
te consigo misma; no ha de ser demasiado ar-
tificiosa y afectada en el estilo; y ha de res-
pirar por todas partes sinceridad. Se requiere
que haya sido tomada principalmente de los mo-
numentos mas sinceros y legítimos, aunque no
sean de tal virtud que produzcan una certi-
dumbre igual á la certidumbre física. Todas es-
tas cosas se deben notar, examinar y cotejar
diligentemente en los testigos, en el hecho y
en la narracion: y en vista de todo se formará
juicio de la mayor ó menor probabilidad ó
improbabilidad de las narraciones.

DXXIV. Ve aquí cuánta es la diferencia
entre los principios de la *probabilidad* y *certi-
dumbre* moral. Los de esta son tomados de las
cosas que son demostrables, es á saber, de la
contradicion mutua de pasiones y del sentido
comun: los de aquella se toman de otras co-
sas que no pasan de la virisimilitud, aunque
tal vez suma. Constituyen la *certidumbre* aque-
llas cualidades que forman el carácter de la
naturaleza humana; que son innatas; que son
comunes á todos; pero constituyen la *probabi-
lidad*, la índole de uno ú otro hombre, la edu-
cacion, los estudios, las circunstancias, y en
fin todo lo que no es natural, sino adquirido.
Por lo dicho se entiende la causa porque los
hombres, aunque por lo comun no presenten si-
no probabilidad, atribuyen á su propio testimo-
nio una certidumbre quizá tan grande que no

sería mayor si viesen las cosas con sus propios ojos. Aquella probabilidad no raras veces es de tal condicion que nos empeñamos en negarla el asenso. Pero ahora no debemos ni podemos explicar todo lo que hay acerca del testimonio y autoridad de los hombres. No hace mucho que lo hemos explicado, y añadiendo lo que nos resta decir de la tradicion, de los monumentos y de la historia, se tendrá completo todo el asunto.

CAPITULO IX.

De la Tradicion y de los Monumentos.

DXXV. La Tradicion de que hablamos es una sucesion y cadena de testigos en que los primeros deben ser coetáneos al hecho que pasa por tradicion á la posteridad; los segundos deben recibirle de los primeros, los terceros de los segundos, y así progresivamente sin notable interrupcion: y por eso se llama propiamente tradicion *oral*.

DXXVI. Se requiere para conseguir por ella la certidumbre que sea *constante y amplia*. Será constante, si es fácil retroceder de la última *línea tradicional* hasta el principio de la tradicion. Será amplia, si cada línea comprende muchos testigos. Estas líneas son las *series* de testigos que propagan los hechos á las edades subsiguientes. Los testigos primeros en la serie tradicional

son la *cabeza* ó principio de la *tradicion*.

DXXVII. Esta *tradicion* constituye un hecho en no menor certidumbre que le constituyen los testigos, cuya fe sentamos por muy cierta (Cap. VIII.). Pues aquellas razones que prueban que los testigos de vista no se engañan ni mienten, prueban tambien que los que cuentan el hecho que oyeron inmediatamente por sí á los testigos de vista, no se engañan al oírle, ni mienten al contarle. Esto mismo vale para la línea tercera, cuarta y para las restantes sean cuantas fueren.

DXXVIII. Pero la fuerza de la *tradicion* se aumenta cuando la memoria de los hechos se celebra con ceremonias, ritos y fiestas solemnes. Porque es absolutamente imposible que se hayan dedicado solemnes obsequios á la falsedad y mentira sin que esta particularidad nos conste en algun modo por la historia y los monumentos que contradigan á los hechos y á la *tradicion*.

DXXIX. Y para que se vea mas claramente la fuerza de la verdad en las líneas tradicionales en que concurren (DXXV. DXXVI.) todos sus requisitos, se ha de advertir que dichas líneas no se forman todas ó cada una de ellas de testigos de una misma edad, sino que se mezclan las generaciones de modo que á un mismo tiempo viven los ancianos, los mozos, los jóvenes, los muchachos, los niños; pues si los mozos intentasen alterar la narracion del hecho, serian anotados por los ancianos y por los muchachos que le habrian oído de diverso modo á los ancianos. De aqui es que para que una

línea tradicional sea falaz ó mienta, es preciso que muchas generaciones de hombres convengan en una misma mentira.

DXXX. Las cuales, cuando manifiestan por la *tradicion* la certidumbre que adquirieron, nos hacen ver claro la dificultad con que se consigue, respecto de que se trata no de una sola serie, sino de muchas formadas de gran número de testigos recomendables. De lo cual resulta que creemos mas facilmente los hechos de nuestro tiempo que los de los tiempos pasados y los contados por testigos de vista que los contados por una varia sucesion de testigos de oídas (DXVI.)

DXXXI. Mas no hay que temer que la narracion se haya ido variando y corrompiendo poco á poco á causa de variarse las costumbres y estudios de los hombres, y alterarse los hechos que andan en boca de todos, pues la certidumbre de la *tradicion* solo se extiende á la *sustancia* del hecho sensible, no á sus *circunstancias*, las cuales se alteran andando el hecho en boca de todos.

DXXXII. En fin, la certidumbre de la *tradicion* y su fuerza no consisten en cosas variables, sino en los principios que provienen del caracter de la naturaleza humana, los cuales rigen á los hombres como á entes morales que en fuerza de ellos no mienten, si v. gr. preveen con certeza que han de ser cogidos en mentira, y si su mentira se opone á sus intentos y pasiones. Como estas cosas siempre son inmutables y unas mismas en los hombres, tambien es siempre en ellos inal-

terable y una misma la narracion de la *sustancia* del hecho (1).

DXXXIII. No solo en la *tradicion* se conserva la memoria de los hechos, sino tambien en los *monumentos* como son arcos triunfales, columnas, medallas, monedas, inscripciones, pactos, edictos, pragmáticas y diplomas de los Príncipes y otras actas públicas.

(1) Estos tres postreros §§. ó números tocan de paso, y deshacen las objeciones que disparan algunos contra la fuerza de la tradicion. Belio haciendo siempre de escéptico, objeta otros escrúpulos y trae ejemplos de tradiciones, las cuales aunque veneradas por muchos siglos, con todo eso contienen fábulas y sueños. ¿Quién no ve que son de esta especie las tradiciones sobre las eternas Dinastías de los egipcios, las empresas de los Dioses de los gentiles, y la Loba de Rómulo y Remo?

Pero sean enhora buena falsas estas tradiciones. ¿Por qué razon? Porque no van consigüentes y constantes; porque no son amplias; porque las contradicen los Monumentos ó la historia; porque no son acerca de hechos simples y sensibles; en una palabra, porque pecan contra las reglas de la buena crítica. Son pues verdaderas las que corresponden y van conformes con estas mismas cosas. Por consecuencia se colige de una falsa tradicion una verdadera. Si nunca pudiera haber verdadera tradicion, á nadie le hubiera venido al pensamiento divulgar la falsa. ¿Por qué no prueba Belio ser falsas las tradiciones acerca de Alejandro Magno, de Pompeyo, de

DXXXIV. Si estos monumentos son auténticos, y contemporáneos á los hechos, no pueden ser contrarios á la tradición constante y amplia, ni á la historia verdadera, de cuya debida constitucion trataremos abajo: y si lo fuesen, se debe sospechar vicio de la historia y tradicion, por el cual carezcan de certidumbre.

César, de Neron, de Tito, de la República y del imperio de los romanos?

Tambien Lok (*L. IV. Cap. XVI.*) con quien se conforma Alembert (*Eclaircis. de Phil. § IV.*) cayó en un gravísimo error acerca de la tradicion: dice, que la fuerza de las tradiciones se disminuye tanto quanto se apartan y alejan de su origen. Aunque los testigos de vista causen una suma certidumbre, si los de oidas cuentan la cosa que oyeron á los de vista, no la hacen del mismo modo cierta, y se les minora mucho la fe quanto mas se aumentan las series de estos testigos. Sobre este punto se vale del ejemplo de cierta ley de los ingleses, en virtud de la cual la copia sacada del original no se admite en los tribunales aunque se haya escrito por escribano aprobado y con testigos delante.

Sigue esta doctrina de Lok el escritor Graigi (*Transact. Angl.*), y por ella forma un cálculo verdaderamente chistoso con el cual pone el fin del mundo en el año de 3150. La fe, dice, permanecerá hasta que se acabe el mundo: la fe estriba en la certidumbre moral; y como á esta la disminuye el trascurso de los siglos, vendrá á ser ninguna en aquel año.

Por sí mismo bastaria este cálculo para destruir

DXXXV. Los que no sobresalen en estas cualidades carecen de toda fuerza, como tambien si afirman cosas que no se hicieron en público á vista de todos. Por uno ú otro de dichos capítulos son

la doctrina sobre la disminucion de la certidumbre en la tradicion. Pero si los testigos de vista hacen certidumbre, ¿por qué no los de oídas? ¿Acaso no se desean en los unos y en los otros las mismas cualidades? Manifestando estas, que los testigos de vista no se engañan ni engañan, ¿por qué no demostrarán lo mismo de los testigos de oídas? Mas vemos, que lo que vale para una *línea tradicional*, puede con razon trasladarse á otras. ¿Por ventura las tradiciones ciertísimas de cuatro siglos á esta parte, no serán tan ciertas en el día de hoy? Pero que ellas lo sean, se puede facilmente demostrar con la experiencia.

Hay pues mucha disparidad en el ejemplo de Lok. Para que las copias sacadas del original se falseen en el caso propuesto, basta que se convengan dos ó tres testigos sobre una misma mentira. Demas de esto, ¿quién ignora que las precauciones de las leyes no obstan á la verdad? ¿Quién no sabe que las leyes precaven cosas que de ningun modo llegarían á suceder? Tan lejos está que las tradiciones pierdan su fuerza por la antigüedad, que antes bien adquieren por ella no poca autoridad. Pues ¿acaso no nos sentiremos movidos de la autoridad de los prudentes y de los sabios que por muchos siglos aprobaron las tradiciones, y las confirmaron con su juicio y decision? Realmente borra el tiempo las falsedades de las opiniones, pero confirma y asegura la verdad.

viciosos los *monumentos* que miran al culto de los falsos dioses, pues no es de extrañar que fuesen consagrados en las fábulas.

DXXXVI. Y cuando los *monumentos* son tales que dan fundamento para dudar si fueron efecto de la adulacion ó de la soberbia y orgullo de algun tirano, no son de tanto peso; mas deben estar unidos con la *tradicion* y la historia, y con esta condicion sirven para confirmar la certeza del hecho dado en ellos á la perpetua memoria de los hombres, pues es un absurdo que sean falsos y no consten en la *tradicion* y la historia los hechos ilustres y solemnes puestos delante de los ojos de todos y autorizados en los *monumentos*; pues los contemporáneos movidos de la diversidad y oposicion de pasiones que los agitan, hubieran hecho patente á la posteridad tan grande petulancia.

DXXXVII. Y respecto de que otra vez se hizo mencion de la contradiccion ó conformidad de los *testigos*, de la *tradicion* de los *monumentos* y de la *historia*, juzgo deber advertir aqui que es muy diferente el que estas cosas se *contradigan mutuamente*, *convengan entre sí*, y *las unas no se confirmen con las otras*. Cuando se contradicen mutuamente ninguna hace certeza; cuando convienen entre sí la hacen grande; y aunque las unas no se confirmen con las otras, tambien producen certidumbre con tal que esten adornadas de las *calidades* que se requieren, las cuales como no todas, ó no de un mismo modo se ha-

llan en cada una de dichas cosas, necesitan estas de confirmacion para que se les allegue la fuerza de la certidumbre.

DXXXVIII. Pero los *monumentos* en que no cabe sospecha (**DXXXVI.**) de adulacion ó vanagloria cuando son auténticos y genuinos, tienen tanta fuerza que no se debilitan por la *tradicion* y la historia aunque le sean opuestas; al contrario, estas se hacen dudosas y sospechosas por los *monumentos* opuestos, á los cuales debemos en dichas circunstancias prestar mas fe que á la historia y á la *tradicion* (**DXXXIV.**)

DXXXIX. Los *monumentos* tienen ciertas señales de autenticidad comunes á las historias y á otras obras que abajo indicaremos, y tienen tambien otras características y peculiares suyas. No corresponde que las determinemos aqui por no distraernos demasiado de nuestro propósito. Pueden verse en *Montfaucon* y en otros escritores muy versados en el estudio de las antigüedades.

CAPITULO X.

De la Historia.

DXL. La *historia* es una fuente principal y muy noble de los conocimientos humanos, de la cual asi como de las otras de que hemos hablado recibimos una suma certidumbre y probabilidad. Para esto debe la *historia* ser de muchos autores,

concorde, contemporánea de los hechos, y *correspondiente* á la tradicion y á los monumentos. Mas el hecho contado por ella no podrá ser cierto si no es en los términos propuestos en el cap. VII.

DXLI. Conviene que las historias sean muchas para que el hombre juicioso conozca por la conformidad de ellas la verdad de los hechos de sus narraciones. Pero puede suceder que un historiador solo sea suficiente para la certidumbre de la narracion, con tal que por sus circunstancias y las del hecho, ó por los escritos de otros se tengan cuantas razones pueden desearse, en prueba de la veracidad del historiador, y del conocimiento necesario que indubitablemente tuvo del hecho y de no haberse dejado llevar de pasiones ni preocupaciones, sino solo de la fuerza de la verdad. Pues las razones que demuestran estas cualidades en un historiador equivalen al crédito y autoridad de muchos historiadores.

DXLII. Por lo comun no se requieren tantos historiadores como testigos verbales, cuyo testimonio pasa como la corriente del rio; y el de los historiadores permanece y dura: y ademas de eso hablan ellos en público á todos sus contemporáneos y á los venideros, por cuya causa evitan el error y huyen con fortaleza de ánimo la adulacion y mentira.

DXLIII. La historia es *constante*, si los historiadores van siempre consiguientes; y es *concorde*, si uno no es impugnado por otro. Pues debe ser asi en realidad para que resulte la

certidumbre moral, respecto de que la autoridad de las historias que no guardan consecuencia consigo mismas, ó estan en contradiccion con otras, nada vale ó es tan debil como necesariamente lo debe ser en fuerza de dichas contradicciones.

DXLIV. Esta *concordancia constante* mira á la *sustancia* del hecho, no á sus *circunstancias* leves; pues por que intervenga v. g. alguna variedad de los años, no se debe de negar la verdad del hecho.

DXLV. Las historias gravísimas por su grande autoridad no deben juzgarse inconsiguientes y opuestas aunque refieran el hecho de diverso modo, con tal que se presente un medio posible de conciliarlas: este medio deberá ser probable si las historias no son tan graves y de tanta autoridad. Y mas antes se ha de creer que esta ó aquella ha errado, que fingir arbitrariamente algun hecho y torcer las palabras de su significacion natural.

DXLVI. Mas no se quita la concordancia de las historias, porque algunos historiadores cuenten un hecho, y otros le omitan. Porque el callar no es lo mismo que negar. El silencio puede ser por descuido ó por otra cualquiera causa, no por falsedad del hecho, la cual no mueve á callar sino á refutar la mentira.

DXLVII. Por cuya razon es mucha ignorancia la de algunos cuando del silencio de ciertos historiadores forman un argumento que se llama *negativo*. Callen universalmente todos los contemporáneos un hecho: se tendrá realmente

un poderoso argumento negativo contra la verdad del hecho contado aunque le cuenten los que vinieron despues.

DXLVIII. Si la causa de este silencio universal se puede demostrar con evidencia, y fuere por otra parte notorio el hecho, no se debe juzgar impugnado el hecho por el silencio. Este recae sobre muchos sucesos pertenecientes á la Religion Cristiana y á sus sagrados misterios. El silencio de los antiguos no les quita la fe que se merecen, supuesto que la disciplina del secreto estaba en mucha observancia entre los cristianos.

DXLIX. Pero cuando unos cuentan un hecho y otros le callan, deben considerarse muchas cosas para regular el peso que se allega al hecho contado en virtud del testimonio de los unos y cotejarle con aquel peso que se le quita por el silencio de los otros. Considérese lo primero si tuviéron noticia del hecho los que le callan; si les importaba contarle; si el silencio fue conforme á sus fines y designios; si tuvieron gravísima causa para callarle. Si hay estos motivos y no aquellos, el silencio no tendrá fuerza ninguna. Ciertamente el silencio de Josefo sobre los milagros de nuestro Señor Jesucristo, y el de los chinos, egipcios y griegos sobre las cosas de los judios, nada prueba. Pero si se hace ver que el suceso omitido no era ignorado por el escritor ni ageno de su fin, antes muy proporcionado y conexo con él, y si tuvo ocasion cómoda de contarle, y en fin, si la gravedad del suceso y otras

circunstancias lo exigian, no se debe hacer el mismo juicio de su silencio.

DL. Para que este juicio sea recto debe mirarse la autoridad de aquellos por quienes se cuenta el hecho: si su narracion no se halla bastante probada y es mayor el peso y mas notoria la diligencia de los que le callan, se disminuye mucho la autoridad y tal vez se debilita y se pierde enteramente. Pero puede suceder que la autoridad de los que callan y de los que cuentan el hecho sea casi igual; entonces antes que acusar á aquellos de fraudulentos, maliciosos, negligentes, se debe imputar á estos el vicio no tan grave de omision: y la autoridad de los que le cuentan, consérvase en su reputacion. (1).

DLI. A las cualidades que deseaba yo (DXL) en la historia para que sea cierta, añadia que los historiadores deben ser contemporáneos y conformes con la tradicion y monumentos. Lo 1º se requiere para que nos conste que tuvieron noticia del hecho; lo 2º para que tenga autoridad su fe, la cual se destruiria por la contradicion de la tradicion y monumentos.

DLII. De lo dicho se colige que no se puede sospechar de las historias error ni mentira si son *muchas acordes; contemporáneas y conformes* á la tradicion y á los monumentos. ¿Pues quién hay que se persuada á que los historiadores contemporáneos se engañaron en un hecho sensible y

(1) Véase Launoy, tom. II. de sus obras. p. 1.

público, y se convinieron en una misma mentira sin que esta se hiciese patente por la tradición ni los monumentos? En realidad no habiendo levantado la voz contra los historiadores todas las personas contemporáneas, dan á entender que sintieron unánimes lo mismo que ellos. Porque respecto de ser por lo comun muy opuestas entre sí las pasiones y miras particulares de todas estas personas, será un absurdo el pensar que todos se convinieron poniéndose de parte de una misma mentira (1).

(1) Principalmente *Belio* trae muchas cosas para destruir la certidumbre histórica. Todo lo que se deduce de historias supuestas y viciadas, no pertenece á este lugar: suficientemente se refutó en el capítulo XI. Aquí solamente observo que los criterios de donde los apasionados del escepticismo histórico toman sus argumentos para probar la suposición ó corrupcion, prueban esos mismos la autenticidad y sinceridad; pues esta en realidad se halla en los historiadores á quienes no cuadran aquellos criterios. Mas si algunas historias son apócrifas, se sigue que algunas otras sean sin duda auténticas: porque la verdad siempre precede á la ficcion, y nadie hubiera forjado una historia apócrifa si las verdaderas no hubieran andado en manos de todos.

Pero *Belio* insta. La historia mas antes manifiesta qué modo de opinar hubo en cada siglo, que lo que aconteció. Por lo comun se prueban los hechos con el testimonio de uno tan solamente; por la mayor parte refieren la historia las cosas de diver-

DLIII. Rara vez sucede que recibamos de las historias de buena nota esta certidumbre. Si comparamos los hechos históricos de este modo ciertos con los que solo merecen la probabilidad, hallaremos que estos son infinitamente en mayor número que los otros.

DLIV. La probabilidad *histórica* se ha de regular por principios muy distintos de los que hemos propuesto acerca de la certidumbre. Esta probabilidad pende de las cualidades del historiador; pero la certidumbre proviene de que la oposición

so modo; los escritores alteran los hechos, los pintan al revés, los achican, los engrandecen por espíritu de partido, por afecto á su nación, por diversidad de religion y ansia de contar cosas extraordinarias y maravillosas. Aunque convengan entre sí, no persuaden. Pues ¿quién negará que los historiadores de algun siglo fueron inducidos á mentir por esperanza ó por miedo?

Con lo cual prueba *Belio* haber muchísimas cosas que no brillan con la certidumbre histórica; se entiende aquellas acerca de las cuales la historia ni es *oária* ni *acorde*. Pero si quisiese que ninguna sea de esta especie, ya por el mismo hecho sería refutado en la *multiciplidad*; después debiera desatar los argumentos que prueban que un solo historiador equivale tal vez á muchos (DLXI, DLV).

Mas no estan acordes las historias acerca de sus fines, designios, causas y circunstancias; pero no estan opuestas entre si en la sustancia de los he-

de pasiones sea clara y tal el caracter del hecho que baste el sentido comun para conocerle. Estas cualidades del historiador no se diferencian de las que se requieren (DXXII) en los testigos probables de vista y de oidas: y son de tal naturaleza, que por ellas podemos probablemente tener un historiador exento de errores y no corrompido de la intencion de engañar.

DLV. Dichas cualidades se nos manifiestan considerando atentamente los hechos que refiere, el conocimiento que ha tenido de ellos, su genio,

chos. Demas de esto confesamos y queremos que recaiga sobre sola la sustancia la certidumbre, y que las restantes cosas tengan probabilidad y esa prudente.

Pero esta *concordancia* ó conformidad es por esperanza ó miedo. En primer lugar no todos se rinden á estos motivos de tal modo que hablen ó escriban contra su propio sentir. El afirmarse en eso seria hacer una grande injuria al género humano. Hacemos empeño contra lo vedado, especialmente si nos quita la libertad de opinar. ¿Pudo acaso la liberalidad de Augusto y la crueldad de Neron suprimir sus vicios? Sin duda que estos corrieron y siempre correrán en la fama. Supongamos que todos sean oprimidos por la tirania: despues de restituida la libertad con la muerte del tirano, todas las cosas se pondrán en su luz clara por la tradicion y la historia. Luego la verdad, no la esperanza ni el miedo, dá á luz la historia *acorde y conforme* con los monumentos y la tradicion.

talento, estilo, deseos, opiniones, partido á que estuvo inclinado, autoridad de los del partido opuesto, y en fin el concepto que tuvo entre sus contemporáneos. Estas cualidades son las que á un solo historiador (DXLI.) le concilian la autoridad y crédito de la certidumbre (1) de tal suerte, que aunque se llegue á percibir que por algun fin oculto ó motivo que no se sabe no le repugnaba enteramente mentir, con todo eso se le da entero crédito sin escrúpulo ninguno de duda.

DLVI. Los historiadores posteriores al hecho, no hacen por sí la fe cierta ni probable, solo tienen la que merecen los monumentos de donde toman el asunto de su narracion. Si v. g. cien historiadores modernos cuentan un hecho que tomaron de un contemporáneo al hecho, no le añaden peso ni autoridad ninguna.

CAPÍTULO XI.

De la Autenticidad, Sinceridad, Suposicion, Interpolacion, Alteracion de los Libros y de las Interpretaciones.

DLVII. Para que se entienda lo que se ha de decir sobre estos puntos, necesito hacer pri-

(1) Esto lo niega absolutamente Genuense Lib. 4. c. 2. §. 13. pero sin dar razones. De Prades, quien conforme á Bullier concede al historiador la certidumbre que niega á un solo testigo, fué por eso gravemente notado.

mero algunas advertencias. Antes de la invención de la imprenta copiaban los amanuenses (*estos y los que dictaban se llamaban libreros*) las historias y todo género de libros. Por eso eran rarísimos los ejemplares de las obras: de aquí provino que muchas fueron supuestas, muchas interpoladas, y todas ó las mas llenas por cualquiera parte de mentiras y erratas.

DLVIII. En tanta escasez de ejemplares no fué muy difícil apropiarse una obra á un escritor, lo cual es *suponer*, añadir algo ó quitarlo á la misma obra, lo cual es *interpolarse*; y era natural y absolutamente inevitable que las obras se viciasen y llenasen de erratas al copiarlas.

DLIX. Hay muchos ejemplos de impostores y falsarios que suponían obras, y no es difícil imaginar las causas porque los hubo, especialmente si se miran los monumentos tocantes á la Religión y los que contienen fueros y privilegios.

DLX. Siendo aquel el modo de divulgar las obras, viniéron necesariamente á introducirse en la república literaria ciertos sujetos que se llamaban *críticos*, los cuales se tomaron el cargo de enmendar los códices y restituirlos á su genuina y verdadera lección; pues los ejemplares así expurgados se estimaban en mucho y se vendían á gran precio. Pero estos críticos no todos eran (como suele suceder) de juicio íntegro, ni todos excelentes en erudición: por lo cual echáron mas á perder los lugares viciados, alteráron violentamente los puros y correctos, y la

corrupcion no se quitó sino que muchas veces se aumentó por ellos.

DLXI. Esto sucedió particularmente cuando emprendieron renovar los códices maltratados por la injuria del tiempo, sembrados de lagunas, y suplir letras borradas: en cuyo caso vendian ciertamente sus propios sueños ó invenciones por sentencias de los autores.

DLXII. Además de los impostores y críticos hubo otra causa de la interpolacion y principalmente de la corrupcion, y fuéron los libreros y copiantes, los cuales trabajando por lo comun de priesa, ignorando las materias que dictaban ó copiaban, no entendiendo bien las cifras ó abreviaturas usadas frecuentemente en los códices, confundiendo con el texto del autor las notas y glosas puestas al margen, fueron causa de la interpolacion y corrupcion de los libros. Si se añade á lo dicho la forma de letra no bastante clara y distinta en los originales, cierta fatalidad ó descuido inevitable de que resulta, que al hacer las copias se alteran algunas cosas ó se sustituyen unos vocablos por otros, es evidente haberse introducido en los códices una multitud grande de errores.

DLXIII. Los que al principio de la restauracion de las letras se dedicaron á las ciencias, trabajaron mucho en restituir á los códices su integridad y claridad primitiva. Fueron juntando cuantos manuscritos existian de una misma obra, cotejaron los lugares antecedentes con los subsiguientes, y una obra con otra de un mismo autor, investigá-

ron el fin y propósito del autor, y últimamente fueron adquiriendo la erudicion y doctrina de las materias que se trataban para enmendar la obra.

DLXIV. Muchos, pero no todos, lo hicieron asi; antes al contrario, algunos fueron como contagiados de la pestífera costumbre de omitir las cosas oscuras y difíciles, y dilatarse fastidiosamente en las claras. Tienen estos la osadía de decir que está viciado lo que no entienden; lo borran y sustituyen sus propias ideas, y con una diligencia indocta ó desatentada alteran y corrompen las mas de las obras. Ello es, que se debe recelar que los ejemplares que hubiesen caido en manos de muchos críticos hayan escapado de ellas ménos puros, ménos sinceros, menos genuinos.

DLXV. Sobre estas advertencias estableceremos ahora y esplicaremos las reglas con que distinguiendo una obra supuesta, interpolada y viciada de la auténtica y genuina seamos diestros y exactos en formar este género de juicios y confirmarnos en los que hubiéremos formado.

DLXVI. La suposicion, pues, interpolacion, corrupcion, ò es contemporánea de los autores de las obras viciadas y supuestas, ó es posterior: si lo primero, se haria notoria por el autor que la reclamase; y los contemporáneos que reconocieron la suposicion y mala fe, la descubririan.

DLXVII. Si lo segundo, esto es, si es posterior y todavía hay ejemplares *originales* escritos de mano propia del autor, ó revisados y aprobados por el, podrán facilmente discernirse por

ellos los auténticos y genuinos, y restituirse en su pureza los supuestos y viciados.

DLXVIII. Aunque se hayan perdido los originales, no por eso se pierde la certidumbre histórica. Las reglas críticas enseñan con claridad si las obras que quedan están viciadas ó son supuestas. Lo I. Obra supuesta es aquella de que no se hace mencion entre los contemporáneos ó los que inmediatamente les suceden. Esta regla ha de usarse con precaucion, pues tiene valor de argumento *negativo*, el cual nada vale si se le opone un argumento *positivo*.

DLXIX. Lo II. Casi no es posible se admita por autoridad de los modernos una obra desechada ó puesta en duda por los antiguos. Lo mismo es si en los códices antiguos no se atribuye constantemente á un mismo autor. Y si en los códices modernos se hallan ciertas cosas que no se hallan en los antiguos, se podrá recelar que la obra es supuesta ó á lo menos interpolada.

DLXX. Lo III. Hay una gravísima razon de sospechar de la legitimidad y pureza de una obra, cuando ciertas cosas se toman de algun autor y se citan en las obras genuinas de otros, y las tales cosas no se encuentran en el códice en que puso su nombre, ó fué publicado á nombre suyo.

DLXXI. Lo IV. Es libro interpolado y supuesto aquel cuyas palabras, estilo, método, principios, ciencia, erudicion no dan muestra del gusto del siglo ni de los escritores ó escritor, sino que exceden ó no igualan al gusto del uno

y del otro. Tambien es libro interpolado y supuesto el que pinta costumbres, ilustra artes y sistemas, propone dogmas, mueve cuestiones que se sabe son todos asuntos posteriores al autor á quien se atribuye el libro.

DLXXII. Lo V. Los ejemplares que no concuerdan entre sí, se cree estar interpolados y viciados. Pero deberémos atenernos á los mas antiguos escritos con mayor cuidado, y que convienen con el fin y el estilo del autor.

DLXXIII. Estos dos últimos requisitos no deben entenderse de modo que una ú otra palabra como diferencias de casi ningun momento hagan sospechosa una obra; pues el que se propone viciar las obras de otros, no hace alto en cosas leves, las cuales no las corrompen. Por cuya razon se debe decir que tales y tales palabras se pasáron de la márgen al texto por impericia y negligencia del copiante, ó fueron añadidas ó quitadas por cualquiera otra fatalidad.

DLXXIV. Pero el original debe preferirse siempre á las copias ó ejemplares sacados de el, pues estos exigen algo mas, y es la fidelidad, diligencia y pericia de los copiantes.

DLXXV. Lo mismo se debe pensar de las interpretaciones. Pero en caso que muchos ejemplares se hayan divulgado por todas partes, y se hayan hecho por muchos diversas interpretaciones, y estas y los ejemplares convengan entre sí se tendrá con eso bastante prueba de que las interpretaciones son buenas y exactas, y que así

estas como los ejemplares no han sido interpolados ni supuestos. ¿Pues á quién no parecerá un absurdo que hombres de diversas inclinaciones y costumbres se hayan convenido todos en una misma falsedad? Habiendo vindicado de esta suerte la fidelidad y crédito de los códices y de las interpretaciones, he satisfecho á mi deseo de poner (1) en su luz clara la verdad histórica.

(1) Los que quitan toda fé y crédito á la historia, citan á *Simonio y Harduino*, que dicen ser apócrifas las obras que entre todos estan tenidas por muy ciertas. *Harduino*, hombre sin duda eruditísimo, quita á *Salustio la historia* y á *Virgilio la Eneida*. ¿Qué diria de otros escritores menos conocidos? Pero *Dupin*, *Spanhemio* y *Clerc* prueban convincentemente que aquellos dos fueron unos críticos descompasados y todos oyeron con risa á *Harduino* que así abusaba de su ingenio.

Alemberg juzga por necesaria (*Eclaircis* §. IV.) una serie no interrumpida de testigos que por escrito afirmen la autenticidad de una obra para que conste que no es supuesta. Y si entre nosotros y el primer testigo mediase una laguna ó espacio vacío que se llenase con sola la tradicion oral, se haria dudoso si la obra es realmente auténtica.

Pero de lo dicho consta que este autor por otra parte doctísimo, excedió los términos de la moderacion en establecer aquellas condiciones, las cuales ademas de eso barian que apenas hubiese obra que con razon se juzgase auténtica y que todas debiesen reputarse por corrompidas y viciadas.

CAPÍTULO XII.

Del arte Hermenéutica.

DLXXVI. El arte Hermenéutica explora la mente del que habla ó escribe. El que toma tal empeño á su cargo con este auxilio, necesita tener presente que los vocablos expresan las ideas de los que hacen uso de ellos; por lo cual debe tomarlos, no conforme á sus propias ideas y conceptos, sino que se ha de poner en el lugar del que habla ó ha escrito, y representar en cierto modo su persona: y de esta suerte vendrá á interpretar bien la mente y sentido del que habla ó del escritor. (Véase Lib. I. C. IX.)

DLXXVII. Para lo cual es preciso que adquiera conocimiento de muchas cosas, y principalmente de la lengua que usa el que habla ó escribe, tambien deberá tener noticia de su religion, patria,

El mismo autor ademas de lo dicho pide mayor diligencia y mas severo examen en los indicios de autenticidad, quanto mas extraordinaria y mas agena. del crédito de los hombres es la narracion. Y justamente lo pide si se trata de la autenticidad *probable*; pero si el negocio es de la *cierta*, y ésta se hallare ya establecida conforme á los principios que no pueden separarse ó dividirse, queda entonces desvanecido todo escrúpulo, toda duda y ningun examen resta que hacer. (DXXIII. y DXV. nota.)

costumbres, estudios, conducta de vida, y tener finalmente una instruccion general y verdadera por lo tocante al siglo en que vivió y pais que habitó.

DLXXVIII. Prevenido de estos requisitos, indagará cual es segun las palabras, no el sentido *posible*, sino el *probable*, el cual es aquel que se infiere del modo propio y característico de hablar del sugeto, cuya mente se desea explorar, y de su intento y de la materia que trata. Si estas dos cosas no lo impiden, debe abrazar y seguir aquel modo de hablar característico, prefiriendo el sentido literal y natural á cualquiera otro.

DLXXIX. El uso propio y característico de la locucion de alguna persona, se conoce determinadamente por las señales arriba propuestas (DLXXVII.) de las cuales se colige tambien su intencion. Mas esta se colige especialmente del fin y objeto que cada uno se propone á su eleccion, de todo el contexto, de la uniformidad de doctrina, de la comparacion de los antecedentes con los subsiguientes, de la de los lugares oscuros con los mas claros, ó (como dicen) de los *paralelos*, y en fin de las proposiciones *principales* en que de propósito se trata expresamente de la cosa, comparadas con las *incidentes* en que la cosa solo se trata por incidencia y con alguna oscuridad.

DLXXX. Por lo que hace á las proposiciones, *incidentes* y *principales*, me ocurre advertir que la mente del autor se ha de interpretar mejor por las *incidentes* si trata de cosas que no

quiso ni debió exponer abiertamente atendidas las circunstancias de los tiempos.

DLXXXI. Por último es necesario que el que quiera entender perfectamente un razonamiento ó un escrito, perciba y penetre á fondo la materia de que trata, y no carezca de la conveniente preparacion de conocimientos oportunos á este fin. En estos términos se requieren los conocimientos *cronológicos*, *geográficos* y para las historias muy antiguas tambien los *astronómicos* á fin de que se entiendan sin dificultad.

DLXXXII. No faltemos jamas á la equidad y atencion debida á la fama y buen nombre de los escritores cuando interpretamos sus obras. Tomemos todas las cosas en cuanto nos sea posible á la mejor parte; atribuyamos á sus mismos autores sus invenciones y producciones propias, no las demas, aunque su doctrina coincida con ellas, pues quizá no las vieron ni advirtieron. Por último no es razon que suscitemos el ódio y aborrecimiento contra los autores, lo que dice Clerc se puede hacer de muchos modos particularmente en materias teológicas (1).

(1) Ya prevenia yo que por dos razones y por algun fin propuesto podia y debia cualquiera (CDXCVII, CDXCVIII.) ejercer la crítica. Por las mismas razones que nosotros opinan lo propio. *D' Aguessau. Medit. Philos. IV. Para Theor. des Etres insens. T. I. Traite II. Sect. IV.* Bouller *Traite de la certitude morale;* de Prades en la famosa obra *Thest et Apologie cin-*

§. Único. *Del Espíritu filosófico.*

De la crítica exacta nunca desmedida y de la buena Lógica se origina lo que vulgarmente se llama *Espíritu filosófico*, que reduce á ciertos principios todas las cosas, las examina todas, unas separadas, considera la conveniencia en las semejantes y la diferencia en las desemejantes, señala con puntualidad la forma en que pueden promoverse y perfeccionarse todas, abraza también la bondad, honestidad y decoro, tiene justo discernimiento de la belleza, y no se somete ciego y temerario á la autoridad ni á las opiniones, se dilata por todas las artes y ciencias, prescribe los usos y razones de todas las cosas.

Es muy recomendable el *Espíritu filosófico* debiéndonos empeñar en adquirirle y perfeccionar con él nuestro entendimiento. Pero se necesita

quieme Prop. Estos dos aunque están defectuosos en ciertas cosas, omiten algunas y ponen otras por las cuales están notados de propensos al escepticismo histórico, sin embargo tienen cosas muy bellas y verdaderamente filosóficas.

Dupin, Balliet, Honorato de Santa Maria profesan la crítica en el segundo modo explicado en el núm. CDXCVIII. De ambos modos Clerc, quien no obstante que trata las cosas con mas extensión que Balliet y otros, confiesa haber tomado muchas de Andres Riveto y Julio Caveo.

cautela para que no se estienda á los primeros principios de las cosas, no sustituya invenciones falsas á una narracion sencilla trastornando y oscureciendo los hechos históricos con notas, comparaciones y discusiones; no debilite ni comprima los afectos en las letras humanas, no impugne la religion pura, y en fin para que no abandone y menosprecie la instruccion de que necesita mucho.

El filósofo poseido de este espíritu, modera sus juicios y se gobierna bien en sus investigaciones. En virtud de esto aquel es filósofo en quien no dominan las palabras en vez de las razones, que nada admite como verdadero sin que la verdad le conste claramente por la demostracion; que conoce y desea solamente la certidumbre respectiva de cada género de verdades, que confiesa con ingenuidad su ignorancia en las cosas que son superiores á la razon y á la experiencia, que se confia con fundamento en los experimentos y observaciones, que contempla los fenómenos, les dá mil vueltas en su consideracion, los compara y explica unos por medio de otros; y últimamente, que investiga las causas verdaderas y primarias, no por vana curiosidad. El filósofo admira en este órden y hermesura del universo la omnipotencia y sabiduría del Criador, dirige con rectitud en la ciencia de las costumbres todo lo que nos inspira la naturaleza, ò seguimos y aprobamos á impulso y persuasion suya; lo acomoda á la felicidad de la sociedad comun; lo hace sagrado demostrando que es necesario, útil

y derivado de las relaciones inmutables de los entes, y en fin extrae de la historia el conocimiento del hombre: y los hechos que en ella se describen son para el filósofo lo mismo que para el físico las observaciones y experiencias.

Pero no es filósofo el que se señala en desviarse del trato y modo comun de vivir, que piensa ser ageno de su caracter todo lo que es propio de hombres, que niega las cosas que afirman los demas y admite las que no aprueban todos, y en fin que no da su voto en favor de lo que él ignora ó de lo que no va conforme á sus ideas, y mira con desprecio todo lo que no conduce á su negocio ò á su propia comodidad.

Esta es poco mas ó menos la imagen del filósofo. Si vosotros, jóvenes estudiosos, fijais en ella los ojos de la consideracion; si lo reflexionais atentamente, me prometo que segun es la docilidad y viveza de vuestro ingenio y los auxilios de que os hallais asistidos para las ciencias, os aventajareis en esa misma imagen, no engañosa y de falsos coloridos, sino verdadera, propia y excelente para gloria vuestra, de vuestros padres, de la patria y de la Religion católica.

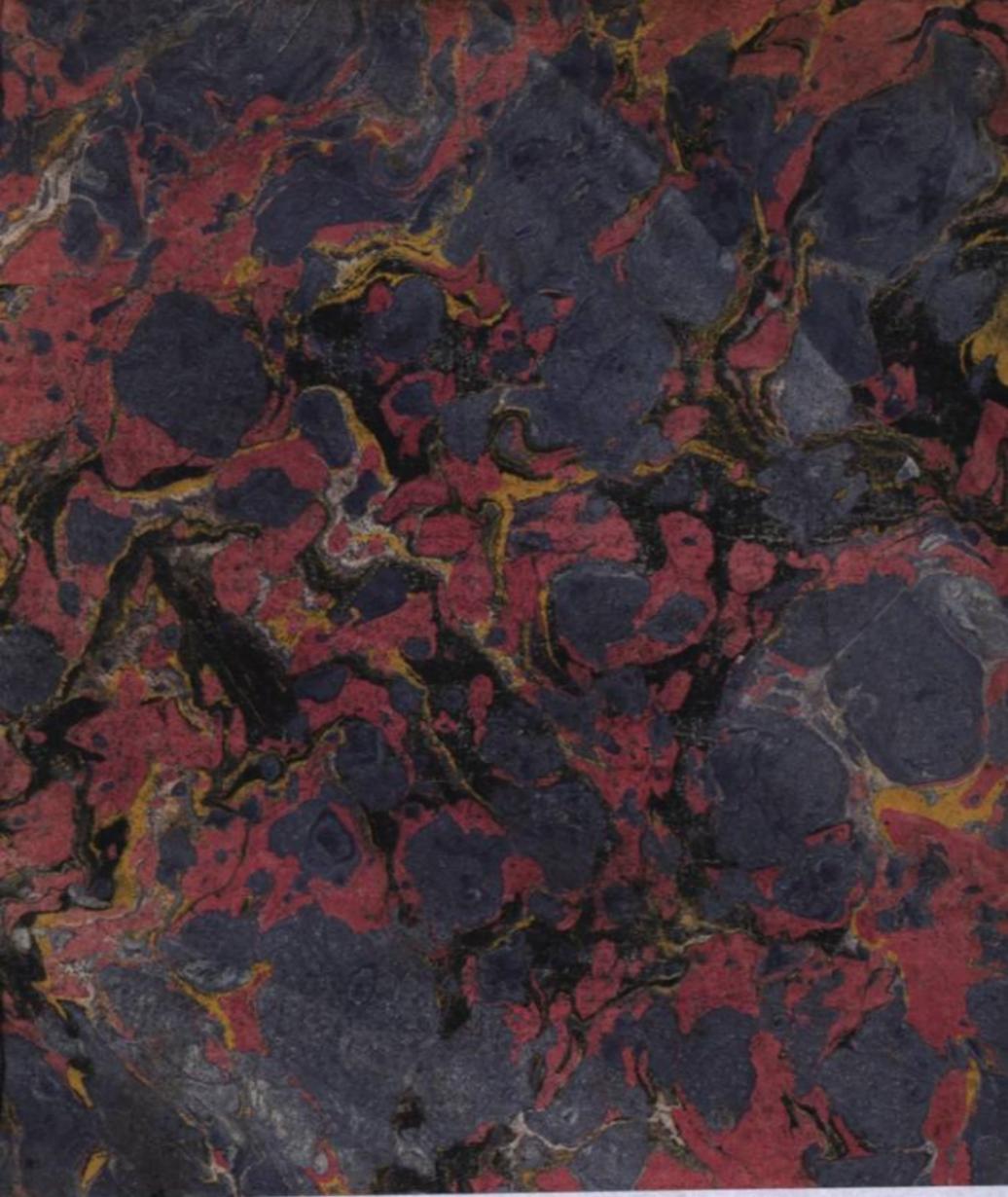
FIN.

Y hablando de las relaciones inmutables de los
 entes y en la esfera de la historia el con-
 miento del hombre y los hechos que en ella
 se desarrollan con parte del mundo lo mismo que
 para el mundo las observaciones y experimentos.
 y por eso el objeto de que se trata es de ver
 se del todo y modo como de vivir que pien-
 sa todo de su mundo todo lo que es pro-
 pio de la historia que en las cosas que se
 miran por dentro y exteriormente por no que-
 rer ser y no sea que no se vea en favor de
 la parte de la historia o de la que en la historia
 a sus efectos y mira con respecto todo lo que no
 pertenece a su mundo o a su propia comunidad.
 Esta es parte de la historia. El mundo de la
 historia. Si vosotros, jóvenes, estudiantes, físicos
 en esta los ojos de la consideración; si lo veis
 como realmente, me diréis que según es
 la historia y viveza de vuestro mundo y
 los sucesos de que se trata en la historia para
 las cosas, se encuentran en esta misma his-
 toria, no en la historia y de la historia, sino
 verdadera, propia y ex clara parte de la his-
 toria de vuestro mundo, de la parte de la his-
 toria católica.

101
de
P. 400







00001034966

UNED



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

DALDING

LOGICA

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

L.T.
2288

UNED